

9



1020028851



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARUBIAS

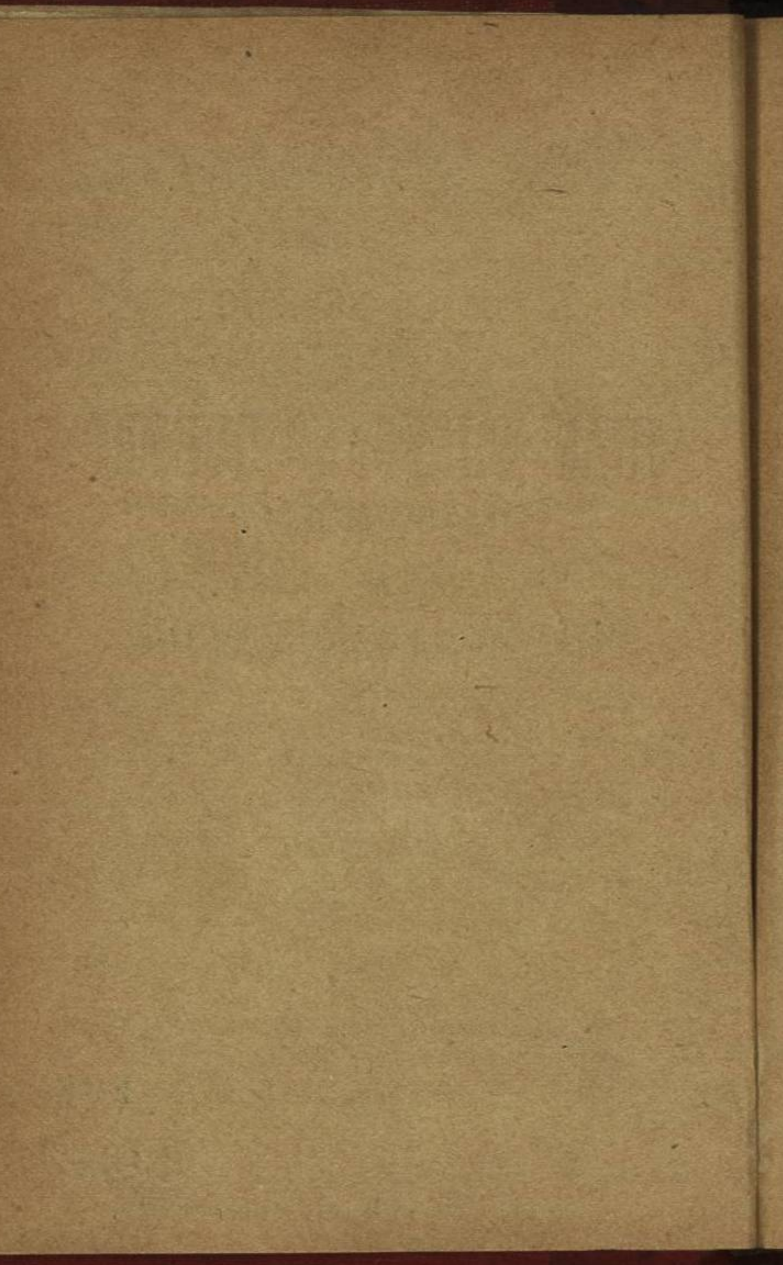
Núm. Clas 832.6
Núm. Autor G5997
Núm. Adg. 29369
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasific. _____
Catalogo 629

TEATRO SELECTO

DE

JUAN WOLFGANG GOETHE

29369



BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CLXXIX

TEATRO SELECTO

FONDO DE RICARDO CONTRERAS
JUAN WOLFGANG GOETHE

traducido directamente del alemán

POR

FANNY G. GARRIDO DE RODRÍGUEZ MOURELO

TOMO II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID.

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a
calle del Arenal núm. 11

1893

099066

29369



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

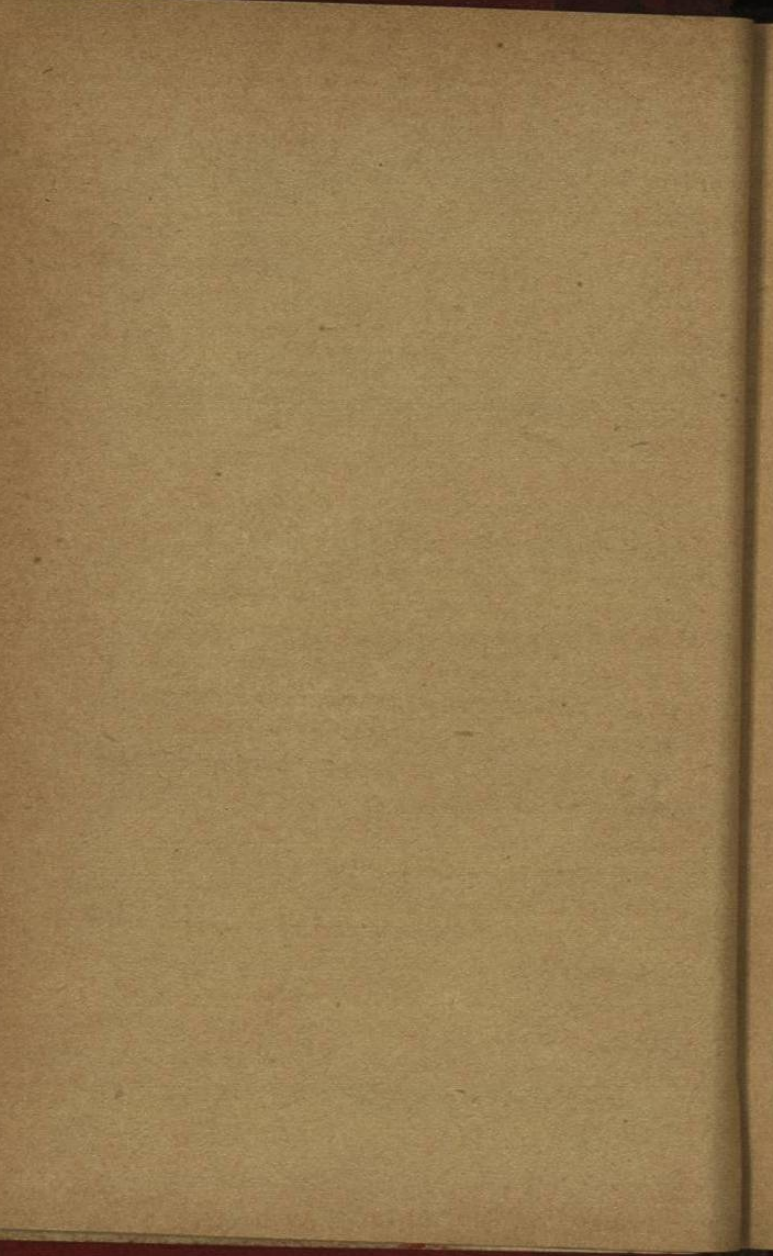
—
ES PROPIEDAD
—

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L. ETARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

GOETZ DE BERLICHINGEN

DRAMA EN CINCO ACTOS



INTRODUCCIÓN

GOETZ DE BERLICHINGEN fué, á su aparición en Alemania, una obra revolucionaria en el sentido literario. Federico II daba el tono en todas las esferas, y no admitía, en las de la inteligencia, libertades ni vuelos fuera de la órbita trazada por los pensadores y escritores franceses, cuyas reglas eran para él leyes infalibles del buen gusto, y dogmas, en el terreno de la filosofía. No es, pues, de extrañar que al lado del favor espontáneo y general del público, se encarnizase la crítica en juicios acerbos, por todo extremo arrogantes y hasta despreciativos.

Era muy joven Goethe, apenas pasaba de los veinte años cuando escribió su drama; mas para nada se curaba ni se había curado nunca de buscar la aprobación del dogmatismo imperante, siquiera partiese de tan elevadas regiones. Buscábala en el sentimiento universal producido por la exteriorización de la verdad artística, imagen de la verdad real, viva y sentida; y quizás ni el mismo, en el asombroso desarrollo de su genio, llegó

nunca á realizar su aspiración mejor que en esta obra, cuadro el más perfecto de un trozo de historia en un país determinado; síntesis acabada de la transición de un estado social á otro más adelantado, vivido por personajes que siempre serán humanos.

Herder, sólo cinco años mayor que Goethe, pero en aquella época en que trabaron amistad en Estrasburgo muy superior á él en conocimientos y seguridad de juicio, promovedor además de un movimiento de tormenta y transformación literaria, ejerció desde luego gran influencia sobre Goethe, beneficiosa entonces, por cuanto familiarizó al joven gran poeta alemán con la lectura de Shakespeare, que fué para él altísima revelación y le animó á romper las enfadosas trabas de unidad de tiempo, de lugar y de acción, en las obras dramáticas. Esta transgresión dió pretexto á los mal contentos críticos para decir que el nuevo drama era *une imitation detestable des mauvaises piéces anglaises*, y que estaba lleno de *dégoutantes platitudes*, etc.

No creó Goethe el asunto de su drama; tomólo de un libro de Franz von Steigernsald; *la vida de Gottfried von Berlichingen*, publicada el año de 1731. Pero este libro fastidioso, seco y desmañado, casi imposible de leer, no prestó al gran drama más que el nombre del héroe y recibió de él, en cambio, el reflejo de una inmensa gloria. Los otros personajes principales, Isabel, Lerse, María Weislingen, Jorge, Adelaida, Franz, etc., no son del libro, y Selbitz, el cojo, y el paisano Metzler, apenas están bosquejados en él. Tiene, sin embargo, el libro la honra

de prestar al emperador Maximiliano las palabras que dice á los mercaderes de Nuremberg, y la más envidiable de haber encerrado, aunque tosco embrión, todo ese mundo de vida y colores que nos reveló un genio.

GOETZ DE BERLICHINGEN está en tres formas. Trabajó Goethe la primera desde fines del año 1771 á principios de 1772. Según su costumbre, comunicó á Herder su trabajo, y Herder, según su costumbre también, lo encontró muy hermoso, pero con más cosas censurables que dignas de alabanza. Este primer ensayo, aunque no se imprimió hasta después de la muerte de Goethe, púsose en escena en Wetzlar, y el éxito que obtuvo, juntamente con la evidencia para el autor de las partes deficientes de la obra, le obligaron á ponerse de nuevo á su reforma, en la cual trabajó en Francfort desde Enero hasta Julio de 1773, saliendo de allí tal cual la conocemos, á excepción de pequeños cambios introducidos más tarde, en 1786, por consejo de Herder y de Wieland.

Todos los teatros de Alemania abrieron desde luego sus puertas al nuevo drama, y fué tan viva, tan verdadera y tan general la impresión por él causada, que así entusiasmaba al pueblo la ruptura de Goetz con el Imperio, como á las damas de elevada clase la figura de Isabel, hasta el punto que, imitándola, porque hilaba, todas las señoras dieron en usar rueca.

Compréndese muy bien el encanto y aun la influencia ejercida por aquel tipo de *mujer que apenas se ve y apenas se oye, pero que es corona de la obra y de su sexo*, si se tiene en cuenta que en ella están marcados los rasgos

del carácter firme, animoso y apasionado de la madre de Goethe, de quien el poeta se gloriaba haber sacado lo mejor que tenía. En Isabel levantó Goethe un monumento á su madre, y en Lerse al mejor amigo de su juventud. Por lo demás, todos aquellos tipos viven y son profundamente humanos y verdaderos, y es natural que cada alemán se encuentre allí en sus padres, con el espíritu único de la raza en su desenvolvimiento histórico, así como lo es también que las figuras de Goetz y Adelaida hayan sido tronco y origen de muchas generaciones de caballeros guerreadores y de mujeres perversas que invadieron por largos años en Alemania la literatura secundaria.

Mucho después, ya en la edad madura, emprendió Goethe la tercera reforma del GOETZ, ó más bien su transformación completa en una obra teatral del género casi melodramático, que se representó en Weimar el 22 de Septiembre de 1804, durando seis horas la representación. A causa de esta duración hubo de hacerse un corte, poniéndose en escena los tres primeros actos el 29 de Septiembre, y el 13 de Octubre los restantes.

En esta última forma está muy atenuada la influencia achacada en la anterior á la nobleza independiente, y se atribuye el desaliento de Goetz en la hora de su muerte, al pesar de haber abandonado por un momento la bandera del Emperador. Este Goetz no desterró al otro, que es el que vivió y vivirá siempre igual á sí mismo, ya sea vencedor ó vencido, ya se halle animoso ó desalentado, que nunca se arrepintió de sus acciones

porque siempre creyó servir causas justas; pero que se siente abandonado del todo y muere cuando ya perdió la fe hasta en aquellas causas, presintiendo que todos los esfuerzos de su vida fueron inútiles ante la fuerza de las cosas, que traía nuevas costumbres y leyes nuevas. Y aquí se toca el pensamiento capital de Goethe en esta obra, como en otras de las más importantes suyas: el conflicto entre el libre albedrío y el curso fatal de los acontecimientos de la vida.

La obra de la edad madura, enriquecida con todas las observaciones y atenuaciones que puede sugerir la experiencia, no desbancó ni podía ni debía desbancar á la obra de la juventud, porque en virtud del privilegio que sólo el genio posee, en aquella obra se ve, al lado de la hermosa florescencia de la vida, algo que deseáramos poder llamar intuición preexistente de los hombres y de las cosas, imperfectamente explicada por una vastísima cultura general. En efecto; es difícil comprender cómo puede condensarse en el limitado marco de un drama, por medio de un lenguaje tan preñado de ideas, que tiene que ser por todo extremo conciso, este vasto cuadro del siglo XVI con sus complicados organismos, donde respiran y luchan tantas existencias sin estorbarse; donde con cuatro rasgos y en un personaje secundario se nos hace conocer hasta el fondo del alma á la primera figura de la Reforma; donde tomamos, no idea, sino conocimiento exacto de las diferentes formas de hacer justicia; de las distintas clases de tolerancia: la del caballero en su castillo feudal; la del

obispo, en su ostentosa corte; la del emperador, casi reducida al poder nominal, y pasar ante nuestra vista los diversos combatientes y soldados que dependen de estos organismos; la vida de los grandes y de los plebeyos; sus supersticiones, sus venganzas, sus castigos. Y todo esto sin obscurecer al héroe principal ni dejarlo una vez sola en segundo término.

Goethe pudo haber creído perfeccionar su drama transformándolo, pero el sentimiento público se quedó con el viejo. Los mejores poetas suelen ser malos jueces de sí mismos.

F. G.

PERSONAJES

EL EMPERADOR MAXIMILIANO.

GOËTZ DE BERLICHINGEN.

ISABEL, su mujer.

MARÍA, su hermana.

CARLOS, su hijo (niño).

JORGE, su paje.

OBISPO DE BAMBERG.

WEISLINGEN.

ADELAIDA DE WALDORF.

LIEBETRAUT.

ABAD DE FULDA.

OLEARIUS, doctor en ambos derechos.

FRAY MARTÍN.

JUAN DE SELBITZ.

FRANCISCO DE SICHINGEN.

LERSE.

FRANZ, paje de Weislingen.

DAMA DE HONOR DE ADELAIDA.

METZLER, SIEVERS, LINK, KOHL, WILD, jefes de los paisanos sublevados.

CORTESANOS DE AMBOS SEXOS EN LA CORTE DE BAMBERG.

CONSEJEROS IMPERIALES.

MIEMBROS DEL CONSEJO DE HEILBRONN.

JUECES DEL TRIBUNAL SECRETO.

DOS MERCADERES DE NUREMBERG.

MAX STUMPF, servidor del conde palatino.

UN DESCONOCIDO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

} En la corte del obispo.

NOVIO.

PADRE DE LA NOVIA.

} Paisanos.

MESNADEROS DE BERLICHINGEN, DE WEISLINGEN Y DE BAMBERG.

CAPITANES, OFICIALES Y SOLDADOS DEL EJÉRCITO IMPERIAL.

MESONERO.

ALGUACIL DEL TRIBUNAL.

VECINOS DE HEILBRONN.

GUARDIAS DE LA VILLA.

UN CARCELERO.

PAISANOS.

CAPITÁN DE GITANOS.

GITANOS Y GITANAS.

ACTO PRIMERO

Schwarzember en Franconia.—Un mesón, SIEVERS y METZLER sentados á la mesa; dos hombres de armas junto al fuego; POSADERO.

SIEVERS.—Juanillo, otro vaso de aguardiente, y mide como cristiano.

POSADERO.—Nunca de él te ves ahito.

METZLER.—(Bajo á Sievers.) Sigue contando lo de Berlichingen. Esos de Bamberg se ponen rojos de ira.

SIEVERS.—¿De Bamberg? ¿Y qué hacen aquí?

METZLER.—Weislingen está arriba en el castillo con el señor Conde hace dos días; le han escoltado. No sé de dónde viene; le aguardan porque vuelve á Bamberg.

SIEVERS.—¿Quién es ese Weislingen?

METZLER.—La mano derecha del Obispo, un señor de mucho poder, á quien también vigila Goetz sin descanso.

SIEVERS.—¡Pues que ande con cuidado!

METZLER.—(Bajo.) ¡Sigue adelante! (Alto.) ¿Desde cuán-

NOVIO.

PADRE DE LA NOVIA.

} Paisanos.

MESNADEROS DE BERLICHINGEN, DE WEISLINGEN Y DE BAMBERG.

CAPITANES, OFICIALES Y SOLDADOS DEL EJÉRCITO IMPERIAL.

MESONERO.

ALGUACIL DEL TRIBUNAL.

VECINOS DE HEILBRONN.

GUARDIAS DE LA VILLA.

UN CARCELERO.

PAISANOS.

CAPITÁN DE GITANOS.

GITANOS Y GITANAS.

ACTO PRIMERO

Schwarzember en Franconia.—Un mesón, SIEVERS y METZLER sentados á la mesa; dos hombres de armas junto al fuego; POSADERO.

SIEVERS.—Juanillo, otro vaso de aguardiente, y mide como cristiano.

POSADERO.—Nunca de él te ves ahito.

METZLER.—(Bajo á Sievers.) Sigue contando lo de Berlichingen. Esos de Bamberg se ponen rojos de ira.

SIEVERS.—¿De Bamberg? ¿Y qué hacen aquí?

METZLER.—Weislingen está arriba en el castillo con el señor Conde hace dos días; le han escoltado. No sé de dónde viene; le aguardan porque vuelve á Bamberg.

SIEVERS.—¿Quién es ese Weislingen?

METZLER.—La mano derecha del Obispo, un señor de mucho poder, á quien también vigila Goetz sin descanso.

SIEVERS.—¡Pues que ande con cuidado!

METZLER.—(Bajo.) ¡Sigue adelante! (Alto.) ¿Desde cuán-

do vuelve Goetz á estar en guerra con el Obispo de Bamberg? Decíase que todo estaba acomodado y llano.

SIEVERS.—¡Sí; fácil es acomodarse con los curas! Cuando el Obispo vió que no podía conseguir nada y que llevaba siempre la peor parte, humillóse, dándose tan buena maña, que el arreglo llegó á hacerse. El leal Berlichingen cedió, como hace siempre cuando las ventajas están de su parte.

METZLER.—¡Guarde el cielo á tan honrado señor!

SIEVERS.—Mira si no es escandaloso; cuando más descuidado estaba, van y se apoderan de uno de sus vasallos. Pero á fe que les ha de dar quehacer con este motivo.

METZLER.—¡Lástima que le haya fracasado el último golpe! Se habrá puesto furioso.

SIEVERS.—Creo que no ha tenido igual disgusto desde hace mucho tiempo. Figúrate que todo estaba marcado con exactitud; cuándo volvería el Obispo de los baños; qué camino traería; cuántos jinetes le habían de acompañar, y á no haber sido por los falsos que le hicieron traición, su idea era procurar, por medio de un buen frotamiento, que los baños le fueran provechosos al Obispo.

SOLDADO PRIMERO.—¿Qué estais charlando de nuestro Obispo? Parece que buscáis camorra.

SIEVERS.—No os importan nuestros asuntos: nada tenéis que buscar en nuestra mesa.

SOLDADO SEGUNDO.—¿Quién os ha enseñado á hablar de nuestro Obispo sin respeto?

SIEVERS.—¿Os tengo acaso que dar cuenta? ¡Habrás visto insolentes! (El primer soldado le da una bofetada.)

METZLER.—¡Mata á ese perro! (Se arrojan el uno al otro.)

SOLDADO SEGUNDO.—¡Ven tu si tienes coraje! (Se pelean.)

MESONERO.—(Separándolos.) ¿Queréis estar en paz? ¡Mil rayos! Querellaos fuera, si tenéis por qué; en mi posada todas las cosas han de pasar con decencia y orden. (Hecha fuera á los soldados de caballería.) Y vosotros, asnos, ¿por qué armáis disputa con ellos?

METZLER.—Pocas injurias, Juanillo, ó peligra tu calva. Ven, camarada, vamos á vapulear á esos allá afuera.

DOS MESNADEROS de Berlichingen entran.

PRIMER MESNADERO.—¿Qué hay?

SIEVERS.—¡Hola! Buenos días, Pedro; Vito, buenos días. ¿De dónde venís?

SEGUNDO MESNADERO.—¡Cuidado con decir á quien servimos!

SIEVERS.—(En voz baja.) Entonces no está lejos vuestro señor Goetz.

PRIMER MESNADERO.—¡Ten la lengua! ¿Tuvisteis pendencia?

SIEVERS.—Ahí fuera habréis encontrado á esos bribones; son de Bamberg.

PRIMER MESNADERO.—¿Qué hacen aquí?

METZLER.—Han venido dando escolta á Weislingen que está allá arriba, en el castillo, con su señoría.

PRIMER MESNADERO.—¿Weislingen?

SEGUNDO MESNADERO.—(Bajo.) Pedro, hemos hallado caza... (Alto.) ¿Desde cuándo está ahí?

METZLER.—Desde hace dos días; pero he oído decir á uno de esos bribones que se marcha hoy.

PRIMER MESNADERO.—(Bajo.) ¿No te decía yo que estaba aquí? Debimos quedar algún tiempo en acecho del lado de allá; vamos, Vito.

SIEVERS.—Antes, ayudadnos á pegar á los de Bamberg.

SEGUNDO MESNADERO.—Sois dos para dos; tenemos que seguir nuestro camino. ¡Adiós! (Se van.)

SIEVERS.—¡Tunantes! Cuando no se les paga, no dan un golpe.

METZLER.—Juraría que tienen algún proyecto. ¿A quién sirven?

SIEVERS.—No debiera decirlo. Sirven á Goetz.

METZLER.—¡Ah! Vamos ahora á los de fuera; mientras empuñe yo un garrote, no temo sus asadores.

SIEVERS.—¡Así pudiéramos hacer alguna vez otro tanto con esos príncipes que nos desuellan vivos!

Venta en el bosque.

GOETZ.—(Delante de la puerta bajo los tilos.) ¿Dónde se han metido mis hombres? Para que el sueño no me rinda, he menester andar de un lado á otro. ¡Cinco días con

sus noches en acecho! ¡Bien nos amargan esta menguada porción de libertad y vida! Pero también cuando te tenga, Weislingen, ya lo pasaré mejor (Se escancia de beber). ¡Vacíemos el vaso!—¡Jorge!—Mientras no falten esto y el buen ánimo, ríome yo de la ambición y astucia de los príncipes. — ¡Jorge!—Enviad vuestro complaciente Weislingen á los parientes y compadres; pintadme con negros colores. ¡Adelante! Estoy alerta. Escapaste de mí, Obispo, y, por lo tanto, tu querido Weislingen tiene que pagar por ti.—¡Jorge!—¿No oye ese mozo?—¡Jorge! ¡Jorge!

EL PAJE.—(Trae puesta la coraza de un hombre.) ¡Monseñor!

GOETZ.—¿Dónde te metes? ¿Has dormido? ¿Qué endiablado disfraz te has puesto? Ven acá. Tienes buen aspecto. No te sonrojes, muchacho. Eres valiente. ¡Si te viniera bien! ¿Es la coraza de Juan?

JORGE.—Quiso dormir un poco y se la desabrochó.

GOETZ.—Es más cómodo que su señor.

JORGE.—No os enojéis. Yo se la fuí quitando con precaución y me la puse; tomé de la pared la vieja espada de mi padre, corrí al campo y la desenvainé.

GOETZ.—¿Y la esgrimiste á tu alrededor? Los setos y los espinos lo pasarían bien. ¿Duerme Juan?

JORGE.—Despertóse á vuestra voz y me gritó que llamabais. Quise quitarme la coraza, pero os oí dos veces, tres veces...

GOETZ.—¡Ve! Devuélvele su armadura y dile que se prepare y que atienda á los caballos.

JORGE.—Ya les he dado un buen pienso y les puse el freno: podéis montar cuando queráis.

GOETZ.—Tráeme un jarro de vino: da también un vaso á Juan, y dile que se despabile; ya es hora. Espero que mis escuchas llegarán de un momento á otro.

JORGE.—¡Ah, señor!

GOETZ.—¿Qué tienes?

JORGE.—¿No podré yo ir?

GOETZ.—Otra vez, Jorge, cuando apresemos mercaderes y detengamos coches.

JORGE.—¡Otra vez! ¡Eso lo habéis dicho muchas! ¡Oh, esta vez, esta!... Cabalgaré detrás, acecharé desviado, quiero recogeros las flechas perdidas.

GOETZ.—La próxima vez, Jorge. Antes has de tener jubón, casco y pica.

JORGE.—Llevadme con vos: si hubiese estado á vuestro lado la última vez, no habríais perdido la ballesta.

GOETZ.—¿Sabes tú eso?

JORGE.—La arrojasteis á la cabeza del enemigo; un soldado de infantería la recogió, y se ha perdido. ¿Veis como lo sé?

GOETZ.—¿Te cuentan eso mis hombres?

JORGE.—También yo les sirvo de mil maneras y les enseño canciones muy alegres mientras limpian los caballos.

GOETZ.—Eres un bravo muchacho.

JORGE.—Llevadme con vos para probároslo.

GOETZ.—La próxima vez: te doy mi palabra. Desarmado como te hallas, no puedes ir á pelear. Los tiem-

pos venideros, también necesitan hombres. Digote, muchacho, que será un tiempo caro. Los príncipes ofrecerán sus tesoros por un hombre de los que hoy desprecian. Ve, Jorge; devuelve á Juan su coraza y traeme vino. (Vase Jorge.) ¿Por dónde andarán mis gentes? Un fraile. ¿De dónde viene á estas horas?

FRAY MARTÍN llega.

GOETZ.—Reverendo Padre, buenas noches. ¿Cómo tan tarde? Hombre de santa paz, avergonzáis á muchos caballeros.

MARTÍN.—¡Gracias, noble señor! Y ante todo, si ha de haber títulos, yo no soy sino humilde hermano agustino por mi nombre de convento, aunque oigo con más gusto el de Martín, mi nombre de bautismo.

GOETZ.—Estáis cansado, hermano Martín, y sin duda sediento. (Entra Jorge.) Con oportunidad viene el vino.

MARTÍN.—Para mí, un sorbo de agua; no me atrevo á beber vino.

GOETZ.—¿Es voto?

MARTÍN.—No, ilustre señor; el beber vino no se opone á mis votos, pero como el vino es contrario á mis votos, por eso no lo bebo.

GOETZ.—No entiendo lo que decís.

MARTÍN.—Feliz vos, que no lo comprendéis. Comer y beber, tengo para mí que es la vida del hombre.

GOETZ.—Así es.

MARTÍN.—Después de comer y beber bien, estáis como

rejuvenecido; más fuerte, más animoso, más apto para vuestros negocios. El vino regocija el corazón del hombre, y la alegría es madre de todas las virtudes. Cuando habéis bebido vino, os sentís dos veces potente para todo lo que queréis, ligero para concebir, para emprender y para ejecutar.

GOETZ.—Así es la verdad, y eso me sucede.

MARTIN.—En ese sentido hablo. Pero nosotros...

(Jorge trae agua.)

GOETZ.—(Aparte á Jorge.) Ve al camino de Dachsbad, échate, y pon tu oído en tierra á fin de oír si vienen caballos: vuelve aquí en seguida.

MARTIN.—Pero cuando nosotros hemos comido y bebido, sucede que somos precisamente lo contrario de lo que debemos ser. La trabajosa digestión pone la cabeza en la misma disposición que el estómago, y la pesada somnolencia ocasiona deseos y excitaciones, más fuertes muchas veces que nuestros deberes.

GOETZ.—Un vaso, hermano Martín, no ha de turbar vuestro sueño; hoy habéis caminado mucho. (Se lo presenta.) ¡A la salud de los que combaten!

MARTIN.—¡Dios os oiga! (Chocan los vasos.) No puedo soportar las gentes holgazanas; y con esto, no quiero decir que todos los frailes sean holgazanes: hacen lo que pueden. Vengo de San Vito, donde dormí la noche pasada. El prior me llevó á la huerta, que es el sitio donde trabaja; excelente ensalada, coles á pedir de boca, y, sobre todo, coliflores y alcachofas como no las hay en Europa.

GOETZ.—Cosa que seguramente os importa poco. (Se levanta, mira si viene Jorge y vuelve.)

MARTÍN.—¡Pluguiese á Dios haberme hecho hortelano ó herrero! Podría ser feliz. Mi abad me quiere bien. Nuestro convento está en Erfurt, en Sajonia, y como sabe que no puedo estarme quieto, envíame á todas partes donde hay diligencias que hacer. Ahora voy á ver al obispo de Constanza.

GOETZ.—¡Otro trago! A vuestro feliz éxito.

MARTÍN.—Lo mismo os digo.

GOETZ.—¿Por qué me miráis así, hermano?

MARTÍN.—Estoy enamorado de vuestra armadura.

GOETZ.—¿Os gustaría tener una? Es pesada y difícil de llevar.

MARTÍN.—¿Qué no es difícil en este mundo! A mí nada me parece más difícil que no osar ser hombre. Pobreza, castidad y obediencia. Tres votos, cada uno de los cuales, considerado aisladamente, parece lo más contrario á la Naturaleza, y, todos juntos, insoportables. ¡Y tener que jadear toda la vida bajo esta carga ó bajo el peso mucho más grave del remordimiento! ¡Oh, señor! ¿Qué son las fatigas de vuestra vida en comparación de las miserias de un estado, el cual, por un deseo mal entendido de acercarse á Dios, condena nuestros mejores impulsos, aquellos en virtud de los cuales nacemos, crecemos y prosperamos?

GOETZ.—Si no fueran vuestros votos tan sagrados, os aconsejaría que vistieseis una armadura, os daría un caballo y nos iríamos juntos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1976 1625 MONTERREY, MEXICO

MARTÍN.—¡Ojalá tuviesen mis hombros resistencia para soportar una cota de malla, y mi brazo fuerza para derribar á un enemigo del caballo! ¡Pobre flaca mano, de antiguo acostumbrada á llevar la cruz y la bandera de paz, y á balancear el incensario! ¿Cómo habías de manejar lanza y espada? Mi voz, templada sólo para el Ave y el Aleluya, sería para el enemigo heraldo de mi flaqueza, mientras la vuestra lo pondrá en fuga. A no ser por esto, ningún voto me impediría volver á la orden que el mismo Creador ha fundado.

GOETZ.—¡A vuestro feliz retorno!

MARTÍN.—Ésto lo bebo sólo por vos. Mi retorno á la jaula es siempre desdichado. Vos, señor, cuando volvéis al abrigo de vuestras murallas, con la conciencia de vuestro valor y de vuestra fuerza, que ningún cansancio es capaz de empecer; y por primera vez, después de largo tiempo, seguro de enemigas sorpresas, desnudo de vuestras armas, os tendéis en vuestro lecho, esperando un sueño que os sabrá mejor que á mí el beber después de sed prolongada, vos, señor, podéis entonces hablar de dicha.

GOETZ.—Eso me sucede raras veces.

MARTÍN.—(Más animado.) Y es, cuando sucede, gusto anticipado del cielo. Al retorno de una salida, cargado con el botín de vuestros enemigos, recordando: «á aquél lo desazoné antes de que pudiese tirar; á aquél otro lo eché á tierra con su caballo»... y luego subir cabalgando á vuestro castillo, y...

GOETZ.—¿Y qué?

MARTIN.—¡Y vuestras mujeres! (Se echa de beber.) ¡A la salud de vuestra esposa! (Se limpia los ojos.) ¿La tenéis, sin duda?

GOETZ.—¡Una noble y excelente mujer!

MARTÍN.—¡Feliz el que tiene una mujer virtuosa! Tiene doble vida. Yo no conozco ninguna mujer, y sin embargo, la mujer fué la corona de la creación.

GOETZ.—(Aparte.) Me da lástima; el sentimiento de su estado le roe el corazón.

JORGE.—(Llega corriendo.)—¡Señor! ¡Oigo galopar de caballos! ¡Dos! Seguramente son ellos.

GOETZ.—Saca mi caballo y que monte Juan. Adiós, caro hermano. ¡Dios os acompañe! Sed animoso y paciente; Dios os ayudará.

MARTÍN.—Vuestro nombre, os lo ruego.

GOETZ.—Dispensadme. ¡Adios! (Le alarga la mano izquierda.)

MARTIN.—¿Por qué me dais la mano izquierda? ¿No soy digno de estrechar la diestra de un caballero?

GOETZ.—Aunque fueseis el Emperador, tendríais que contentaros con esta. Mi mano derecha no es para la guerra inútil, pero sí insensible á la presión de la amistad; mano y guantelete forman una sola pieza; mirad, es de hierro.

MARTIN.—¿Entonces, sois Goetz de Berlichingen? ¡Gracias, Dios mío, porque me has permitido conocer á este hombre que los príncipes detestan y á quien acuden los oprimidos! (Cógele la mano derecha.) ¡Dejadme, dejadme que bese esta mano!

GOETZ.—De ningún modo.

MARTÍN.—¡Dejadme! ¡Oh, tú, más meritoria que mano de reliquia por la cual ha circulado sangre santa; instrumento muerto y vivificado por la confianza del más noble espíritu en su Dios!...

(Goetz se pone el yelmo y empuña la lanza).

MARTÍN.—Hace años estuvo con nosotros un fraile que os visitó cuando recibisteis ese tiro delante de Landshut. Contábanos lo que habíais sufrido y cuán doloroso os era quedar inútil para el ejercicio de vuestra profesión, y cómo se os vino á la memoria haber oído hablar de un hombre que tampoco tenía más que una mano, y, sin embargo, sirvió largo tiempo como valeroso caballero. ¡Jamás olvidaré!...

(Llegan los dos hombres de armas de Berlichingen. Acércase Goetz á ellos y les habla en secreto.)

MARTÍN.—(Continúa mientras tanto hablando.) Jamás olvidaré, cómo en su nobilísima y sencilla confianza en Dios, decía: «Y aunque tuviese doce manos, si tú me negases tu gracia, ¿de qué me aprovecharían? Así, bien puedo con una sola»...

GOETZ.—Conque, en el bosque de Haslach (vuelvese á Martín), Estimado hermano Martín. ¡Con Dios quedad! (Le besa.)

MARTÍN.—No me olvidéis, como yo nos os olvidaré nunca (Vase Goetz.) ¡Qué emoción sentí al verle; no hablaba, y, sin embargo, mi espíritu adivinó el suyo. ¡Es un deleite contemplar á un grande hombre!

JORGE.—Reverendo Padre, ¿dormireis aquí?

MARTÍN.—¿Habría una cama?

JORGE.—No, Padre; las camas sólo las conozco de oídas; en nuestro hospedaje no hay sino paja.

MARTÍN.—Buena es también. ¿Cómo te llamas?

JORGE.—Jorge, reverendo Padre.

MARTÍN.—Tienes un patrón muy valeroso.

JORGE.—Dicen que fué caballero; yo quiero serlo también.

MARTÍN.—Espera. (Saca un libro de oraciones y da una estampa al joven.) ¡Ahí lo tienes! Sigue su ejemplo; sé valiente y teme á Dios. (Vase.)

JORGE.—(Mirando la estampa.) ¡Hermoso caballo blanco! ¡Si algún día tuviese uno igual! ¡Y su armadura de oro!—Este es un dragón horrendo. Yo por ahora tiro á los gorriones. ¡San Jorge! hazme grande y fuerte, dame una lanza como ésta, armadura y caballo, y que vengan dragones.

Yaxthausen, Castillo de Goetz.

ISABEL, MARÍA, CARLOS, niño, hijo de Goetz é Isabel.

CARLOS.—Te pido, tía querida, que me vuelvas á contar el cuento de aquel niño bueno; ¡es tan bonito!

MARÍA.—Cuéntamelo tu á mí, picarillo; así sabré si pones atención.

CARLOS.—Espera; voy á recordar.—Una vez era... sí... Una vez era un niño y su madre estaba enferma; entonces el niño fué...

MARÍA.—No es así; la madre le dijo: «Querido niño...

CARLOS.—Estoy enferma...

MARÍA.—Y no puedo salir...

CARLOS.—Y le dió dinero, diciéndole: «Ve, cómprate de almorzar. Entonces vino un pobre...

MARÍA.—Entonces salió y encontró un anciano que era... ¿A ver, Carlos?

CARLOS.—Que era... viejo.

MARÍA.—¡Indudablemente! Que apenas podía andar, y dijo: «Querido niño...

CARLOS.—Dame algo; no he comido pan ni ayer ni hoy.» Entonces el niño le dió el dinero...

MARÍA.—Que había de ser para su almuerzo.

CARLOS.—Y dijo el viejo...

MARÍA.—Y el viejo cogió al niño.

CARLOS.—Por la mano, y dijo... y se volvió un santo hermoso y resplandeciente, y dijo: «Querido niño...

MARÍA.—La madre de Dios te recompensa, por conducto mío, de tu obra benéfica; cualquier enfermo que toques...

CARLOS.—Con la mano... ¿era la derecha, creo?

MARÍA.—Sí.

CARLOS.—Quedará al momento sano.

MARÍA.—Y el niño corrió á su casa, y de alegría no podía hablar.

CARLOS.—Y se echó al cuello de su madre llorando de alegría.

MARÍA.—Entonces dijo la madre: «¿Qué me pasa?» y quedó... ¡Vamos Carlos!

CARLOS.—Y quedó... y quedó...

MARIA.—¡Ya no pones atención!... Y quedó curada. Y el niño curó reyes y emperadores, y se hizo tan rico que construyó un gran monasterio.

ISABEL.—No puedo imaginar dónde se halla mi señor. Cinco días ya, y cinco noches que está fuera, cuando esperaba dar tan pronto el golpe.

MARIA.—¡Yo estoy angustiada! Si hubiese de casarme con un hombre que se expusiese así siempre al peligro, me moriría el primer año.

ISABEL.—Por eso doy gracias á Dios de haberme hecho más fuerte.

CARLOS.—¿Pero es necesario que mi padre salga á caballo si es tan peligroso?

MARIA.—Esa es su voluntad.

ISABEL.—Es necesario, querido Carlos.

CARLOS.—¿Por qué?

ISABEL.—¿Recuerdas la última vez que salió cuando te trajo pan blanco?

CARLOS.—¿Me lo volverá á traer?

ISABEL.—Así lo creo. Mira: había un sastre de Stuttgart, excelente balletero que ganó el premio del tiro en Colonia.

CARLOS.—¿Era mucho?

ISABEL.—Cien escudos. Y después no querían pagarlos.

MARIA.—¿No es verdad que eso es feo, Carlos?

CARLOS.—¡Qué malos!

ISABEL.—Entonces el sastre vino á buscar á tu padre y rogóle le ayudase á conseguir su dinero. Y él montó

á caballo y salió y cogió á los de Colonia un par de mercaderes, castigándolos hasta que soltaron el dinero. ¿No hubieras tu salido también en este caso?

CARLOS.—No, porque hay que pasar por un bosque espeso, espeso, donde hay gitanos y brujas.

ISABEL.—¡Vaya un niño que se asusta de las brujas!

MARÍA.—Harás bien, Carlos, en vivir algún día en castillo como caballero piadoso y cristiano. Ocasión se encuentra, sobrada, de hacer el bien, en los propios dominios. Los caballeros mejor intencionados y más probos, cometen más injusticias que justicia hacen en sus correrías.

ISABEL.—Hermana; no sabes lo que dices. Quiera Dios que nuestro muchacho sea con el tiempo más bravo y no se asemeje á Weislingen, que tan deslealmente se porta con mi marido.

MARÍA.—No podemos juzgar, Isabel. Mi hermano está muy irritado; tu también. Yo, en definitiva, estoy menos interesada en todo este asunto, y puedo ser más justa.

ISABEL.—No tiene disculpa.

MARÍA.—Cuanto de él he oído, me predispone en su favor. ¿No nos cuenta de él tu mismo marido mil cosas buenas, y lo felices que fueron en su juventud, cuando los dos eran pajes del Margrave?

ISABEL.—Sea lo que quiera, dime si puede ser bueno un hombre que arma asechanzas á su mejor, á su más leal amigo; que vende sus servicios á los enemigos de mi marido, y que trata de impresionar mal á nuestro

excelente Emperador, que es para nosotros tan bondadoso, presentándole las cosas falseadas y de manera contraria á la realidad.

CARLOS.—¡Mi padre! ¡Mi padre! El centinela de la torre toca su fagina. ¡Viva! ¡Abrid la puerta grande!

ISABEL.—Trae botín.

Llega un MESNADERO.

MESNADERO.—Hemos cazado; ¡traemos prisioneros! Dios os bendiga, nobles señoras.

ISABEL.—¿Cogisteis á Weislingen?

MESNADERO.—A él y á tres ginetes.

ISABEL.—¿Cómo habéis estado tanto tiempo fuera?

MESNADERO.—No acababa de llegar, y sin embargo, sabíamos que estaba en camino. Nosotros esperábamos en acecho entre Nuremberg y Bamberg, hasta que nos informamos que había ido por otro lado, y estaba tranquilamente con el conde de Schwarzemberg.

ISABEL.—¿A quien también querría enemistar con mi marido?

MESNADERO.—Eso mismo dije yo á mi señor. ¡A caballo y á escape al bosque de Haslach! Y ¡ved que cosa tan curiosa! Guardaba un pastor sus ovejas, cuando nosotros por la noche cabalgábamos á traves del bosque, y de repente cinco lobos cayeron sobre el rebaño dándose una hartada á satisfacción. Rióse mi señor y dijo: «Buena fortuna, compañeros; buena fortuna para todos y para nosotros también». Regocijémonos del buen

presagio; y de allí á poco llegó Weislingen con cuatro hombres.

MARIA.—¡El corazón me palpita!

MESNADERO.—Cumpliendo las órdenes de mi señor, mi compañero y yo nos enlazamos á él, que no parecía sino que juntos habíamos nacido; de tal suerte, que ni podía menearse ni revolverse. Mi señor y Juan acometieron á los otros y los cogieron prisioneros; uno se escapó.

ISABEL.—Impaciente estoy por verle. ¿Vendrán pronto?

MESNADERO.—Suben el valle; dentro de un cuarto de hora están aquí.

ISABEL.—Estará abatido.

MESNADERO.—Parece bastante taciturno.

MARIA.—Su vista me va á hacer daño.

ISABEL.—¡Ah! Voy á preparar la comida al momento; ¿todos traeréis hambre?

MESNADERO.—No poca.

ISABEL.—Toma la llave de la bodega y saca del mejor vino. Lo han merecido. (Vase.)

CARLOS.—Yo contigo, tía.

MARIA.—Ven, niño.

MESNADERO.—No será como su padre; sinó, vendría conmigo á la cuadra.

GOETZ, WEISLINGEN. Hombres de armas.

GOETZ.—(Poniendo su casco y su espada sobre la mesa.)
Desabrochadme la coraza y traedme la ropilla. Quiero

estar á mis anchas. Hablaste con mucha verdad, hermano Martín... Weislingen, nos habéis tenido sin aliento. (Weislingen no responde y se pasea de un lado á otro.)

GOETZ.—¡Animo! Vamos; desarmaos. ¿Dónde están vuestras ropas? Espero que nada se habrá perdido. (A uno de sus hombres.) Llamad á sus criados y abrid el equipaje; cuidad que nada se extravíe. También puedo prestaros ropa mía.

WEISLINGEN.—¡Bien estoy así! Me es igual.

GOETZ.—Podría daros una ropilla muy buena; verdad que solo es de lino. Me viene ya estrecha. Púsemela en las bodas de un señor, el Conde Palatino; precisamente cuando vuestro Obispo se encontró tanto conmigo. Quince días antes le había echado á pique los dos barcos en el Main. Con Francisco de Sickingen, subí la escalera de la posada del Ciervo, en Heidelberg. Antes de llegar á lo alto, hay una meseta rodeada de barandilla de hierro. Allí estaba el Obispo y dió la mano á Francisco, que iba delante, y también me la dió á mí, que venía detrás. Yo reí para mis adentros, y dirigiéndome al Landgrave de Hanau, que era un señor á quien yo quería mucho, le dije: «El Obispo me ha dado la mano; apuesto á que no me ha conocido.» Oyólo el Obispo, porque yo de propósito hablaba recio, y dirigiéndose altanero á nosotros, dijo: «Cierto; porque no os conocí, os dí la mano.» Entonces le dije: «Monseñor, bien advertí que no me conocíais, y por eso os la devuelvo». La ira puso el cuello del hombrecillo más colorado que cangrejo cocido y corrió á la cámara, á que-

jarse al conde palantino Luis y al príncipe de Nasau. Después nos hemos reído de aquéllas muchas veces.

WEISLINGEN.—Desearía que me dejaseis solo.

GOETZ.—¿Y por qué? Ruegoos que tengáis buen humor; estáis en mi poder, y no he de abusar de vos.

WEISLINGEN.—De eso no me curo, que es vuestro deber de caballero.

GOETZ.—Y ya sabéis que me es sagrado.

WEISLINGEN.—Estoy prisionero; lo demás no me importa.

GOETZ.—No deberíais hablar así. Si tuviérais que habéros las con príncipes que os sujetasen con cadenas en calabozos profundos, donde los centinelas tuviesen orden de ahuyentaros el sueño silbando...

(Escuderos traen ropa.—Weislingen pasea de un lado á otro.)

Entra CARLOS.

CARLOS.—Buenos días, padre.

GOETZ.—(Besándole.) Buenos días. ¿Cómo habéis pasado el tiempo?

CARLOS.—Muy bien, padre. Mi tía dice que soy muy listo.

GOETZ.—¡De veras!

CARLOS.—¿Me has traído algo?

GOETZ.—Esta vez no.

CARLOS.—He aprendido mucho.

GOETZ.—¡Hola!

CARLOS.—¿Quieres que te cuente la historia del niño bueno?

GOETZ. — Después de comer.

CARLOS. — Todavía sé otra cosa.

GOETZ. — ¿Qué es ello?

CARLOS. — Yaxthausen es una aldea con un castillo en el Yaxt; pertenece por herencia y propiedad, desde hace doscientos años, á los señores Berlichingen.

GOETZ. — ¿Conoces tú al señor de Berlichingen?

(Carlos le mira fijamente.)

GOETZ. — (Aparte). A fuerza de sabiduría no conoce á su padre. — ¿A quién pertenece Yaxthausen?

CARLOS. — Yaxthausen es una aldea con un castillo en el Yaxt.

GOETZ. — No te pregunto eso. Yo conocía todos los senderos, caminos y vados antes de saber cómo se llamaban, río, aldea y castillo. ¿Está tu madre en la cocina?

CARLOS. — Sí, padre; prepara nabos y un cordero asado.

GOETZ. — ¿También sabes eso, maestro cocinero?

CARLOS. — Y para dármele de postre, está asando mi tía una manzana.

GOETZ. — ¿No la puedes comer cruda?

CARLOS. — Así sabe mejor.

GOETZ. — Siempre has de tener de esos apartijos. — Weisingen, soy con vos al momento; justo es que vea á mi mujer. Carlos, ven conmigo.

CARLOS. — ¿Quién es ese hombre?

GOETZ. — Salúdale; pídele que se ponga alegre.

CARLOS. — (Ofreciéndole la mano.) Choca y alégrate, que la comida pronto estará lista.

WEISLINGEN.—(Lo levanta en alto y lo besa.) ¡Niño dichoso que no conoces otro mal sino el de la tardanza en traer la sopa! ¡Dios os colme de ventura con este chico, Berlichingen!

GOETZ.—Donde hay mucha luz hay mucha sombra. Sin embargo, sería mi felicidad. ¡Veremos! (Se van.)

WEISLINGEN.—¡Oh! ¡Si despertase y viese que todo fué un sueño! ¡En poder de Berlichingen, del cual apenas había logrado librarme, cuyo pensamiento evitaba como el fuego; á quien esperaba someter! Y él, el viejo y leal Goetz, ¡Dios santo! ¡Qué resultará de todo esto! ¡Adalberto, estás de nuevo en la sala donde jugabais de muchachos, cuando le querías y estabas unido á él como á tu propia alma! ¿Quién puede estar cerca de él y aborrecerle? ¡Ah! ¡Yo aquí nada soy! ¡Pasasteis, tiempos felices, aquellos en que el viejo Berlichingen se sentaba al lado de la chimenea y nosotros jugábamos á su alrededor y nos amábamos como aman los ángeles! ¡Qué disgustados estarán el Obispo y mis amigos! Bien sé que todo el país lamentará mi desgracia. ¡Pero qué importa! ¿Pueden darme lo que yo deseo?

GOETZ.—(Con una botella de vino y vasos.) Mientras disponen la comida, beberemos un trago. Venid; sentaos, y estad como en vuestra casa. Pensad que volvéis á vivir con Goetz. ¡No hemos estado poco tiempo sin comer juntos, sin vaciar juntos una botella! (Bebe á su salud.) Vamos, alegraos.

WEISLINGEN.—Aquellos tiempos pasaron.

GOETZ.—¡No lo permita Dios! Verdad es que no volveremos á encontrar días más placenteros que aquellos de la corte del Margrave, cuando juntos dormíamos y juntos correteábamos. Con alegría recuerdo yo mi juventud. ¿Os acordáis qué pelea armé con aquel polaco cuyos cabellos rizados y engomados aplasté con el brazo por casualidad?

WEISLINGEN.—En la mesa fué, y os atacó con el cuchillo.

GOETZ.—Y yo también le sacudí de firme, por cuyo motivo os enemistasteis vos con su camarada. Siempre nos ayudábamos como buenos y esforzados jóvenes, y todos lo sabían. (Le escancia y bebe.) ¡Castor y Pollux! Mi corazón se alegraba siempre que nos llamaba así el Margrave.

WEISLINGEN.—El Obispo de Würzburgo empezó á decirnoslo.

GOETZ.—Era un señor muy sabio y al mismo tiempo muy afable. Me acordaré de él mientras viva. ¡Cómo nos acariciaba y alababa nuestra unión, estimando feliz al hombre que es un hermano gemelo para su amigo!

WEISLINGEN.—¡No hablemos más de eso!

GOETZ.—¿Por qué no? Después del trabajo, nada encuentro más agradable que los recuerdos del pasado. Verdaderamente, ¡cuando reflexiono cómo llevábamos juntos pesares y alegrías y éramos todo el uno para el otro, y cómo en aquel entonces creía yo que siempre había de ser lo mismo! ¿No era eso todo mi consuelo cuando perdí esta mano delante de Landshut y tú me

cuidaste con más solicitud que un hermano? Yo esperaba que Adelberto sería en lo porvenir mi mano derecha, y ahora...

WEISLINGEN.—¡Oh!

GOETZ.—Si me hubieses seguido cuando quería llevarte conmigo al Brabante, todo hubiera permanecido bien. Pero retúvotela desdichada vida de corte y la ociosidad y tu afición á las mujeres. Siempre te lo reprochaba cuando ibas de francachela con aquellas buenas piezas y les hablabas de matrimonios desavenidos, de muchachas seducidas, de la aspereza de la piel de alguna, de cosas por el estilo que con tanto gusto oyen; siempre te decía: Adelberto, te vas á hacer un perdido.

WEISLINGEN.—¿Y á qué viene todo eso?

GOETZ.—¡Quisiera Dios que pudiese yo olvidarlo ó que fuese de otro modo! ¿No naciste tan libre, tan noble como el que más en Alemania, independiente, súbdito sólo del Emperador? ¡Y vas á inclinarte ante vasallos! ¿Qué te da el Obispo? ¡Porque es tu vecino y puede hostigarte! ¿Acaso no tienes brazos y amigos para hostigarle también? Desconoces el valor de un caballero libre, que sólo depende de Dios, de su Emperador y de sí mismo. ¡Te rebajas hasta ser el primer criado de un clérigo obstinado y envidioso!

WEISLINGEN.—Déjame hablar.

GOETZ.—¿Qué tienes que decir?

WEISLINGEN.—Tú miras á los príncipes como el lobo á los pastores, y, sin embargo, no tienes derecho á inju-

riarlos porque guardan lo mejor que pueden sus gentes y sus Estados. ¿Están acaso seguros ni un momento contra los malos caballeros, que asaltan á sus súbditos en todos los caminos y entran á saco sus pueblos y sus castillos? Por otra parte, si los dominios de nuestro amado Emperador están expuestos á los ataques de su eterno enemigo; si los Estados á quienes pide auxilio apenas pueden defender su vida, ¿no es justo el espíritu que aconseja pensar en los medios de pacificar la Alemania, administrar justicia y establecer el derecho para que todos, grandes y pequeños, gocen de las ventajas de la paz? ¡Y nos vituperas, Berlichingen, porque teniendo cerca esta protección nos escudamos de ella, mientras la Majestad lejana apenas puede valerse á sí misma!

Goetz.—¡Sí, sí! ¡Entiendo, Weislingen! Si los príncipes fuesen como los pintáis, todos tendríamos lo que apetecemos: paz y tranquilidad. ¡Ya lo creo; es lo que piden todas las aves de rapiña para devorar su presa sosegadamente! ¡El bien de todos! ¡Como no tuviesen otros motivos de echar canas!... Con vuestro Emperador juegan de un modo indecente. Como él tiene las mejores intenciones y quisiera reformar el Estado, cada día sale un nuevo remienda-calderos que propone tal y tal cosa. El amo comprende pronto cómo puede, sólo con hablar, poner muchos brazos en movimiento; figúrasele que con la misma facilidad y prontitud se hacen las cosas y se les da cima. De aquí el salir ordenanza sobre ordenanza que se olvidan una después de otra.

Los príncipes se forman un baluarte con las que pueden servirles para sus negocios particulares, y hablan magníficamente de la tranquilidad y de la seguridad del Imperio hasta que tienen á los pequeños debajo de sus pies. Juraría que más de uno da gracias á Dios en su corazón porque el turco tiene en jaque al Emperador.

WEISLINGEN.—Eso lo veis desde vuestro punto, de vista.

GOETZ.—Cada cual hace otro tanto. La cuestión es saber de qué lado están la luz y la justicia, y por lo menos vuestras veredas detestan la claridad.

WEISLINGEN.—Podéis hablar como gustéis, porque yo soy el prisionero.

GOETZ.—Si vuestra conciencia está limpia, libre sois. Pero, ¿qué se ha hecho de aquella paz pública? Me acuerdo todavía que tenía yo dieciséis años cuando acompañé al Margrave á la Dieta. ¡Lo que charlaron aquellos príncipes! Los obispos eran los peores. Vuestro Obispo aturdió los oídos del Emperador, como si por arte maravillosa tomase á pechos la justicia. Y ahora, cuando nuestras querellas están apaciguadas; cuando en nada malo pensaba, me atropella un vasallo. ¿No estaba todo arreglado entre nosotros? ¿Para qué quiere á ese hombre?

WEISLINGEN.—Ocurrió sin su conocimiento.

GOETZ.—Entonces, ¿por qué no lo suelta?

WEISLINGEN.—Porque no se portó como debía.

GOETZ.—¿Que no se portó como debía? ¡Por mi alma! ¡Sí, se portó como debía! Tan cierto, como preso está

con vuestro conocimiento y el del Obispo. ¿Os figuráis que vengo hoy al mundo por primera vez y que no veo adónde todo esto va á parar?

WEISLINGEN.—Sois desconfiado y no nos hacéis justicia.

GOETZ.—Weislingen; ¿debo hablar francamente y sin rodeos? Soy para vosotros, por muy pequeño que yo sea, una espina en el ojo, y Sickingen y Selbitz no lo son menos, estando, como estamos, firmemente decididos á morir antes que agradecer á nadie el aire que respiramos más que á Dios, ni prestar nuestra lealtad y nuestro servicio más que al Emperador. Por esta razón me andan buscando las vueltas, me pintan con negros colores á Su Majestad, y á sus amigos, y á mis vecinos, y espían la ocasión de tener ventaja sobre mí. Quieren quitarme de en medio por cualquier modo que sea. Cogen prisionero á mi vasallo porque lo envié á la descubierta; no se porta como debiera porque no me vende á vosotros. ¡Y tú, Weislingen, eres instrumento de ellos!

WEISLINGEN.—¡Berlichingen!

GOETZ.—No hablemos más de esto; soy enemigo de explicaciones; engaña uno al otro ó se engaña á sí mismo, y la mayor parte de las veces á los dos.

CARLOS.—¡A la mesa, padre!

GOETZ.—¡Alegre mensajero! ¡Vamos; espero que mis mujeres os pondrán de buen humor. En otro tiempo érais el niño mimado; las damas tenían siempre que hablar de vos. ¡Vamos! (Se van).

Comedor en el palacio del Obispo de Bamberg.

OBISPO DE BAMBERG, ABAD DE FULDA, OLEARIUS, LIEBETRAUT, CORTESANOS. (Sentados á la mesa.—Traen los postres y grandes copas.)

OBISPO.—¿Estudian en Bolonia actualmente muchos alemanes de la nobleza?

OLEARIUS.—De la nobleza y de la burguesía; y, sin que sea vanagloria, son los que se llevan la palma. En la Academia ya es proverbio decir: tan aplicado como un alemán noble; pues empleando los burgueses una aplicación honrosa para suplir con ella la falta de linaje, esfuérganse aquéllos, con mayor emulación de gloria, en realzar, por brillantes méritos, la dignidad de su nacimiento.

ABAD.—¡Ah!

LIEBETRAUT.—¡Vivir para ver! ¡Tan aplicado como un noble alemán! ¡En mi vida había oído eso!

OLEARIUS.—Sí; son la admiración de toda la Academia. Por lo menos algunos de los más antiguos y de los más hábiles, saldrán doctores. El Emperador se alegrará de poder proveer en ellos los primeros puestos.

OBISPO.—¡No puede menos de ser así!

ABAD.—¿Conocéis por casualidad un hidalgo?... Es de Hesse.

OLEARIUS.—Hay muchos de Hesse.

ABAD.—Se llama... es... ¿No os hacéis cargo? Su madre era una de... Su padre sólo tenía un ojo... y era general.

OLEARIUS.—¿De Wildenholz?

ABAD.—Eso es, Wildenholz.

OLEARIUS.—Le conozco muy bien; un joven de mucho talento. Celebrado particularmente por su fuerza en la argumentación.

ABAD.—Eso le viene de su madre.

LIEBETRAUT.—Nunca la elogió su marido por ese mérito.

OBISPO.—¿Cómo decís que se llamó el Emperador que escribió vuestro *Corpus Juris*?

OLEARIUS.—Justiniano.

OBISPO.—Excelente señor. ¡Á su salud!

OLEARIUS.—¡Á su memoria! (Beben.)

ABAD.—Debe ser hermoso libro.

OLEARIUS.—Bien podría llamársele el libro de todos los libros, colección de todas las leyes; para cada caso, la sentencia preparada; y lo dudoso ú obscuro remediándolo las glosas con que los hombres más sabios han ilustrado esta obra por excelencia.

ABAD.—¡Colección de todas las leyes! ¡Pardiez! Entonces también estarán los diez mandamientos.

OLEARIUS.—*Implicite* sí, pero no *explicite*.

ABAD.—Eso es pura y simplemente lo que yo quería decir.

OBISPO.—Y lo más hermoso es, como decís, eso de que pueda vivir tranquilo y seguro el Reino que lo haya adoptado y por él se rija.

OLEARIUS.—Sin duda alguna.

OBISPO.—¡A la salud de todos los *doctores juris*!

OLEARIUS.—¡Y á mi cuenta el publicarlo! ¡Pluguiese á Dios que hablasen así en mi patria!

ABAD.—¿De dónde sois, señor sapientísimo?

OLEARIUS.—De Francfort, sobre el Mein, para servir á vuestra eminencia.

OBISPO.—¿No estáis bien mirados allí los doctores? ¿Por qué causa?

OLEARIUS.—¡Es bastante singular! Yo fui á recoger la herencia de mi padre y el pueblo me apedreó cuando oyó que era jurista.

ABAD.—¡Dios nós libre!

OLEARIUS.—Pero esto nace de lo siguiente: El tribunal de los regidores, que goza mucho crédito, está compuesto de personas de viso, que por completo desconocen el derecho romano. Creen que es suficiente adquirir, por la edad y la experiencia, el conocimiento claro del estado interno y exterior de la ciudad. De suerte que los burgueses y el vecindario son juzgados por antiguas costumbres y pocos estatutos.

ABAD.—Eso está bien.

OLEARIUS.—Pero ni con mucho es bastante. La vida del hombre es corta, y en una generación no se presentan todos los casos. Nuestro Código es una colección de todos los que ocurrieron durante muchos siglos. Además, la voluntad y la opinión del hombre son mudables. A éste le parece hoy justo lo que mañana aparece injusto al otro, y de tal suerte la confusión y la injusticia son inevitables. Todo esto lo ajustan las leyes, y las leyes son inmutables.

ABAD.—Realmente eso es mejor.

OLEARIUS.—Pero no lo reconoce el pueblo, que, siendo tan ansioso de novedades, detesta hasta más no poder todo lo nuevo que lo saca de sus carriles, aunque sea para gran mejora suya. Mira tan mal á un jurista, como si fuera un embrollón del Estado, un corta-bolsas, y pónese furioso cuando alguno intenta establecerse allí.

LIEBETRAUT.—¿Sois de Francfort? Yo conozco aquéllo mucho. Cuando la coronación del emperador Maximiliano brindamos grandemente á la salud de vuestros novios. ¿Vuestro nombre es Olearius? No conozco á ninguno que se llame así.

OLEARIUS.—Mi padre se llamaba Oelmann (1), mas, para evitar el equívoco en la portada de mis obras latinas, póngome el nombre, siguiendo el ejemplo y el consejo de sabios legistas, de Olearius.

LIEBETRAUT.—Habéis hecho bien en traduciros; nadie es profeta en su tierra paterna, y eso pudiera ocurrirnos con vuestra lengua materna.

OLEARIUS.—No fué por esa razón.

LIEBETRAUT.—Todas las cosas tienen dos razones.

ABAD.—¡Nadie es profeta en su patria!

LIEBETRAUT.—¿Y sabéis por qué, ilustrísimo señor?

ABAD.—Porque nació y se crió en ella.

LIEBETRAUT.—Bueno; esa puede ser una de las razones; la otra es porque cuando se ve de cerca á estos se-

(1) *Oelmann* significa prensador de aceitunas.

29369

ñores, desaparece el nimbo de dignidad y santidad que nebulosa lontananza finge alrededor de ellos, y se ve que no procede de otra cosa sino de cabos de vela.

OLEARIUS.—Parece que tenéis por oficio decir verdades.

LIEBETRAUT.—Como además tengo corazón para sostenerlas, no me faltan en la boca.

OLEARIUS.—Pero fáltaos el ingenio para aplicarlas.

LIEBETRAUT.—Las ventosas siempre están bien aplicadas cuando prenden.

OLEARIUS.—A los bañeros se les conoce por el mandil y nada se les toma á mal en su oficio. Por precaución haríais bien en poneros un gorro con cascabeles.

LIEBETRAUT.—¿Dónde os habéis hecho doctor? Os lo pregunto para ir desde luego á tan buena fragua, si alguna vez me da ese capricho.

OLEARIUS.—Sois muy osado.

LIEBETRAUT.—¡Y vos imponente! (EL OBISPO y el ABAD rien.)

OBISPO.—Hablemos de otra cosa. No hay que enfadarse, señores; en la mesa todo pasa. Otro discurso, Liebetraut.

LIEBETRAUT.—Cerca de Francfort, del lado de allá del Mein, hay un sitio que se llama Sachsenhausen...

OLEARIUS.—(AL OBISPO.) ¿Qué se dice de la expedición contra los turcos, serenísimo señor?

OBISPO.—El Emperador considera de la mayor importancia pacificar ante todo el Imperio, apagar las contiendas intestinas y fortificar el prestigio de la justicia.

Después dícese que irá personalmente contra los enemigos del imperio y de la cristiandad. En la actualidad sus asuntos interiores le dan bastante quehacer, y el Imperio, á pesar de los cuarenta años de paz pública, sigue siendo una cueva de bandidos. Franconia, Suabia, el Alto Rhin y las tierras colindantes, son assoladas por insolentes y atrevidos caballeros. Sickingen, Selbitz el cojo, Berlichingen, el de la mano de hierro, desafían en estas comarcas la autoridad del Emperador.

ABAD.—Sí; como Su Majestad no ponga pronto mano en ello, acabaran esos tunos por meterle á uno en el saco.

LIEBETRAUT.—No sería mal mozo el que tratase de meter en saco la cuba de Fulda.

OBISPO.—El último, particularmente, es, desde hace muchos años, mi enemigo implacable y me molesta lo que no es decible. Pero esto no durará mucho tiempo; así lo espero. El Emperador tiene ahora su corte en Augsburgo. Ya hemos tomado nuestras medidas, y no fallarán. Señor doctor, ¿conoceis á Adelberto de Weislingen?

OLEARIUS.—No, eminentísimo señor.

OBISPO.—Si queréis esperar su llegada, os agradará ver en persona el caballero más noble, inteligente y agradable.

OLEARIUS.—¡Excelente hombre debe ser el que de tal boca tal loa merece!

LIEBETRAUT.—No estuvo en ninguna academia.

OBISPO.—Ya lo sabemos. (Los sirvientes corren á la ventana.) ¿Qué ocurre?

SIRVIENTE.—Acaba de entrar á caballo por la puerta del castillo Faerber, el escudero de Weislingen.

OBISPO.—Ve lo que trae: vendrá á anunciar...

(LIEBETRAUT sale: levántanse todos y beben otra vez.
LIEBETRAUT vuelve.)

OBISPO.—¿Qué noticias?

LIEBETRAUT.—Quisiera que os las diese otro: Weislingen ha caído prisionero.

OBISPO.—¡Oh!

LIEBETRAUT.—Berlichingen ha cogido cerca de Haslach á él y á tres de sus hombres; el cuarto ha escapado, y viene á deciroslo.

ABAD.—¡Mensaje de Job!

OLEARIUS.—Lo siento en el alma.

OBISPO.—Quiero ver al escudero; hazle subir.—Quiero hablarle en persona. Llévadle á mi gabinete. (Sale.)

ABAD.—(Sentándose) Otro trago. (Los criados sirven de beber.)

OLEARIUS.—¿No agradaría á vuestra reverencia dar un paseito por el jardín? *Post cœnam stabis, seu passus mille meabis.*

LIEBETRAUT.—Cierto; el estar sentado no os es saludable. Puede daros de nuevo el ataque.

(El abad se levanta.)

LIEBETRAUT.—Si consigo verlo fuera, yo me encargo de que haga ejercicio. (Salen.)

Yaxthausen.

MARÍA. WEISLINGEN.

MARÍA.—Decís que me amáis. Lo creo, y espero ser feliz con vos y haceros dichoso.

WEISLINGEN.—Lo único que yo sé es que soy tuyo por completo. (La besa.)

MARÍA.—¡Dejadme, por Dios! Os he permitido un beso en calidad de arras; pero parece que queréis tomar ya por derecho propio lo que sólo os pertenece condicionalmente.

WEISLINGEN.—María, sois demasiado severa: el amor inocente complace á la Divinidad, en vez de ofenderla.

MARÍA.—Puede ser, pero no me tranquilizan vuestras palabras. Me han enseñado que las caricias, como las cadenas, son fuertes porque se eslabonan, y las doncellas, cuando aman, son más débiles que Sansón después de perder sus cabellos.

WEISLINGEN.—¿Quién os enseñó eso?

MARÍA.—La abadesa de mi convento. Estuve al lado suyo hasta los diez y seis años, y sólo con vos siento la felicidad que gocé en su compañía. Ella podía hablar, porque había amado; ¡tenía el corazón en extremo sensible! Era una excelente mujer.

WEISLINGEN.—Entonces se parecía á ti. (Le coge la mano.) ¡Como voy á sufrir cuando tenga que dejarte!

MARÍA.—(Desprendiendo su mano). Un leve pesar, según creo; en cambio bien sé lo que á mí me pasará. ¿Pero es preciso que os marchéis?

WEISLINGEN.—Si, amada mía, y quiero marcharme, pues comprendo las felicidades que me asegura este sacrificio. Bendito sea tu hermano y el día que salió para hacerme prisionero.

MARIA.—Palpitaba su corazón con la esperanza de encontrarte. «¡Adiós! nos dijo al despedirse. ¡No descansaré hasta hallarle!»

WEISLINGEN.—Y así fué. ¡Cuánto desearía no haber descuidado la administración y seguridad de mis bienes en esa desastrosa vida de la corte! ¡Podrías al momento ser mía!

MARIA.—También el aplazamiento tiene su encanto.

WEISLINGEN.—No digas eso, María, porque me harías creer que sientes menos amor que yo. Sufro lo que he merecido. Pero, ¡cuántas esperanzas acompañarán cada uno de mis pasos! Ser enteramente tuyo; vivir sólo contigo y algunos amigos, alejado, separado del mundo, gozando de todas las delicias que al unirse se otorgan dos corazones. ¡Qué son el favor de los príncipes y los aplausos del mundo en comparación de esta dicha sencilla y única! ¡He esperado mucho, he deseado mucho, pero esto supera á todas mis esperanzas y á todos mis deseos!

Entra GOETZ.

GOETZ.—Vuestro escudero está de vuelta; apenas el cansancio y el hambre le permiten hablar. Mi mujer le está dando de comer. Según he podido comprender, el

Obispo no quiere soltar á mi vasallo; se nombrarán comisarios imperiales y señalarán un día para poner en claro el asunto. De cualquiera manera que sea, Adelberto, sois libre. Sólo pido vuestra mano como promesa de que en lo sucesivo no prestará abiertamente, ni en secreto, ayuda á mis enemigos.

WEISLINGEN.—La vuestra tomo, y reinen desde este momento entre nosotros, cual eterna ley de la naturaleza, amistad y confianza inalterables. Permitidme al mismo tiempo asegurar para mí esta otra mano (toma la de María), y con ella la posesión de la más noble de las mujeres.

GOETZ.—¿Puedo dar el sí por vos?

MARIA.—¿Dais el vuestro con el mío!...

GOETZ.—Por fortuna esta vez nuestros intereses están de acuerdo. No te pongas colorada; tus miradas son asaz significativas. Sí, Weislingen: daos las manos, y yo digo ¡Amen!... ¡Amigo y hermano mío!... ¡Hermana, te doy las gracias!... Ya hilas más que cáñamo, has sabido hilar un hilo para apresar esta ave del paraíso. No pareces satisfecho, Adelberto. ¿Qué te falta? Yo soy completamente feliz. La dicha que anhelaba, la veo ahora, y me parece un sueño. ¡Ah! Ahora me explico el de esta noche. Dábate yo mi mano derecha de hierro, y tanto me la apretabas, que la arrancaste del brazalete. Asustéme y desperté. A seguir soñando, vería que en su lugar me ponías otra viva. Ahora, es menester que partas para poner tu castillo y tus bienes en perfecto estado. Esa maldita vida de corte te ha hecho des-

cuidar uno y otros. Voy á llamar á mi mujer. ¡Isabel!

MARIA.—Mi hermano no cabe en sí de gozo.

WEISLINGEN.—Le desafio á que me gane.

GOETZ.—Vas á tener muy agradable residencia.

MARIA.—La Franconia es un hermoso país.

WEISLINGEN.—Y bien puedò decir que mi castillo está situado en su parte más hermosa y amena.

GOETZ.—Sí, puedes decirlo y yo doy fe. Corre el Mein, y á su lado se eleva, vestida de dorados viñedos, la montaña que vuestro castillo corona. Alrededor de su ángulo roquizo tuerce bruscamente el río, y la ventana de la sala grande está vertical sobre el agua, con una vista que se extiende á muchas millas.

Llega ISABEL.

ISABEL.—¿Qué hacéis?

GOETZ.—Ven tú también á dar tu mano y á decir «Dios os bendiga». Son esposos.

ISABEL.—¿Tan pronto?

GOETZ.—Pero no por sorpresa.

ISABEL.—¡Queredla siempre lo mismo que ahora y Dios os haga tan feliz cuanto fiel hayáis sido en amarla!

WEISLINGEN.—¡Amén! No pretendo la felicidad sino á ese título.

GOETZ.—El novio, querida esposa, hará un corto viaje, pues los cambios grandes traen muchos pequeños. En primer lugar, se alejará de la corte del Obispo para dejar enfriar poco á poco esta amistad: en seguida, sacará sus bienes de mano de arrendatarios ávi-

dos. En fin, vamos, hermana; vamos, Isabel. Dejémosle solo. Su paje tiene indudablemente encargos secretos para él.

WEISLINGEN.—Podéis oír cuanto me diga.

GOETZ.—No importa. ¡Franconia y Suabia! Ahora estáis mas hermanadas que nunca. ¡Cómo vamos á apretar las clavijas á esos príncipes!

(Se van los tres.)

WEISLINGEN.—¡Dios del cielo! ¿Has podido guardar para mí, indigno como soy, felicidad semejante? Esto es demasiado para mi corazón. ¡Yo, que dependía de hombres ruines á quienes creía dominar; de la mirada de los príncipes; de la obsequiosa aprobación general! Goetz, Goetz querido, me has devuelto la libertad, y tú, María, realizas mi transformación. Me siento libre, como en aire más puro. No volveré á Bamberg; cortaré todos los lazos vergonzosos que me sujetaban, rebajando mi dignidad. Mi corazón se ensancha; aquí no se trata de esfuerzos penosos hacia negadas grandezas. ¡Cuán verdad es que sólo es grande y feliz el que no tiene que mandar ni obedecer para ser algo!

FRANZ entrando.

FRANZ.—¡Dios os guarde, monseñor! Os traigo tantos saludos, que no sé por dónde comenzar. Bamberg y diez millas á la redonda repiten mil veces: ¡Dios os guarde!

WEISLINGEN.—Bienvenido, Franz. ¿Qué más traes?

FRANZ.—En la corte y en todas partes se os recuerda tanto, que no es para dicho.

WEISLINGEN.—No durará mucho tiempo.

FRANZ.—Mientras viváis, y después de vuestra muerte, brillará más clara que los letreros de metal en un sepulcro. ¡Cuán de corazón toman parte en vuestra desgracia!

WEISLINGEN.—¿Qué dijo el Obispo?

FRANZ.—Estaba tan ansioso de saber, que con la afanosa presteza de sus preguntas embarazaba mis respuestas. Verdad es que ya Faerber llevóle la noticia cuando se escapó de Haslach. Pero quería saberlo todo. ¡Preguntaba con tanta ansia si no estabais herido! Yo le dije: está intacto desde la punta de los cabellos hasta la uña del dedo meñique del pie.

WEISLINGEN.—¿Qué dijo respecto de las proposiciones?

FRANZ.—Al principio quería darlo todo por libraros, el hombre y dinero encima; pero al oír que sin necesidad de esto quedaríais libre, y que vuestra palabra respondía del vasallo, empeñóse en diferir el asunto para tratarlo con Berlichingen. Dijome para vos mil cosas que se me han olvidado. Un sermón sobre este tema: «No puedo estar sin Weislingen».

WEISLINGEN.—Pues tendrá que acostumbrarse.

FRANZ.—¿Cómo lo entendéis? Él me dijo: «Que se dé prisa, todo el mundo le espera».

WEISLINGEN.—¡Ya pueden esperar! ¡No voy á la corte!

FRANZ.—¿Que no vais á la corte, monseñor? ¿Cómo se os ocurre eso? ¡Si supierais lo que yo sé!... ¡Si pudieseis siquiera soñar lo que yo he visto!...

WEISLINGEN.—¿Qué te pasa?

FRANZ.—Sólo el mero recuerdo me pone fuera de mí. Bamberg ya no es Bamberg: un ángel en figura de mujer, lo ha convertido en pórtico del Paraíso.

WEISLINGEN.—¿Nada más?

FRANZ.—Consiento en hacerme fraile, si la veis y no perdéis los estribos.

WEISLINGEN.—¿Quién es?

FRANZ.—Adelaida de Walldorf.

WEISLINGEN.—¿Ella? Mucho he oído hablar de su belleza.

FRANZ.—¿Oído? Pues es igual que si dijerais he *visto* la música. Es tan imposible á la lengua expresar una sola de sus perfecciones, como insuficientes los ojos para contemplarlas todas.

WEISLINGEN.—No estás en tu juicio.

FRANZ.—Podrá ser muy bien. Al verla la última vez, perdí la cabeza como un borracho; ó mejor dicho, sentí en aquel momento lo que deben sentir los santos á la vista de las apariciones celestiales. Todos mis sentidos más fuertes, más elevados, más perfectos, pero sin poder hacer uso de ninguno.

WEISLINGEN.—¡Es raro!

FRANZ.—Cuando me despedí del Obispo, estaba ella sentada á su lado. Jugaban al ajedrez. El señor estuvo muy amable, me dió su mano á besar y me dijo mu-

chas cosas que no entendí. Porque yo miraba á su vecina, la cual tenía fija la vista en el tablero, como si meditase alguna gran jugada. ¡Qué expresión tan fina de atención en su boca y en sus mejillas! ¡Hubiera querido ser el rey de marfil! En su noble frente resplandecían la afabilidad y la dulzura. Sus negrísimos cabellos, realzaban la blancura deslumbradora de su rostro y de su seno.

WEISLINGEN.—Te has vuelto poeta de verdad.

FRANZ.—Es que siento en este momento lo que hace ser poeta; la plenitud de un sentimiento único en el corazón. Cuando el Obispo terminó y yo me incliné, miróme de frente y dijo: «Saludad también de mi parte al desconocido. Decidle que venga pronto. Le aguardan nuevos amigos que no debe despreciarlos, aunque tan rico sea en amigos viejos.» Quise contestarle, pero el paso del corazón á la lengua estaba obstruído; inclinéme. Hubiera dado todo mi haber por besar la punta de sus pequeños dedos. Estando así mudo, cayósele al Obispo un peón; bajéme para cogerlo, pero al alzarme toqué el borde de su vestido. Aquel contacto corrió por todos mis miembros, y no sé cómo pude salir por la puerta.

WEISLINGEN.—¿Está su marido en la corte?

FRANZ.—Enviudó hace cuatro meses. Ha ido á Bamberg para distraerse. Ya la veréis; su mirada, es como caricia del sol de primavera.

WEISLINGEN.—No me producirá tanta impresión.

FRANZ.—He oído que estáis casi casado.

WEISLINGEN. — ¡Ojalá lo estuviera! Mi dulce María hará la felicidad de mi vida. La bondad de su alma se refleja en sus ojos azules. Pura como un ángel de los cielos, formada de inocencia y amor, infunde en mi corazón la paz y á la dicha. Haz mi equipaje, y vamos pronto á mi castillo. No quiero ver á Bamberg, aunque San Vito en persona me lo pidiese. (Vase.)

FRANZ. — ¡No lo quiera Dios! ¡Esperemos algo mejor! María es amable y bella, y no censuraré yo á un prisionero y enfermo que se enamore de ella. En sus ojos hay consuelo, melancolía benévola; pero en torno tuyo, Adelaida, todo es vida, fuego, bravura! ¡Yo sería...! Soy un loco... ¡Así me ha puesto una mirada suya!... Mi señor irá; yo iré. Allí mirándola recobraré la razón ó la perderé por completo.

ACTO SEGUNDO

Sala en Bamberg.

OBISPO y ADELAIDA juegan al ajedrez.—LIEBETRAUT tañendo una guitarra.—DAMAS y CORTESANOS escuchándole en torno de la chimenea.

LIEBETRAUT. (Canta y toca.)

Con arco y con flechas
Volando Cupido
Su tea blandió,
Victorias buscando,
Tormentas celando,
La guerra emprendió
Va va
Ya ya
Los ojos ardiendo
Las armas crujiendo
Sus alas tendió.

¡Ay, Dios! indefensos,
Los pechos cogía:
Tómanlo en sus brazos
Todas á porfía;
Él dentro del fuego

Sus flechas lanzaba,
Y una le mecía
Y otra le besaba.
¡Hei ei ó! Popeyo (1).

ADELAIDA.—No, no atendéis al juego. ¡Jaque al rey!

OBISPO.—Todavía hay recursos.

ADELAIDA.—No os durarán mucho tiempo. ¡Jaque al rey!

LIEBETRAUT.—No jugaría yo este juego si fuere gran señor, y lo prohibiría en mi corte y en todo el país.

ADELAIDA.—Seguramente es piedra de toque para la inteligencia.

LIEBETRAUT.—¡No es por eso! Preferiría, turbado en lo más profundo del sueño, oír el sonido de la campana mortuoria y el chillido de los pájaros de mal agüero, y el ladrido del gruñón mastín de la conciencia, que en boca de corredores, de saltarines danzantes y otras bestias el eterno: ¡Jaque al rey!

OBISPO.—¿A quién se le ocurrirían estas cosas?

LIEBETRAUT.—A uno, pongo por caso, débil de carácter y fuerte de conciencia, cosas que las más de las veces se encuentran juntas. Llámánle juego real y dicen que fué inventado para un rey, el cual recompensó al inventor con un mar de riquezas. Si esto es verdad, paréceme estar viendo á ese rey, menor de edad ó de entendimiento, bajo la tutela de su madre ó de su mujer; de naciente barba, y unos mechones amarillos en

(1) Estribillo usado en baladas antiguas.

ACTO SEGUNDO

Sala en Bamberg.

OBISPO y ADELAIDA juegan al ajedrez.—LIEBETRAUT tañendo una guitarra.—DAMAS y CORTESANOS escuchándole en torno de la chimenea.

LIEBETRAUT. (Canta y toca.)

Con arco y con flechas
Volando Cupido
Su tea blandió,
Victorias buscando,
Tormentas celando,
La guerra emprendió
Va va
Ya ya
Los ojos ardiendo
Las armas crujiendo
Sus alas tendió.

¡Ay, Dios! indefensos,
Los pechos cogía:
Tómanlo en sus brazos
Todas á porfía;
Él dentro del fuego

Sus flechas lanzaba,

Y una le mecía

Y otra le besaba.

¡Hei ei ó! Popeyo (1).

ADELAIDA.—No, no atendéis al juego. ¡Jaque al rey!

OBISPO.—Todavía hay recursos.

ADELAIDA.—No os durarán mucho tiempo. ¡Jaque al rey!

LIEBETRAUT.—No jugaría yo este juego si fuere gran señor, y lo prohibiría en mi corte y en todo el país.

ADELAIDA.—Seguramente es piedra de toque para la inteligencia.

LIEBETRAUT.—¡No es por eso! Preferiría, turbado en lo más profundo del sueño, oír el sonido de la campana mortuoria y el chillido de los pájaros de mal agüero, y el ladrido del gruñón mastín de la conciencia, que en boca de corredores, de saltarines danzantes y otras bestias el eterno: ¡Jaque al rey!

OBISPO.—¿A quién se le ocurrirían estas cosas?

LIEBETRAUT.—A uno, pongo por caso, débil de carácter y fuerte de conciencia, cosas que las más de las veces se encuentran juntas. Llámánle juego real y dicen que fué inventado para un rey, el cual recompensó al inventor con un mar de riquezas. Si esto es verdad, pareceme estar viendo á ese rey, menor de edad ó de entendimiento, bajo la tutela de su madre ó de su mujer; de naciente barba, y unos mechones amarillos en

(1) Estribillo usado en baladas antiguas.

las sienes, flexible como el tallo de un mimbre, gustándole jugar á las damas y con las damas, no por afición, ¡Dios nos guarde! sino por pasatiempo. Su ayo, demasiado activo para sabio, demasiado intratable para hombre de mundo, inventó el juego *in usum Delphini*, que tan á propósito era para su Majestad, etc.

ADELAIDA.—¡Mate.....! Liebetraut, deberíais llenar las lagunas de nuestras crónicas. (Se levantan.)

LIEBETRAUT.—Las faltas de nuestra genealogía sería más provechoso. Desde que los méritos de nuestros antepasados sirven para el mismo uso que sus retratos, es decir, para los huecos de nuestras paredes y de nuestros caracteres, el oficio sería provechoso.

OBISPO.—¿Decíais que no quiere venir?

ADELAIDA.—No penséis ya en eso. Os lo ruego.

OBISPO.—¿Qué significará su negativa?

LIEBETRAUT.—¿Qué? Las causas se engarzan como cuentas de rosario. Ha caído en una especie de contrición, de la cual yo le curaría fácilmente.

OBISPO.—Hacedlo. Id en su busca.

LIEBETRAUT.—¿Mis poderes?

OBISPO.—Ilimitados. No perdones nada con tal de traérmelo.

LIEBETRAUT.—¿Puedo mezclaros también en el asunto, señora?

ADELAIDA.—Con discreción.

LIEBETRAUT.—Ese es un permiso muy vago, muy indeterminado.

ADELAIDA.—¿Me conocéis tan poco ó sois tan joven

que no sepáis en que tono debéis hablar de mí con Weislingen?

LIEBETRAUT.—En el tono de los reclamos de codornices, se me figura.

ADELAIDA.—¡Jamás seréis sensato!

LIEBETRAUT.—¿Acaso se llega á serlo, señora?

OBISPO.—¡Id! ¡id! ¡Coged el mejor caballo de mis caballerizas, elegid hombres, y traédme!

LIEBETRAUT.—Si no lo traigo por arte de magia, diré que cualquiera vieja que quita las verrugas y las pecas entiende más de simpatía que yo.

OBISPO.—¡Y de qué servirá! Berlichingen ha sabido cogerle; si viene querrá volverse á marchar.

LIEBETRAUT.—La cuestión no consiste en que quiera, sino en que pueda. ¡El apretón de manos de un príncipe y la sonrisa de una mujer hermosa! De esos lazos no hay Weislingen que se desate. Voyme en seguida y me recomiendo á vuestra gracia.

OBISPO.—¡Buen viaje!

ADELAIDA.—Adiós. (Se va Liebetraut.)

OBISPO.—Una vez que él esté aquí, confío en vos.

ADELAIDA.—¿Quereis que os sirva de anzuelo?

OBISPO.—¡No por cierto!

ADELAIDA.—¿De reclamo de pájaros entonces?

OBISPO.—No; eso lo hace Liebetraut. Por favor, no me neguéis lo que nadie más que vos puede proporcionarme.

ADELAIDA.—Veremos.

Jaxthausen.

JUAN DE SELBITZ. GOETZ.

SELBITZ.—Todo el mundo os aplaudirá por haber declarado la guerra á los de Nuremberg.

GOETZ.—Me desesperaba tardar en ajustarles las cuentas. Es cosa averiguada que fueron ellos quienes entregaron mi vasallo á los de Bamberg. ¡Se han de acordar de mí!

SELBITZ.—Tienen añejos rencores contra vos.

GOETZ.—Y yo contra ellos. Me agrada mucho que hayan comenzado.

SELBITZ.—Las ciudades imperiales y los clérigos, en todo tiempo se han aliado.

GOETZ.—Sus motivos tienen.

SELBITZ.—Necesitamos pegar duro.

GOETZ.—Contaba con vos. ¡Pluguiese al cielo que el Burgomaestre de Nuremberg, con su cadena de oro al cuello, cayese en nuestras redes! Con toda su agudeza, habíase de pasmar.

SELBITZ.—Oí que Weislingen vuelve á ser de vuestro partido. ¿Saldrá á reunirse con nosotros?

GOETZ.—Todavía no. Hay motivos para que no se atreva á prestarnos abiertamente ayuda; sin embargo, es suficiente que no esté en contra. El cura es sin él lo que la casulla sin el cura.

SELBITZ.—¿Cuándo salimos?

GOETZ.—Mañana ó pasado. Volverán pronto de la fe-

ria de Francfort mercaderes de Bamberg y Nuremberg. Haremos buena presa.

SELBITZ.—¡Quiéralo Dios! (Vanse.)

Bamberg.—Cámara de Adelaida.

ADELAIDA. CAMARERA.

ADELAIDA.—¿Que está aquí dices? Me cuesta trabajo crearlo.

CAMARERA.—Si no lo hubiese visto yo misma, diría: lo dudo.

ADELAIDA.—Bien puede el Obispo engarzar en oro á Liebetaut; ha llevado á cabo una obra maestra.

CAMARERA.—Yo lo vi cuando iba á entrar por la puerta del castillo; venía en un caballo blanco que se asustó al llegar al puente, y no quería moverse del sitio. Por todas las calles salía corriendo el pueblo á verle. Alegrábanse de la indocilidad del animal. Todo el mundo lo saludaba y él daba gracias á todos. Sereno y tranquilo manteníase sobre su caballo, al cual obligó al fin, con caricias y amenazas, á pasar la puerta, acompañado de Liebetaut y algunos escuderos.

ADELAIDA.—¿Te gusta?

CAMARERA.—Como pocos hombres me han gustado. Se parece al Emperador (Señalando el retrato de Maximiliano.) cual si fuera su hijo: sólo tiene la nariz algo más pequeña. Los mismos agradables ojos garzos, los mismos cabellos rubios, bien plantado como un figurín;

en su fisonomía una expresión de tristeza; un no sé qué... que me encanta.

ADELAIDA.—Estoy impaciente por verle.

CAMARERA.—Sería un buen marido para vos.

ADELAIDA.—Loca.

CAMARERA.—Los niños y los locos...

LIEBETRAUT entra.

LIEBETRAUT.—Y bien, Señora, ¿qué merezco?

ADELAIDA.—Cuernos de vuestra mujer; pues á juzgar por esto, habréis apartado de sus deberes, con vuestra charla, á la honrada esposa de más de un vecino.

LIEBETRAUT.—No, señora. Que la he vuelto á su deber, habréis querido decir; porque si eso hizo, mi charla fué sobre la cama de su marido.

ADELAIDA.—¿Qué hicisteis para traerlo?

LIEBETRAUT.—¡Demasiado sabéis cómo se cogen las becasas! ¿He de enseñaros además mis trampas? Primeramente me presenté como si nada supiese ni comprendiese de su conducta, y así le dejé la desventaja de contarme toda la historia. Esta la tomé desde un punto de vista completamente distinto: no podía *ver* como él, ni convenir con él, etc. Después hablé de Bamberg mil cosas, mezclado lo grande con lo chico; desperté ciertos recuerdos antiguos, y cuando tenía ya su imaginación preocupada, pude atar una porción de hilos que hallé rotos. No sabía lo que le pasaba; sentía nuevos impulsos de volver á Bamberg, y quería... sin querer. Penetrando en sí mismo, trataba el hombre de

aclarar sus deseos; pero, demasiado preocupado para estar sobre aviso, no advirtió que le echaba al cuello una cuerda formada por tres poderosos cabos: el favor de las mujeres, el favor de los príncipes y la adulación; con ella lo he arrastrado hasta aquí.

ADELAIDA.—¿Qué le dijisteis de mi?

LIEBETRAUT.—La pura verdad. Que teniais dificultades por causa de vuestros bienes y esperabais, gracias á su grande influencia con el Emperador, fácil arreglo del asunto.

ADELAIDA.—Bien.

LIEBETRAUT.—El Obispo os lo traerá.

ADELAIDA.—Les aguardo (véase Liebetraut) en una disposición de ánimo como á pocas visitas he aguardado.

El bosque de Spessart

GOETZ, SELBITZ, JORGE en traje de hombre de armas.

GOETZ.—¡No le has encontrado, Jorge!

JORGE.—Había salido la víspera para Bamberg con Liebetraut y dos escuderos.

GOETZ.—No veo á donde irá á parar esto.

SELBITZ.—Yo sí. Vuestra reconciliación fué demasiado pronta para ser duradera. Ese Liebetraut es un pillo astuto, y Weislingen se ha dejado engañar por él.

GOETZ.—¿Crees que violará nuestra alianza?

SELBITZ.—El primer paso está dado.

GOETZ.—No lo creo. Acaso necesitaba ir á la corte. Débenle todavía dineros. Más vale esperar que sucederá lo mejor.

SELBITZ.—¡Quiera Dios que él lo merezca y obre bien!

GOETZ.—Se me ocurre un ardid. Pongamos á Jorge el traje del ginete de Bamberg que hemos cogido, y démosle un salvo conducto; irá á Bamberg y verá lo que pasa.

JORGE.—Es lo que deseaba hace tiempo.

GOETZ.—Y es tu primera empresa. Sé precavido, muchacho. Me sería doloroso que te sucediese alguna desgracia.

JORGE.—¡Descuidad! No me desconcierto aunque viese hormiguesar un ejército á mi alrededor; haríame cuenta que eran ratones.

Bamberg.

OBISPO. WEISLINGEN.

OBISPO.—¡No quieres quedarte más tiempo!

WEISLINGEN.—No me pediréis que rompa mi juramento.

OBISPO.—Hubiera podido pedir que no lo prestases. ¿Qué idea te guió? ¿No podía yo librarte? ¿Valgo tan poco en la corte imperial?

WEISLINGEN.—Ya está hecho: perdonadme si podéis.

OBISPO.—No comprendo, en absoluto, lo que te obligó á dar este paso. ¡Dejarme! ¿No podían haberse estipulado para tu libertad otras cien cosas? ¿No tenemos á su vasallo? ¿No hubiera yo dado dineros bastantes para apaciguarlo? Vuestros proyectos contra él y sus compañeros irían adelante ¡Ah! olvido que estoy hablando con su amigo, que ahora trabaja en contra mía y puede fácilmente destruir el efecto de las minas que él mismo horadó.

WEISLINGEN.—¡Monseñor!

OBISPO.—Y á pesar de todo; ¡al volverte á ver, al oír tu voz!... ¡No es posible, no es posible!

WEISLINGEN.—¡Adios Monseñor!

OBISPO.—¡Te doy mi bendición! Otras veces al marcharte te decía: «Hasta la vista.» Ahora, ¡pluguiese á Dios que no nos volviésemos á ver!

WEISLINGEN.—Las cosas pueden cambiar mucho.

OBISPO.—Desgraciadamente ya cambiaron bastante. Tal vez volveré á verte como enemigo delante de mis murallas, asolando los campos que te deben ahora su floreciente estado.

WEISLINGEN.—¡Oh! No, Monseñor.

OBISPO.—No puedes decir, no. Todos los estados seculares de mis vecinos tienen un diente que desean clavarme. ¡Mientras te tuve!... Vete, Weislingen. Nada más tengo que decirte; has destruído una grande obra.

WEISLINGEN.—No sé que responder. (Váase el Obispo.)

FRANZ entrando.

FRANZ.—Adelaida os espera: no está buena; no quiere que os marchéis sin despedirse de vos.

WEISLINGEN.—Ven.

FRANZ.—¿Es verdad que nos vamos?

WEISLINGEN.—Esta noche.

FRANZ.—¡Pareceme que me voy del mundo!

WEISLINGEN.—A mí lo mismo, y además, sin saber adonde.

Cámara de Adelaida

ADELAIDA y DAMA de compañía.

DAMA.—Estáis pálida, señora.

ADELAIDA.—No le amo, y sin embargo, quisiera que se quedase. Mira; podría vivir con él, aunque no le querría para marido.

DAMA.—¿Creéis que se va?

ADELAIDA.—Está despidiéndose del Obispo.

DAMA.—Después tendrá que sostener un combate difícilísimo.

ADELAIDA.—¿Qué quieres decir?

DAMA.—Lo qué ha de ser, señora. Cogisteis su corazón como en anzuelo, y si quiere desprenderse se hará sangre.

ADELAIDA, WEISLINGEN.

WEISLINGEN.—¿No estáis bien, Señora?

ADELAIDA.—Debe seros indiferente. ¡Nos dejáis! ¡Nos

dejáis para siempre! ¿Qué os importa si vivo ó muero?

WEISLINGEN.—¡No me conocéis!

ADELAIDA.—Os tomo como vos os presentáis.

WEISLINGEN.—Las apariencias engañan.

ADELAIDA.—¿Sois entonces como el camaleón?

WEISLINGEN.—¡Si pudierais ver mi corazón!

ADELAIDA.—Veríamos muy bellas cosas.

WEISLINGEN.—Así es la verdad, porque en él encontraríais vuestra imagen.

ADELAIDA.—En algún rincón, con los retratos de los muertos de la familia. Pensad, Weislingen, que habláis conmigo. Los fingimientos valen, á lo sumo, cuando son careta de nuestras acciones. Una máscara conocida hace muy triste papel. No ocultáis vuestras acciones y habláis en contra de ellas. ¿Por quién se os debe tomar?

WEISLINGEN.—Por lo que queráis: estoy tan atormentado con lo que soy, que poco cuidado me da aquello por que me tomen.

ADELAIDA.—¿Venís á despediros?

WEISLINGEN.—Permitidme besar vuestra mano y os diré adiós. No pensaba en ello... me lo recordáis... Os estoy importunando, señora.

ADELAIDA.—No tal; no me habéis entendido. Trato de ayudaros, puesto que partir es lo que deseáis.

WEISLINGEN.—¡Oh! Decid que debo hacerlo. ¡Si no me obligara el deber de caballero, una sagrada promesa!...

ADELAIDA.—Id y contádselo á las jóvenes que leen el

Tenderdank (1) y que desean marido de ese carácter. ¡Deber de caballero! ¡Niñerías!

WEISLINGEN.—No lo creéis así.

ADELAIDA.—¡Por vida mía que estáis fingiendo! ¿Qué habéis prometido y á quién? Comprometer vuestra palabra á un hombre que desconoce sus deberes con el emperador y el imperio; comprometerla cuando precisamente, prendiéndoo, incurre en la pena de proscripción. Comprometer vuestra palabra, que no puede ser más valedera en este caso que lo es un juramento injusto y forzado. ¿No nos desligan nuestras leyes de tales juramentos? Contad eso también á los niños que creen en el Rubezahl (2). Otras cosas ocultas. ¡Hacer te enemigo del imperio, enemigo de la tranquilidad y de la paz pública, enemigo del emperador! ¡Cómplice de un bandido, tú, Weislingen, con tu alma delicada!

WEISLINGEN.—¡Si le conocierais!

ADELAIDA.—Quiero hacerle justicia; tiene el alma grande, indomable. Precisamente por eso te compadezco, Weislingen. ¡Anda é imagínate su compañero! ¡Anda y déjate dominar! Eres amable, complaciente.

WEISLINGEN.—Él lo es también.

ADELAIDA.—Pero tú cedes y él no. Te arrastrará insensiblemente, llegarás á ser el esclavo de un noble;

(1) Así se llama el héroe de un poema muy popular entonces, héroe que realiza muchas aventuras para obtener la mano de una princesa.

(2) El espíritu de los montes de gigantes.

tú, que podías haber sido señor de príncipes. Pero no es caritativo disgustarte de tu futuro estado.

WEISLINGEN.—¡Si hubieras visto que bondadosa acogida me hizo!

ADELAIDA.—¡Bondadosa! ¿Y se lo agradeces? Era su deber. ¿Qué perdieras tú de haber sido él lo contrario? Por mi parte lo prefiriera. ¡Un insolente como él!

WEISLINGEN.—Hablais de vuestro enemigo.

ADELAIDA.—Hablo por vuestra libertad. Y después de todo, no sé por qué me tomo interés. ¡Id con Dios!

WEISLINGEN.—Concededme un momento. (Le toma una mano y queda silencioso.)

ADELAIDA.—¿Tenéis algo más qué decir?

WEISLINGEN.—¡Debo marcharme!

ADELAIDA.—Pues idos.

WEISLINGEN.—¡Señora!... No puedo.

ADELAIDA.—¡Poded!

WEISLINGEN.—¿Es esta vuestra última mirada?

ADELAIDA.—Idos, estoy enferma, y por cierto inopertunamente.

WEISLINGEN.—¡No me miréis así!

ADELAIDA.—¿Quieres ser enemigo nuestro y aun pretendes que te sonrían? ¡Vete!

WEISLINGEN.—¡Adelaida!

ADELAIDA.—¡Os aborrezco!

Entra FRANZ.

FRANZ.—Señor, el Obispo manda llamaros.

ADELAIDA.—¡Id! ¡Id!

FRANZ.—Os ruega que os apresuréis.

ADELAIDA.—¡Id! ¡Id!

WEISLINGEN.—No me despido de vos; volveré á veros. (Vase.)

ADELAIDA.—¿Volverá á verme? No lo permitiremos, Margarita; si viene, negale la entrada. Si todavía es posible ganarle, ha de ser por este camino. (Vase.)

Antecámara.

WEISLINGEN. FRANZ.

WEISLINGEN.—¡No quiere verme!

FRANZ.—La noche se viene encima. ¿Ensillo los caballos?

WEISLINGEN.—¡No quiere verme!

FRANZ.—¿Cuándo desea el señor los caballos?

WEISLINGEN.—Es demasiado tarde, nos quedamos.

FRANZ.—¡Dios sea loado! (Se va.)

WEISLINGEN.—¡Te quedas! ¡Quédate sobre aviso, la tentación es grande! ¡Mi caballo se plantó al ir á cruzar la puerta del castillo; mi buen genio poníasele delante conociendo el peligro que aquí me aguardaba! Con todo, no está bien que le deje al Obispo infinitos asuntos sin ordenarlos siquiera, á fin de que mi sucesor los tome donde yo los dejo. Esto puedo hacerlo muy bien sin perjuicio de Berlichingen ni de nuestra alianza. Porque aquí no me han de detener. Sin embargo, mejor

sería no haber venido. ¡Pero... me marcharé mañana... ó pasado! (Vase.)

Bosque de Spessart.

GOETZ. SELBITZ. JORGE.

SELBITZ.—Ya lo veis, sucedió como yo había dicho.

GOETZ.—¡No! ¡No! ¡No!

JORGE.—Creedlo, os cuento la verdad. Hice lo que me ordenasteis, tomé la ropilla del de Bamberg y su salvo conducto, y á fin de procurarme comida y bebida, escolté paisanos de Reinech hacia las alturas de Bamberg.

SELBITZ.—Podías haberlo pasado mal con el disfraz.

JORGE.—Eso lo pensé después; un soldado que piensa tales cosas antes, no hará carrera. Llegué á Bamberg, y ya en la posada, oí hablar. Weislingen y el Obispo se habían reconciliado y se hablaba mucho de un casamiento con la vinda del señor de Walldorf.

GOETZ.—Habladurías.

JORGE.—Le ví cuando la acompañaba á la mesa. ¡Es hermosa, por mi vida! es hermosa. Todos nos inclinamos y á todos nos devolvió el saludo. Él inclinó ligeramente la cabeza. Parecía muy complacida. Pasaron, y la gente murmuraba: ¡Hermosa pareja!

GOETZ.—¡Será posible!

JORGE.—Oíd mas. Al ir él á misa al día siguiente andaba yo husmeando por allí. Iba solo con un paje. Paréme al pie de la escalera y le dije en voz baja: «Dos pa-

labras de parte de vuestro amigo Berlichingen.» Se turbó: ví en su rostro el remordimiento de su culpa. Apenas tuvo valor para mirarme; á mí, un mal aprendiz de caballero.

SELBITZ.—Eso prueba que su conciencia era peor que tu estado.

JORGE.—¿Eres de Bamberg?—me dijo.—Vengo á saludaros de parte del caballero Berlichingen—dije—, y necesito preguntaros... «Ven á mi cuarto mañana temprano, contestó, y hablaremos».

GOETZ.—¿Y fuiste?

JORGE.—Ya lo creo, y tuve que esperar en la antecámara mucho, mucho tiempo. Los pajes, vestidos de seda, mirábanme por todos lados con desprecio. Yo decía para mis adentros: «miradme bien». Por último, me hicieron entrar.—Estaba al parecer enojado, lo cual me era indiferente. Acerquéme y le expuse mi comisión. Pareció entonces que se enfadaba, como quien no tiene valor y no quiere dejarlo ver. Admiróse de que le pidierais cuentas por conducto de un novato como yo. Esto me incomodó. Díjele que sólo había dos clases de hombres, los honrados y los bribones, y que yo servía á Goetz de Berlichingen. Entonces empleó muchos circunloquios que todos venían á parar á esto: Que le habíais sorprendido, que no os debía ningún favor, y que no quería nada con vos.

GOETZ.—¿Oíste eso de su boca?

JORGE.—Eso y más: me amenazó.

GOETZ.—¡Basta! ¡Uno más que se ha perdido! ¡Leal-

tad, confianza, otra vez me habéis engañado! ¡Pobre María! ¡Cómo te lo voy á decir!

SELBITZ.—Mejor querría perder mi otra pierna que ser un pillo como ese. (Vanse.)

—
Bamberg.

ADELAIDA. WEISLINGEN.

ADELAIDA.—El tiempo principia á hacerse insoportablemente largo; no puedo hablar y me avergüenzo de fingir con vos. ¡Aburrimiento, eres peor que la fiebre lenta!

WEISLINGEN.—¿Estais ya cansada de mí?

ADELAIDA.—No tanto de vos como de vuestro trato. Quisiera que estuvieseis donde queríais ir y no haberos detenido.

WEISLINGEN.—¡Hé aquí el cariño de las mujeres! Con maternal amor incuban vuestras más queridas esperanzas; después, como gallina inconstante, dejan el nido, entregando á la muerte y á la podredumbre su posteridad próxima á nacer.

ADELAIDA.—¡Injuriad á las mujeres! El jugador inconsiderado destroza y pisotea las cartas que inocentemente le hacen perder. Pero permitidme contaros algo de los hombres. ¿Quién sois vosotros para hablar de inconstancia, vosotros que raras veces sois lo que queríais ser y nunca lo que deberíais ser? Reyes en el es-

plendor de los festejos; envidiados por el vulgo. ¡Cuánto daría la mujer de un sastre por tener alrededor de su cuello una sarta de perlas de las del borde de vuestro manto, que despiden con desden vuestros talones!

WEISLINGEN.—¡Acerba estáis!

ADELAIDA.—Es la antiestrofa de vuestro canto. Cuando no os conocía, Weislingen, sucedíame como á la mujer del sastre. La fama de las cien trompetas, sea dicho sin metáfora, había pregonado vuestros méritos de tal modo, que me dejé persuadir por el deseo de ver ante mis ojos aquella quintaesencia del sexo masculino; el fenix Weislingen. ¡Cumplióse mi deseo!

WEISLINGEN.—Y el fénix resulta ser pura y sencillamente un gallo doméstico.

ADELAIDA.—No, Weislingen. Confieso que me interesáis.

WEISLINGEN.—Pues parecía...

ADELAIDA.—Y era la verdad; realmente, superabáis á vuestra fama. El vulgo no aprecia sino el resplandor del mérito. Pero me sucede que no puedo juzgar con imparcialidad á las personas que quiero bien, y después de vivir algún tiempo juntos, me faltaba algo y no sabía lo que os faltaba á vos. Por fin se abrieron mis ojos. En lugar del hombre activo que imprime vida á los negocios de un principado, sin olvidar al mismo tiempo su persona ni su fama; que con mil grandes empresas, como por sobrepuestas montañas se encumbra á las nubes, vi un hombre quejumbroso como un poeta, enfermo, melancólico como una muchacha ena-

morada y más perezoso que un solterón. Al principio lo achaqué á vuestro infortunio, reciente todavía, y os disculpé lo mejor que pude. Ahora, que cada día parece que váis de mal en peor, tenéis que perdonarme si os retiro mi favor; lo poseéis sin derecho. Habíasele concedido por toda la vida á otro que no puede transmitirlo.

WEISLINGEN.—¿Es decir que me dejáis?

ADELAIDA.—No para que perdáis toda esperanza. La soledad en estas circunstancias es peligrosa. ¡Pobre hombre! Estáis tan triste como aquel á quien su primera novia le ha sido infiel, y por eso no os abandono. Dadme la mano, y perdonadme lo que sólo por cariño os he dicho.

WEISLINGEN.—¡Si me amáseis, si pudéiseis otorgar á mi ardiente pasión una gota siquiera de consuelo! Adelaida; tus censuras son injustísimas. Si fuese posible hacerte sentir la centésima parte de lo que por mí pasa desde hace algún tiempo, no me atormentarías con esa continua frialdad y ese desprecio. ¡Te sonríes! El reconciliarme conmigo mismo, después de paso tan precipitado, costóme más de un día. El trabajar contra un hombre cuyo recuerdo despertó en mí tan vivos afectos...

ADELAIDA.—¡Hombre extraordinario, que puedes amar al mismo á quien envidias! Es como si yo enviase víveres á mi enemigo.

WEISLINGEN.—Bien sé que no hay tiempo que perder. Él sabe ya que vuelvo á ser Weislingen y eligirá el momento de tomarnos ventaja. Pero, Adelaida, no somos

tan negligentes como crees. Nuestros jinetes han sido reforzados y están alerta; continúan nuestras negociaciones y esperamos fundadamente que en la Dieta de Augsburgo llegarán á sazón nuestros proyectos.

ADELAIDA.—¿Iréis?

WEISLINGEN.—¡Si pudiese llevar alguna esperanza!
(Le besa la mano.)

ADELAIDA.—¡Oh, descreídos! ¡Siempre necesitáis prendas y milagros! ¡Ve, Weislingen, y termina la obra! Los intereses del Obispo, los tuyos y los míos están tan enlazados, que aunque sólo fuera por la política...

WEISLINGEN.—¿Te chanceas quizás?

ADELAIDA.—No me chanceo. Retiene mis bienes ese orgulloso duque; los tuyos no los dejará Goetz mucho tiempo en paz, y si no permanecemos unidos como nuestros enemigos y no inclinamos al emperador de nuestro lado, estamos perdidos.

WEISLINGEN.—No tengo miedo. La mayoría de los príncipes opinan como nosotros. El emperador pide auxilio contra los turcos, y en cambio, justo es que nos sostenga también y dé ayuda. ¡Qué placer será para mí rescatar tus bienes del soberbio enemigo, humillar las alborotadas cabezas de Suabia, restablecer la paz del Obispado y de todos nosotros! ¡Después!...

ADELAIDA.—Los días van uno después de otro, y el porvenir está en manos del destino.

WEISLINGEN.—Pero es preciso querer.

ADELAIDA.—Pues bien, ya queremos.

WEISLINGEN.—¿De veras?

ADELAIDA.—Vamos, sí; pero marchad.

WEISLINGEN.—¡Hechicera!

Hostería. Boda de Paisanos, música y baile fuera.

EL PADRE DE LA NOVIA. GOETZ. SELBITZ en la mesa.

EL NOVIO acercándose.

GOETZ.—Lo más prudente ha sido terminar vuestras discordias en la alegría de una boda.

PADRE DE LA NOVIA.—¡Mejor de lo que yo hubiera soñado! En paz y tranquilidad con mi vecino, y además mi hija bien establecida.

NOVIO.—Y yo en posesión de la finca disputada, y además la chica más bonita de todo el lugar. ¡Ojalá os hubieseis decidido antes!

SELBITZ.—¡Cuánto tiempo habéis pleiteado?

PADRE DE LA NOVIA.—Unos ocho años. Preferiría estar con fiebre doble tiempo á volver á empezar. ¡Es una excitación horrible hasta que se les arranca del cuerpo una sentencia á los pelucas! Y después ¿que se consigne? ¡Lleve el diablo al asesor Sapupi! ¡Condenado italiano de capa negra!

NOVIO.—¡Buena pieza está! Yo fuí á verle dos veces.

PADRE DE LA NOVIA.—Yo tres; y vean vuestras mercedes, señores. Por fin obtuvimos una sentencia según la cual tanto derecho tengo yo como él y él tanto como

yo. Quedámonos con la boca abierta, hasta que Dios nuestro Señor me inspiró la idea de darle mi hija y además la cosa litigada.

GOETZ.—¡A la buena armonía futura! (Bebiendo.)

PADRE DE LA NOVIA.—Dios lo haga; pero suceda lo que quiera, jamás volveré á pleitear. ¡El dinero que cuesta! Por cada reverencia que os hace un procurador tenéis que pagarle.

SELBITZ.—¿No hay anualmente inspecciones de la justicia imperial?

PADRE DE LA NOVIA.—No me he dado cuenta; lo que sé es que se me fueron de entre los dedos muchos escudos. ¡Es inaudito lo que hay que desembolsar!

GOETZ.—¿De veras?

PADRE DE LA NOVIA.—¡Ay! Todos tienden la mano. Sólo el asesor ¡Dios le perdone! me ha llevado diez y ocho florines de oro.

NOVIO.—¿Quién?

PADRE DE LA NOVIA.—¡Quién había de ser sino ese Sapupi!

GOETZ.—Es escandaloso.

PADRE DE LA NOVIA.—Debía pagarle veinte. Cuando se los hube contado en la gran sala de su casa de recreo, que es suntuosa, por poco se me parte el corazón de dolor. Porque ya véis; tener una casa y corral, puede ser; pero el dinero contante ¿de dónde se saca? Allí me quedé parado. ¡Dios sabe cómo estaba! No tenía una triste moneda de cobre para el viaje de vuelta. Por fin, arméme de valor y se lo dije. Cuando vió que el

alma se me iba en lágrimas, devolvióme dos florines y me despidió.

NOVIO.—¡No es posible! ¿Sapupi?

PADRE DE LA NOVIA.—¿De qué te admiras? ¡Él y no otro!

NOVIO.—Llévele el diablo; también á mí me cogió quince escudos de oro.

PADRE DE LA NOVIA.—¡Condenado!

SELBITZ.—¡Goetz! ¡Y nosotros somos ladrones!

PADRE DE LA NOVIA.—Por eso salió la sentencia tan bizca. ¡Perro!

GOETZ.—No debéis dejar eso impune.

PADRE DE LA NOVIA.—¿Qué hemos de hacer?

GOETZ.—Id á Spira; precisamente es tiempo de inspección. Declarad eso, harán una información y se os devolverá vuestro dinero.

NOVIO.—¿Crees que conseguiremos algo?

GOETZ.—Si yo pudiese atraparle, os lo prometería.

SELBITZ.—La suma bien merece hacer la prueba.

GOETZ.—Salidas hice yo por la cuarta parte.

PADRE DE LA NOVIA.—¿Qué te parece?

NOVIO.—Probemos, y salga lo que salga.

JORGE llega.

JORGE.—Los de Nuremberg están en camino.

GOETZ.—¿Por dónde?

JORGE.—Cabalgando sin ruido los cogemos en el bosque entre Beerheim y Mülbach.

SELBITZ.—¡Magnífico!

GOETZ.—Vamos, hijos. (Al suegro y al yerno.) Que Dios os guarde, amigos, y nos ayude á todos.

PAISANO.—¡Muchas gracias! ¿No queréis quedaros á cenar?

GOETZ.—No podemos; adiós.

ACTO TERCERO

Augsburgo.—Jardín.

Dos MERCADERES de Nuremberg.

PRIMER MERCADER.—Quedémonos aquí para ver pasar al Emperador. Precisamente viene por la alameda grande.

SEGUNDO MERCADER.—¿Quién le acompaña?

PRIMER MERCADER.—Adelberto de Weislingen.

SEGUNDO MERCADER.—¿Amigo de Bamberg? ¡Esto es bueno!

PRIMER MERCADER.—Nos arrojaremos á sus pies y hablaré yo.

SEGUNDO MERCADER.—¡Bien! Ya llegan.

EMPERADOR. WEISLINGEN.

PRIMER MERCADER.—Parece disgustado.

EMPERADOR.—Vengo descontento Weislingen, y cuando echo una mirada á mi pasada vida, estoy á punto de desesperarme. ¡Tantas empresas desgraciadas, tantas á

SELBITZ.—¡Magnífico!

GOETZ.—Vamos, hijos. (Al suegro y al yerno.) Que Dios os guarde, amigos, y nos ayude á todos.

PAISANO.—¡Muchas gracias! ¿No queréis quedaros á cenar?

GOETZ.—No podemos; adiós.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

ACTO TERCERO

Augsburgo.—Jardín.

Dos MERCADERES de Nuremberg.

PRIMER MERCADER.—Quedémonos aquí para ver pasar al Emperador. Precisamente viene por la alameda grande.

SEGUNDO MERCADER.—¿Quién le acompaña?

PRIMER MERCADER.—Adelberto de Weislingen.

SEGUNDO MERCADER.—¿Amigo de Bamberg? ¡Esto es bueno!

PRIMER MERCADER.—Nos arrojaremos á sus pies y hablaré yo.

SEGUNDO MERCADER.—¡Bien! Ya llegan.

EMPERADOR. WEISLINGEN.

PRIMER MERCADER.—Parece disgustado.

EMPERADOR.—Vengo descontento Weislingen, y cuando echo una mirada á mi pasada vida, estoy á punto de desesperarme. ¡Tantas empresas desgraciadas, tantas á

médio acabar! Y todo porque en el Imperio no hay príncipe alguno, por pequeño que sea, que no dé más importancia á sus caprichos que á mis ideas.

(Los mercaderes se arrojan á sus pies.)

MERCADER.—¡Serenísimo, poderosísimo Emperador!

EMPERADOR.—¿Quién sois? ¿Qué queréis?

MERCADER.—Pobres mercaderes de Nuremberg, súbditos de Vuestra Majestad, que le pedimos su amparo. Goetz de Berlichingen y Juan de Selbitz nos han batido y robado á treinta de nosotros que veníamos de la feria de Francfort, con escolta de Bamberg; suplicamos á Vuestra Majestad Imperial nos dé ayuda y socorro, porque de otro modo estamos perdidos y tendremos que mendigar nuestro pan.

EMPERADOR.—¡Dios santo! ¡Dios santo! ¿Qué es esto? Uno con una mano y otro con una pierna. Si el primero tuviese dos manos y el segundo dos piernas ¿qué harían entonces?

MERCADER.—Suplicamos humildísimamente á Vuestra Majestad dirija una mirada compasiva á nuestra situación desdichada.

EMPERADOR.—¡Lo que son las cosas! Cuando un mercader pierde un saco de pimienta, hay que poner en conmoción todo el imperio, y cuando se trata de guerras que importan mucho á la Majestad Imperial, que conciernen á reinos, principados, ducados, etc., entonces no podéis juntar hombres.

WEISLINGEN.—Venís en mal momento: idos y permaneced algunas días aquí.

MERCADERES.—¡Imploramos, señor, vuestra gracia!

(Vanse.)

EMPERADOR.—¡Otra vez combates! Renacen como cabezas de hidra.

WEISLINGEN.—Y que no se estirparán sino á fuego y sangre y con firmísimo empeño.

EMPERADOR.—¿Lo creéis así?

WEISLINGEN.—No lo creo nada factible si Vuestra Majestad y los príncipes no se ponen de acuerdo, respecto de otras diferencias insignificantes. No es Alemania entera la que se lamenta de intranquilidad. Solo Franconia y Suabia arden todavía con los restos de la destructora guerra civil. Y aun allí mismo hay muchos nobles y hombres libres que suspiran por la paz. Si de una vez pudiésemos quitar de enmedio á esos Sickingen, Selbitz..., Berlichingen, el resto se desmoronaría pronto por sí mismo; pues el espíritu de tales hombres es el que da vida á la turba sediciosa.

EMPERADOR.—De buena gana los dejaría estar; son valerosos y nobles. Si yo tuviese guerra, los necesitaría á mi lado.

WEISLINGEN.—Sería de desear que hubiesen aprendido á cumplir sus deberes de obediencia. Además, fuera altamente peligroso recompensar con puestos de honor sus sediciosas empresas; precisamente esta lenidad imperial y esta gracia, son causa de sus tremendos abusos. Y sus parciales, que en esto fundan su confianza y su esperanza, no se someterán hasta que á los ojos del mundo sean anonadados y se les quite por com-

pleto toda esperanza de volverse á levantar jamás.

EMPERADOR.—¿De manera que aconsejáis el rigor?

WEISLINGEN.—No veo otro medio de desterrar el espíritu vertiginoso que se apodera de provincias enteras. ¿No oímos ya, á lo mejor, amargas quejas de los nobles, porque sus súbditos y sus siervos se levantan contra ellos y litigan, amenazándolos con minorar el tradicional señorío, de tal suerte que son de temer las más peligrosas consecuencias?

EMPERADOR.—Ahora sería buena ocasión de obrar contra Berlichingen y Selbitz, solo que no querría que les sucediese desgracia en sus personas. Los querría prisioneros, y entonces harían el juramento de renunciar á toda venganza; de permanecer tranquilos en sus castillos y no salir de su proscripción. En la próxima sesión lo propondré.

WEISLINGEN.—La más entusiasta y unánime aclamación evitará á Vuestra Majestad el fin del discurso. (Alejanse.)

Jaxthausen.

SICKINGEN. BERLICHINGEN.

SICKINGEN.—Sí, vengo á pedirle á vuestra noble hermana su corazón y su mano.

GOETZ.—Yo hubiera querido que vinieseis antes. Debo decíroslo. Weislingen, durante el tiempo que estuvo prisionero, ganó su amor, la pidió por esposa y se la

concedí. Solté al pájaro y él desprecia la bondadosa mano que en la necesidad ofrecióle alimento. Revolotea ahora buscándolo. ¡Dios sabe en qué breñas!

SICKINGEN.—¿Es posible?

GOETZ.—Como os lo digo.

SICKINGEN.—¡Ha roto una doble alianza! Habéis tenido suerte en no emparentar con un traidor.

GOETZ.—La pobre joven pasa su vida lamentándose y rezando.

SICKINGEN.—Harémosla cantar.

GOETZ.—¡Cómo! ¿Os decidís á casaros con una mujer que ha sido desairada?

SICKINGEN.—Es una honra para vosotros dos haber sido engañados por él. ¿Había de ir la pobre joven á un convento, porque el primer hombre que ha conocido sea un ruin? ¡No, por cierto! Yo me sostengo en lo dicho, será la reina de mis castillos.

GOETZ.—Os digo que á ella no le era indiferente el galán.

SICKINGEN.—¿No confías en mí lo suficiente para creerme capaz de borrar la sombra de un miserable? Vamos á verla.

Campamento del ejército imperial de operaciones.

CAPITÁN. OFICIALES.

CAPITÁN.—Hay que marchar con prudencia y economizar todo lo posible nuestra gente. Además, tenemos

orden estricta de reducirlo á la última extremidad y cogerlo vivo. Difícil va á ser la cosa, porque ¿quién se atreve á meterse con él?

OFICIAL PRIMERO.—¡Cierto! Se defenderá como un jabalí. Y después de todo, en su vida nos ha hecho daño y no es cosa que por complacer al Emperador y á la Dieta vaya cada uno á exponer, en esta empresa, sus brazos y sus piernas.

OFICIAL SEGUNDO.—Vergüenza sería que no lo cogiésemos. Si alguna vez llegó á tenerle asido por un girón de su ropilla, no se me escapará.

OFICIAL PRIMERO.—Cuidad, por si acaso, de no cogerlo con los dientes, porque muy bien podría desencuadernaros las quijadas. A hombres como éste no se les coge como á un ladrón fugitivo.

OFICIAL SEGUNDO.—¡Veremos!

CAPITÁN.—Ya debe tener á estas horas nuestra carta; no nos descuidémos en despachar la tropa de avanzada.

OFICIAL SEGUNDO.—Permitidme que la mande.

CAPITÁN.—No conocéis la comarca.

OFICIAL SEGUNDO.—Tengo un soldado nacido y criado aquí.

CAPITÁN.—Sea, no tengo inconveniente.

Jaxthausen.

SICKINGEN.

SICKINGEN.—Todo va á pedir de boca; algo turbada se quedó al oír mi proposición, y me miró de los pies

á la cabeza. Apuesto á que me comparó con su pez blanco. A Dios gracias, puedo presentarme. Respondía poco, entrecortado. ¡Tanto mejor! Esto tiene que cocer algún tiempo. Con jóvenes lastimadas por desgracias amorosas, una proposición de casamiento pronto está en su punto.

GOETZ llega.

SICKINGEN.—¿Qué traéis, hermano?

GOETZ.—¡Proscrito!

SICKINGEN.—¿Cómo?

GOETZ.—¡Leed esta edificante carta! El emperador ha dado su mandamiento contra mí. Los pájaros del cielo y los animales de los campos, pueden hacer un festín con mi carne.

SICKINGEN.—Primero es menester que pongan manos á la obra; justamente, aquí estoy con oportunidad.

GOETZ.—No, Sickingen; debéis partir. Vuestros grandes proyectos podrían venir á tierra, si en tiempo tan poco oportuno os hicieseis enemigo del imperio. A mí mismo me seréis mucho más útil apareciendo neutral. El Emperador os quiere bien, y como lo peor que puede ocurrirme es caer prisionero, si tal caso llega podéis utilizar vuestra influencia sacándome de una desgracia, en la cual podría precipitarnos á los dos esa ayuda inoportuna. Porque, ¿qué sucedería, en efecto? Estando dirigida contra mí la expedición actual, si saben que estáis conmigo, enviarán más gente y no adelantamos nada. El Emperador metióse en el [foco, y yo podría

darme, desde ahora, por irremediabilmente perdido, si fuese tan fácil cosa infundir valor como reunir soldados.

SICKINGEN.—Sin embargo, con sigilo puedo enviaros veinte caballos.

GOETZ.—Bueno; yo he despachado ya á Jorge para que avise á Selbitz y á mis jinetes de las cercanías. Querido hermano; cuando toda mi gente esté junta, formará una tropa como pocos príncipes han visto reunida.

SICKINGEN.—Siempre seréis pocos contra muchos.

GOETZ.—Basta un lobo para todo un rebaño de ovejas.

SICKINGEN.—Pero... ¿y si tuviesen un buen pastor?

GOETZ.—Descuida; son todos mercenarios. Además, nada puede hacer el mejor caballero, si no es dueño de sus acciones. Me sucedió una vez, cuando me comprometí á servir al conde Palatino contra Conrado Schotten, haberme presentado unas instrucciones de la Chancillería, en las cuales se especificaba la manera cómo debía mandar y conducirme; devolví el papel, diciendo: «No puedo conformarme con esta orden. Ignoro lo que puede ocurrirme de improviso, que eso no lo trae la instrucción, y tengo que abrir los ojos, y ver por mí mismo lo que conviene hacer.»

SICKINGEN.—Buena suerte, hermano; me voy para enviarte lo que aceleradamente pueda reunir.

GOETZ.—Ven otra vez á ver á mis mujeres; las dejo juntas. Quisiera que tuvieses su palabra antes de marcharte. Después, envíame los jinetes, y vuelve en se-

creto para llevarte á María, pues temo que mi castillo, dentro de poco, no sea residencia apropiada para mujeres.

SICKINGEN.—Tengamos mejores esperanzas. (Vanse.)

Bamberg.—Cámara de Adelaida.

ADELAIDA. FRANZ.

ADELAIDA.—¿De suerte que las dos columnas de operaciones están ya en movimiento?

FRANZ.—Sí, y mi señor tiene la dicha de mandar la que se dirige contra vuestro enemigo. Yo, por mi parte, me marcho ahora para volver pronto, trayendo buenas nuevas; mi señor me lo ha permitido.

ADELAIDA.—¿En qué disposición de ánimo se encuentra?

FRANZ.—Está alegre. Mandóme que os besase la mano.

ADELAIDA.—En tus labios hay fuego.

FRANZ.—(Aparte, señalando el pecho.) ¡Más fuego hay aquí! (Alto.) ¡Señora, vuestros servidores son los hombres más felices que hay debajo del sol!

ADELAIDA.—¿Quién es el jefe contra Berlichingen?

FRANZ.—El señor de Sirau. ¡Adiós, señora excelentísima! Parto; no me olvidéis.

ADELAIDA.—Es preciso que comas algo, bebas y descansas.

FRANZ.—¿Para qué? Os he visto, y ni estoy cansado ni hambriento.

ADELAIDA.—Conozco tu lealtad.

FRANZ.—¡Ah, Señora!

ADELAIDA.—No vas á poder aguantar; descansa y toma alguna cosa.

FRANZ.—¡Cuidarse así de un pobre muchacho! (Vase).

ADELAIDA.—¡Se le saltaron las lágrimas! Le quiero con toda mi alma. Nadie se ha entregado á mí con tanta verdad y tanto fuego. (Vase.)

—
Jaxthausen.

GOETZ. JORGE.

JORGE.—Quiere hablar con vos en persona. No lo conozco; es un hombre de hermosa figura, con negros y ardientes ojos.

GOETZ.—Hazlo entrar aquí.

Entra LERSE.

GOETZ.—Dios os guarde. ¿Qué traéis?

LERSE.—Mi persona, que no es mucho; pero tal cual es, os la ofrezco.

GOETZ.—Bien venido seáis, muy bien venido. ¡Un valiente, y en este tiempo en que no espero adquirir nuevos amigos, sino á cada hora perder los viejos! Decidme vuestro nombre.

LERSE.—Francisco Lerse.

GOETZ.—Gracias, Francisco, por darme á conocer un valiente.

LERSE.—Ya me di á conocer de vos otra vez, pero entonces no me disteis gracias.

GOETZ.—No me acuerdo de vos.

LERSE.—Lo sentiría. ¿Recordáis cuando servíais al conde Palatino contra Conrado Schotten y quisisteis ir á Hassfurt, en Carnaval?

GOETZ.—Me acuerdo bien.

LERSE.—¿Recordáis que cerca de una aldea os encontrasteis con veinte y cinco jinetes?

GOETZ.—Perfectamente. Al principio los tuve por doce, y dividí mi tropa, que eran unos diez y seis. Quedéme en la aldea, detrás de la Granja, con la idea de dejarlos pasar y después acometerles por la espalda, según había convenido con la otra parte de mi gente.

LERSE.—Pero os vimos y subimos á una eminencia, cerca de la aldea. Salisteis de allá, deteniéndoos al pie de la colina. Al ver que no queríais subir, bajamos nosotros.

GOETZ.—Entonces fué cuando ví que había metido la mano en las brasas. ¡Veinticinco contra ocho! No se podía perder tiempo: Erhard Truchsess me mató un soldado; yo le derribé del caballo. Si todos se hubieran portado como él y otro de sus hombres, mal lo pasáramos yo y los pocos que me seguían.

LERSE.—El hombre de quien habláis.....

GOETZ.—Era el más bravo que he conocido. Púsome en un aprieto. Cuando creía habérmelo quitado de de-

lante y procuraba emprenderla con otro, volvía á la carga y pegaba recio. Hirióme ligeramente de un golpe en la unión del brazal, que se me había aflojado.

LERSE.—¿Le perdonasteis?

GOETZ.—Me gustaba más que mucho.

LERSE.—Entonces, creo que estaréis contento conmigo; hice mis pruebas en vos mismo.

GOETZ.—¿Eres tú? ¡Oh! ¡Bien venido! ¡Bien venido seas! ¿Podrás decir, Maximiliano, que entre tus servidores has ganado uno como este?

LERSE.—Me sorprende que no me hayáis reconocido desde luego.

GOETZ.—¿Cómo había de imaginar que me ofreciese sus servicios quien con tanto encarnizamiento procuró vencerme?

LERSE.—¡Por eso mismo, señor! Desde mi juventud serví como soldado, y á muchos caballeros hice frente. Cuando fuimos contra vos, me alegré. Conocía vuestro nombre, y á vos os conocí allí. Recordaréis que no me mantenía firme, pero visteis que no fué por miedo, puesto que volvía á la carga. En una palabra; os conocí, y desde aquella hora decidí serviros.

GOETZ.—¿Cuánto tiempo queréis estar conmigo?

LERSE.—Un año, sin sueldo.

GOETZ.—No; recibiréis lo mismo que los otros, y aún más, como hombre que me dió bien que hacer junto á Remlín.

Entra JORGE.

JORGE.—Os saluda Juan de Selbitz. Mañana estará aquí con cincuenta hombres.

GOETZ.—Bien.

JORGE.—Por la ribera del Kocher anda una partida de imperiales, indudablemente para observaros.

GOETZ.—¿Cuántos?

JORGE.—Unos cincuenta.

GOETZ.—¡Nada más! Ven, Lerse: vamos á desbaratarlos. Así encontrará Selbitz, cuando venga, algún trabajo hecho.

LERSE.—Será un buen principio de vendimia.

GOETZ.—¡A caballo! (Vanse.)

Bosque á orillas de un pantano.

Dos SOLDADOS IMPERIALES encontrándose.

PRIMER SOLDADO.—¿Qué haces aquí?

SOLDADO SEGUNDO.—He pedido permiso para una necesidad apremiante. Desde la falsa alarma de anoche me suenan las tripas de tal modo, que á cada momento necesito bajarme del caballo.

PRIMER SOLDADO.—¿Está la tropa aquí cerca?

SEGUNDO SOLDADO.—Cosa de una legua, subiendo el bosque.

PRIMER SOLDADO.—¿Por qué te has apartado tanto?

SEGUNDO SOLDADO.—Por Dios, no me descubras. Deseo llegar á la aldea más próxima, á ver si con algo caliente se me alivia este mal. ¿De dónde vienes tú?

PRIMER SOLDADO.—De la aldea cercana. He ido á comprar pan y vino para nuestro oficial.

SEGUNDO SOLDADO.—¡Está bien! Regálase en nuestras barbas, y nosotros, que ayunemos.

PRIMER SOLDADO.—Vuélvete conmigo, ¡bergante!

SEGUNDO SOLDADO.—¡Ni que estuviera loco! ¡Muchos hay en la compañía que ayunarian de buen grado, con tal de encontrarse tan lejos de ella como yo!

PRIMER SOLDADO.—¿Oyes? ¡Caballos!

SEGUNDO SOLDADO.—¡Oh, Dios mío!

PRIMER SOLDADO.—Yo á este árbol me encaramo.

SEGUNDO SOLDADO.—Y yo me escondo entre los juncos.

Aparecen GOETZ, LERSE, JORGE y SOLDADOS á caballo.

GOETZ.—Aquí á orillas del pantano y á mano izquierda, en el bosque; así les atacamos por retaguardia.

(Pasan de largo.)

PRIMER SOLDADO.—(Baja del árbol.) Aquí no se está bien. ¡Miguel...! No responde. ¡Miguel...! ¡Se han ido! (Va hacia el pantano.) ¡Miguel...! ¡Misericordia! ¡Se ha ahogado! ¡Miguel...! No oye; ¡ha muerto! ¡Ah! ¿Estás ahí, mandria? ¡Nos derrotan! ¡Enemigos, enemigos por todas partes!

GOETZ. JORGE á caballo.

GOETZ.—¡Alto, ó eres muerto!

SOLDADO.—¡Perdonadme la vida!

GOETZ.—¡Tu espada! Jorge, llévalo con los otros prisioneros que tiene Lerse allá abajo, cerca del bosque. Quiero alcanzar á su jefe fugitivo. (Vase.)

SOLDADO.—¿Qué ha sido del caballero que nos mandaba?

JORGE.—Mi señor lo derribó cabeza abajo, de modo que su plumero se clavó en el fango. Sus jinetes subieronle de nuevo á caballo y huyeron como endemoniados. (Vanse.)

Campamento.

EL CAPITÁN. PRIMER CABALLERO.

PRIMER CABALLERO.—Huyen á lo lejos hacia el campamento.

CAPITÁN.—Les irá á los alcances. Que salgan cincuenta caballos hasta el molino. Si avanza demasiado, tal vez lo cogemos. (Vase el caballero.)

(Traen el SEGUNDO CABALLERO.)

CAPITÁN.—¿Qué es eso, joven? ¿Os habéis descuadrado en la corrida?

CABALLERO.—¡Confúndate la peste! La más fuerte cornamenta de ciervo se haría pedazos como vidrio. ¡Demonio de hombre! Lanzóse sobre mí, y parecióme que el rayo me hundía en las profundidades de la tierra.

CAPITÁN.—Y gracias que habéis escapado entero.

CABALLERO.—Ni aun eso; porque traigo un par de costillas rotas. ¿Dónde está el cirujano? (Vanse.)

Jaxthausen.

GOETZ. SELBITZ.

GOETZ.—¿Qué me dices del destierro, Selbitz?

SELBITZ.—Es un golpe de Weislingen.

GOETZ.—¿Eso crees?

SELBITZ.—No lo creo; lo sé.

GOETZ.—¿Cómo lo sabes?

SELBITZ.—Te digo que estuvo en la Dieta sin apartarse del emperador.

GOETZ.—Bueno. Otro plan que destruiremos.

SELBITZ.—Así lo espero.

GOETZ.—Vamos, pues y empecemos la caza de liebres.

Campamento.

CAPITÁN. CABALLEROS.

CAPITÁN.—No se adelanta nada, señores. Nos bate los destacamentos unos después de otros, y el que no se muere ó queda prisionero, mejor en nombre de Dios corre á la guerra del turco, que vuelve al campamento. Así es que cada día somos más débiles. Preciso es aca-

bar de una vez, é irle al bulto seriamente. Yo mismo pondré mano en ello, y verá con quién tiene que habérselas.

CABALLERO.—Todos lo deseamos. Pero conoce tan bien esta tierra, sabe todos los pasos y revueltas de la montaña de tal modo, que es más difícil cogerle que á ratón en granero.

CAPITÁN.—Ya caerá. Vamos primero á Jaxthausen. Quieras que no, allí tiene que ir á defender su castillo.

CABALLERO.—¿Va toda la tropa?

CAPITÁN.—¡Ciertamente! Ya sabéis, nos ha fundido un centenar de soldados.

CABALLERO.—Pues entonces, pronto; antes que todo el témpano se derrita. Hace calor en las cercanías y estamos como manteca al sol. (Vanse.)

Montaña y bosque.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO KELLES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

GOETZ. SELBITZ. MESNADEROS.

GOETZ.—Vienen en masa. Ya sería tiempo de que se nos uniesen los jinetes de Sickingen.

SELBITZ.—Nos dividiremos. Yo me iré rodeando la colina por la izquierda.

GOETZ.—Bueno: y tú, Francisco, guíame cincuenta hombres por la derecha, á través del bosque. Vienen por los brezales. Tú quedas conmigo, Jorge. Les haré frente. Si veis que me atacan, caed inmediatamente por

los flancos. Los cogaremos. No se figuran que podamos resistirles. (Vanse.)

Brezal.—A un lado una colina; al otro un bosque.

CAPITÁN. Columna de operaciones.

CAPITÁN.—Impertinencia es detenerse en el monte. ¡Ha de pagarla! ¡Cómo! ¡No temer al torrente que se le viene encima!

CABALLERO.—No quisiera que cabalgaseis al frente de la columna. Tiene el aspecto de querer echar cabeza abajo al primero que tropieze con él. Id á retaguardia.

CAPITÁN.—Lo haré á pesar mío.

CABALLERO.—Os lo suplico. Sois el nudo que une este manojo de varas; si se desata, las rompe una por una como cañas.

CAPITÁN.—¡Toca, trompeta! ¡Y vosotros, de un soplo acabad con él! (Vanse.)

(SELBITZ sale á galope por detrás de la colina.)

SELBITZ.—¡Seguidme! Han de tener que agarrarse. ¡Multiplicaos! (Pasan.)

(LERSE saliendo del bosque.)

LERSE.—¡A Goetz! Está casi cercado. ¡Valeroso Selbitz, ya has abierto paso! Sembraremos el brezal con sus cabezas de cardo. (Pasan. Estrépito.)

Eminencia con una atalaya.

SELBITZ herido. MESNADEROS.

SELBITZ.—Dejadme aquí, y volved junto á Goetz.

PRIMER MESNADERO.—Dejadnos quedar, monseñor, nos necesitáis.

SELBITZ.—Que suba uno á la atalaya y mire lo que pasa.

PRIMER MESNADERO.—¿Cómo llegaré arriba?

SEGUNDO MESNADERO.—Sube sobre mis hombros, así puedes alcanzar el boquete y trepar á lo alto de la torre.

PRIMER MESNADERO.—(Se sube.) ¡Ah! ¡Monseñor!

SELBITZ.—¿Qué ves?

PRIMER MESNADERO.—Vuestros jinetes huyen hacia la colina.

SELBITZ.—¡Poltrones del infierno! ¡Quisiera que resistiesen, aun teniendo un balazo en la cabeza! ¡Uno de vosotros que baje á escape y con rayos y truenos los haga volver! (Vase el Mesnadero.) ¿Ves á Goetz?

MESNADERO.—Veo sus tres plumas negras en medio de la confusión.

SELBITZ.—¡Sostente á nado, mi valiente nadador! ¡Y yo aquí caído!

MESNADERO.—Veo una pluma blanca. ¿Quién es?

SELBITZ.—El capitán.

MESNADERO.—Goetz se lanza sobre él. ¡Bum, se cayó!

SELBITZ.—¿El capitán?

MESNADERO.—Sí, monseñor.

SELBITZ.—¡Bien, bien!

MESNADERO.—¡Oh, desdicha! ¡Ya no veo á Goetz!

SELBITZ.—¡Muere entonces, Selbitz!

MESNADERO.—¡Horrible pelea en el sitio donde él estuvo! También desaparece el penacho azul de Jorge.

SELBITZ.—Bájate. ¿No ves á Lerse?

MESNADERO.—Nada; todos están revueltos.

SELBITZ.—¡Se acabó! ¡Baja! ¿Cómo se portan los jinetes de Sickingen?

MESNADERO.—¡Bueno! ¡Uno que huye hacia el bosque! ¡Otro! ¡Una partida de ellos! ¡Goetz está perdido!

SELBITZ.—Baja.

MESNADERO.—No puedo. ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Veo á Goetz! ¡Veo á Jorge!

SELBITZ.—¿A caballo?

MESNADERO.—¡Muy altos á caballo! ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Huyen!

SELBITZ.—¿Los imperiales?

MESNADERO.—Con la bandera en medio. Goetz los persigue. Se desbandan. Goetz alcanza al abanderado. Coge la bandera. La tiene. Rodéanlo porción de hombres. Mi camarada llega á ellos. ¡Suben hacia aquí!

GOETZ. LERSE. JORGE. MESNADEROS.

SELBITZ.—¡Hurra! ¡Goetz! ¡Victoria! ¡Victoria!

GOETZ.—(Se apea del caballo.) ¡Cuesta cara, muy cara, Selbitz! ¡Estás herido!

SELBITZ.— ¡Tú vives y vences! Yo poco he hecho. ¡Y mis perros jinetes...! ¿Cómo has salido del paso?

GOETZ.— Esta vez costó trabajo. Y aquí á Jorge le debo la vida y á Lerse. Derribo al capitán del caballo; matáronme el mío, y se me vienen todos encima. Jorge se abre paso, baja de su caballo. Como el rayo me apodero de él, y como el trueno monta en otro. (A Jorge.) ¿De qué modo te hiciste con él?

JORGE.— Undí mi puñal en el vientre de uno que iba á heriros, y que en el momento de alzarse separóse su arnés. De este modo os ayudé librándoos de un enemigo, y me ayudé cogiendo un caballo.

GOETZ.— Allí estuvimos metidos hasta que Lerse, á estocadas, se abrió camino para llegar á nosotros, que á la vez hicimos lo mismo desde dentro.

LERSE.— Los perros que yo mandaba debían haber segado de fuera adentro hasta que encontrasen nuestras guadañas; pero huyeron como imperiales.

GOETZ.— Todos huyeron; amigos y enemigos. Sólo tú, núcleo escogido, me guardabas la espalda. Me quedaba bastante que hacer con los tunantes que me hacían frente. La caída de su capitán me ayudó á sacudirles, y huyeron. Tengo su bandera y algunos prisioneros.

SELBITZ.— ¿Se os ha escapado el capitán?

GOETZ.— Lo salvaron mientras tanto. ¡Vamos, hijos! ¡Vamos, Selbitz! Haced con ramas unas angarillas: tú no puedes montar á caballo. Ven á mi castillo. Están dispersos, pero nosotros somos pocos y no sé si habrán enviado por tropas de refresco. Quiero regalaros, ami-

gos míos. Un vaso de vino sabe bien después de tal refriega.

Campamento.

CAPITÁN.

CAPITÁN.—¡Quisiera asesinaros á todos con mi propia mano! ¡Huir cuando le quedaban unos cuantos soldados! ¡Huir de un hombre solo! Nadie lo creerá, más que el que tenga ganas de reirse de nosotros. ¡A caballo, tú, y tú, y tú! ¡Donde quiera que encontréis á nuestros desbandados, traedlos, ó matadlos en el acto! ¡Hay que reparar esta falta, aunque después queden las espadas inútiles para siempre!

Jaxthaus.

GOETZ. LERSE. JORGE.

GOETZ.—No hay momento que perder. ¡Pobres muchachos; no me es posible daros descanso alguno! Recorred las cercanías y ved si podéis aún allegar combatientes. Citadlos todos para Weilern; allí es donde más seguros están, y si nos retardamos, enviádmelos delante del castillo. (Vanse Lerse y Jorge.) Esto principia á estar caliente. Si al menos fuesen todos gente de empuje, pero no es más que el rebusco. (Vase.)

SICKINGEN. MARÍA.

MARÍA.—Os suplico, amado Sickingen, que no os separéis de mi hermano. Sus jinetes, los de Selbitz, los vuestros, todos se han desbandado; está solo. A Selbitz lo llevaron herido á su castillo, y todo lo temo.

SICKINGEN.—Tranquilizaos; no me marchó.

Llega GOETZ.

GOETZ.—A la iglesia: el sacerdote espera. Quiero que dentro de un cuarto de hora seáis marido y mujer.

SICKINGEN.—¿Permitiréis que aquí me quede?

GOETZ.—Por de pronto, venid á la iglesia.

SICKINGEN.—Bueno. ¿Y después?

GOETZ.—Después, es necesario que os marchéis.

SICKINGEN.—¡Goetz!

GOETZ.—¿No queréis venir á la iglesia?

SICKINGEN.—Vamos, vamos.

Campamento.

CAPITÁN. CABALLERO.

CAPITÁN.—¿Cuántos son en junto?

CABALLERO.—Ciento cincuenta.

CAPITÁN.—¡De cuatrocientos! ¡Es fuerte! Ahora, al momento, en derechura á Jaxthaus, antes que de nuevo se aperciba y nos espere en el camino.

Jaxthaus.

GOETZ. ISABEL. MARÍA. SICKINGEN.

GOETZ.—Que Dios os bendiga, os dé días felices y alargue, con los que os acorte, los de vuestros hijos.

ISABEL.—Y haga á los hijos honrados cómo sois vosotros, y después suceda lo que quiera.

SICKINGEN.—Gracias os doy, y á ti te las doy, María. Te conduje al altar, y tú vas á conducirme á la dicha.

MARÍA.—Emprenderemos juntos la peregrinación á esa tierra celebrada y extraña.

GOETZ.—Que llevéis muy buen viaje.

MARÍA.—No pensamos en eso. No os dejamos.

GOETZ.—Es preciso, hermana.

MARÍA.—Eres muy cruel, hermano.

GOETZ.—Y vosotros más afectuosos que previsores.

JORGE llega.

JORGE (en voz baja).—No puedo arrastrar á nadie. Uno solo estaba propicio, pero después cambió de idea y no quiso venir.

GOETZ.—Bueno, Jorge: la fortuna principia á serme inconstante, pero ya lo preveía. Sickingen: ruégoos que os vayáis esta misma tarde. Persuadid á María; es vuestra mujer; hacédselo comprender. Cuando las mujeres se nos ponen por medio en nuestras empresas, nuestro enemigo está tan seguro en campo abierto, como sin esta circunstancia dentro de la fortaleza.

Un ESCUDERO entra.

ESCUADERO (en voz baja).—Monseñor. La bandera imperial marcha hacia aquí, muy de prisa.

GOETZ.—¡Los he despertado á palos! ¿Cuántos son?

ESCUADERO.—Unos doscientos: no distan ya más de dos leguas.

GOETZ.—¿Todavía del otro lado del río?

ESCUADERO.—Sí, monseñor.

GOETZ.—¡Si tuviese siquiera cincuenta hombres, no pasarían á este lado! ¿No has visto á Lerse?

ESCUADERO.—No, monseñor.

GOETZ.—Encarga á todos que estén preparados. Queridos míos, tenemos que separarnos. Lloro, mi buena María; momentos vendrán en que te pondrás alegre. ¡Mejores son las lágrimas el día de tu boda, que regocijos superfluos, mensajeros tal vez de próximas desdichas! ¡Adiós, María! ¡Adiós, hermano!

MARÍA.—No puedo separarme de vosotros. ¡Hermana! ¡Hermano querido, déjanos quedar! ¿Estimas tan poco á mi marido que en esta extremidad desprecias su ayuda?

GOETZ.—Mis asuntos van mal. Quizás estoy cerca de mi ruina. Vosotros principiáis á vivir hoy, y debo separaros de mi destino. He mandado ensillar vuestros caballos: es preciso que os marchéis al instante.

MARÍA.—¡Hermano! ¡Hermano!

ISABEL (á Sickingen).—Acceded á lo que os pide; partid.

SICKINGEN.—Querida María, vámonos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1525 MONTERREY, MEXICO

MARÍA.—¿También tú? El corazón se me parte.

GOETZ.—Quédate entonces: dentro de pocas horas estará sitiado mi castillo.

MARÍA.—¡Oh, Dios mío!

GOETZ.—Nos defenderemos como podamos.

MARÍA.—¡Madre de Dios; compadécete de nosotros!

GOETZ.—Y al fin tendremos que morir ó entregarnos, y tus lágrimas habrán arrastrado en mi ruina á tu noble esposo.

MARÍA.—¡Me estás martirizando!

GOETZ.—¡Quédate! ¡Quédate! Caeremos prisioneros juntos. Sickingen; vendrás conmigo al hoyo; yo esperaba que me ayudarías á salir de él.

MARÍA.—¡Partamos! ¡Hermana! ¡Hermana!

GOETZ.—Ponla en salvo, y después, acuérdate de mí.

SICKINGEN.—No subiré á su lecho sin haberte librado del peligro.

GOETZ.—¡Hermana! ¡Hermana querida! (La besa.)

SICKINGEN.—¡Vamos; vamos!

GOETZ.—Un momento; volveré á veros. ¡Consolaos! ¡Volveremos á vernos! (Vanse Sickingen y María.)

GOETZ.—Los empujo, y al verlos marchar quisiera detenerlos: Isabel, tú te quedas conmigo.

ISABEL.—¡Hasta la muerte! (Vase.)

GOETZ.—Dios da una mujer como ésta á los que ama.

Entra JORGE.

JORGE.—Están en las cercanías: los he visto desde la torre; salía el sol y brillaron las picas. Al verlos no tuve

más miedo que un gato ante un ejército de ratones. Verdad es que el papel de ratones lo hacemos nosotros.

GOETZ.—Echa los cerrojos á la puerta y atráncala por dentro con vigas y piedras. (Vase Jorge.) Pondremos á prueba su paciencia, y me han de pagar cara su valentía. (Suenan trompetas fuera.) ¡Ah! Un canalla vestido de encarnado que nos vendrá á proponer si queremos ser cobardes. (Se asoma á la ventana.) ¿Qué hay?

(Óyese hablar á lo lejos.)

GOETZ.—(Hablando consigo mismo.) Una cuerda alrededor de tu cuello.

(Sigue hablando el trompeta.)

GOETZ.—¿Reo de lesa majestad...? Esa intimación la ha hecho un cura.

(El trompeta termina.)

GOETZ.—(Responde.) ¡Entregarme! ¿A discreción? ¿A quién habláis? ¿Soy un bandido? Di á tu capitán que á Su Majestad Imperial le tengo siempre el respeto debido, pero en cuanto á él, me puede... (Cierra con fuerza la ventana.)

Asedio, cocina.

ISABEL. GOETZ dirigiéndose á ella.

GOETZ.—¡Tienes mucho trabajo, pobre mujer!

ISABEL.—Quisiera tenerlo por mucho tiempo. Difícilmente nos podremos sostener.

GOETZ.—No tuvimos tiempo de abastecernos.

ISABEL.—¡Y la mucha gente que desde hace tiempo habéis alimentado! El vino llega ya al poso.

GOETZ.—Si nos defendemos hasta que propongan capitulación, les hacemos mucho daño. Ellos disparan todo el día, desmoronan nuestros muros y rompen nuestros cristales. Lerse es valiente como él solo; por todas partes anda con su arcabuz, y en cuanto ve uno cerca, lo deja tendido.

MESNADERO.—Carbón, señora.

GOETZ.—¿Qué ocurre?

MESNADERO.—Todas las balas se han gastado, y vamos á fundir más.

GOETZ.—¿Cómo estamos de pólvora?

MESNADERO.—Regular; no malgastamos los tiros.

Sala.

LERSE con un molde de hacer balas, un soldado con carbón.

LERSE.—Dejad eso ahí y ved en la casa dónde habrá plomo. Mientras tanto voy á tomarlo de aquí. (Quita una ventana y rompe los cristales.) Hay que aprovecharlo todo. Nadie sabe lo que darán de sí las cosas. El vidriero que sujetó estos vidrios no pensaba, por cierto, que el plomo podría causar dolor de cabeza á alguno de sus biznietos, y cuando mi padre me engendró, tampoco pensaba en cuál pájaro del cielo ó cuál gusano de la tierra me había de comer.

JORGE trayendo una canal.

JORGE.—Aquí tienes plomo. Si con la mitad solamente atinas, no escapa ninguno que vaya á decir á Su Majestad: «Señor, lo hemos hecho muy mal.»

LERSE.—(Cortándolo.) ¡Buen pedazo!

JORGE.—¡La lluvia puede buscarse otro camino! No me preocupa; un buen caballero y un buen chubasco pasan por cualquier parte.

LERSE.—(Fundiendo.) Ten la cuchara. (Va á la ventana.) Por allí anda rondando uno de esos imperiales con un arcabuz: piensan que estamos sin municiones. Que pruebe la bala, caliente como sale del cacillo. (Carga.)

JORGE.—(Deja la cuchara.) Déjame ver.

LERSE.—(Tira.) Cayó el gorrión.

JORGE.—(Funden balas.) Antes me tiró á mí, cuando salí por la ventana del tejado para coger la canal. Hirió á una paloma que no estaba lejos, y cayó en el alero. Dile las gracias por la caza, y con la doble presa volví adentro.

LERSE.—Ahora, carguemos bien y recorramos todo el castillo para ganar nuestra comida.

(GOETZ entra.)

GOETZ.—Quédate, Lerse: tengo que hablar contigo. A ti, Jorge, no quiero distraerte de la caza. (Vase Jorge.)

GOETZ.—Me anuncian proposiciones para capitular.

LERSE.—Saldré á verles para saber lo que es ello.

GOETZ.—Será que me entregue bajo condición de quedar preso como caballero.

LERSE.—Eso no es obtener nada. ¿Qué os parece si nos concedieran salir en libertad, puesto que de Sickingen no esperáis socorro alguno? Enterraríamos el oro y la plata en sitio donde no lo descubrirían ni con varita de virtudes, y les dejaríamos el castillo, saliendo de él bien formados y con honra.

GOETZ.—No lo consentirán.

LERSE.—Se hará la prueba. Pidamos un salvo-conducto y saldré. (Vase.)

Sala.

GOETZ, ISABEL, JORGE, mesnaderos á la mesa.

GOETZ.—De este modo nos junta el peligro. ¡Comed, amigos míos! ¡No olvidéis el vaso! Vacía está la botella. Trae otra, querida esposa. (Isabel se encoge de hombros.) ¿No hay ninguna ya?

ISABEL.—(En voz baja.) Una hay que he apartado para ti.

GOETZ.—No, querida; sácala: ellos son los que necesitan confortarse; yo no; que la causa es mía.

ISABEL.—¡Sácala del armario!

GOETZ.—Es la última, y estoy, sin embargo, como si no tuviésemos motivos para escatimarla. Tiempo hace que no he estado tan contento. (Escancia.) ¡Viva el Emperador!

Todos.—¡Viva!

GOETZ.—Esta debe ser nuestra penúltima palabra al morir. Le quiero porque nuestro destino es el mismo. Y yo soy aún más feliz que él. Tiene que cazar ratones á los Estados, mientras las ratas le roen sus propias posesiones. Yo sé que muchas veces preferiría morir á seguir siendo el alma de un cuerpo tan mutilado. (Escancia.) Queda lo justo para otra ronda. Y cuando nuestra sangre empieza á agotarse como el vino en esta botella, baja primero y después cae gota á gota. (Vierte las últimas gotas en su vaso.) ¿Cual debe ser nuestra última palabra?

JORGE.—¡Viva la libertad!

GOETZ.—¡Viva la libertad!

TODOS.—¡Viva la libertad!

GOETZ.—Y si nos sobrevive, podemos morir tranquilos. Pues veremos en espíritu á nuestros nietos felices, y al Emperador de nuestros nietos feliz. Si los vasallos de los príncipes les sirviesen tan fiel y libremente como vosotros á mí, y si los príncipes sirviesen al Emperador como yo quisiera servirle...

JORGE.—Todo sería muy distinto.

GOETZ.—No tanto como parece. ¿No he conocido yo mismo príncipes excelentes? ¿Ha de haberse extinguido toda la raza? Hombres buenos, satisfechos de sí mismos y de sus súbditos, que podían soportar á su lado un vecino noble, sin temerlo ni envidiarlo; cuyos corazones se ensanchaban cuando veían sentados á su mesa muchos de sus iguales, y no necesitaban convertir á un caballero en cortesano para vivir con él.

JORGE.—¿Habéis conocido señores así?

GOETZ.—¡Ya lo creo! Toda mi vida recordaré una cacería que dió el Landgrave de Hanau. Cuantos príncipes y señores vinieron á ella, comieron al aire libre y de todas las cercanías corría la gente del pueblo á verlos. No era aquello una mascarada que por vanidad se hubiese preparado. Los muchachos y muchachas de abultadas cabezas y mofletes colorados; los hombres bien acomodados y pudientes; los ancianos venerables, todos con rostros alegres, tomaban parte en la esplendidez de su señor, que enmedio de ellos, sobre el santo suelo, se regocijaba.

JORGE.—Aquel era un señor perfecto, como vos.

GOETZ.—¿Y por qué no hemos de esperar que vuelvan á reinar, en un tiempo, príncipes semejantes, para quienes sea el tesoro más preciado legar á sus hijos y nietos el respeto al Emperador, la paz y amistad á los vecinos y el amor á los súbditos? Cada uno conservaría lo suyo procurando mejorarlo, mientras que, actualmente, no creen prosperar sino arruinando á los demás.

JORGE.—Y si eso llegase á suceder, ¿haríamos también salidas?

GOETZ.—¡Pluguiera Dios que en toda Alemania no hubiese una sola cabeza levantisca! Aun entonces tendríamos bastante que hacer, Limpiaríamos de lobos las montañas. Iríamos al bosque para buscar su asado al cultivador, nuestro pacífico vecino, y con tal motivo comeríamos la sopa con él, y no siendo esto bastante, marcharíamos con nuestros hermanos, como querubi-

nes de flamígeras espadas, á los confines del Imperio contra los lobos, que son los turcos, y los zorros, que son los franceses, y protegeríamos, al mismo tiempo, las tierras de nuestro querido Emperador, que están expuestas, y la paz del Imperio. ¡Esa sí que sería vida, Jorge! Exponer la piel por la felicidad general. (Jorge se levanta bruscamente.) ¿Adónde vas?

JORGE.—¡Ah! Olvidaba que estamos sitiados; que, quien nos ha encerrado es el Emperador, y que, para salvar nuestra piel, tenemos que exponerla.

GOETZ.—¡Animo, amigo!

(Lerse entrando.)

LERSE.—¡Libertad! ¡Libertad! Son unos infelices asnos, tímidos é irresolutos. Podéis salir con armas, caballos y bagajes. Las provisiones deben quedar aquí.

GOETZ.—No cogerán, mascando, ningún dolor de muelas.

LERSE.—(En secreto.)—¿Habéis escondido la plata?

GOETZ.—No. Mujer, vé con Francisco, que tiene algo que decirte. (Vanse todos.)

El patio del Castillo.

JORGE canta en la caballeriza.

Cogió un pájaro un mozo, cierto día,
 ¡Ya, ya!
 Y al meterlo en la jaula se reía,

¡Ya, ya!

¡Sí, sí!

¡Ya, ya!

Muy ufano después, por tal hazaña

¡Ya, ya!

Quiso al pájaro asir con poca maña.

¡Ya, ya!

¡Sí, sí!

¡Ya, ya!

Y el pájaro volando hasta un alero

¡Ya, ya!

Rióse á su placer del majadero.

¡Ya, ya!

¡Sí, sí!

¡Ya, ya!

GOETZ.—¿Cómo va eso?

JORGE.—(Sacando su caballo.) Ensillados.

GOETZ.—Listo eres.

JORGE.—Como el pájaro para salir de la jaula.

(Entran todos los sitiados.)

GOETZ.—¿Tenéis vuestros arcabuces? ¿No? Id arriba y coged los mejores del armero; es cosa de un momento. Nosotros vamos saliendo á caballo.

JORGE.

¡Ya, ya!

¡Sí, sí!

¡Ya, ya! (Vanse.)

Sala.

Dos MESNADEROS escogiendo armas.

PRIMER MESNADERO.—Yo cojo éste.

SEGUNDO MESNADERO.—Y yo éste. Aquí hay otro todavía mejor.

PRIMER MESNADERO.—Acaba y vámonos.

SEGUNDO MESNADERO.—¡Escucha!

PRIMER MESNADERO.—(Se asoma á la ventana.) ¡Socorro!
¡Dios santo! Asesinan á nuestro señor. ¡Está en el suelo! ¡Jorge cae!

SEGUNDO MESNADERO.—¿Cómo nos salvaríamos? Por el nogal que hay pegado á la muralla saldremos al campo.

PRIMER MESNADERO.—¡Francisco se defiende todavía; voy junto á él: si ellos mueren, yo no quiero vivir!(Vase.)

ACTO CUARTO

Posada en Heilbronn.

GOETZ

GOETZ.—Me está sucediendo lo que al diablo que metió al capuchino dentro del saco; me reviento y nada consigo. ¡Perjuros!

Llega ISABEL

GOETZ.—¿Qué noticias me traes, Isabel, de mis leales amigos?

ISABEL.—Nada positivo. Algunos han muerto, otros están encerrados en la torre. No han podido ó no han querido darme más noticias.

GOETZ.—¿Es este el premio de la lealtad, de la obediencia filial...? «A fin de que seas feliz y vivas largo tiempo sobre la tierra.»

ISABEL.—Marido mío: no blasfemes contra nuestro Padre celestial. Ellos tienen su recompensa, porque dióles al nacer un corazón noble y libre. ¡Aunque estén presos, libres son! Ten cuidado con los consejeros delegados; sus gruesas cadenas de oro sientan á sus rostros...

GOETZ.—Como al cerdo un collar. ¡Quisiera ver á Jorge y á Francisco aprisionados!

ISABEL.—Sería un espectáculo capaz de hacer llorar á los ángeles.

GOETZ.—Yo no lloraría; rechinaría los dientes y tascaría el freno. ¡En cadenas las niñas de mis ojos! ¡Jóvenes queridos, si no me hubieseis amado! ¡No me saciaría de mirarlos! ¡Faltar á la palabra dada en nombre del Emperador!

ISABEL.—Desecha esas ideas. Piensa que debes presentarte ante el Consejo. No te veo bien dispuesto para ese acto, y todo lo temo.

GOETZ.—¿Por dónde me han de coger? ¿Qué quieren de mí?

ISABEL.—El alguacil del Tribunal.

GOETZ.—El asno de la justicia, que lleva sus sacos al molino y sus basuras al campo. ¿Qué hay?

Entra el ALGUACIL.

ALGUACIL.—Los señores Comisarios están reunidos en la casa de Ayuntamiento y envían á buscaros.

GOETZ.—Voy.

ALGUACIL.—Yo os acompañaré.

GOETZ.—Es mucho honor.

ISABEL.—¡Modérate!

GOETZ.—Queda sin cuidado.

Casa de Ayuntamiento.

CONSEJEROS IMPERIALES. CAPITÁN. REGIDORES de Heilbronn.

REGIDOR.—Hemos reunido, según vuestro mandato, á los vecinos más forzudos y valientes: aquí cerca aguardan una señal vuestra para sujetar á Berlichingen.

PRIMER CONSEJERO.—Con mucho gusto encareceremos á Su Majestad Imperial vuestra solicitud en obedecer sus órdenes soberanas. ¿Son artesanos?

REGIDOR.—Herreros y toneleros, carpinteros, hombres de ejercitados puños y robustos de aquí. (Señalando al pecho.)

CONSEJERO.—¡Bien!

ALGUACIL entrando.

ALGUACIL.—Goetz de Berlichingen aguarda en la puerta.

CONSEJERO.—¡Que entre!

Entra GOETZ

GOETZ.—¡Dios os guarde, señores! ¿Qué me queréis?

CONSEJERO.—Ante todo, que penséis donde estáis y delante de quién.

GOETZ.—¡Por mi vida! No os desconozco, señores.

CONSEJERO.—Ese es vuestro deber.

GOETZ.—Que cumplo con la mejor voluntad.

CONSEJERO.—Sentaos.

GOETZ.—¿Ahí debajo? Puedo muy bien estar en pie. Ese banquillo huele á infelices reos, como todo el aposento.

CONSEJERO.—Estad, pues, en pie.

GOETZ.—Vamos al asunto, si gustáis.

CONSEJERO.—Procederemos con orden.

GOETZ.—Huélgome de ello y quisiera que antes hubiese pasado lo mismo.

CONSEJERO.—¿Ya sabéis que estais en nuestras manos incondicionalmente?

GOETZ.—¿Y de qué me serviría olvidarlo?

CONSEJERO.—Si pudiera haceros comedido, haria vuestra causa buena.

GOETZ.—¿Hacerla buena! ¿Qué podríais? Por lo visto cuesta más trabajo que hacerla mala.

ESCRIBIENTE.—¿Debo escribir todo esto?

CONSEJERO.—Lo pertinente al asunto.

GOETZ.—Por mi parte, podéis imprimirlo.

CONSEJERO.—Estáis en poder del Emperador, cuya paternal clemencia se sustituye á su justicia augusta, y en vez de una prisión os ha señalado Heilbronn, una de sus buenas ciudades, por residencia. Prometisteis, bajo juramento, presentaros como conviene á un caballero, y esperar sumiso los resultados.

GOETZ.—Bueno: y aquí estoy y espero.

CONSEJERO.—Y aquí estamos nosotros para comunicaros la gracia y la clemencia de Su Majestad, que os perdona todas vuestras transgresiones: os absuelve de la proscripción y de los demás, bien merecidos casti-

gos, lo cual reconoceréis con gratitud y obediencia, prestando en cambio el juramento de paz, del cual se os va á dar lectura.

GOETZ.—Soy de Su Majestad fiel criado como siempre. Pero, una palabra antes de ir más adelante. ¿Dónde están mis hombres? ¿Qué va á ser de ellos?

CONSEJERO.—Eso no os importa.

GOETZ.—¡Que el Emperador desvíe así de vosotros su rostro, cuando estéis en la desgracia! Eran mis compañeros y lo son! ¿Dónde los habéis metido?

CONSEJERO.—Ninguna cuenta tenemos que daros acerca de eso.

GOETZ.—¡Ah! No pensaba que, no solamente no estáis obligados con vuestras promesas, sino que...

CONSEJERO.—Nuestra misión es haceros prestar el juramento de paz. Someteos al Emperador, y camino hallaréis de obtener, por la súplica, la vida y la libertad de vuestros compañeros.

GOETZ.—¡Veamos vuestro papel!

CONSEJERO.—Escribiente, leed.

ESCRIBIENTE.—Yo; Goetz de Berlichingen, reconozco públicamente por esta carta, que habiéndome levantado en armas últimamente contra el Emperador y el Imperio...

GOETZ.—Eso no es verdad. No soy un rebelde; en nada he delinquido contra Su Majestad Imperial, y nada tengo que ver con el Imperio.

CONSEJERO.—Reportaos, y seguid escuchando.

GOETZ.—¡No quiero oír más! ¡Que salga uno y me

acuse! ¿He dado un solo paso contra el Emperador ó contra la casa de Austria? ¿No he probado de antiguo, en todas y cada una de mis acciones, que sabía mejor que nadie todo lo que Alemania debe á sus soberanos, y mayormente cuánto tienen que agradecer los pequeños, los caballeros y hombres libres á su Regente? Sería un infame si me dejase persuadir á firmar eso.

CONSEJERO.—Y, sin embargo, tenemos órdenes terminantes de convencerlos por buenas, y en caso de que os neguéis, de meteros en la torre.

GOETZ.—¡En la torre! ¡A mí!

CONSEJERO.—Y allí podréis esperar vuestra suerte de la justicia, si no queréis recibirla de manos de la clemencia.

GOETZ.—¡En la torre! Abusáis del poder imperial. ¡En la torre! ¡Eso no es mandato suyo! ¡Traidores! ¡Armar-me primero un lazo, y á modo de tocino en ratonera colgar de él vuestra palabra de honor, vuestro juramento! ¡Prometerme después prisión de caballero y otra vez faltar á la promesa!

CONSEJERO.—No estamos obligados á ser leales con un bandido.

GOETZ.—Si no fuera porque llevas la imagen del Emperador, que yo venero aun en la copia más vil, habías de tragarte la palabra «bandido», ó atragantarte con ella. Esta cuestión en que estoy metido, es una cuestión de honor. Podrías dar gracias á Dios y gloriarte en el mundo, si hubieses hecho en tu vida acción tan noble como aquella en cuya virtud estoy preso.

CONSEJERO.—(Hace una señal al Regidor, el cual toca la campanilla.)

GOETZ.—Yo no he salido impulsado por el amor de miserables ganancias, ni para asolar tierras, ni para despojar gentes indefensas y miserables: salí para libertar á mi vasallo y defender mi persona. ¿Veis en esto algo injusto? Nuestra querrela no tenía por qué quitarle el sueño al Emperador ni al Imperio; tengo, á Dios gracias, todavía una mano, y me he dado buena maña para usarla.

VECINOS.—(Entran con estacas en las manos y armas en los cintos.)

GOETZ.—¿Qué significa esto?

CONSEJERO.—No queréis escuchar. ¡Cogedle! (A los hombres.)

GOETZ.—¿Es esa vuestra intención? El que no sea un buey de Hungría, que no se acerque demasiado. Porque llevará, con esta mi diestra mano de hierro tal bofetada, que ha de curarle radicalmente de dolor de cabeza, dolor de muelas y de todos los dolores de la tierra. (Se le echan encima y derriba en tierra á uno de un golpe, y á otro le quita la espada: retroceden.) ¡Venid! ¡Venid! Me gustaría saber cuáles son los más valientes.

CONSEJERO.—¡Rendíos!

GOETZ.—¡Con la espada en la mano! ¿Sabéis que sólo dependería de mí abrirme paso por entre todos esos cazadores de liebres y llegar á campo abierto? Pero quiero enseñaros cómo se guarda la palabra. Prometedme prisión de caballero y entregaré mi espada, siendo como antes, vuestro prisionero.

CONSEJERO.—¿Queréis disputar con el Emperador espada en mano?

GOETZ.—¡Guárdeme Dios! Con vos solamente y vuestra noble compañía. Podéis iros á vuestras casas, buena gente. Nada ganaréis con esperar, y no sacaréis de aquí sino chichones.

CONSEJERO.—¡Cogedle! ¿No os da más valor que ese vuestro amor al Emperador?

GOETZ.—No más que les dará emplastos el Emperador para curarse las heridas que su valor les acarree.

Entra un HUIER del Tribunal.

HUIER.—El centinela de la torre da parte, en este momento, de que una tropa de más de doscientos hombres se dirige á la ciudad. Sin ser vistos, avanzaron por detrás de los viñedos y amenazan nuestras murallas.

REGIDOR.—¡Desgraciados de nosotros! ¿Qué es esto?

Llega un GUARDIA.

GUARDIA.—Francisco de Sickingen, parado delante de la puerta, os manda á decir: Que ha sabido la indigna traición que á su cuñado se ha hecho en connivencia y con ayuda de los señores de Heilbronn. Que de esto pide cuenta, y si no se le da en el término de una hora, pondrá fuego á la ciudad por sus cuatro costados y la entregará al saqueo.

GOETZ.—¡Excelente hermano!

CONSEJERO.—¡Retiraos, Goetz! ¿Qué se hace?

REGIDOR.—Tened compasión de nosotros y de nues-

tro vecindario. Sickingen es desenfrenado en la ira, y hombre capaz de hacer lo que dice.

CONSEJERO.—¿Hemos de perder nuestros derechos y los del Emperador?

CAPITÁN.—Si tuviésemos siquiera gente para hacerle frente; pero puede matarnos á todos y ser la cosa todavía peor; cediendo, ganamos.

REGIDOR.—Pidamos á Goetz que interceda por nosotros. ¡Pareceme estar viendo ya la ciudad en llamas!

CONSEJERO.—Que entre Goetz.

GOETZ.—¿Qué se os ofrece?

CONSEJERO.—Harías bien en desviar á tu cuñado de sus propósitos rebeldes. En vez de salvarte te hunde más, siguiéndote en tu caída.

GOETZ.—(Ve á Isabel al lado de la puerta y le dice en voz baja.) Corre á él y dile que sin dilación alguna se abra paso y llegue hasta aquí, pero sin hacer daño á la ciudad. Si estos bribones le resisten, que emplee la fuerza. No me importaría morir aquí, con tal de acuchillarlos á todos.

Gran sala en la casa de Ayuntamiento.

SICKINGEN. GOETZ

Todo el edificio está ocupado por los soldados de Sickingen.

GOETZ.—¡Fué socorro del cielo! ¿Cómo llegaste, querido hermano, tan de improviso y oportuno?

SICKINGEN.—Sin arte de magia. Había enviado dos, tres mensajeros, á saber lo que te pasaba; cuando me

dieron la noticia del perjurio, me puse en camino. Ahora están en nuestro poder.

GOETZ.—Yo no pido más que prisión de caballero.

SICKINGEN.—Eres demasiado pundonoroso. ¡No aprovecharte siquiera de las ventajas que tiene el hombre honrado sobre los traidores! Han tomado por lecho la injusticia, y no es cosa de que les pongamos cojines debajo. Abusaron vergonzosamente de las órdenes del Emperador. Y como conozco á Su Majestad, te aseguro que puedes exigir más; eso es demasiado poco.

GOETZ.—Siempre me contenté con poco.

SICKINGEN.—Y siempre te has quedado demasiado corto. Mi opinión es esta: que saquen de la prisión á tus hombres, y, mediante tu palabra, los dejen ir contigo á tu castillo. Prometerás no salir de sus términos, y siempre estarás mejor que aquí.

GOETZ.—Dirán que mis bienes han venido á ser, por reversión, propiedad del Emperador.

SICKINGEN.—Y nosotros diremos que quieres tomarlos en arriendo, hasta que el Emperador te devuelva el feudo. Déjalos que se revuelvan como anguilas en nasa; no se nos escapan. Hablarán de la Majestad Imperial; de la misión que traen. Nos tiene sin cuidado. Yo también conozco al Emperador y valgo con él alguna cosa. Siempre ha deseado tenerte en su ejército. No estarás mucho tiempo en tu castillo sin que te llamen á las armas.

GOETZ.—¡Quiera Dios que sea antes que desaprenda el combatir!

SICKINGEN.—El valor no se olvida, como tampoco se

aprende. No te ocupes de nada. Cuando tus asuntos estén en orden, me iré á la corte, porque comienzan á madurar mis proyectos y hay indicios favorables que me dicen: «Ha llegado el momento de obrar.» Sólo me resta sondear los sentimientos del Emperador. Tréveris y el Palatinado creen más fácil que se hunda el cielo que caer yo sobre ellos, y caeré como una granizada. Si podemos cumplir nuestro destino, pronto te verás cuñado de un príncipe elector. Yo contaba con tu brazo para esta empresa.

GOETZ. —(Contemplando su mano.) ¡Oh, ahora hallo la explicación del sueño que tuve la víspera de prometer María á Weislingen! Ofrecíame fidelidad y tenía mi mano derecha tan apretada, que me la desprendió del brazalete como rota. ¡Ah! En este momento estoy más desarmado que el día que me la llevó un tiro. ¡Weislingen! ¡Weislingen!

SICKINGEN.—Olvida á ese traidor. Anularemos sus proyectos, hundiremos su crédito, y lo devorarán hasta morir los remordimientos y la ignominia. Veo, veo con la mente á mis enemigos, á tus enemigos destruidos. Goetz ¡medio año solamente quiero!

GOETZ.—Tu alma se remonta mucho. Yo no sé; de algún tiempo á esta parte no se abren á la mía alegres perspectivas. Otras veces estuve más en desgracia y prisionero, pero nunca me ha pasado lo que ahora.

SICKINGEN.—La dicha infunde valor. Vamos á ver á esos pelucas: bastante tiempo han usado de la palabra; tomémonos ahora nosotros ese trabajo. (Vanse.)

Castillo de Adelaida.

ADELAIDA. WEISLINGEN.

ADELAIDA.—¡Eso es odioso!

WEISLINGEN.—Hiciéronme rechinar los dientes. ¡Un golpe tan hermoso, tan bien ejecutado, y á la postre dejarlo volver á su castillo! ¡Maldito Sickingen!

ADELAIDA.—No debieron ceder.

WEISLINGEN.—Estaban sitiados. ¿Qué podían hacer? Sickingen los amenazó con entrar á fuego y sangre. ¡Hombre soberbio é iracundo! Lo detesto. Su importancia crece como un torrente que, sólo por haber devorado un par de riachuelos, los otros corren á él de suyo.

ADELAIDA.—¿Y no tenían á su Emperador?

WEISLINGEN.—¡Querida esposa! No es más que su sombra. Está viejo y descorazonado. Cuando oyó lo que había pasado y que yo con los demás consejeros nos incomodábamos, dijo: «¡Dejadles en paz! Bien puedo conceder al viejo Goetz aquel pequeño espacio, y si se está allí tranquilo, ¿qué más le habéis de pedir?» Hablámosle del bien del Estado. «¡Oh!—dijo—¡Si yo hubiese tenido siempre consejeros que enseñasen á mi espíritu inquieto á hacer la felicidad de los hombres individualmente!»

ADELAIDA.—Pierde el sentido de soberano.

WEISLINGEN.—Después la emprendimos contra Sickingen. «Es mi servidor leal»—dijo,—y si no lo hizo por orden mía, cumplió mi voluntad mejor que aquellos

que tenían mis poderes, y yo puedo darlo por bien hecho, antes ó después.

ADELAIDA.—¡Hay para desesperarse!

WEISLINGEN.—No he perdido aún toda esperanza, por una razón. Se le ha dejado en su castillo, bajo su palabra de caballero, de estarse quieto allí. Como esto le es imposible, pronto tendremos una causa de queja contra él.

ADELAIDA.—Y tanto más, cuanto es de esperar que el Emperador se irá pronto de este mundo, y Carlos, su excelente sucesor, promete otras inclinaciones de soberano.

WEISLINGEN.—¿Carlos? Todavía no está elegido ni coronado.

ADELAIDA.—¿Quién no lo desea y no lo espera?

WEISLINGEN.—Tienes gran idea de sus cualidades; casi podría uno creer que lo miras con otros ojos.

ADELAIDA.—Me ofendes, Weislingen. ¿Es así como me conoces?

WEISLINGEN.—No lo digo por ofenderte, pero sobre este particular no puedo callar. Las desacostumbradas atenciones de Carlos hacia ti, me traen intranquilo.

ADELAIDA.—¿Y mi conducta?

WEISLINGEN.—Eres mujer. No detestáis á ninguno que os haga la corte.

ADELAIDA.—¡Pero tú...!

WEISLINGEN.—¡Este horrible pensamiento me muerde el corazón, Adelaida!

ADELAIDA.—¿Puedo curar tu locura?

WEISLINGEN.—¡Si tu quisieras podrías alejarte de la corte!

ADELAIDA.—Dime forma y manera. ¿No estás en la corte tú? ¿He de dejarte y á mis amigos, para entretenirme en mi castillo con los buhos? No, Weislingen, eso no sucederá. Tranquilízate. ¡Tú sabes cuánto te amo!

WEISLINGEN.—¡Esa es el ancla de salvación en esta tormenta, mientras la cuerda no se rompa! (Vase.)

ADELAIDA.—(Sola.) ¿Así lo tomáis? ¡Eso faltaba! Las aspiraciones de mi alma son demasiado grandes, para que puedas sujetarlas en su carrera. ¡Carlos, hombre grande y excelente, que un día será emperador! ¡Sería el único hombre á quien no halagara la idea de poseer mis favores! No pienses en estorbarme, Weislingen, porque caerás, y pasaré por encima de ti.

(Llega FRANZ con una carta.)

FRANZ.—Tomad, señora.

ADELAIDA.—¿Te la dió Carlos en persona?

FRANZ.—Sí.

ADELAIDA.—¿Qué tienes? Pareces triste.

FRANZ.—¡Os empeñáis en que muera consumido! ¡En los años de la esperanza me hacéis desesperar!

ADELAIDA.—(Aparte.) ¡Me da lástima! ¡Y qué poco me costaría hacerlo feliz! (Alto.) No te desanimes, hijo. Conozco tu amor y tu lealtad, y nunca seré desagradecida.

FRANZ.—(Afligido.) Si fueseis capaz de eso, me moriría. ¡Dios mío! ¡No tengo una gota de sangre que no

sea vuestra, ni otro anhelo que amaros y complaceros!

ADELAIDA.—¡Niño querido!

FRANZ.—¡Lo decís por adularme! (Rompe á llorar.) ¡Si esta devoción no merece más que ver preferidos á otros; ver que todos vuestros pensamientos son dirigidos á Carlos...!

ADELAIDA.—No sabes lo que quieres, y aun menos lo que hablas.

FRANZ.—(Dando con el pie en el suelo lleno de enojo y de ira.) ¡Ni quiero tampoco servir más de tercero!

ADELAIDA.—¡Franz, tú olvidas...!

FRANZ.—¡Sacrificarme! ¡Sacrificar á mi amado señor!

ADELAIDA.—¡Quítate de mi vista!

FRANZ.—¡Señora...!

ADELAIDA.—¡Ve! ¡Descubre á tu amado señor mi secreto! Yo fui la loca en tenerte por lo que no eres.

FRANZ.—Noble y querida señora, sabéis que os amo.

ADELAIDA.—¡Eras mi amigo y estabas tan cerca de mi corazón...! ¡Vete! ¡Delátame!

FRANZ.—Antes me arrancaríá la vida. ¡Perdonadme, señora! Mi corazón rebosa, y mis sentidos no pueden resistir.

ADELAIDA.—¡Mi fogoso querido! (Cógele las manos, lo atrae hacia sí y se besan; él la abraza llorando.)

ADELAIDA.—¡Suéltame!

FRANZ.—(Sofocado por los sollozos.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ADELAIDA.—¡Suéltame; las paredes oyen! ¡Déjame! (Le suelta.) Sé constante en tu amor y en tu fidelidad, y tendrás la más hermosa recompensa. (Vase.)

FRANZ.—¡La más hermosa recompensa! ¡Sólo quiero vivir hasta alcanzarla! ¡Mataría á mi padre si me la disputara!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO R. RYES"

Jaxthausen.

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

GOETZ sentado á una mesa.—ISABEL á su lado trabajando.
Sobre la mesa hay una luz y recado de escribir.

GOETZ.—La ociosidad no me gusta, y esta prisión pareceme cada día más estrecha; quisiera poder dormir ó imaginarme siquiera que el sosiego es cosa agradable.

ISABEL.—Por eso debes acabar de escribir tu vida, que has comenzado. Pon en las manos de tus amigos un testimonio de confusión para tus enemigos; procura á la noble generación venidera la alegría de no desconcerte.

GOETZ.—¡Ah! Escribir es una ociosidad laboriosa que me enoja. Mientras estoy escribiendo lo que hice, me incomodo por la pérdida de un tiempo en el cual podría hacer algo.

ISABEL.—¡No seas caprichoso! (Coge el manuscrito.) Precisamente estás en tu primera prisión de Heilbronn.

GOETZ.—Siempre fué para mí un lugar fatal.

ISABEL.—(Lee.) «Aún hubo algunos de los aliados que me dijeron que no fué cuerdo en mí presentarme á mis enemigos más encarnizados, porque podía muy bien suponer que no me habían de tratar con blandura; enton-

ces respondí...» Y bien, ¿qué respondiste? Sigue escribiendo.

GOETZ.—Dije: «¿No arriesgo á cada momento mi piel por el bien y los bienes de los demás? Bien puedo arriesgarla por mi palabra.»

ISABEL.—¡Esa fama tienes!

GOETZ.—Y no me la podrán quitar. ¡Todo me lo han quitado, hacienda, libertad!

ISABEL.—Fué por entonces cuando me encontré en la sala de la posada con Miltenberg y Singlingen, que no me conocían. Sentí la misma alegría que si hubiese dado á luz un hijo. Te ensalzaban á porfía, diciendo: «Es el modelo del caballero, valeroso y noble en su liberalidad, confiado y leal en la desgracia.»

GOETZ.—¡Qué me digan cuándo y á quién he faltado á mi palabra! Y Dios sabe que más he sudado para ayudar á mi prójimo que para ayudarme á mí mismo. He trabajado para ganarme nombre de valiente y leal caballero, y no riquezas y dignidades. Y ¡gracias á Dios! Así como lo deseaba, así lo he tenido.

Entrán LERSE y JORGE con caza.

GOETZ.—¡Bien por los cazadores valientes!

JORGE.—De valientes soldados, en eso nos hemos convertido. De las botas se hacen fácilmente zapatillas.

LERSE.—La caza siempre es una especie de guerra.

JORGE.—¡Si al menos no tuviese uno que tropezar siempre en el país con soldados del imperio...! ¿Os acordáis, señor, cuando nos profetizasteis que si el mundo

diese una vuelta nos haríamos cazadores? Pues ya lo somos sin eso.

GOETZ.—Viene á ser lo mismo, porque nos han sacado de nuestro centro.

JORGE.—Los tiempos son muy arduos. Hace ocho días que se ve un temible cometa, y Alemania entera teme si será señal de la muerte del Emperador, que está muy enfermo.

GOETZ.—¿Muy enfermo? ¡Nuestra carrera llega á su fin!

LERSE.—Aquí por las cercanías ocurren cambios tremendos. Los paisanos amotínanse amenazadores.

GOETZ.—¿Dónde?

LERSE.—En el corazón de Suabia. Incendian y asesinan. Témome que asolarán todo el país.

JORGE.—Es una guerra horrible. Cien lugares se han levantado ya, y cada día aumenta la insurrección. El huracán, últimamente, destruyó bosques enteros, y poco después, en el mismo sitio donde comenzó la rebelión, se han visto dos espadas de fuego cruzándose en el aire.

GOETZ.—¡No dejaré de ser víctima inocente algún buen señor amigo mío!

JORGE.—¡Lástima que no podamos salir!

ACTO QUINTO

Guerra de los paisanos.—Tumulto y saqueo en un lugar.—MUJERES y ANCIANOS con niños y lios de ropa van huyendo.

ANCIANO.—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Escapemos de los perros asesinos!

MUJER.—¡Santo Dios! ¡Qué color de sangre tiene el cielo! ¡El sol se pone rojo de sangre!

MADRE.—Eso es señal de fuego.

MUJER.—¡Mi marido! ¡Mi marido!

ANCIANO.—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Al bosque! (Pasan.)

LINK.

LINK.—Matar á todo el que resista. El lugar es nuestro. Lo que por útil no se ha destruído, que no quede detrás. Saquead bien y pronto. Vamos á incendiar en seguida.

METZLER baja corriendo por la ladera.

METZLER.—¿Cómo va eso, Link?

LINK.—Lo de arriba abajo, como ves: llegas al fin del baile. ¿De dónde?

METZLER.—De Weinsberg. Allí sí que hubo fiesta.

LINK.—¿Cómo?

METZLER.—Los ensartamos á todos juntos que fué un gusto.

LINK.—¿A quiénes?

METZLER.—Dietrich de Weiler rompió el baile. ¡Marracho! Estábamos en plena partida, furiosos, y él, allá desde el campanario de la iglesia, quería tratar con nosotros por buenas. ¡Paff! Un tiro á la cabeza. Subimos como truenos, y allá fué el pillo por la ventana abajo.

LINK.—¡Ah!

METZLER.—(A los paisanos.) ¡Eh, perros! ¿Necesitaré hacerlos andar? ¿Qué os detiene? ¿Qué dudáis, asnos?

LINK.—¡Prended fuego, y que se asen dentro! ¡Adelante, canallas!

METZLER.—Después sacamos fuera á Helfenstein, á Elterspofen; unos trece de la nobleza: en junto, ochenta, y los llevamos á las llanuras de Heilbronn. Allí fué la algazara y el júbilo de los nuestros al ver la larga fila de pobres ricos, mirándose los unos á otros y al cielo y á la tierra. En un momento los rodearon, y antes que se percatasen, quedaron todos atravesados por las picas.

LINK.—¡Y que no estuviese yo allí!

METZLER.—En todos los días de mi vida he tenido alegría semejante.

LINK.—¡Andando! ¡Fuera!

PAISANO.—Todo está vacío.

LINK.—Entonces, prendedle fuego por los cuatro costados.

METZLER.—Hará una hoguera bonita. ¡Si vieras cómo

aquellos mozos caían de cabeza, unos encima de otros, chillando como ranas! Aquello me reconfortaba como un vaso de aguardiente. Allí estaba un tal Rixinger. ¡Cuando el bribón, en otros tiempos, iba de caza á caballo, con su penacho y sus narices muy infladas, nos echaba delante con los perros y como perros! Hacía tiempo que no le veía, y me chocó su cara de monigote. ¡¡¡Ras!!! Allá va mi pica entre sus costillas. Quedó con los cuatro remos extendidos sobre sus compañeros. Pataleaban todos los bribones amontonados, como liebres en batida.

LINK.—Esto ya humea bien.

METZLER.—Y allá atrás queman. Vámonos tranquilamente con nuestro botín á reunirnos al grueso de la fuerza.

LINK.—¿Dónde acampa?

METZLER.—Más acá de Heilbronn. Andan tras de un capitán á quien toda la gente obedezca, porque, al fin y al cabo, nosotros somos iguales á ellos; ellos lo saben y no nos respetan.

LINK.—¿En quién ponen la mira?

METZLER.—En Maximiliano Stumpf ó en Goetz de Berlichingen.

LINK.—Bueno sería conseguirlo, y daría viso á la causa el que Goetz la hiciese suya: siempre fué tenido por muy honrado caballero. ¡Hala, hala! Vamos hacia Heilbronn. Llamad á nuestra gente.

METZLER.—El fuego nos alumbrará un buen trecho. ¿Has visto el gran cometa?

LINK.—Sí; ¡es un signo pavoroso, tremendo! Si caminamos esta noche, lo podremos ver bien. Aparece á eso de la una.

METZLER.—Y sólo está á la vista cinco cuartos de hora. Parece un brazo arqueado con una espada tinta en sangre. Su color es amarillo y rojo.

LINK.—¿Has visto las tres estrellas en la punta y la hoja de la espada?

METZLER.—Y la ancha faja nebulosa con miles de rayas como picas, y entre ellas como espadas pequeñas.

LINK.—A mí me da miedo aquello rojo pálido que tiene debajo como llamas de fuego, y en medio caras terribles con cabezas y foscas barbas.

METZLER.—¿Las has visto también? Todo brilla y se confunde, como si flotase en un mar de sangre, agitándose, que es cosa de irsele á uno el sentido.

LINK.—¡Vamos! ¡vamos! (Vanse.)

Campo.—Se ven en lontananza dos lugares y un monasterio ardiendo.

KOHL. WILD. MAXIMILIANO STUMPF. Gente armada.

MAX STUMPF.—No debéis desearme para vuestro jefe: sería en perjuicio vuestro y mío. Soy súbdito del conde Palatino. ¿Cómo había de llevaros contra mi señor? Siempre sospecharíais que no lo hacía de buena gana.

KOHL.—Ya sabíamos que habías de encontrar disculpas.

Llegan GOETZ, LERSE y JORGE

GOETZ.—¿Qué me queréis?

KOHL.—Que seáis nuestro jefe.

GOETZ.—¿Y he de faltar á la palabra de caballero que di al Emperador, saliendo de mi reclusión?

WILD.—Eso es una excusa.

GOETZ.—Y aunque me encontrara completamente libre. Si queréis tratar á los nobles y á los señores como hicisteis en Weinsberg y seguir asolando la tierra á sangre y fuego, como en estos contornos, inútil es vuestra pretensión de que yo os ayude en empresa tan vergonzosa y frenética; antes consentiría que me matéis como á perro rabioso, que ser vuestro jefe.

KOHL.—Si eso no hubiese pasado ya, tal vez no pasaría nunca.

STUMPF.—Precisamente esa ha sido la desgracia; no tener un jefe á quien respetar y que reprimiese la furia. Acepta el mando, Goetz, yo te lo pido. Te lo agradecerán los príncipes y la Alemania entera. Redundará en beneficio de todos: será la salvación de hombres y tierras.

GOETZ.—¿Por qué no lo tomás tú?

STUMPF.—Yo me he desentendido de ellos.

KOHL.—No tenemos tiempo para colgar nuestras sillas de montar y oír discursos inútiles. En resumen, Goetz; sé nuestro jefe, ó mira por ti y por tu castillo. Tienes dos horas de término para pensarlo. ¡Observadle!

GOETZ.—No es necesario. Tan decidido estoy ahora

como después. ¿Para qué os habéis levantado en armas? ¿Para recobrar vuestros derechos y libertades? ¿Y para eso asoláis y destruíis el país? Si os abstenéis de malas acciones y obráis como gentes sensatas, que saben lo que quieren, consiento en sostener vuestras pretensiones, y dentro de ocho días seré vuestro capitán.

WILD.—Lo que ha pasado pasó en el primer hervor, y no necesitamos de ti para contenernos en lo sucesivo.

KOHL.—Has de prometernos estar con nosotros por lo menos tres meses.

STUMPF.—Sean cuatro semanas, para que los dos quedéis contentos.

GOETZ.—Por mí, sea.

KOHL.—Vuestra mano.

GOETZ.—Prometedme enviar por escrito á todas las partidas el convenio que habéis hecho conmigo, para que lo cumplan.

WILD.—¡Bueno! Se hará.

GOETZ.—De este modo, unido estoy á vosotros por cuatro semanas.

STUMPF.—¡Bravo! Recomiéndote que no se le haga daño á nuestro señor el conde Palatino.

KOHL.—(Bajo.) ¡Vigíladle! Que nadie hable con él sino en presencia vuestra.

GOETZ.—Lersee, ve á decírselo á mi mujer y quédate á su lado: pronto tendrá noticias mías.

GOETZ, STUMPF, JORGE, LERSE y algunos paisanos se van. METZLER y LINK vienen.

METZLER.—¿Qué es lo que oímos de un convenio? ¿Qué convenio es ese?

LINK.—Es vergonzoso hacer un convenio semejante.

KOHL.—Tan bien como vosotros, sabemos nosotros lo que queremos y lo que podemos ó no podemos hacer.

WILD.—Al fin, de un día á otro tendría que cesar la furia del asesinato y del incendio, y así nos ganamos un jefe valeroso.

METZLER.—¿Qué hablas de cesar, traidor? ¿Para qué estamos aquí? Para vengarnos de nuestros enemigos, para ayudarnos de ellos. Eso os lo ha aconsejado el criado de un príncipe.

KOHL.—Vente, Wild; es un bruto. (Vanse.)

METZLER.—¡Idos! Ninguna partida os seguirá. ¡Bribones! Link; vamos á excitar á los otros á quemar Miltenberg, y si hay zambra por causa del convenio, cortaremos las cabezas á todos los convencionales.

LINK.—Siempre estará el mayor número de nuestra parte.

Monte y valle: en el fondo un molino.

Soldados á caballo. WEISLINGEN sale del molino con FRANZ y un MENSAJERO.

WEISLINGEN.—¡Mi caballo! ¿Habéis dicho eso á los otros señores?

MENSAJERO.—Siete banderas, por lo menos, se encontrarán con vos en el bosque, detrás de Miltenberg: los paisanos andan por la parte baja. A todos lados se han enviado mensajeros. La liga entera estará reunida en muy poco tiempo. El éxito es seguro; dícese que hay discordia entre ellos.

WEISLINGEN.—¡Tanto mejor! ¡Franz!

FRANZ.—Monseñor.

WEISLINGEN.—Cumple mi encargo puntualmente: confío en tu conciencia. Entrégale mi carta. Que salga inmediatamente de la corte para mi castillo. Tú mismo has de verla partir y venir á decírmelo.

FRANZ.—Se hará como mandáis.

WEISLINGEN.—¡Dile que debe querer! (Al Mensajero.)
Guiadnos por el camino más corto y mejor.

MENSAJERO.—Tenemos que rodear, porque con estas espantosas lluvias, todos los arroyos se han desbordado.

Jaxthausen.

ISABEL. LERSE.

LERSE.—¡Tranquilizaos, noble señora!

ISABEL.—¡Ah, Lerse! ¡Tenía las lágrimas en los ojos cuando se despidió de mí! ¡Esto es horrible! ¡Horrible!

LERSE.—Él volverá.

ISABEL.—No es eso. Cuando salía para ganar honrosa

victoria, no me quedaba pena en el corazón. ¡Entonces su vuelta me regocijaba y ahora me da miedo!

LERSE.—¡Un hombre tan generoso!

ISABEL.—¡No le llames así, porque mi tormento se renueva! ¡Facinerosos! ¡Amenazan con asesinarle é incendiar su castillo! Cuando vuelva, le veré triste y sombrío. Sus enemigos fraguarán contra él acusaciones calumniosas, y él no podrá decir: «¡No!»

LERSE.—Puede decirlo, y lo dirá.

ISABEL.—Ha quebrantado su destierro. ¡No digas que no!

LERSE.—Fué forzado. ¿Dónde está el fundamento para condenarlo?

ISABEL.—La maldad no busca razones, sino pretextos. Él se ha asociado á rebeldes, malhechores y asesinos, y se ha puesto á su cabeza. ¡No digas que no!

LERSE.—¡Dejad de atormentaros y de atormentarme! ¿No le han prometido solemnemente no cometer tropelías como la de Weinsberg? ¿No les he oído yo mismo decir, medio arrepentidos: «Si esto no hubiera pasado, tal vez no pasaría nunca»? ¿No le han de estar agradecidos príncipes y señores de haberse hecho, voluntariamente, jefe de una muchedumbre desenfrenada, para contener su furor y proteger tantas personas y propiedades?

ISABEL.—Eres abogado parcial. Si le cogieran prisionero y le tratasen como rebelde, y su blanca cabeza... Lerse; me volvería loca.

LERSE.—(Aparte.) ¡Envía el sueño á su cuerpo, Padre

querido de los hombres, si no quieres dar á su alma consuelo alguno!

ISABEL.—Jorge ha prometido traer noticias, pero no podrá hacerlo como quiere. Están peor que presos. Sé que los vigilan como á enemigos. ¡Mi buen Jorge! ¡No quiso separarse de su señor!

LERSE.—El corazón se me partía cuando aquí me envió. Si no hubiéseis necesitado mi ayuda, todos los peligros de la muerte más ignominiosa no habrían sido bastantes para separarme de él.

ISABEL.—No sé donde está Sickingen. ¡Si pudiese siquiera enviar una carta á María!

LERSE.—Escribidla; yo me encargo de eso. (Vanse.)

En las cercanías de un pueblecillo.

GOETZ. JORGE

GOETZ.—¡Pronto, á caballo Jorge! Veo á Miltenberg ardiendo. ¡Así guardan el convenio! Corre, diles mi resolución. ¡Incendiarios! Me desligo de ellos. Que busquen un gitano por jefe, y no á mí. ¡Pronto, Jorge! (Jorge parte.) Quisiera estar á mil leguas de aquí, encerrado en el calabozo más profundo que puede haber en Turquía. ¡Si pudiese salir con honor del lado de ellos! Todo el día les estoy contrariando, les digo las verdades más amargas, para que se cansen de mí y me dejen.

Un DESCONOCIDO llega.

DESCONOCIDO.—Dios os guarde, muy noble señor.

GOETZ.—Así haga con vos. ¿Qué traéis? ¿Vuestro nombre?

DESCONOCIDO.—El nombre no hace al caso. Vengo á deciros que vuestra cabeza corre peligro. Los jefes están cansados de oiros siempre palabras tan duras, y han decidido quitaros de en medio. Moderaos, ó tratad de escapar y que Dios os acompañe. (Vase.)

GOETZ.—¡Perder tu vida de esta manera, Goetz, y acabar así! ¡Sea! De este modo mi muerte será el mejor testimonio de que no he tenido nada de común con esos perros.

Algunos PAISANOS.

PRIMER PAISANO.—¡Señor! ¡Señor! ¡Están vencidos, están prisioneros!

GOETZ.—¿Quiénes?

SEGUNDO PAISANO.—Los que han quemado á Miltenberg. Salió, de repente, de detrás del monte una tropa de la liga, y cayó sobre ellos.

GOETZ.—Su merecido les espera.—¡Oh, Jorge! ¡Jorge! Lo han cogido con los malhechores. ¡Mi Jorge! ¡Mi Jorge!

Llegan los jefes de los amotinados.

LINK.—¡Vamos, señor capitán! ¡Vamos! No hay tiempo que perder. El enemigo está cerca, y es poderoso.

GOETZ.—¿Quién incendió á Miltenberg?

METZLER.—Si queréis andar con cumplimientos, se os probará que aquí no se gastan.

KOHL.—Cuidad de vuestro pellejo y de nosotros.
¡Vamos!

GOETZ (á Metzler).—¿Me amenazas tú, miserable? Crees atemorizarme porque llevas manchados tus vestidos con la sangre del conde de Helfenstein?

METZLER.—¡Berlichingen!

GOETZ.—Puedes pronunciar mi nombre; mis hijos no se avergonzarán de él.

METZLER.—Eres un cobarde, criado de príncipes.

GOETZ.—(Le da un golpe en la cabeza que lo derriba: los otros se interponen por medio.)

KOHL.—¡Estáis loco! Acuden enemigos por todas partes ¿y os ponéis á reñir?

LINK.—¡Arriba! ¡Arriba! (Tumulto y combate.)

WEISLINGEN. jinetes.

WEISLINGEN.—¡Seguidles! ¡Seguidles! huyen. Que no os detengan la lluvia ni la noche. He oído que Goetz está entre ellos. Emplead toda diligencia para que no se escape. Está gravemente herido, según dicen los nuestros. (Vanse los jinetes.) ¡Y si te llego á tener, aun será gracia ejecutar tu sentencia de muerte de oculto en tu prisión. Así, desaparecerá de la memoria de los hombres y tú podrás latir con más libertad, insensato corazón. (Vase.)

Noche en un bosque fragoso: aduar de gitanos.

GITANA MADRE, cerca del fuego.

MADRE.—Arregla el techo de paja sobre la cueva, hija, que tendremos bastante agua esta noche.

MUCHACHO entrando.

MUCHACHO.—Madre, aquí tienes; un turón y dos ratones campestres.

MADRE.—Voy á despellejarlos y á ponértelos á asar: con las pielecitas te haré una gorra. ¿Echas sangre?

MUCHACHO.—El turón me ha mordido.

MADRE.—Tráeme leña seca para que haya buena llama: cuando llegue tu padre, vendrá empapado en agua.

OTRA GITANA con un niño sobre la espalda.

GITANA PRIMERA.—¿Has juntado mucho?

GITANA SEGUNDA.—Muy poco. Todo el país está tan alborotado, que no tiene una segura su propia vida. Dos lugares están ardiendo.

GITANA PRIMERA.—¿Es aquello de allá abajo el resplandor de un incendio? ¡Hace tiempo que se ve! Ya está uno acostumbrado á los signos de fuego en el cielo.

Llega el JEFE DE LOS GITANOS con tres compañeros.

JEFE.—¿Oís al cazador infernal?

GITANO PRIMERO.—Está pasando sobre nuestras cabezas.

JEFE.—Y el aullido de los perros: ¡Guau! ¡guau!

GITANO SEGUNDO.—Y el chasquido del látigo.

TERCER GITANO.—El cazador grita. ¡Hola... lá!

MADRE.—¡Que el diablo se lo lleve!

JEFE.—Hemos pescado en río revuelto. Cuando los mismos campesinos roban, bien se nos puede permitir á nosotros.

GITANA SEGUNDA.—¿Tú que traes, Wolf?

WOLF.—Una liebre y un gallo; un asador, un lío de ropa, tres cucharones y una brida de caballo.

STIKS.—Yo tengo una manta de lana, un par de botas, eslabón y mecha.

MADRE.—Todo está chorreando: trae, vamos á secarlo.

JEFE.—¡Escuchad! Un caballo: anda, mira lo que es.

GOETZ á caballo.

GOETZ.—¡Gracias á Dios! Allí veo fuego: son gitanos. Me estoy desangrando, y los enemigos me persiguen. ¡Dios santo! ¡Qué horrible fin me das!

JEFE.—¿Vienes en son de paz?

GOETZ.—Os pido socorro: mis heridas me extenúan. Ayudadme á bajar del caballo.

JEFE.—Ayudadle: es un noble señor. Se ve por su figura y sus palabras.

WOLF.—(En voz baja.) Es Goetz de Berlichingen.

JEFE.—Bienvenido seáis; todo cuanto tenemos es vuestro.

GOETZ.—Os doy gracias.

JEFE.—Venid á mi tienda.

TOMO II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"ALFONSO REYES"
F. No. 1526-MONTERREY, MEXICO

Tienda del Jefe.

JEFE y GOETZ.

JEFE.—Llama á la madre, que traiga raíces y unguentos para las heridas.

GOETZ. (Se quita la armadura.)

JEFE.—Aquí tenéis mi jubón de día de fiesta.

GOETZ.—Dios os recompense. (La madre le cura las heridas.)

JEFE.—En el alma celebro teneros aquí.

GOETZ.—¿Me conocéis?

JEFE.—¿Quién no ha de conoceros? Goetz, por vos daremos nuestra sangre y nuestra vida.

SCHRICKS.

SCHRICKS.—Por el bosque vienen jinetes y son de la liga.

JEFE.—¡Vuestros perseguidores! No llegarán hasta vos. ¡Anda, Schricks, llama á los otros! Conocemos los sitios mejor que ellos; los mataremos antes que sospechen nuestra presencia.

GOETZ.—(Solo). ¡Oh, emperador, emperador! ¡Los bandidos protegen á tus hijos! (Se oye vivo tiroteo). ¡Son bravos y leales estos salvajes.

GITANA entrando.

GITANA.—¡Salvaos! Los enemigos pueden más.

GOETZ.—¿Dónde está mi caballo?

GITANA.—Aquí.

GOETZ.—(Se ciñe la espada y monta sin ponerse la coraza.)
Por última vez han de sentir mi brazo. ¡Aun no estoy
tan débil! (Vase).

GITANA.—Corre á unirse con los nuestros. (Huye).

WOLF.—¡Fuera! ¡Fuera! Todo está perdido. Nuestro
jefe muerto, Goetz prisionero. (Alaridos de las mujeres y
huida).

Alcoba de Adelaida.

ADELAIDA con una carta en la mano.

ADELAIDA.—¡Él ó yo! ¡Insolente! ¡Amenazarme! Te
tomaremos la delantera. ¿Quién anda de puntillas por
la sala? (Llama). ¿Quién es?

FRANZ en voz baja.

FRANZ.—Abrid, señora.

ADELAIDA.—¿Franz? bien merece que le abra. (Lo hace
entrar).

FRANZ.—(Le echa los brazos al cuello). ¡Mi señora que-
rida!

ADELAIDA.—¡Imprudente! ¡Si alguien te hubiese oído!

FRANZ.—¡Oh, todos duermen; todos!

ADELAIDA.—¿Qué quieres?

FRANZ.—No puedo sosegar; las amenazas de mi señor;
vuestra suerte; ¡mi corazón!

ADELAIDA.—¿Estaba muy airado cuando te partiste de él?

FRANZ.—Como nunca le vi. «Es menester que vaya á mis dominios»—dijo.—Debe querer ir.

ADELAIDA.—¿Obedeceremos?

FRANZ.—¡No lo sé, señora!

ADELAIDA.—¡Joven insensato é iluso! ¿No ves á donde va á parar todo esto? Aquí, sabe él que estoy en seguridad. Tiempo hace que atenta contra mi libertad. Quiere tenerme en sus tierras, porque allí puede tratarme como su rencor le inspira.

FRANZ.—¡No hará eso!

ADELAIDA.—¿Lo impedirás tú?

FRANZ.—¡No lo hará!

ADELAIDA.—Preveo toda mi desdicha. De su castillo me arrancará á la fuerza, para encerrarme en un convento.

FRANZ.—¡¡Infierno y muerte!!

ADELAIDA.—¿Quieres salvarme?

FRANZ.—¡Ah! Si, cueste lo que cueste.

ADELAIDA.—(Lo abraza llorando). ¡Franz! para salvarnos...

FRANZ.—¡Caerá y pondré mi pie en su cuello!

ADELAIDA.—¡Nada de violencia! Le llevarás una carta mía llena de humildad, diciéndole que obedezco, y en su bebida verterás el contenido de este frasquito.

FRANZ.—¡Dadme! ¡Seréis libre!

ADELAIDA.—¡Libre! Cuando no tengas que venir temblando sobre las puntas de los pies junto á mí. Cuando

ya no tenga que decirte ansiosa: «Vete Franz, que viene el día.»

Heilbronn delante de la torre.

ISABEL. LERSE.

LERSE.—¡Dios retire de vos la desdicha, señora! María está aquí.

ISABEL.—¡Gracias á Dios! ¡Lerse, estamos sumidos en la más horrible desgracia! ¡Todo ha salido como me lo daba el corazón! ¡Preso por sedicioso, y como malhechor encerrado en calabozo profundo!

LERSE.—Lo sé todo.

ISABEL.—¡Nada, nada sabes! ¡La desdicha es demasiado grande! ¡Su edad, sus heridas, la fiebre lenta, y más que todo eso, su negra pena de verse acabar así!

LERSE.—Y añadid también á esto el que Weislingen sea su juez.

ISABEL.—¿Weislingen?

LERSE.—No cesan las ejecuciones. Metzler fué quemado vivo. A cientos son enrodados, empalados, decapitados y descuartizados. Todo el país circunvecino semeja una carnicería, donde la carne humana se da barata.

ISABEL.—¿Weislingen juez? ¡Oh Dios! Un rayo de esperanza. María irá á verle y no se puede negar. Siempre fué de corazón débil, y cuando vea á la que tanto

le quiso y que tanto sufre por su causa... ¿Dónde está?

LERSE.—En la posada todavía.

ISAREL.—Llévame junto á ella. Es preciso que parta en seguida. ¡Todo lo temo!

Castillo de Weislingen.

WEISLINGEN.

WEISLINGEN.—¡Siéntome tan enfermo, tan débil! Todos mis huesos están huecos. ¡La miserable fiebre me ha consumido los tuétanos! Ni de día ni de noche descanso. Adormézcome con las pesadillas más ponzoñosas. La noche pasada me encontraba á Goetz en el bosque. Sacó su espada y me retó; fuí á empuñar la mía y negóse mi mano. Entonces envainó el acero, miróme con desprecio y se fué por detrás de mí. Está preso y tiemblo ante él. ¡Desventurado! Tu palabra lo condenó á muerte, y te turbas como un malhechor al ver en sueños su figura. ¿Y ha de morir? ¡Goetz! ¡Goetz! Los hombres no nos conducimos á [nosotros mismos. Los malos espíritus ejercitan en nuestra perdición sus infernales astucias. (Se sienta).—¡Débil! ¡Débil!... Que azules tengo las uñas... Sudor frío, frío y aniquilante, paraliza todos mis miembros. Todo gira delante de mí. Si pudiese dormir... ¡Ah!...

Entra MARÍA.

WEISLINGEN.—¡Jesús, María!—¡Déjame, déjame tranquilo! ¡Esta sombra me faltaba! María se muere, se

muere y se me presenta. ¡Déjame, espíritu bienaventurado, que bastante desdichado soy!

MARIA.—Weislingen, no soy un espíritu, soy María.

WEISLINGEN.—Es su voz.

MARIA.—Vengo á implorar de ti la vida de mi hermano: por más culpable que parezca, es inocente.

WEISLINGEN.—Cállate, María. Angel de los cielos eres, y el tormento de los infiernos traes contigo. ¡No sigas hablando!

MARIA.—¿Y ha de morir mi hermano? Weislingen, es horrible tener necesidad de decírtelo: es inocente. ¿He menester lamentarme para apartarte de este odioso asesinato? Hasta lo más recóndito de tu alma te hallas poseído por fuerzas enemigas. ¡Y esto es, Adelberto!

WEISLINGEN.—Ya ves; la muerte me ha echado su aliento destructor. Mis fuerzas van bajando á la fosa. Moríame como un desgraciado, y tú vienes á precipitarme en la desesperación. Si pudiese hablar, convertiría en compasión tu odio extremado. ¡Oh, María! ¡María!

MARIA.—Weislingen, mi hermano está enfermo en la prisión. Sus graves heridas, su edad... ¡Si tú fueses capaz de tolerar que su blanca cabeza!... Weislingen, sería para nosotros la desesperación.

WEISLINGEN.—Basta. (Toca la campanilla).

FRANZ, en extremo comovido, entra.

FRANZ.—¡Monseñor!

WEISLINGEN.—¡Dame aquellos papeles, Franz!

FRANZ.—(Se los trae).

WEISLINGEN.—(Abre un paquete y enseña un papel á Maria). Esta es la sentencia de muerte de tu hermano; está firmada.

MARIA.—¡Dios del cielo!

WEISLINGEN.—¡Y la rompo! ¡Que viva! Pero ¿puedo volver á crear lo que he destruído? No llores de ese modo, Franz. ¡Pobre joven! mi desgracia te llega al alma.

FRANZ.—(Se arroja á sus pies y le abraza las rodillas).

MARIA.—(Aparte). ¡Qué enfermo está! Su mirada me desgarrá el corazón. ¡Cuánto le amé! Ahora, á su lado, es cuando lo conozco.

WEISLINGEN.—Franz, levántate y deja de llorar. Todavía puedo reponerme. Mientras hay vida hay esperanza.

FRANZ.—¡Ah, no! Tenéis que morir.

WEISLINGEN.—¿Tengo que morir?

FRANZ.—(Fuera de sí). ¡Veneno! ¡Veneno de vuestra mujer! ¡Yo! ¡Yo!... (Sale corriendo.)

WEISLINGEN.—María, sígueme; está fuera de sí. (Sale María.) ¡Veneno de mi mujer! ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Lo siento! ¡Martirio y muerte!

MARIA.—(Dentro.) ¡Socorro! ¡Socorro!

WEISLINGEN.—(Quiere levantarse.) ¡Dios! ¡No puedo!

MARIA.—(Entrando.) ¡Pereció! ¡Arrojóse al Mein, furioso, por la ventana de la sala!

WEISLINGEN.—¡Es feliz! Tu hermano está fuera de peligro. Los otros jueces son amigos suyos, particularmente Seckendorf. Sin demora le concederán la prisión

de caballero, bajo su palabra. ¡Adiós, María! ¡Vete!

MARIA.—¡Pobre abandonado! Quiero quedarme á tu lado.

WEISLINGEN.—¡Bien pobre y bien abandonado! ¡Oh Dios! Estás terriblemente vengador. Mi mujer...

MARIA.—Aparta de ti ese pensamiento. Vuelve tu corazón al Dios de la misericordia.

WEISLINGEN.—Vete, alma querida; déjame entregado á mi miseria. ¡Es horrible! ¡Hasta tu presencia, María, el último consuelo, es un tormento!

MARIA.—(Aparte.) ¡Fortaléceme, Dios mío! ¡Mi alma sucumbe con la suya!

WEISLINGEN.—¡Desdichado! ¡Desdichado! ¡Veneno de mi mujer! ¡Mi Franz seducido por la malvada! ¡Cómo estará á estas horas, de espera, escuchando si oye venir al mensajero que le traiga la noticia: «ya está muerto!» ¡Y tú, María! ¡María! ¿por qué has venido á despertar todos los dormidos recuerdos de mi crimen? ¡Déjame! ¡Déjame morir!

MARIA.—Permite que me quede; estás solo. Figúrate que soy tu enfermera. Olvida todo. ¡Así Dios lo olvide como lo olvido yo!

WEISLINGEN.—¡Alma llena de amor, ruega por mí; ruega por mí! Mi corazón no late.

MARIA.—¡Dios se apiadará de tí! Estás rendido.

WEISLINGEN.—Me muero, me muero, y no puedo acabar de morirme, y en la pavorosa lucha de la vida y de la muerte, están todos los tormentos del infierno.

MARIA.—¡Compadécete! ¡Compadécete de él! Una

sola mirada de tu amor á su corazón para que dé entrada al consuelo, y su espíritu lleve la esperanza, la esperanza de la vida, más allá de la muerte.

Bóveda angosta y obscura.

Los jueces del Tribunal Secreto, todos enmascarados.

ANCIANO.—Jueces del Tribunal Secreto, jurasteis sobre la espada y la soga que seréis íntegros. Que juzgaréis y castigaréis ocultos, como Dios. Si vuestros corazones están puros y vuestras manos están puras, levantad los brazos y pedid que venga sobre los criminales: ¡Maldición! ¡Maldición!

TODOS.—¡Maldición! ¡Maldición!

ANCIANO.—¡El Invocador comienza el juicio!

INVOCADOR.—Yo, Invocador, llamo las quejas contra el criminal. El que tenga limpio el corazón; aquel cuyas manos estén puras para jurar sobre la espada y la soga, pidiendo en quejá la espada y la soga, ¡que acuse! ¡Que acuse!

ACUSADOR.—(Se adelanta.) Mi corazón está limpio de delito, mis manos de sangre inocente. Perdóneme Dios los malos pensamientos y refrene mi voluntad. Levanto la mano, y ¡acuso! ¡acuso! ¡acuso!

ANCIANO.—¿A quién acusas?

ACUSADOR.—Acuso, sobre la espada y la cuerda, á Adelaida de Weislingen, culpable de violación conyu-

gal y de envenenar á su marido por mano de su paje. El paje se hizo justicia á sí mismo; el marido ha muerto.

ANCIANO.—¿Juras al Dios de la verdad que acusas con verdad?

ACUSADOR.—¡Lo juro!

ANCIANO.—¿Y si se encontrase falsedad, ofreces tu cuello al castigo que merece el asesino y violador?

ACUSADOR.—Lo ofrezco.

ANCIANO.—A los votos. (Los jueces hablan al Anciano en voz baja).

ACUSADOR.—Jueces del Tribunal Secreto, ¿cuál es vuestra sentencia contra Adelaida de Weislingen, acusada del crimen de adulterio y asesinato?

ANCIANO.—¡Que muera! Que muera con muerte amarga y doble. Con la cuerda y con la espada. A crimen doble, expiación doble. Levantad las manos y pedid ¡maldición sobre ella! ¡Maldición! ¡Maldición! Queda entregada en las manos del vengador.

Todos.—¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!

ANCIANO.—¡Vengador! ¡Vengador! ¡Preséntate!

(El Vengador se adelanta).

ANCIANO.—Coge de aquí la espada y la cuerda, para borrarla de la faz del cielo en el término de ocho días. ¡Donde quiera que la encuentres, húndela en el polvo! Jueces que juzgáis en secreto y castigáis en secreto al igual de Dios, ¡preservad vuestros corazones de la culpa y vuestras manos de sangre inocente!

Patio de una posada.

MARIA. LERSE.

MARIA.—Ya han descansado bastante los caballos. Sigamos el viaje, Lerse.

LERSE.—Reposad hasta mañana: la noche está demasiado mala.

MARIA.—Lerse, no tendré descanso hasta haber visto á mi hermano. ¡Sigamos! El tiempo aclara y podemos esperar un hermoso día.

LERSE.—¡Como ordenéis!

Heilbronn, interior de la torre.

GOETZ. ISABEL.

ISABEL.—Ruégote, esposo querido, que me hables. Tu silencio me aflige. Te estás consumiendo interiormente. Ven; vamos á ver tus heridas: están mucho mejor. No te reconozco en tu desanimación sombría.

GOETZ.—¿Buscabas acaso á Goetz? Se acabó hace tiempo. Poco á poco me han ido mutilando: mi mano, mi libertad, mis bienes y mi buen nombre. ¿Qué les importa mi cabeza? ¿Qué has oído de Jorge? ¿Ha ido Lerse á ver á Jorge?

ISABEL.—Sí, querido; ánimo: muchas cosas pueden cambiar.

GOETZ.—No puede enderezarse el que ha sido abatido por la mano de Dios. Nadie sabe mejor que yo lo que pesa sobre mis hombros. Habitado estoy á soportar la desgracia; pero ahora no es Weislingen solo, ni los paisanos solos, ni la muerte del emperador, ni mis heridas. ¡Es todo eso junto! Mi hora ha llegado. Esperaba que habría sido como mi vida. ¡Hágase su voluntad!

ISABEL.—¿No quieres tomar algún alimento?

GOETZ.—¡Nada, mujer! Mira cómo brilla el sol fuera.

ISABEL.—Hermoso día de primavera.

GOETZ.—Querida, ¿si pudieras conseguir del carcelero que me dejase en su jardinillo una media hora para gozar del sol amado, del claro cielo y del aire puro?

ISABEL.—Al momento, y de seguro lo hará.

Jardinillo al pie de la torre.

MARIA. LERSE.

MARIA.—Ve adentro y mira lo que pasa.

ISABEL. CARCELERO.

ISABEL.—¡Dios os recompense vuestro afecto y vuestra lealtad á mi señor! (El carcelero se va.) María, ¿qué me traes?

MARIA.—La salvación de mi hermano; pero mi corazón está destrozado. Weislingen ha muerto envenenado por su mujer. Mi marido está en peligro. Los príncipes lo han vencido. Dícese que está encerrado y sitiado.

ISABEL.—No hagas caso de rumores, y que Goetz no los sepa.

MARIA.—¿Cómo está?

ISABEL.—Temí que no viviese hasta tu vuelta. La mano del Señor pesa demasiado sobre él. ¡Y Jorge ha muerto!

MARIA.—¿Jorge? ¡Aquel joven de oro!

ISABEL.—Cuando los infames quemaron á Miltenberg, su señor lo envió para contenerlos. De repente cayó sobre ellos una tropa de ligueros. ¡Jorge! ¡Si todos se hubiesen portado como él! Pero era menester que todos hubiesen tenido su buena conciencia. Muchos murieron á estocadas, y Jorge entre ellos. Tuvo la muerte de un caballero.

MARIA.—¿Lo sabe Goetz?

ISABEL.—Se lo ocultamos. Me pregunta por él diez veces al día, y diez veces al día me manda á ver qué hace Jorge. Tengo miedo de asestar á su corazón este último golpe.

MARIA.—¡Oh, Dios! ¡Qué son las esperanzas de esta tierra!

GOETZ, LERSE, CARCELERO, aparecen.

GOETZ.—¡Dios todopoderoso! ¡Qué bien se está debajo de tu cielo! ¡Qué libre se siente uno! Los árboles tienen yemas y todo en el mundo espera. ¡Adiós, mis amigos! Cortadas están mis raíces y mis fuerzas declinan á la sepultura.

ISABEL.—¿Quieres que envíe á Lerse al Monasterio

á buscar á tu hijo para que lo veas y lo bendigas?

GOETZ.—¡Déjalo, es más santo que yo; para nada necesita mi bendición...! El día de nuestra boda, Isabel, no sospechaba yo que moriría de este modo... Mi anciano padre nos bendijo, pidiendo para nosotros numerosa descendencia de hijos nobles y valientes. Tú no le has complacido, y soy el último... Lerse, tu vista me es más grata en la hora de la muerte que en el combate animoso. Entonces, mi espíritu guiaba al vuestro; ahora, tú me sostienes. ¡Ah! No poder, una vez siquiera, ver á Jorge, reconfortarme con su mirada! ¡Bajáis al suelo la vista! ¡Lloráis...! ¡Ha muerto...! ¡Ha muerto Jorge...! ¡Muere, Goetz! ¡Sobrevives á ti mismo; has sobrevivido á tus valientes! ¡Cómo murió? ¡Ah! ¿Lo cogieron con los incendiarios y lo han ajusticiado?

ISABEL.—No. Cayó en la acción de Miltenberg, combatiendo como un león por su libertad.

GOETZ.—¡Gracias á Dios! Era el mejor y el más valiente de los jóvenes debajo del sol... Ahora, despréndase mi alma... ¡Pobre mujer! ¡Te dejo en un mundo bien corrompido! Lerse; no te separes de ella. Cerrad vuestros corazones con más cuidado que vuestras puertas. Vienen los tiempos del engaño: hanles dado libertad... Los indignos gobernarán con astucia, y los corazones nobles caerán en sus redes. María: devuélvate Dios á tu esposo y no permita que caiga tan bajo como alto ha subido. ¡Selbitz murió, y el buen Emperador, y mi Jorge...! Dadme un sorbo de agua. ¡Aire del cielo! ¡Libertad! ¡Libertad! (Muere.)

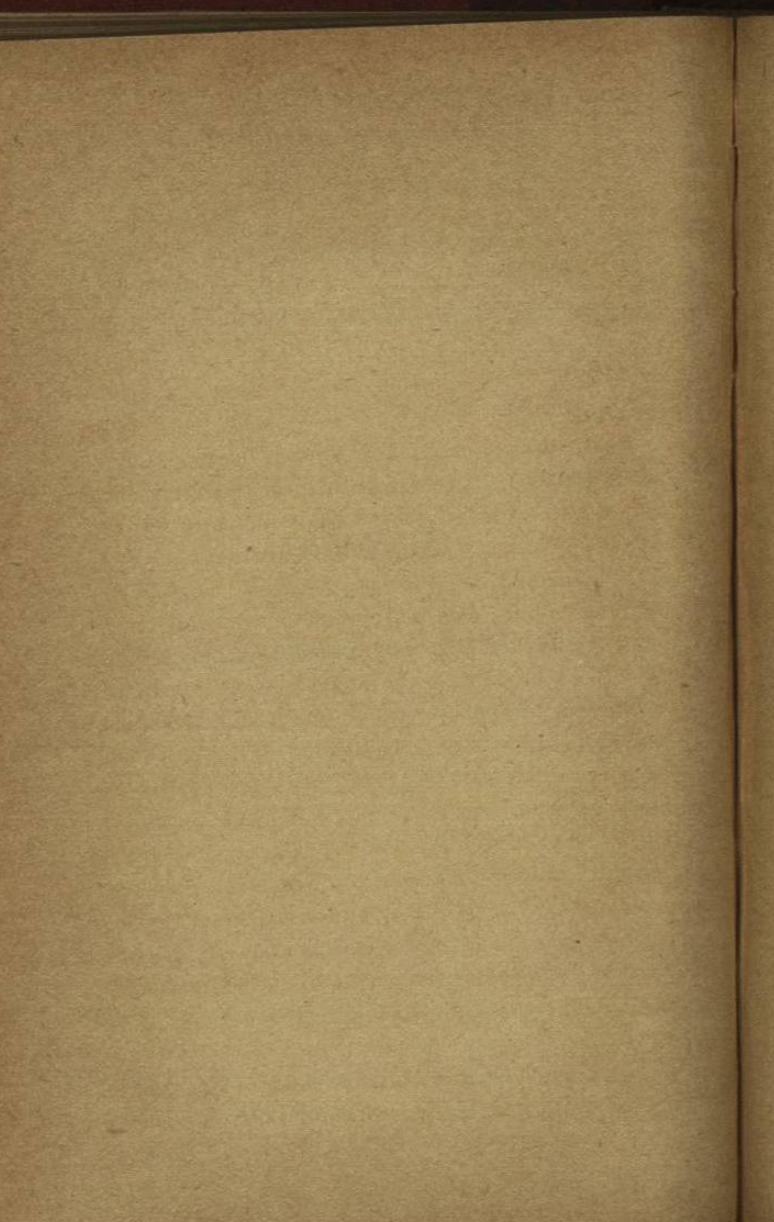
ISABEL.—¡Oh! ¡Sólo arriba, arriba á tu lado! El mundo es una prisión.

MARÍA.—¡Hombre noble y generoso! ¡Malhaya el siglo que te arroja de sí!

LERSE.—¡Malhaya la posteridad que te desconozca!

CLAVIJO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS



INTRODUCCIÓN

Da Goethe por origen de esta tragedia un compromiso de sociedad. Tratábase de un juego de prendas, en el cual á cada caballero tocaba por mujer una señorita, y habiéndole favorecido á él la suerte con Ana Sibila Münch, hízole y cumplióle la promesa de escribir, en el término de ocho días, un drama tomado de la recién leída cuarta Memoria de Beaumarchais, publicada á raíz de su condena, y que se había extendido rápidamente por Europa. No parecen estar completamente de acuerdo, si se atiende á la opinión de los entendidos en estas minuciosidades, el juego de prendas y la publicación de la Memoria, siendo ésta unos meses posterior; pero como quiera que ello sea, por una parte, el drama estaba escrito el mismo año de 1774, y, por otra, preciso era cohonestar de algún modo, siquiera fuese por una sorpresa de impresionismo literario, el olvido, la caída de quien da esta producción baladí al público, que todavía está saboreando su gran *Goetz de Berlichingen*.

Dolorosa fué la impresión causada entre los entusiastas del gran poeta. Hubo en Weimar quien lloró en si-

lencio, y aún ruidosamente. Advertía Boss en Gotinga que «era bien necesario pusiese Goethe su nombre al principio de la obra, porque en ella se desconocía por completo al autor de *Goetz*.» Jung Silling no reconocía tampoco á Goethe en este trabajo, y en aquellos mismos días (14 de Agosto) sostenía Wieland, que sin dificultad podía probarse con *Clavijo* que Goethe no era, ni con mucho, el hombre admirable que se había creído.

Por su parte Goethe daba explicaciones á sus amigos ausentes de cómo había sido su intento dramatizar, con la mayor sencillez y sinceridad posibles, una anécdota moderna. Decíales que gustaba de las Memorias de Beaumarchais, por cuanto despertaban en él fuerzas juveniles románticas, y hallando hechos y rasgos de carácter, amalgamados con su propia manera de ser, había resultado su *Clavijo* tal, que desafiaba al más afilado cuchillo de la crítica á que cortase los trozos traducidos á la letra de la Memoria de Beaumarchais, sin destrozar, no ya la historia y el asunto, sino la estructura de la obra. Con efecto; toda la conversación del segundo acto entre Beaumarchais y Clavijo es traducida literalmente, y claro está que sin ella no habría asunto ni factura posible. Los otros actos no le deben nada al intrépido francés; la terminación es enteramente distinta á la que el episodio tuvo, y el carácter de Clavijo opuesto, en el fondo, al del personaje real.

Beaumarchais tenía dos hermanas en Madrid, casada la una de ellas con un arquitecto. Trájole á España, en-

tre otros asuntos, que á éste sólo no venía, el deseo de rehabilitar á la más joven, burlada y engañada por Clavijo, cuyas circunstancias, modo como principió su carrera, historia de sus compromisos con Mlle. Caron (1), etcétera, están con bastante fidelidad explicados en la citada conversación del segundo acto. Tan hábilmente supo habérselas con Clavijo, que obtuvo de él, desde luego, una declaración, en virtud de la cual quedaba su hermana rehabilitada por completo. Pero á su vez Clavijo supo engañarle, y de tal manera lo consiguió, con su fingido arrepentimiento, que abogó por él con su hermana para que lo perdonase y aceptase por marido, rompiendo nuevos, ulteriores compromisos que explica de la manera siguiente en una de sus cartas: «Me he encontrado á mi hermana casi casada con Durand, pues en el descrédito en que la pobre muchacha creía haber caído, el primer hombre honrado que la quería, era para ella un Dios.» Mientras tanto, Clavijo trabajaba bajo cuerda para perder al francés, entreteniéndolo con su fingida sumisión, hasta que las cosas llegaran á punto de prenderlo. Súpolo Beaumarchais en sazón oportuna para desbaratar la cábala, y furioso, poniendo de nuevo en juego toda su energía, su habilidad y sus buenas relaciones, consiguió llegar hasta el mismo rey, y haciendo uso de la declaración,

(1) Beaumarchais no se llamó así hasta que cumplió veinticinco años: llamábase Pedro Agustín Caron, y era hijo de un relojero de este nombre, antiguo y valiente militar. El primer oficio de Pedro Agustín fué también el de relojero.

tan denigrante para quien la había escrito, consiguió la deposición de Clavijo y su descrédito. Gloriase de esto en una carta escrita á su padre, en la cual, al par que la satisfacción propia, se deja ver cierta conmisericordia por el traidor abatido. Dice: «El fatuo de Clavijo se las tenía tiasas, diciendo que su empleo no estaba concedido y cobraba el sueldo en secreto. Habló demasiado, llegó á mis oídos y se cambió en indignación mi lástima; ahora el empleo ya está dado, y no le queda más remedio que hacerse capuchino y dejar el país. Hundido está por completo, pero me ha vuelto la compasión, desgraciadamente inútil para él.»

La satisfacción y el entusiasmo del padre de Beaumarchais al recibo de estas nuevas, no tiene parecido. «¡Con qué delicia—escribía—saboreo la dicha de ser padre de un hijo cuyas acciones coronan tan gloriosamente el fin de mi carrera!» Y más lejos decía, refiriéndose á una carta de la condesa de Fuen-Clara: «La habéis encantado, no acaba de hablar de su placer por haberos conocido, de su deseo de servir y de su alegría al ver que *todos los españoles aprueban y alaban vuestra acción con Clavijo.*»

Algo habría que depurar en esto, y no fué tan unánime aquella aprobación que careciera de defensores Clavijo, ni aun que no se tuviera por falsa y calumniosa la narración de estos hechos, publicada diez años después por Beaumarchais, en su cuarta Memoria. Las citadas cartas y muchos documentos de familia, conocidos más tarde, vinieron á certificar la veracidad de los

hechos. Como quiera que sea, muy eficaz debió ser la defensa sustentada por tal campeón. Joven, bien parecido y apuesto, lleno de ingenio, con las dotes todas que hacen á una persona buscada y deseada en sociedad, muy bien relacionado y con mucho dinero que manejar, fácil debió serle enseñorearse de la opinión pública y engalanarse con el prestigio del buen éxito. Un año estuvo Beaumarchais en Madrid; pero el incidente de Clavijo sólo le ocupó una parte mínima de este tiempo: entregado á los negocios más complicados y atrevidos, en medio de los placeres á que le brindaba siempre la sociedad elegante, donde él se encontraba en su centro, no descuidaba sus obras de imaginación; aquí *vivió* su Fígaro y su Conde de Almaviva, y aquí dejó cimentada la parte más brillante de su gloria literaria. José Clavijo, vencido en la demanda, hubo, pues, de sufrir muchas amarguras, muchas heridas de amor propio y debió serle muy negra y muy fría la sombra en que se escondía, comparada con el resplandor, el calor de vida y de atracción que difundía la personalidad venturosa de su enemigo. Entre los sinsabores de Clavijo no incluimos el de verse en la escena como héroe dramático, atravesado por vengadora espada, pues Goethe lo idealizó mucho, quitándole la responsabilidad de toda traición, haciéndolo uno de esos seres indecisos, medio grandes, medio pequeños, seductores y seducibles en grado superior, vencidos siempre en la lucha por el elemento que halaga sus pasiones: una especie de Weislingen, en fin.

Cualquiera que la opinión en Madrid hubiese sido acerca de estos asuntos, desfavoreció á Beaumarchais fuera de España el tono de alabanza propia con que narró, de modo por todo extremo dramático, estas cuestiones. Preséntase él lleno de intrepidez, de inteligencia y de habilidad, para sorprender á Clavijo: más tarde, confiado y generoso, intercede por él con su hermana, respondiendo de su sinceridad, y cuando halla su buena fe sorprendida, vuelve á ser terrible en su energía, certero en su venganza y siempre *sans peur et sans reproche*, mientras que todos los colores sombríos son pocos para ennegrecer la duplicidad, la falsedad, la bajeza y la pequeñez de su adversario. No se infringen nunca impunemente las reglas que están fundadas en la verdad absoluta, y esta de la propia alabanza es una de ellas, aunque no lo parezca á primera vista. No es el amor propio ajeno, ni la modestia propia, ni otra porción de modalidades, que hicieron ya su camino, lo que se lastima; es que nadie ha podido nunca, ni puede, ni podrá juzgarse á sí mismo, y al tratar de hacerlo, se ofende el sentimiento de la equidad general y se anula el propio. Como Goethe no podía incurrir en la falta de buen gusto, que es, en casos como éste, lo primero que á la vista salta, supo desde luego evitarla haciendo de Clavijo un personaje sincero, con lo cual, sin menoscabar el carácter caballeroso de Beaumarchais, consiguió el efecto que éste no había alcanzado, guardando así, además, las consideraciones debidas á personajes que aun vivían. El resorte de que se valió para conseguir

su objeto; el amigo cauto, influyente en el ánimo de Clavijo, apaciguador de sus escrúpulos y espoleador de sus ambiciones, está tomado del natural, y no es otro, al menos en sus rasgos más salientes, que su propio amigo Merk, y las reflexiones y argumentos de que hacía uso para disuadir á Clavijo de sus amores y de su extremada sensibilidad, debían tener muchos puntos de analogía con los empleados con el mismo Goethe, muy comprometido, por aquella época, en las relaciones con una mujer de constitución consumptiva, y además cargada con la obligación de un oficio manual. No puede tomársele á mal á un amigo sus esfuerzos vigorosos, por salvar de la estrechez de una condición limitada á un alma creada para volar en altas, dilatadas regiones, aunque en estos esfuerzos y empujes salga tal vez lastimado un tercero. Goethe sintió muchas veces en su vida este género de conflictos entre las afecciones á que le obligaban su condición tierna y sensible, y su vocación de grande hombre independiente. Quizás la necesidad de desprenderse de uno de estos sentimientos, objetivándolo, según su costumbre, hízole, más bien que la novedad literaria de Beaumarchais, dramatizar el asunto de *Clavijo*, y si consiguió su objeto, quedándose libre de sus torturas internas, al darles forma exterior, habría dado por bien empleadas las censuras de la crítica, los duelos de sus amigos, y hasta las dudas de muchos acerca de si sería ó no el hombre admirable que habían creído: él se sentía y se bastaba.

José Clavijo, el auténtico, llegó á ser, andando el tiempo, un literato distinguido y un buen naturalista. Tradujo al español las obras de Buffon, redactó el *Mercurio histórico y político*, y murió en 1806, siendo Director del Museo de Historia Natural.

Mlle. Caron se casó en París.

PERSONAJES

CLAVIJO, archivero del rey.

CARLOS, su amigo.

BEAUMARCHAIS.

MARÍA BEAUMARCHAIS.

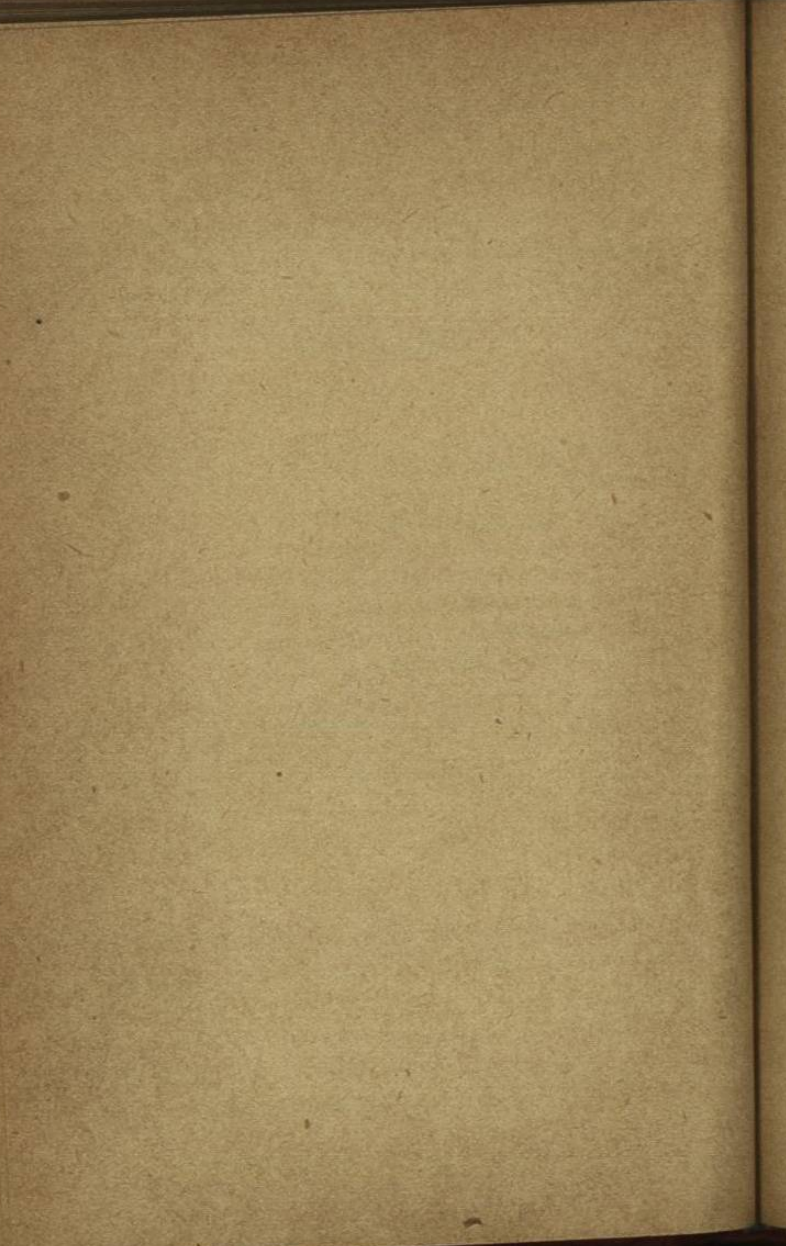
GUILBERT, marido de

SOFÍA BEAUMARCHAIS.

BUENCO.

SAINT-GEORGES.

La escena pasa en Madrid.



ACTO PRIMERO

Casa de Clavijo.

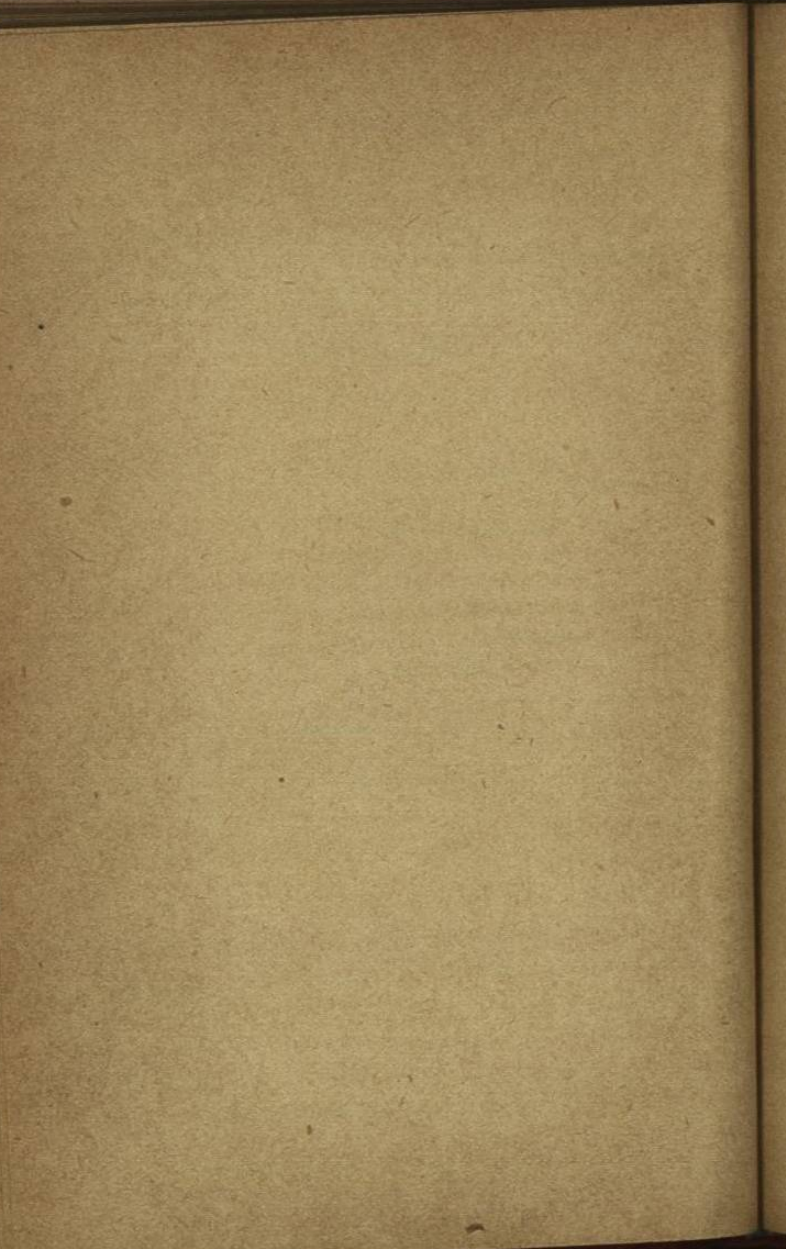
CLAVIJO. CARLOS.

CLAVIJO (levantándose de la mesa de escribir).—La página hará gran efecto; tiene que enamorar á todas las mujeres. Dime, Carlos: ¿no crees que mi Semanario es, en la actualidad, uno de los primeros de Europa?

CARLOS.—Por lo menos, los españoles no tenemos otro autor moderno que reúna al vigor del pensamiento, á tan florida imaginación, tal brillantez y ligereza de estilo.

CLAVIJO.—Tú déjame á mí. Llegaré á ser el creador del buen gusto en este país. Los hombres son aptos para recibir todo linaje de impresiones. Tengo entre mis conciudadanos nombradía y fama, y, sea dicho entre nosotros, mis conocimientos se ensanchan cada día, mis sentimientos se depuran y adquiere mi estilo más verdad y energía.

CARLOS.—¡Bien, Clavijo! Sin embargo, si no me lo tomases á mal, te diría que me gustaban más tus obras



ACTO PRIMERO

Casa de Clavijo.

CLAVIJO. CARLOS.

CLAVIJO (levantándose de la mesa de escribir).—La página hará gran efecto; tiene que enamorar á todas las mujeres. Dime, Carlos: ¿no crees que mi Semanario es, en la actualidad, uno de los primeros de Europa?

CARLOS.—Por lo menos, los españoles no tenemos otro autor moderno que reuna al vigor del pensamiento, á tan florida imaginación, tal brillantez y ligereza de estilo.

CLAVIJO.—Tú déjame á mí. Llegaré á ser el creador del buen gusto en este país. Los hombres son aptos para recibir todo linaje de impresiones. Tengo entre mis conciudadanos nombradía y fama, y, sea dicho entre nosotros, mis conocimientos se ensanchan cada día, mis sentimientos se depuran y adquiere mi estilo más verdad y energía.

CARLOS.—¡Bien, Clavijo! Sin embargo, si no me lo tomas á mal, te diría que me gustaban más tus obras

cuando las escribías á los pies de María, cuando aquella criatura viva y amable influía sobre ti. No sé; el conjunto tenía un sello más juvenil; más florido.

CLAVIJO.—¡Aquellos eran los buenos tiempos, Carlos, que ya pasaron! Concédote que escribía entonces con más expansión, y la verdad es que en el favor que desde el principio me dispensó el público, tuvo ella mucha parte. Pero, á la larga, Carlos, se llega uno á cansar de las mujeres. ¿No fuiste tu el primero en aprobar mi determinación de dejarla?

CARLOS.—Como que te hubieras estancado. Las mujeres son demasiado uniformes. Lo que me parece ahora es que es tiempo ya de que sigas otro plan, porque estar así tan sobre arena, no es ser nada.

CLAVIJO.—Mi plan es la corte, y no se trata de holgar. Me parece que, para forastero que llega sin nombre, sin posición y sin fortuna, no he hecho poco. ¡Hacerse notar en la corte, donde es tan difícil sostenerse entre tantos! ¡Me es muy grato mirar el camino recorrido! ¡Querido de los primeros del reino, honrado por mi saber con el título de archivero del rey! Todo esto me espolea, Carlos, y no sería nada si me quedase donde estoy. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Aunque cueste trabajo y astucia! He menester de toda mi cabeza, y ¡las mujeres! ¡Las mujeres! Malgastamos con ellas demasiado tiempo.

CARLOS.—Tú te tienes la culpa; yo no puedo vivir sin ellas, y no me estorban jamás. Verdad es que no les gido tantas lindezas, ni me consumo durante meses

enteros con sentimentalismos y cosas semejantes. Por eso no me gusta tener que habérmelas con muchas honradas. Díceseles pronto lo que hay que decir, va uno tirando después cierto tiempo, y cuando las hemos animado algo, viene en seguida el diablo á inspirarles esos pensamientos y proyectos matrimoniales que temo más que á la peste. ¿Estás pensativo, Clavijo?

CLAVIJO.—No puedo desechar de mí el recuerdo de que he dejado á María, de que la he abandonado, dígase como se quiera.

CARLOS.—¡Eres especial! Paréceme que sólo una vez se vive en el mundo, que sólo una vez se tienen fuerzas y horizontes abiertos, y el que estas cosas no utiliza, yendo tan lejos como sea posible, es un insensato. ¡Casarse! ¡Casarse precisamente en el mismo punto en que la vida toma vuelo! ¡Encerrarse, domiciliarse, cuando el hombre no ha hecho aún la mitad de sus correrías, ni la mitad de sus conquistas! Que la amases, era natural; que le prometieses casarte con ella fué locura, y si hubieses cumplido tu palabra, sería demencia completa.

CLAVIJO.—Mira, no comprendo al hombre. Yo la amaba de verdad; me atrajo, me cautivó, y al verme á sus pies le juraba, me juraba á mí mismo, que no variaría nunca y que sería suyo en cuanto tuviese un destino, una posición. ¡Y ahora, Carlos!

CARLOS.—Cuando seas ya todo un hombre, cuando hayas alcanzado la meta deseada, entonces, para coronar tu dicha y para afianzarla, será tiempo bastante de en-

lazarte, por medio de un buen casamiento, con una familia rica y de viso.

CLAVIJO.—Ya se ha borrado de mi corazón: desapareció en absoluto, y si su desgracia no me pasase algunas veces por la imaginación... ¡El hombre es tan inconsecuente!

CARLOS.—Admiraríame yo de que fuese más consecuente. ¿No ves cómo todo cambia en el mundo? ¿Por qué habían de permanecer fijas nuestras pasiones? No te apures, no es la primera muchacha á quien la deja su novio, ni la primera que se consuela. Si algún consejo tuviera que darte, sería en favor de la joven viuda de enfrente.

CLAVIJO.—Ya sabes que esas proposiciones me tientan poco. Una novela que no nace de suyo, no merece la pena de ocupar mi tiempo.

CARLOS.—¡Vaya por los delicados!

CLAVIJO.—Dejemos esto y no olvides que nuestra obra capital, en el presente momento, es hacernos necesarios al nuevo ministro. Es grave para nosotros que Whal dimita el gobierno de las Indias. Verdad es que no temo. Su influencia permanece. Él y Grimaldi son amigos, y sabemos hablar y hacer reverencias.

CARLOS.—Y hacer y pensar lo que se nos antoja.

CLAVIJO.—Esto es lo principal en este mundo. (Toca la campanilla). Lleve V. el periódico á la imprenta.

CARLOS.—¿Te se verá esta noche?

CLAVIJO.—No es fácil; pregunta por mí.

CARLOS.—Esta noche de buena gana me dedicaría á

divertirme un poco; tengo que escribir toda la tarde. Esto no se acaba nunca.

CLAVIJO.—No importa. Si no trabajásemos para todo el mundo, no hubiésemos subido ya por encima de tantos. (Vanse).

Casa de Guilbert.

SOFÍA. GUILBERT. MARÍA. BEAUMARCHAIS. BUENCO.

BUENCO.—¿Habéis pasado mala noche?

SOFÍA.—Ya lo dije ayer tarde. Estuvo desatadamente alegre, charlando hasta las once; se excitó y no pudo dormir: ahora vuelve á estar desalentada, llorando toda la mañana.

MARÍA.—¿Cómo no vendrá nuestro hermano, si pasa ya dos días de la cuenta?

SOFÍA.—Ten paciencia: no se quedará por allá.

MARÍA (levantándose).—¡Qué deseosa estoy de ver á este hermano; mi juez y mi salvador! Apenas me acuerdo de él.

SOFÍA.—¡Oh! pues yo me lo represento muy bien. Era un muchacho de trece años, franco, expansivo y valiente, cuando mi padre nos envió aquí.

MARÍA.—¡Alma grande y noble! Usted leyó la carta escrita por él cuando supo mi desgracia. Cada una de sus letras está grabada en mi corazón. «Si eres culpable—decía—, no espéres perdón; sobre tu desgracia pe-

sará todavía el desprecio de un hermano y la maldición de un padre; pero si eres inocente, entonces todas las venganzas, las venganzas más terribles, caerán sobre el traidor.» ¡Va á venir y tiemblo! Tiemblo, no por mí, que Dios ve mi inocencia... ¡Quisiera, amigos míos... ¡No sé lo que quiero! ¡Oh, Clavijo!

SOFIA.—¡No escuchas nada! ¡Vas á matarte!

MARIA.—Me callaré. Sí; no lloraré; además, pareceme que ya no tengo lágrimas. ¿Y por qué he de llorar? Lo único que siento es amargaros la vida. Porque en definitiva, ¿de qué me quejo? Mientras vivió nuestro viejo amigo disfruté mucho. El cariño de Clavijo me dió grandes satisfacciones, tal vez más que el mío á él. Y ahora, ¿qué más da? ¿Qué importo yo? ¿Qué importa el que una pobre muchacha tenga el corazón destrozado, que se atormente y consuma en desdichada juventud?

BUENCO.—¡Por amor de Dios, señorita!

MARIA.—¿Le será tan indiferente no amarme ya? ¡Ah! ¿Por qué no valgo más? Pero al menos, debería compadecerme; ¡sí, compadecer á la infeliz á quien tan necesario se había hecho y que pasará su vida lamentándose!... ¿Compadecerme? No; no quiero que ese hombre me compadezca.

SOFIA.—Si pudiera hacerte despreciar á ese odioso, á ese infame...

MARIA.—No, hermana; infame no es. ¿Por que he de despreciar á quien ya detesto? ¡A quien detesto... sí! Muchas veces le detesto, cuando me anima el espíritu

español. El otro día, cuando le encontramos, su vista despertó todo mi amor vehemente; pero al volver á casa, caí en la cuenta de su comportamiento, al dirigirme su mirada fría desde el lado de aquella señora tan pomposa. Entonces me sentí española de corazón; disfracéme; cogí el veneno y el puñal. ¿Se sorprende V., Buenco? Todo con la imaginación, se entiende.

SOFIA.—¡Insensata!

MARIA.—Siguióle mi imaginación y le vió á los piés de su nueva pretendida, prodigándole todas sus amabilidades, y con toda aquella sumisión con que á mi me ha envenenado. Apunté al corazón del traidor. ¡Ay, Buenco! Y en aquel instante volvió la blanda francesa, que no sabe de filtros ni de puñales para vengarse. ¡Somos bien dignos de lástima! *Vaudevilles* para divertir á nuestros novios, abanicos para castigarlos; y si son infieles... dime, hermana, ¿qué hacen en Francia cuando los amantes son infieles?

SOFIA.—Se les maldice.

MARIA.—¿Y qué más?

SOFIA.—¡Y se les deja correr!

MARIA.—¡Correr! ¿Por qué no he de dejar yo correr á Clavijo? Si esta es la moda en Francia, ¿por qué no ha de serlo en España? ¿Por qué una francesa no ha de ser en España francesa? Le dejaremos que corra y tomaremos otro; me parece que eso también se hace en nuestro país.

BUENCO.—Lo que ese hombre ha violado, no es frívola novela ni pasatiempo de sociedad, sino una prome-

sa solemne. Usted está ofendida; herida en lo profundo del corazón. Nunca se me ha hecho tan onerosa ni tan estrecha mi posición de simple, pacífico vecino de Madrid, como ahora, al sentirme débil y sin medios para procurar á usted justicia contra ese falso cortesano.

MARIA.—Cuando era solo Clavijo y no archivero del Rey, forastero, recién venido, recién presentado en nuestra casa, ¡qué amable era; qué bueno! Toda su ambición, todas sus aspiraciones parecían nacidas del amor. ¡Para mi buscaba nombre, posición, fortuna! Todo eso lo tiene, y yo...

GUILBERT entra.

GUILBERT (en secreto á su mujer).—Nuestro hermano llega.

MARIA.—¡Mi hermano! (Pónese á temblar y le llevan una silla.) ¿Dónde está? ¿Dónde? ¡Traédmelo aquí! ¡Sacadme fuera!

BEAUMARCHAIS entra.

BEAUMARCHAIS.—¡Hermana! (Abraza primero á la mayor y después á la más joven.) ¡Hermana! ¡Amigos! ¡Oh hermanas mías!

MARIA.—¿Estás aquí? ¡Gracias á Dios que estás aquí!

BEAUMARCHAIS.—Déjame que me recobre.

MARIA.—¡Mi corazón, mi pobre corazón!

SOFIA.—¡Tranquilízate! Hermano querido, esperaba verte más sereno.

BEAUMARCHAIS.—¡Más sereno! ¿Acaso estáis serenas

vosotras? ¿No estoy viendo en la cara desfigurada de esta pobre hermana, en sus ojos enrojecidos por el llanto, en su palidez, en el silencio mortal de nuestros amigos, que sois tan desventuradas como he venido figurándomelo todo el camino? Y más aún, pues os veo, os tengo en mis brazos y la presencia duplica mis sentimientos. ¡Oh hermanas mías!

SOFIA.—¿Y nuestro padre?

BEAUMARCHAIS.—Os bendice y me bendice á mí, si os salvo.

BUENCO.—Caballero, permita usted á un desconocido que á la primera mirada ha visto en usted el hombre honrado y generoso, le ponga de manifiesto la parte íntima que toma en todo este asunto. Usted hace un largo viaje para salvar, para vengar á su hermana; bien venido sea. Bien venido sea como ángel salvador, aunque á todos nos abochorne.

BEAUMARCHAIS.—Señor mío; la esperanza de encontrar en España corazones como el de usted, me ha animado á dar este paso. En ninguna parte del mundo, en ninguna faltan almas dispuestas á simpatizar con un hombre á quien las circunstancias ponen en completo derecho de obrar con energía. Yo, amigos míos, tengo la firme esperanza de encontrar, entre los grandes y los poderosos, hombres honrados. Los oídos regios raras veces están sordos; sólo que nuestra voz es generalmente demasiado débil para llegar hasta ellos.

SOFIA.—¡Ven, hermana, ven! Acuéstate un momento. Está completamente trastornada. (Se la llevan.)

MARÍA.—¡Hermano mío!

BEAUMARCHAIS.—Quiera Dios que seas inocente, y entonces, ¡todas, todas las venganzas caerán sobre el traidor! (Vanse María y Sofía.) Hermano, amigo mío, veo en vuestras miradas que lo sois... Ante todo necesito ser dueño de mí. Después me haréis una relación exacta, imparcial, de todo lo ocurrido; ella decidirá de mis acciones. El sentimiento de una buena causa dará firmeza á la resolución que tome, y, creedme, si tenemos derecho, obtendremos justicia.

ACTO SEGUNDO

Casa de Clavijo.

CLAVIJO.

¡Quiénes serán esos franceses que se me han anunciado?... ¡Franceses! ¡En otro tiempo esa nación me era muy agradable! ¿Y por qué no ahora? ¡Es singular! ¡Un hombre que se hace superior á tantos, verse sujeto por una hebra de hilo! ¡Tontería! ¿He de deberle más á María que lo que me debo á mí mismo? ¿Y es obligación hacerme desgraciado porque una muchacha me quiere?

En CRIADO.

CRIADO.—Señor: los extranjeros.

CLAVIJO.—Hadlos entrar aquí. ¿Has dicho á su criado que los esperaba á almorzar?

CRIADO.—Como usted me lo ha mandado.

CLAVIJO.—Vuelvo en seguida. (Sale.)

BEAUMARCHAIS. SAINT-GEORGES.

El CRIADO les pone sillas y se retira.

BEAUMARCHAIS.—¡Me es tan grato, tan gustoso, amigo mío, estar por fin aquí y tenerlo cogido! No se me esca-

pará. Usted esté tranquilo; por lo menos, muéstrele la más serena apariencia. ¡Hermana mía, hermana mía! ¿Quién había de creer que eras tan inocente como desgraciada? Esto se probará y quedarás vengada de la manera más tremenda. Y tú, buen Dios, consérvame la tranquilidad de alma que me concedes en este momento, para obrar con toda la moderación y sensatez posibles en medio de mi horrible dolor!

SAINT-GEORGES.—Reclamo, amigo mío, todo el buen juicio, toda la prudencia de que siempre ha dado usted pruebas. Prométame usted de nuevo pensar dónde está. En un reino extranjero, donde nada son todos sus protectores ni su dinero para garantizarle contra las secretas maquinaciones de viles enemigos.

BEAUMARCHAIS.—Esté usted tranquilo y haga bien su papel. No sabrá con cuál de nosotros dos tiene que habérselas. ¡Lo he de martirizar! ¡Oh, estoy bastante bien dispuesto para asar á ese bribón á fuego lento!

CLAVIJO vuelve.

CLAVIJO.—Señores, es un placer para mí ver en mi casa personas de una nación que siempre he apreciado.

BEAUMARCHAIS.—Caballero, desearíamos ciertamente merecer el honor que se digna usted hacer á nuestros compatriotas.

SAINT-GEORGES.—El deseo de conocer á usted ha podido más en nosotros que el temor de ser quizás importunos.

CLAVIJO.—Las personas que á primera vista se recomiendan, no deben llevar tan lejos la modestia.

BEAUMARCHAIS.—En verdad, no debe ser para usted cosa extraña verse visitado por extranjeros, una vez que la excelencia de sus escritos le ha hecho tan conocido en otros reinos como distinguido en su patria, por los honoríficos empleos que S. M. le ha confiado.

CLAVIJO.—El Rey es muy bondadoso con mis pequeños servicios, y el público muy indulgente con los insignificantes ensayos de mi pluma. Quisiera poder en algún modo contribuir al mejoramiento del gusto en mi país y á la difusión de las ciencias, pues esto sólo es lo que nos liga á otras naciones; esto lo que, de los ingenios más alejados de nosotros, nos hace amigos, y lo que sostiene la más agradable unión entre aquellos á quienes, por desgracia, separan con frecuencia los intereses del Estado.

BEAUMARCHAIS.—Es delicioso oír hablar así á un hombre que tiene la misma influencia en las cosas del Estado que en las ciencias, y puedo asegurar que me ha quitado usted la palabra de la boca, trayéndome en derechura á la pretensión en virtud de la cual me ve usted aquí. Una sociedad formada por hombres sabios y dignos me ha comisionado para establecer correspondencia epistolar entre ellos y los mejores ingenios de los reinos por donde viajare, siempre que la ocasión se me presente. Y como ningún español escribe mejor que el autor del periódico que bajo el título de *El Pensador* es tan conocido y con el cual tengo el honor de hablar... (Clavi-

jo hace una cortesía) y que es ornato de los sabios por haber sabido combinar con su cultura tal grado de habilidad en los negocios públicos, que no puede dejar de subir á los brillantes puestos de que su caracter y sus conocimientos le hacen digno, he creído que no podría prestar á mis amigos más agradable servicio que ponerlos en comunicación con hombre de tanto mérito.

CLAVIJO.—Ninguna proposición del mundo podría llenar mejor mis deseos, señores. Por ella veo colmadas las aspiraciones más gratas que alimentaba mi corazón, sin esperanza, muchas veces, de éxito venturoso. Y no es que yo me crea capaz de satisfacer, con mi correspondencia, los deseos de vuestros sabios amigos; no me lleva tan lejos la vanidad. Pero como tengo la suerte de estar en relación con los mejores ingenios de España, no puede quedar para mí desconocido cuanto en ciencias y artes se hace en nuestro vasto reino, por hombres aislados y á veces escondidos. De suerte que hasta ahora me he considerado como un *colporteur*, con el pequeño mérito de generalizar, para utilidad común, los descubrimientos de otros. Pero vuestra venida me eleva á la categoría de comerciante que tiene la dicha, por medio del cambio de productos indígenas, de extender la fama de su país y enriquecerlo, además, con tesoros extranjeros. Y así, por esto me habéis de permitir, caballero, que no trate como extraño á un hombre que generosamente me trae mensaje tan grato. Permita usted le pregunte qué asunto, qué interés le ha hecho emprender tan largo camino. No es que yo quiera satisfa-

cer, indiscreto, vana curiosidad, no; más bien se lo pregunto con la pura intención de emplear, en obsequio suyo, cuantas fuerzas é influencia pueda tener, pues le prevengo que ha venido á un país donde el extranjero tropieza, en la corte principalmente, con innumerables dificultades para el despacho de sus asuntos.

BEAUMARCHAIS.—Acepto agradecido tan halagüeño ofrecimiento. No tendré secretos para usted, caballero, y este amigo no estará demás en nuestra conversación, una vez que se halla suficientemente instruido de lo que tengo que decir á usted. (Clavijo mira con atención á Saint-Georges.) Un negociante francés con muchos hijos y hacienda escasa, tenía en España varios correspondientes. Uno de los más ricos llegó á París hará unos quince años y le hizo la siguiente proposición: «Deme usted dos de sus hijas; las llevaré á Madrid y me cuidaré de ellas. Estoy soltero, entrado en años y no tengo parientes; harán la felicidad de mis últimos días, y cuando me muera, les dejaré una de las mejores casas de comercio de España.» Confiéronle la mayor y una de las más jóvenes. El padre se encargó de proveer la casa con todas las mercancías francesas que desearan, y todo parecía muy bien, hasta que el correspondiente murió, sin haberse acordado para nada de las francesas, que, por lo tanto, se vieron en el difícil caso de dirigir solas un comercio nuevo. En el ínterin, la mayor se había casado, y no obstante lo exiguo de sus caudales, conservaban, merced á su buen comportamiento y á la amenidad de su trato, porción de amigos que á porfía

se afanaban en extender su crédito y sus negocios. (Clavijo cada vez presta mayor atención.) Por aquel tiempo aproximadamente hizose presentar en su casa un joven natural de las Islas Canarias. (Clavijo pierde la placidez del rostro y su seriedad conviértese, poco á poco, en confusión cada vez más visible.) A pesar de lo modesto de su posición y de sus recursos, se le recibió muy bien, y notando en él gran afán por el estudio de la lengua francesa, le facilitaron todos los medios de hacer, en poco tiempo, grandes adelantos. Ansioso de hacerse un nombre, ocurriósele dar á la villa de Madrid el gusto, todavía desconocido á la nación, de un periódico semanal, en el género de *El Espectador Inglés*. No dejaron sus amigos de ayudarle de todas suertes; no se dudaba que semejante empresa obtendría gran éxito. En fin, animado con la esperanza de llegar á ser hombre de alguna significación, atrevióse á hacer á la más joven proposiciones de casamiento. Diéronle esperanzas. «Trate usted de hacer fortuna», le dijo la mayor. «Y cuando un empleo, el favor de la corte ó cualquiera otro medio le dé derecho para pensar en mi hermana, si ella le prefiere á usted, yo no le negaré mi consentimiento.» (Clavijo se agita extraordinariamente en su silla.) Rehusó la joven diversas proporciones ventajosas. Su inclinación por aquel hombre tomó incremento, ayudándole á soportar los cuidados de la espera incierta. Interesábase por su dicha como por la propia, y le animó á dar el primer número de su periódico semanal, el cual apareció bajo un título que prometía mucho. (Clavijo en la más horrible

confusión.) (Beaumarchais completamente frío.) La obra logró extraordinaria fortuna. El Rey mismo, complacido de la agradable producción, dió al autor muestras públicas de su gracia, prometiéndole el primer buen destino que quedase vacante. Desde aquel momento alejó todos los pretendientes, sus rivales, del lado de la joven, dedicándose á ella en público. La boda aplazábase solamente por la espera del prometido destino. Por último, después de seis años de constancia, de amistad no interrumpida, de ayuda y de cariño por parte de la joven; después de seis años de rendimiento, de gratitud, de esfuerzos y de promesas sagradas por parte de él, apareció el destino y desapareció el hombre. (Clavijo completamente desconcertado, exhala un suspiro que trata de ocultar.) La cosa había sido demasiado visible para mirar con indiferencia el desenlace; estaba alquilada una casa para dos familias, y todo el mundo hablaba de eso. Los amigos, indignados hasta el extremo, pedían venganza. Buscáronse recomendaciones poderosas; pero el villano, iniciado ya en la cábala cortesana, sabía hacer infructuosos todos los esfuerzos, y fué tan lejos en su insolencia, que osó amenazar á la desdichada; osó decir en su propia cara á los amigos que á él se dirigieron: «que las francesas se guardasen de hacerle daño, porque si se atrevían á promover algo contra él, érale muy fácil perderlas, estando como estaban en país extranjero, y sin protección ni ayuda.» Al oír esto la pobre joven cayó presa de convulsiones que hicieron temer por su vida. La hermana ma-

yor, en la fuerza de su amargura, escribió á Francia la pública afrenta que se les había hecho. Esta noticia conmovió á su hermano de la manera más formidable. Pidió su licencia para venir en persona á poner mano en tan embrollado asunto. Voló desde París á Madrid, y ese hermano... ¡soy yo!... Yo, que he abandonado todo: patria, deberes, familia, posición y fortuna para vengar en España á una hermana inocente y desgraciada. Vengo armado de la mejor de las causas, y decidido á desenmascarar á un traidor, dibujándole el alma en el rostro con rasgos de sangre, y ese traidor... ¡eres tú!

CLAVIJO.—¡Oígame usted, caballero! Yo soy... yo he... No dudo...

BEAUMARCHAIS.—No me interrumpa usted. Nada tiene usted que decirme, y sí mucho que oír de mí. Y ahora, para principiar, tenga usted la bondad de decir delante de este caballero, que expreso para oírlo ha venido de Francia conmigo, si mi hermana, por alguna infidelidad, ligereza, debilidad, grosería ó cualquiera otra falta, ha podido merecer esta pública afrenta.

CLAVIJO.—No, señor. Su hermana de usted Doña María, es una señorita llena de talento, amabilidad y virtud.

BEAUMARCHAIS.—¿Ha dado á usted alguna vez, durante el tiempo de sus relaciones, algún motivo para quejarse de ella ó tenerla en menos estima?

CLAVIJO.—¡Nunca! ¡Jamás!

BEAUMARCHAIS (levantándose).—¿Y por qué, monstruo, tuviste la avilantez de atormentarla de muerte, única-

mente porque su corazón te dió la preferencia sobre otros diez, cada uno de los cuales era más honrado y más rico que tú?

CLAVIJO.—¡Oh señor mío! Si usted supiese lo instigado que he sido, qué diversidad de consejeros y de circunstancias...

BEAUMARCHAIS.—¡Basta! (A Saint-Georges.) Usted ha oído la justificación de mi hermana; salga y publíquela. Lo que me resta que decir á este señor, no necesita testigos. (Clavijo se pone en pie, Saint-Georges se va.) ¡Quédese usted! ¡Quédese usted! (Vuelven á sentarse los dos.) Puesto que hemo sido tan lejos, voy á hacer á usted una proposición, que espero aprobará. En su conveniencia de usted y en la mía está que no se case usted con María. Usted comprende perfectamente bien que no he venido á hacer el papel del hermano de comedia, que pone fin á la novela procurando marido á su hermana. Usted ofendió á una muchacha honrada, á sangre fría, por que la creyó en país extranjero, sin tener quien la defendiese ni la vengase. Así proceden los viles, los infames. Por lo tanto, va usted ante todo á declarar voluntariamente, de su puño y letra, con las puertas abiertas y en presencia de sus criados, que es usted un hombre odioso, que ha engañado á mi hermana, que la ha vendido, que la ha humillado sin el menor motivo. Con esta declaración me voy á Aranjuez, donde se encuentra nuestro embajador. Se la enseño, la hago imprimir, y pasado mañana, Madrid está inundado de ejemplares. Tengo aquí amigos poderosos, tiempo y dinero, y todo esto he de em-

plearlo en perseguir á usted de todas suertes y con el mayor encono, hasta que mi hermana deponga su enojo, se tranquilice y me contenga.

CLAVIJO.—Yo no hago esa declaración.

BEAUMARCHAIS.—Eso creo yo muy bien, porque quizá en su lugar de usted tampoco lo haría. Pero ahora viene lo demás. Si usted no escribe, desde este mismo momento me quedo á su lado, no le dejo, á todas partes le sigo hasta que, fastidiado de semejante compañía, trate usted de deshacerse de mí detrás del Buen Retiro. Si soy más feliz que usted, sin ver al embajador, ni haber hablado aquí con una sola persona, cojo en mis brazos á mi hermana moribunda, la subo á mi coche y me vuelvo con ella á Francia. Si el destino le favorece, yo habré cumplido como bueno, y usted se reirá á costa nuestra. Ahora, pida usted el desayuno. (Beaumarchais toca la campanilla. Un criado entra el chocolate. Beaumarchais toma una taza y va á pasarse á la galería contigua, mirando los cuadros.)

CLAVIJO.—¡Me ahogo!... ¡Me sofoco!... ¡Me han sorprendido!... ¡Me han envuelto como á un muchacho!... ¿Dónde estás, Clavijo? ¿Cómo vas á salir de esto? ¿Cómo puedes terminarlo? ¡Horrible situación, en la cual te han precipitado tu locura y tu deslealtad! (Coge un puñal que está sobre la mesa.) ¡Ah! ¡Concluyamos de una vez! (Lo deja.) No habría otro camino, otro medio que morir ó matar... ¡Abominable homicidio!... ¡Privar á la infeliz de su último consuelo, de su único apoyo... de su hermano!... ¡Ver á este hombre tan noble y tan valiente ensangrentado!... ¡Y cargar con la doble, insoportable maldición de una

familia destruída!... ¡Oh, no era esto lo que esperabas cuando aquella amable criatura te atraía con tanto encanto, en los primeros tiempos de nuestro conocimiento! ¡Y cuando la dejaste, no preveías las terribles consecuencias de tu acción vergonzosa!... ¡Cuánta felicidad no te esperaba en sus brazos, en la amistad de semejante hermano!... ¡María! ¡María! ¡Oh! ¡Si pudieses perdonarme! ¡Si yo me atreviese á llorar todo esto á tus pies!... ¿Y por qué no? ¡Mi corazón rebosa; mi alma se abre á la esperanza!... ¡Caballero!

BEAUMARCHAIS.—¿Qué decide usted?

GLAVIJO.—¡Óigame usted!... Mi conducta con su hermana no tiene disculpa. Perdíome mi vanidad: temí que al casarme con ella vendrían á tierra todos mis planes, mis perspectivas de celebridad en la vida. Si hubiese sabido que tenía tal hermano, no sería á mis ojos una extranjera insignificante; habría esperado de esta unión las ventajas más notorias. Usted me llena la más alta estimación por su persona, y al hacerme sentir tan vivamente mi sinrazón, me inspira el deseo, la fuerza de volver á arreglarlo todo. Me arrojo á sus pies. Ayúdeme usted. Ayúdeme, si es posible, á borrar mi culpa y poner fin á esta desdicha. ¡Devuélvame usted á su hermana, devuélvamela! ¡Qué feliz sería yo recibiendo de manos de usted mi esposa, y el perdón de todas mis faltas!

BEAUMARCHAIS.—Es demasiado tarde. Mi hermana no ama á usted ya, y yo le detesto. Escriba la declaración, es todo lo que exijo de usted, y deje de mi cuenta lo de la elección de venganza.

CLAVIJO.—Su obstinación de usted, ni es justa ni prudente. Concédole que no depende de mí volver á hacer buena una cosa llevada á tan malos términos. Dependerá del corazón de su excelente hermana, si pone de nuevo la vista en un miserable, que no merece ver la luz del día. Pero su deber de usted es hacer esta prueba y obrar en consecuencia, si es que el paso que da no ha de tomarse como irreflexivo ardor juvenil. Si María es inflexible... ¡oh, conozco su corazón, y á lo vivo me represento su bondad, su alma celestial! si es inflexible, entonces será tiempo.

BEAUMARCHAIS.—Insisto en la declaración.

CLAVIJO.—(Yendo hacia la mesa.) ¿Y si yo me atengo á la espada?

BEAUMARCHAIS.—Bien; perfectamente, caballero.

CLAVIJO (deteniéndolo).—Una palabra. Usted tiene de su parte la buena causa; déjeme á mí tener de la mía la prudencia. Reflexione lo que hace. En ambos casos, todos nos perdemos irremisiblemente. ¿No moriría yo de dolor y de angustia, si viese manchada mi espada con su sangre de usted y sobre todas sus desgracias le arrebatase á María su hermano? Pues en el caso contrario, el asesino de Clavijo jamás volvería á cruzar los Pirineos.

BEAUMARCHAIS.—¡La declaración, caballero, la declaración!

CLAVIJO.—Sea, pues; haré todo para convencer á usted del sentimiento de rectitud que su presencia me inspira. Escribiré la declaración, la escribiré dictada por usted. Solamente ha de prometerme no hacer uso de

ella, hasta que yo me halle en situación de convencer á Doña María del arrepentimiento de mi corazón, hasta que pueda hablar una palabra con su hermana mayor y ésta interceda por mí, bondadosa, cerca de mi amada.

BEAUMARCHAIS.—Me marchó á Aranjuez.

CLAVIJO.—Bueno; pero la declaración quedará en su cartera hasta la vuelta. Si no he obtenido mi perdón, entonces puede dar libre curso á su venganza. Esta proposición es justa, decente y razonable. Si usted no la acepta, jugaremos la cosa á vida ó á muerte, pero la víctima de su precipitación siempre será usted y sus pobres hermanas.

BEAUMARCHAIS.—¡Está bien que las compadezca quien tan desgraciadas las ha hecho!

CLAVIJO.—¿Acepta usted?

BEAUMARCHAIS.—Bueno; cedo. Pero, ni un momento más. Llego de Aranjuez, pregunto, escucho, y si no han perdonado á usted como espero, como deseo, en seguida me voy á la imprenta con la declaración.

CLAVIJO.—(Coge papel.) ¿Cómo quiere usted que sea?

BEAUMARCHAIS.—¡Caballero! en presencia de sus criados.

CLAVIJO.—¿A qué viene eso?

BEAUMARCHAIS.—Mándeles usted, únicamente, que estén en la galería contigua; no se ha de decir que le he forzado.

CLAVIJO.—¡Qué escrúpulos!

BEAUMARCHAIS.—Estoy en España y tengo que habérmelas con usted.

CLAVIJO.—¡Seal! (Toca la campanilla y viene un criado).
Reuna usted á todo el servicio y venganse aquí á la galería.

(Vase el criado: los otros vienen y se quedan en la galería.)

CLAVIJO.—¿Me deja usted redactar á mí la declaración?

BEAUMARCHAIS.—No, señor: haga usted el favor de escribir lo que yo le diga. (Clavijo escribe.) «Yo, el que suscribe, José Clavijo, archivero del Rey...

CLAVIJO.—Del Rey...

BEAUMARCHAIS.—Reconozco que, después de ser recibido amistosamente en casa de Madama Guilbert...

CLAVIJO.—Guilbert...

BEAUMARCHAIS.—Y de haber engañado á la señorita de Beaumarchais, su hermana, con promesas de casamiento repetidas cien veces...» ¿Está?

CLAVIJO.—¡Caballero!

BEAUMARCHAIS.—¿Tiene usted alguna otra palabra que emplear?

CLAVIJO.—Pensaba...

BEAUMARCHAIS.—«Cien veces.» Lo que usted ha hecho, bien puede escribirlo... «La dejé, sin que ninguna falta ni debilidad por parte suya diesen pretexto ó disculpa á este perjurio.»

CLAVIJO.—¡Ahora!

BEAUMARCHAIS.—«Al contrario; la conducta de esta señorita ha sido siempre pura, intachable y digna de todo respeto.»

CLAVIJO.—De todo respeto.

BEAUMARCHAIS.—Reconozco que, con mi conducta,

con la ligereza de mis palabras, con la interpretación que se les daba, he rebajado públicamente, á esta virtuosa señorita; por lo cual le suplico me conceda su perdón, aunque por mi parte, no me conceptúo digno de recibirlo. (Clavijo se detiene.) ¡Escriba usted, escriba usted! «De lo cual doy testimonio libremente, de mi propia voluntad, sin ser forzado, con la promesa particular que, si esta satisfacción no fuese suficiente para la ofendida, estoy dispuesto á darla de cualquiera otra manera que se me exija.—Madrid...»

CLAVIJO.—(Se levanta, hace seña á los criados para que se marchen, y le alarga el papel.) Trato con un hombre ofendido, pero con un hombre de honor. Usted cumplirá su palabra y aplazará su venganza. Sólo por esta consideración y con esta esperanza, he puesto delante de mí ese papel afrentoso; sin esto, nada me hubiera obligado á hacerlo. Pero, antes de osar presentarme á María, he decidido dar á alguien la comisión de tomar por mí la palabra, de hablar por mí... y ese alguien es usted.

BEAUMARCHAIS.—No se imagine semejante cosa.

CLAVIJO.—Al menos, dígame el amargo y sincero arrepentimiento que en mí ha visto. Es todo, todo lo que le pido. No podría elegir intercesor más poderoso; además, usted le debe un relato fiel. ¡Cuéntele cómo me ha encontrado!

BEAUMARCHAIS.—Bueno; eso puedo y quiero hacerlo. Y ahora, ¡adios!

CLAVIJO.—¡Páselo usted bien! (Quiere cogerle la mano; Beaumarchais la retira.)

CLAVIJO (solo).—¡Cambiar así, por modo tan inesperado, de un estado á otro! ¡Se atolondra uno, sueña! ¡Yo no hubiera debido escribir esa declaración! ¡Esto fué tan rápido y tan inesperado como el rayo!

CARLOS entra.

CARLOS.—¿Qué visita has tenido? Toda la casa está en conmoción. ¿Qué hay?

CLAVIJO.—El hermano de María.

CARLOS.—¡Me lo suponía! Ese perro criado viejo que estuvo en otro tiempo en casa de Guilbert, y á quien suelo hacer charlar, sabe desde ayer que le esperan, y hasta este momento no pudo encontrarme. ¿Ha estado aquí?

CLAVIJO.—¡Es un excelente muchacho!

CARLOS.—Pronto nos desharemos de él; ya he preparado el camino. ¿Qué pide, desafío? ¿Reparación de honor? ¿Estaba muy caliente el mozo?

CLAVIJO.—Pidióme una declaración, en la que conste que su hermana no me ha dado motivo alguno para dejarla.

CARLOS.—¿Y se la has escrito?

CLAVIJO.—Me ha parecido lo mejor.

CARLOS.—¡Bien, muy bien! ¿No pedía más que eso?

CLAVIJO.—Quería un duelo ó la declaración.

CARLOS.—Lo último fué mejor. ¿Quién había de exponer su vida con ese trastuelo romántico? ¿Y exigió el papel con arrebató?

CLAVIJO.—Me lo dictó él, y tuve que hacer venir á mis criados á la galería.

CARLOS.—¡Entiendo! ¡Ah, ya te tengo, mocito! Esto le ha perdido. Llámame estúpido, si dentro de dos días no tengo al muchacho preso y no lo mando á las Indias en el primer transporte.

CLAVIJO.—No, Carlos; la cosa es muy distinta de lo que piensas.

CARLOS.—¿Cómo?

CLAVIJO.—Espero, por su mediación y por mis esfuerzos vehementes, alcanzar el perdón de la pobre María.

CARLOS.—¡Clavijo!

CLAVIJO.—Espero borrar todo lo pasado, arreglar de nuevo lo deshecho, y de este modo, á mis ojos y á los del mundo, volver á ser hombre honrado.

CARLOS.—¡Demonio! ¿Te has vuelto niño? ¡Siempre se ha de rastrear en ti, al sabio! ¡Dejarte embobar así! ¿No ves que esto es simplemente un plan burdo, arreglado para hacerte caer en la red?

CLAVIJO.—No, Carlos; él no quiere el casamiento; todos están en contra, y ella no quiere oír hablar de mí.

CARLOS.—¡Es el colmo! No, mi buen amigo, no me lo tomes á mal; pero, así es como he visto yo en las comedias embaucar á los jóvenes lugareños...

CLAVIJO.—Me ofendes. Haz el favor de reservar tu ingenio para el día de mi boda. Estoy decidido á casarme con María, de mi propia voluntad y por interno impulso. Toda mi esperanza, toda mi dicha se cifra en alcan-

zar su perdón. Y después, ¡adiós, orgullo! En mi amada está, como en otro tiempo, el cielo. Toda la fama que alcance, las grandezas á que me eleve, me llenarán con goce doble, pues las comparte conmigo la mujer que duplica mi valer. ¡Adiós! Tengo que marcharme; necesito, por lo menos, hablar con los Guilbert.

CARLOS.—Aguarda siquiera hasta después de comer.

CLAVIJO.—Ni un momento. (Vase.)

CARLOS.—(Lo ve marchar, y queda un momento silencioso.)
¡Uno que vuelve á hacer la gran tontería! (Vase.)

ACTO TERCERO

Casa de Guilbert.

SOFÍA. GUILBERT. MARÍA. BEAUMARCHAIS.

MARIA.—¿Le has visto? Estoy toda temblando ¿Le has visto? Yo, sólo de oír que venía, hube de perder el sentido, ¡y tú le has visto! No; yo no... yo le... no; yo no puedo volverle á ver jamás.

SOFÍA.—Cuando entró, no supe lo que me pasaba; porque... ¡ay! ¿Acaso no le quería también con el cariño más completo, más puro y más fraternal? ¿No me martirizó, no me puso enferma su alejamiento? ¡Y verle ahora volver arrepentido á mis pies! Hermana; no sé qué hay en su mirada, en el sonido de su voz, que hechiza.

MARIA.—¡Nunca, nunca; jamás!

SOFÍA.—Es el mismo de antes, bueno, dulce, sensible; el mismo vehemente, apasionado. Siempre codicioso de cariño, mortificado y congojoso cuando no se le muestra inclinación. ¡Igual! ¡Igual! ¡Y de ti habla, María, como en aquellos venturosos días de fogosidad apasionada! Diríase que tu ángel protector fué quien ocasionó este intervalo de infidelidad y alejamiento, para interrumpir la uniformidad y languidez de tan largas relaciones, y darles nuevo sentimiento de viveza.

zar su perdón. Y después, ¡adiós, orgullo! En mi amada está, como en otro tiempo, el cielo. Toda la fama que alcance, las grandezas á que me eleve, me llenarán con goce doble, pues las comparte conmigo la mujer que duplica mi valer. ¡Adiós! Tengo que marcharme; necesito, por lo menos, hablar con los Guilbert.

CARLOS.—Aguarda siquiera hasta después de comer.

CLAVIJO.—Ni un momento. (Vase.)

CARLOS.—(Lo ve marchar, y queda un momento silencioso.)

¡Uno que vuelve á hacer la gran tontería! (Vase.)

ACTO TERCERO

Casa de Guilbert.

SOFÍA. GUILBERT. MARÍA. BEAUMARCHAIS.

MARIA.—¿Le has visto? Estoy toda temblando ¿Le has visto? Yo, sólo de oír que venía, hube de perder el sentido, ¡y tú le has visto! No; yo no... yo le... no; yo no puedo volverle á ver jamás.

SOFÍA.—Cuando entró, no supe lo que me pasaba; porque... ¡ay! ¿Acaso no le quería también con el cariño más completo, más puro y más fraternal? ¿No me martirizó, no me puso enferma su alejamiento? ¡Y verle ahora volver arrepentido á mis pies! Hermana; no sé qué hay en su mirada, en el sonido de su voz, que hechiza.

MARIA.—¡Nunca, nunca; jamás!

SOFÍA.—Es el mismo de antes, bueno, dulce, sensible; el mismo vehemente, apasionado. Siempre codicioso de cariño, mortificado y congojoso cuando no se le muestra inclinación. ¡Igual! ¡Igual! ¡Y de ti habla, María, como en aquellos venturosos días de fogosidad apasionada! Diríase que tu ángel protector fué quien ocasionó este intervalo de infidelidad y alejamiento, para interrumpir la uniformidad y languidez de tan largas relaciones, y darles nuevo sentimiento de viveza.

MARIA.—¿Hablas en su favor? ¿Defiendes su causa?

SOFIA.—No, hermana, ni tampoco se lo he prometido. ¡Pero, vida mía! Veo las cosas como son: tú y nuestro hermano las veis con un color excesivamente romántico. Tienes de común con muchas buenas muchachas, que tu novio te fué muy infiel y te dejó. Pero eso de que vuelva arrepentido á enmendar sus faltas y á renovar todas las esperanzas antiguas, es una dicha que otra no rechazaría fácilmente.

MARIA.—¡Se me desgarraría el corazón!

SOFIA.—Lo creo: el primer momento te causará impresión penosísima. Pero, mira, hijita: no tomes ese temor, esa confusión que parece dominar todos tus sentidos, por efecto del odio ni de aversión alguna. Tu corazón habla por él más de lo que crees, y si desconfías de ti misma al volverlo á ver, es precisamente por la vehemencia con que deseas su vuelta.

MARIA.—¡Ten compasión!

SOFIA.—Has de ser feliz. Si yo comprendiera que le despreciabas, que te era indiferente, no hablaría una palabra más, ni él me hubiera vuelto á ver. Pero en este caso, querida mía, tú me agradecerás el haberte ayudado á vencer esta irresolución penosa, signo profundo de cariño.

GUILBERT. BUENCO.

SOFIA.—¡Venga usted, Buenco; Guilbert, ven! Ayúdeme á dar ánimos á esta niña para que se decida, ahora que es la ocasión.

BUENCO.—Yo quisiera atreverme á decirle: «no lo vuelva usted á mirar á la cara.»

SOFIA.—¡Buenco!

BUENCO.—Mi corazón se subleva en el pecho al pensar que este ángel va á volver al poder de quien tan indignamente la ha ofendido, llevándola hasta el borde del sepulcro. ¿Por qué la ha de poseer? ¿Por qué razón quiere componer ahora lo que él mismo rompió? ¿Porque se le antoja volver y decir: «Ahora me conviene, ahora la quiero»? ¡Como si esta excelente criatura fuese alguna mercancía averiada, que después de haber sido traída y llevada por los mercados, rebajada por ofertas ínfimas, se arroja de cualquiera manera al comprador! No, mi voto no lo tendrá, aunque en su favor hablase el corazón de María. ¡Volver! ¿Y por qué vuelve ahora? ¿Necesitó esperar la llegada de un hermano arrojado, cuya venganza teme, para venir á pedir perdón, como un chico de escuela castigado? ¡Ah! ¡Es tan cobarde como malvado!

GUILBERT.—Usted habla como español y como si no conociese á los españoles. En este momento nos amenaza un gran peligro que ninguno de ustedes ve.

SOFIA.—¡Guilbert querido!

GUILBERT.—Admiro el alma emprendedora de nuestro hermano; he observado en silencio su comportamiento heroico, y deseo que todo termine en bien, decidiéndose María á dar su mano á Clavijo (sonriendo), que ya tiene su corazón.

MARIA.—¡Eres cruel!

SOFIA.—¡Óyele, por Dios! ¡Óyele!

GUILBERT.—Tu hermano ha obtenido de él una declaración que te justifica á los ojos de todo el mundo, y que nos perderá.

BUENCO.—¿Cómo?

MARIA.—¡Oh, Dios!

GUILBERT.—La escribió con la esperanza de ablandarte. Si no te conmueves, hará todo lo posible por anular ese papel; puede hacerlo, y lo conseguirá. Tu hermano pretende imprimirlo y publicarlo en seguida que vuelva de Aranjuez. Si tú no cedes, ¡temo que no vuelva!

SOFIA.—¡Guilbert mio!

MARIA.—¡Yo me muero!

GUILBERT.—Clavijo no puede dejar aparecer semejante escrito. Si rechazas su proposición y él es hombre de honor, irá á buscar á tu hermano, y uno de los dos quedará en la demanda. Tu hermano está igualmente perdido, si muere ó si vence. ¡Extranjero en España, dando muerte á este cortesano favorito! Hermana, es muy bueno pensar y sentir caballerosamente, pero acaba uno consigo y con los suyos.

MARIA.—¡Aconséjame, Sofía; ayúdame!

GUILBERT.—Buenco; impúgneme usted.

BUENCO.—No lo hará; temerá por su vida. De otro modo, no habría escrito ni ofrecido su mano á María.

GUILBERT.—Tanto peor; encontrará cien que le presten su brazo. Cien que vilmente quitarán á nuestro hermano la vida en el camino. ¡Ah, Buenco! ¿Eres tan novicio que no creas á un cortesano capaz de pagar asesinos?

BUENCO.—El Rey es grande y bueno.

GUILBERT.—¡Ánimo, entonces! A través de las murallas que le rodean, de las guardias, del ceremonial y de todo aquello con que los palaciegos lo han separado de su pueblo, dará un salto y vendrá á salvarnos. ¿Quién viene?

Entra CLAVIJO.

CLAVIJO.—¡Es necesario! ¡es necesario que la vea!

MARIA.—(Da un grito y cae en brazos de Sofía.)

SOFIA.—¡Inhumano! ¡En qué situación nos pone usted! (Guilbert y Buenco se dirigen á ella.)

CLAVIJO.—¡Sí, ella es! ¡Ella es, y yo soy Clavijo! Escúcheme usted, amiga mía, aunque no me quiera mirar. En el tiempo en que Guilbert me recibió amistosamente en su casa, cuando yo no era más que un joven insignificante y sentía por usted en mi corazón pasión irresistible, ¿había algún mérito en mí? ¿No fué más bien por conformidad de los caracteres y secreta simpatía por lo que usted sintió hacia mí inclinación al principio, y luego pude lisonjearme de poseer su corazón entero? ¿Pues no soy ahora el mismo? ¿No es usted la misma también? ¿Por qué no he de atreverme á esperar? ¿Por qué no he de pedir? ¿No recibiría usted en sus brazos á un hermano, á un amigo, si salvado por modo inesperado, después de peligrosa y desgraciada navegación, en que le creyó perdido, viniese á poner á los pies de usted su vida? ¿Y he flotado yo en mar menos tormentoso? ¿Son menos tremendas é indómitas

nuestras pasiones, con las cuales combatimos toda la vida, que aquellas olas que empujan á los desgraciados lejos de su patria? ¡María! ¡María! ¿Cómo puede usted odiarme, si yo no la he dejado de querer? En medio de toda la embriaguez, á través de todos los acentos seductores de la vanidad y del orgullo, siempre he recordado aquellos días felices y sin cuidados que pasaba en venturosa medianía á sus pies, cuando se extendían ilimitadas, floridas perspectivas ante nosotros. ¿Por qué no quiere usted realizar ahora conmigo todas aquellas esperanzas? Y porque entre ellas se interpuso un intervalo sombrío, ¿no ha de gozar la dicha de la vida? Créame, amiga mía; no hay delicias en la vida, por muy altas que estén, que nuestras pasiones ó la fatalidad no interrumpen. ¿Hemos de quejarnos porque nos sucede lo que á los demás y hacernos culpables, rechazando la ocasión de restablecer lo pasado, consolando una familia perturbada, recompensando la acción heroica de un hermano y afianzando nuestra felicidad para siempre? Amigos míos, cuyo afecto no he merecido. Amigos míos, que debéis serlo porque sois amigos de la virtud, á la cual vuelvo, unid vuestros ruegos á los míos. ¡María! (Cae de rodillas) ¡María! ¿Ya no conoces mi voz? ¿No oyes ya los acentos de mi corazón? ¡María! ¡María!

MARIA.—¡Oh, Clavijo!

CLAVIJO.—(Se levanta y llena su mano de apasionados besos.) ¡Me perdona, me quiere! (Abraza á Guilbert y á Buen-co.) Me ama todavía; ¡me lo decía el corazón! Si me hubiese arrojado á tus pies mudo, llorando mi dolor y mi

arrepentimiento, me habrías entendido sin palabras, como yo sin palabras recibo mi perdón. No; esta inter-afinidad de nuestras almas no se ha extinguido; nos entendemos lo mismo que antes, cuando no necesitábamos sonido ni signo alguno para comunicarnos nuestras más íntimas emociones. ¡María! ¡María! ¡María!

BEAUMARCHAIS llega.

BUAMARCHAIS.—¡Ah!

CLAVIJO.—(Lanzándose hacia él.) ¡Hermano!

BEAUMARCHAIS.—¿Le perdonas?

MARÍA.—¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Me muero! (Se la llevan.)

BEAUMARCHAIS.—¿Le ha perdonado?

BUENCO.—Así parece.

BEAUMARCHAIS.—No merece su dicha.

CLAVIJO.—Creed que así lo reconozco.

SOFÍA (de vuelta).—¡Le perdona! Esta hecha un mar de lágrimas. «Que se aleje,» ha dicho sollozando, «para que yo me serene. Le perdono ¡ah, hermana!» exclamó echándome los brazos al cuello. «¿Cómo sabe que le amo tanto?»

CLAVIJO.—(Besándole la mano.) ¡Soy el hombre más feliz de la tierra, hermano!

BEAUMARCHAIS.—Sea entonces de corazón (lo abraza). Aunque todavía no me es posible ser su amigo, no puedo dejar de quererle. Sea usted de los nuestros, y que todo se olvide. El papel que usted me ha dado está aquí. (Lo saca de la cartera, lo rompe y se lo da.)

CLAVIJO.—Vuestro soy para siempre.

SOFIA.—¡Por Dios! Váyase usted para que no le oiga y pueda tranquilizarse.

CLAVIJO.—(Da la vuelta abrazando á todos.) ¡Adiós! ¡Adiós! Mil besos á mi ángel. (Vase.)

BEAUMARCHAIS.—¡No hay que hacerle! ¡Yo hubiese deseado que fuera de otra manera! Esta criatura es una infeliz, y no puedo ocultaros que esto era lo que deseaba nuestro embajador; que perdonase María y terminase en casamiento esta desagradable historia.

GUILBERT.—A mí igualmente me parece muy bien.

BUENCO.—Es cuñado de ustedes, y me despido: en su casa no me volverán á ver.

BEAUMARCHAIS.—¡Caballero!

GUILBERT.—¡Buenco!

BUENCO.—Le detesto hasta el día del juicio. ¡Y tengan ustedes mucho cuidado con ese hombre! (Vase.)

GUILBERT.—Es un hipocondríaco, un pájaro de mal agüero: ya se dejará convencer con el tiempo, cuando vea que todo va bien.

BEAUMARCHAIS.—Sin embargo, fué precipitado el devolverle el papel.

GUILBERT.—No importa. ¡Déjate de aprensiones! (Vanse.)

ACTO CUARTO

Casa de Clavijo.

CARLOS.

Cuando un hombre, por sus dilapidaciones ó por otras locuras, da muestras de tener el juicio trastornado, es cosa equitativa nombrarle un tutor. Si esto hace la justicia, que no se inquieta gran cosa por nosotros, ¿cómo no hemos de hacerlo con un amigo? ¡Mal estáis, Clavijo! Sin embargo, aún tengo esperanzas. Aunque sólo conserves la mitad de tu docilidad anterior, todavía estoy á tiempo de evitarte una locura que, dada la vehemencia de tu carácter y de tu sensibilidad, haría la desgracia de tu vida, llevándote antes de tiempo á la fosa. ¡Aquí viene!

Entra CLAVIJO pensativo.

CLAVIJO.—¡Buenos días, Carlos!

CARLOS.—¡Melancólico apretón de manos! ¡Buenos días! ¿Vienes con ese humor de casa de tu novia?

CLAVIJO.—¡Es un ángel! ¡Son excelentes!

CARLOS.—No iréis tan deprisa en lo de la boda, que no haya tiempo para mandarse bordar un traje.

CLAVIJO.—Búrlate cuanto quieras. En nuestra boda no habrá parodias de trajes bordados.

CARLOS.—Eso creo yo muy bien.

CLAVIJO.—El lujo de esta fiesta será la buena armonía y la satisfacción de nosotros mismos.

CARLOS.—¿Haréis el casamiento á cencerros tapados?

CLAVIJO.—Como personas que tienen conciencia de ser el fundamento de su propia dicha.

CARLOS.—Atendidas las circunstancias, está bien.

CLAVIJO.—¡Circunstancias! ¿Qué entiendes tú por las circunstancias?

CARLOS.—Como es la cosa en sí, y á lo que obliga.

CLAVIJO.—Escucha, Carlos: no puedo tolerar, en los amigos, las reticencias. Sé que no estás por este casamiento; si tienes que decir algo contra él; dilo de frente. ¿Qué quieres decir con eso de «como es la cosa en sí y á lo que obliga»?

CARLOS.—En la vida suceden muchas cosas extraordinarias, y peor fuera que todo marchase por sus carriles. No tendría uno de qué maravillarse ni de qué hablar al oído, ni nada que contar en sociedad.

CLAVIJO.—Eso sí, ruido, lo hará.

CARLOS.—¿La boda de Clavijo? ¡Por supuesto! ¡Hay tantas muchachas en Madrid que tienen puestos los ojos en ti, tantas que esperan en ti, y jugarles ahora esta partida!

CLAVIJO.—Pues así es.

CARLOS.—Es singular. He conocido pocos hombres que causen tan grande y general impresión en las mu-

¡eres como tú. En todas las situaciones hay muchachas que echan sus planes y sus miras para atráparte. Una pone en cuenta su belleza, otra su riqueza, su posición, su ingenio, su parentela. ¿Cuántos cumplimientos no me hacen á mí por amor tuyo? Porque, preciso es confesarlo: ni mi nariz chata, ni mi cabeza crespa, ni mi aversión por las mujeres, me los merecen.

CLAVIJO.—¡Te chanceas!

CARLOS.—Si no hubiera tenido en mis manos proposiciones, ofertas, garabatitos escritos por manitas delicadas y tan sin ortografía como es de rigor en el billete amoroso de una joven, aun podría ser. ¡Mas de una guapa dueña ha caído en mis redes con este motivo!

CLAVIJO.—¿Y nada me has dicho de todo eso?

CARLOS.—Porque no quería ocuparte en bagatelas y no podía aconsejarte, por ningún concepto, que te dedicases á una mujer sola. ¡Oh, Clavijo! He tomado tan á pecho tu suerte, como la mía propia. No tengo más amigo que tú, todos los hombres me son insoportables, y tú comienzas también á sérmelo.

CLAVIJO.—Por favor te pido que no te incomodes.

CARLOS.—¡Quémasele á uno su casa, que ha tardado diez años en construir, y le mandan un confesor para recomendarle la paciencia cristiana! ¡No debe uno interesarse más que por uno mismo, no lo merecen los hombres!

CLAVIJO.—¿Vuelves á tus negras manías?

CARLOS.—Y si me vuelvo á ellas, ¿quién tendrá la culpa sino tú? Yo me decía: ¿Qué le importa en la actuali-

dad el casamiento más ventajoso? Si otro cualquiera se contentaría con haber andado tanto camino con sus dones y su talento, él no puede permanecer donde está. Yo hacía mis proyectos. Hay pocos hombres que sean á la vez tan emprendedores y tan prudentes, tan listos y tan aplicados. En todos los puestos está bien; como archivero puede adquirir, en poco tiempo, importantes conocimientos; se hará necesario, y en cuanto haya un cambio, será ministro.

CLAVIJO.—Te confieso que con frecuencia fueron esos también mis sueños.

CARLOS.—¿Sueños? Tan cierto, como subo á lo alto de una torre si me llego á ella con el firme propósito de no dejarla hasta haberlo alcanzado, tan cierto hubieras vencido todas las dificultades. Lo demás, no me daría cuidado. ¿No tienes rentas por tu casa? tanto mejor; esto te haría más afanoso para ganar y más atento para guardar, y el que maneja la hacienda pública y no se hace rico, es un tonto. Después de todo, no veo por qué no ha de deber tantas gabelas el país al ministro como al rey. Éste pone el nombre, y aquél las fuerzas. Después de arreglado todo esto, pensaba en un buen partido para ti. Sé de más de una casa orgullosa que habría cerrado los ojos sobre tu origen; sé de más de una muy opulenta que habría pagado tu gasto, sólo por compartir la gloria del segundo rey... ¡y ahora!

CLAVIJO.—Eres injusto y rebajas demasiado mi situación presente. ¿Crees que no puedo ir más lejos ni dar aún grandes pasos?

CARLOS.—Querido, córtale á una planta la cabeza y echará innumerables renuevos, tal vez se hará una mata espesa; pero la regia esbeltez de su primer brote, pasó para siempre. ¿No te haces cargo que en la corte se verá con frialdad semejante boda? ¿Has olvidado cuántas personas te desaconsejaban estas relaciones, la unión con María? ¿Quiénes fueron los que te dieron la juiciosa idea de dejarla? ¿Necesito contártelos por los dedos?

CLAVIJO.—Ya he pensado, con sentimiento, que este paso o aprobarán pocas personas.

CARLOS.—¡Nadie! ¿Y quieres que no se enojen tus amigos de alta posición al ver que, sin pedirles consejo ni parecer, te has sacrificado, como muchacho irreflexivo que trueca en el mercado su dinero por nueces averiadas?

CLAVIJO.—Carlos: eso es descortés y exagerado.

CARLOS.—No exagero ni una coma. Que por una pasión haga un hombre un desatino, pase; casarse con una camarera que es un ángel de hermosura, ¡bueno! El hombre será censurado, pero la gente le tendrá envidia.

CLAVIJO.—¡La gente! ¡Siempre la gente!

CARLOS.—Ya sabes tú que yo no voy azorado tras de cada uno pidiéndole su aprobación; sin embargo, siempre será verdad aquello de que «el que no hace nada por los otros no hace nada por sí»; y si los hombres no te admiran ó no te envidian, tampoco estás contento.

CLAVIJO.—El mundo juzga por las apariencias. ¡Oh! El que posee el corazón de María es bien digno de envidia.

CARLOS.—Las cosas son lo que parece. Pero realmente yo he pensado que deben estar muy ocultas las cualidades que hacen envidiable tu dicha, pues lo que uno ve con sus ojos y comprende con su inteligencia...

CLAVIJO.—Tú quieres desesperarme.

CARLOS.—¿Como ha pasado eso? preguntarán en la villa. ¿Cómo ha pasado eso? preguntarán en la corte. ¡Por amor de Dios! ¿Cómo ha pasado? Ella es pobre y sin linaje; si Clavijo no hubiese tenido ese capricho, nadie sabría que existía en el mundo. Será bien educada, agradable, inteligente, pero ¿quién elige mujer sólo por esas cualidades, que se quedan en los primeros tiempos del matrimonio? «¡Ah!, dice uno, debe ser guapa, hechicera, una belleza de primer orden.» «Entonces se comprende», dice otro.

CLAVIJO.—(Se turba y suspira.) ¡Ah!

CARLOS.—«¿Guapa?, sale una, ¡pasadera! No la veo hace seis años.» «Pues ya puede haber cambiado algo», dice otro. «Hay que estar con cuidado, porque nos la presentará pronto», añade un tercero. Todos preguntan, acechan, afánanse, esperan impacientes, recuerdan á Clavijo el orgulloso, que nunca se presentaba en público sin una soberbia española de abultado seno, rosadas mejillas y ojos de fuego, que parecía ir preguntando á cuantos la miraban. «¿No soy digna de mi caballero?» Y soltaba al viento, muy ufana, toda la cola de su vestido de seda, para hacer más vistosa y solemne su aparición. Ahora, aparece el caballero, y todo el mundo se queda sin saber qué decir. Preséntase con su francesa,

pequeña, de pasitos cortos, ojos hundidos y mostrando la consumpción en todos sus poros, á pesar de haber cubierto su color de muerte con blanquete y carmín. ¡Oh hermano! yo me desesperaré y echaré á correr cuando las gentes traten de cogerme y me pregunten, quieran investigar y no alcancen á comprender.

CLAVIJO (cogiéndole la mano).—¡Amigo, hermano! ¡Estoy en una situación tremenda! Te digo y te aseguro que me asusté al ver á María. ¡Que desfigurada está, que pálida, que destruída! ¡Oh! ¡Yo tengo la culpa! ¡Mi traición!

CARLOS.—¡Bobadas! ¡Manías! Ya estaba tísica cuando tu novela seguía su curso: te lo dije cien veces y... pero los enamorados no tenéis ojos ni narices. Clavijo; es horroroso olvidar de esta manera todo, todo. Una mujer enferma que traerá la peste á tu descendencia, de suerte que todos tus hijos y nietos, en llegando á cierta edad, se apagarán como lamparilla de mendigo.. Un hombre que podría ser tronco de una familia que quizá en lo porvenir... ¡me vuelvo loco, se me va la cabeza!

CLAVIJO.—¡Carlos! ¿Qué quieres que te diga? Al verla á ver, en el primer impulso, mi corazón se fué tras ella; pero ¡ay! después... ¡compasión, lástima profunda sólo sentí!... ¡Amor!... Mira; fué como si en la plenitud de la alegría, me hubiese pasado por la nuca la mano fría de la muerte. Hice esfuerzos para estar alegre y fingirme el dichoso delante de aquellas personas que me rodeaban. Pero no había tal; todo era forzado

y penoso. Si hubieran estado menos preocupados, lo habrían conocido.

CARLOS.—¡Demonios! ¡Infierno! ¡Muerte! ¿Y te quieres casar? (Clavijo se queda pensativo sin responder.) Estás muerto; estás perdido para siempre. ¡Adios, hermano! Déjame olvidarlo todo y consumir mi vida solitaria, después de la fatalidad de tu ceguera. ¡Ah! ¡Está bueno eso! Hacerte despreciable á los ojos de todo el mundo, sin que lo disculpe siquiera la satisfacción de una pasión, de un deseo! ¡Adquirir por gusto una enfermedad que, arruinando tus fuerzas vitales, te hará repugnante á los ojos de los hombres!

CLAVIJO.—¡Carlos! ¡Carlos!

CARLOS.—¡Cuánto mejor hubiera sido que no te levantasés nunca para no caer! ¿Con qué ojos verá esto el mundo? «Fué el hermano, dirán: no debe ser mal mozo, cuando le ha puesto las peras á cuarto. Clavijo no se atrevió á hacerle frente.» No dejarán de decir nuestros cortesanos, malas lenguas: «Bien se conoce que no es un caballero.» Y algún majadero, que tal vez no sería digno de ser tu lacayo, exclamará, echándose el sombrero sobre las cejas y dándose golpecitos en el vientre: «¡Ya podían venir francesitos á mí!»

CLAVIJO.—(Vertiende un torrente de lágrimas y con todas las señales de la más fuerte consternación, se echa al cuello de Carlos.) ¡Sálvame, amigo querido, sálvame! ¡Sálvame de un doble perjurio, de una vergüenza insoportable, sálvame de mí mismo! ¡Yo me muero!

CARLOS.—¡Pobre desdichado! Yo esperaba que ha-

brian pasado ya estas explosiones juveniles, estas lágrimas tormentosas, estos dolores mortales; esperaba que no te vería ya en las congojas lamentables que en otro tiempo tan amenudo descargabas en lágrimas sobre mi pecho. ¡Anímate! Clavijo, muestra que eres un hombre.

CLAVIJO.—Déjame llorar. (Se arroja en una silla.)

CARLOS.—¡Desdichado de ti, que has emprendido un camino que no terminarás! ¡Quieres aunar, con tu corazón y tus sentimientos, que harían la felicidad de un pacífico burgués, la malhadada afición á la grandeza! ¿Y qué es la grandeza, Clavijo? ¿Elevarse en consideración y en rango sobre los demás? ¡No lo creas! Si tu corazón no es más grande que el de los otros; si no te hallas en disposición de desprenderte, con toda tranquilidad, de trabas que sujetarían á un hombre vulgar, no serás, con todas tus cruces y tus estrellas, con la corona misma, sino un hombre vulgar. ¡Sosiégate! ¡Tranquilízate! (Clavijo se levanta, mira á Carlos y le coge la mano, que Carlos estrecha con fuerza.) ¡A ello, á ello! amigo mío, y decídeté. Mira, voy á prescindir de todo y decir: en los dos platillos de la balanza hay dos proposiciones. O te casas con María y te contentas con la vida tranquila del burgués, y sus pacíficas alegrías caseras, ó sigues tu carrera hacia la meta cercana, por el camino de la gloria. Yo prescindo de todo y contengo mi lengua. La balanza está en equilibrio. Tú decide de cuál de los lados se ha de inclinar. Sea lo que fuere, decídeté. No hay nada en el mundo más lastimoso que un hombre inde-

ciso, que vacila entre dos sentimientos, queriendo conciliar los dos, sin comprender que nada puede conciliarlos, cuando precisamente la duda y la intranquilidad le afligen. Vamos; da tu mano á María; pórtate como hombre honrado, que sacrifica la felicidad de su vida á su palabra; que estima de su deber reparar el mal que ha causado; que por consecuencia, tampoco ha ensanchado el círculo de sus aspiraciones y de su actividad más allá del punto marcado, para poder reparar el mal que ha hecho. De esta manera gozarás la dicha de una medianía tranquila, la satisfacción de una conciencia escrupulosa, y toda la bienaventuranza concedida á aquellos hombres que son capaces de crear su propia dicha y hacer la alegría de los suyos. Decídete, y confesaré que eres un buen muchacho.

CLAVIJO.—¡Una chispa, Carlos, de tu energía, de tu valor!

CARLOS.—Esa chispa duerme en ti; yo soplaré hasta que se haga llama. Por otra parte, mira la felicidad y la grandeza que te aguardan. No quiero pintarte este cuadro con colores deslumbrantes y poéticos. Tú mismo te lo has de representar con toda la viveza que tu alma lo veía, antes que el fogoso francés viniese á trastornarte el sentido. Mas para esto, Clavijo, también tienes que ser hombre resuelto é ir por tu camino, sin mirar á derecha ni á izquierda. ¡Ojalá se ensanche tu alma para que comprendas esta gran verdad!. Los hombres extraordinarios, son precisamente extraordinarios porque sus deberes se separan de los deberes del común

de los hombres. Aquel cuya obra es abarcar un gran conjunto, gobernarlo y sostenerlo, no tiene por qué reprocharse el desatender intereses de menor importancia, el haber sacrificado pequeñeces por el bien general. Si esto hacen el Creador en la Naturaleza y el rey en sus Estados, ¿por qué no lo hemos de hacer nosotros á semejanza de ellos?

CLAVIJO.—¡Carlos! ¡Soy pequeño!

CARLOS.—No somos pequeños cuando las circunstancias nos apremian; lo somos cuando nos dominan. Otro esfuerzo más y vuelves á ser lo que has sido. Arroja lejos de ti los restos de esa pasión lastimosa que te viste tan mal en los presentes tiempos, como la chaquetilla gris y el aspecto modesto con que llegaste á Madrid. Lo que esa muchacha hizo por ti, se lo has recompensado con largueza. Y en cuanto al buen acogimiento que tuvo la suerte de ser la primera en darte, ¡oh! cualquiera otra hubiera hecho lo mismo ó más, sin tan elevadas pretensiones, sólo por tener el placer de tratarte. ¿Te se ocurriría dar á tu maestro de escuela la mitad de tus rentas, porque hace treinta años que te enseñó el A B C? ¡Vamos, Clavijo!

CLAVIJO.—Todo eso está bien; en conjunto, puedes tener razón; será así; pero ¿cómo vamos á salir del laberinto en que estamos metidos? Primeramente discurre, busca un remedio, y después hablaremos.

CARLOS.—Bueno. ¿Lo quieres así?

CLAVIJO.—Dame tú el que pueda, y querré. Yo no reflexiono; hazlo por mí.

CARLOS.—Entonces, bueno. Primeramente vas á citar á ese señor á un sitio á propósito, para exigirle, con la espada en la mano, que te devuelva la declaración que has escrito, forzado y sin reflexionar.

CLAVIJO.—Ya la tengo: la rompió él y me la dió.

CARLOS.—¡Magnífico! ¡Excelente! El primer paso está dado; ¡y me has dejado hablar tanto tiempo! Entonces será la cosa más breve. Vas á escribir, con la mayor tranquilidad, «que no tienes por conveniente casarte con su hermana, y que sabrá los motivos que á ello te mueven si esta noche, acompañado de un amigo y provisto de las armas que guste, viene á encontrarte en tal ó cual lugar.» Y con esto firmas. Anda, Clavijo; escribe eso. Yo soy tu segundo, y como el diablo no se mezcla... (Clavijo se dirige á la mesa.) ¡Escucha una palabra! Bien pensado, esto es una tontería. ¿Quién nos manda meternos con un aventurero irritado? Ni la conducta de este hombre, ni su posición, merecen que lo tengamos por nuestro igual. Por lo tanto, ¡oye! ¡Si yo diese parte de él á la justicia, diciendo que vino á Madrid en secreto y se hizo anunciar en tu casa con nombre supuesto, acompañado de un cómplice, y primero se ganó tu confianza con frases amistosas, y luego, cuando menos lo esperabas, te sorprendió exigiéndote esa declaración y marchándose en seguida para publicarla? Así se le cortan las alas y aprenderá lo que cuesta venir á turbar la paz de un ciudadano español.

CLAVIJO.—Tienes razón.

CARLOS.—¿Y si en el ínterin, mientras el proceso no

se entabla, pues el hombre puede hacernos toda suerte de jugarretas, fuésemos á lo seguro y nos apoderásemos de él?

CLAVIJO.—Entiendo y te conozco: eres hombres para eso.

CARLOS.—¡Estaría bien que yo, que pasaba de los veinticinco años y estaba presente, cuando el primero entre los hombres tuvo trasudores en el rostro, no pudiese llevar á término semejante broma! Es decir, que tú me dejas las manos libres; tú no tienes nada que hacer ni nada que escribir. El que hace encerrar al hermano, bien da á entender, por modo indirecto, que para nada quiere á la hermana.

CLAVIJO.—No, Carlos. Sea como quiera, yo eso no puedo tolerarlo, ni lo toleraré. Beaumarchais es persona digna, y no es cosa que por causa tan justa vaya á consumirse en vergonzosa prisión. ¡Busca otra idea, Carlos, otra idea!

CARLOS.—¡Bah! ¡bah! niñerías, No lo vamos á comer. Lo guardaremos bien, se le cuidará y no será tal vez por mucho tiempo. Porque, mira, cuando él olfatee que va de veras, con toda seguridad se le bajarán los humos, volveráse desconcertado á Francia y dará finas gracias si le señalan á su hermana una pensioncita anual, que probablemente será lo que única y exclusivamente se buscaba.

CLAVIJO.—Sea, pues, pero que se le trate bien.

CARLOS.—No tengas cuidado. Otra precaución hay que tomar. No sabemos si habrá quien charle, si ten-

drá él vientos de la cosa, si te se adelantará y quedará todo perdido. Por lo tanto, sal de tu casa sin que los criados sepan dónde vas. Haz sólo un paquete con lo necesario; yo te enviaré un mozo que cargue con ello y te acompañe á sitio donde no te encuentre ni la misma Santa Hermandad. Siempre tengo abiertas un par de madrigueras de ese género. ¡Adiós!

CLAVIJO.—¡Adiós!

CARLOS.—¡Aprisa, aprisa! Cuando la cosa haya pasado, hermano, razón será de recrearnos. (Vase.)

Casa de Guilbert.

SOFÍA. MARÍA trabajando.

MARIA.—¿Conque Buenco se marchó tan furioso?

SOFIA.—Era muy natural. Te ama; ¿cómo había de soportar la vista del hombre dos veces odioso para él?

MARIA.—Es lo más honrado y lo más bueno que he conocido. (Mostrando su labor.) Me parece que puedo hacerlo así. Aquí lo recojo y pongo encima el remate ¿Estará bien?

SOFIA.—Muy bien. Y yo voy á poner cintas paja á mi tocado. Es lo que me sienta mejor. ¿Te ríes?

MARIA.—Me río de mí misma. Las muchachas somos muy particulares. Apenas levantamos un poco la cabeza, al momento nos ocupamos de adornos y de cintas.

SOFIA.—Eso no puedes echártelo en cara; desde el

momento en que te dejó Clavijo, no tuviste gusto para nada. (Maria se estremece y mira á la puerta.) ¿Qué tienes?

MARIA.—(Quejándose.) Creía que venía alguien ¡Mi pobre corazón! ¡Oh, me matará! Toca; mira cómo late por este miedo inmotivado.

SOFIA.—¡Tranquilízate, por Dios, vida mía! ¡Estás pálida!

MARIA.—(Llevándose la mano al pecho.) Tengo aquí un peso y unas punzadas; ¡esto me matará!

SOFIA.—Cuidate.

MARIA.—Soy una loca y una desdichada. El dolor y la alegría han minado, con toda su violencia, mi pobre vida. Te digo que sólo es media alegría la de haberle recobrado. Poco gozaré de la dicha que me espera en sus brazos; quizás nada absolutamente.

SOFIA.—Hermana, mi sola querida; te consumes con tus aprensiones.

MARIA.—¿Por qué me he de engañar?

SOFIA.—Eres joven y feliz, y puedes esperarlo todo.

MARIA.—¡Esperanza! ¡Oh, ese dulce, único bálsamo de la vida deleitó mi alma muchas veces! Los sueños alegres de la juventud ofréncenseme acompañando la figura querida del hombre incomparable que hoy vuelve á mí. ¡Oh, Sofia! ¡Qué hechicero es! Desde que no le veo se ha... no sé cómo expresarlo. Todas las grandes cualidades que en otro tiempo ocultaba su modestia, se han desplegado. Se ha hecho un hombre, y este puro sentimiento de sí mismo con que se presenta, tan sin orgullo y sin vanidad, debe conquistarle todos los cora-

zones... ¿Y había de ser mío? No, hermana; yo no era digna de él. ¡Y ahora lo soy mucho menos!

SOFIA.—Tú acéptalo y sé feliz. Oigo á nuestro hermano que viene.

BEAUMARCHAIS entra.

BEAUMARCHAIS.—¿Dónde está Guilbert?

SOFIA.—Salió hace rato; ya no puede estar fuera mucho tiempo.

MARIA.—¿Qué tienes, hermano? (De un salto se pone en pie y le echa los brazos al cuello.) Hermano querido, ¿qué tienes?

BEAUMARCHAIS.—Nada; ¡dejame, María mía!

MARIA.—Si soy tu María, dime qué peso tienes sobre el corazón.

SOFIA.—Déjale. Los hombres suelen estar serios, sin tener precisamente nada que les pese sobre el corazón.

MARIA.—No, no. Hace poco tiempo que conozco tu cara, pero ya me revela cada uno de tus sentimientos. Leo en tu frente todo lo que pasa en tu alma franca y recta. Tienes algo que te ha sorprendido. Habla, ¿qué es ello?

BEAUMARCHAIS.—No es nada, vida mía. Espero que en el fondo no será nada. Clavijo....

MARIA.—¿Cómo?

BEAUMARCHAIS.—He ido á ver á Clavijo, y no está en casa.

SOFIA.—¿Y eso te trastorna?

BEAUMARCHAIS.—Su portero dice que salió de viaje, y no sabe adónde. Ninguno sabe por cuánto tiempo. ¡Si se negara!... ¡Si realmente estuviera de viaje!... Pero, ¿por que? ¿Con qué intento?

MARIA.—Le esperaremos.

BEAUMARCHAIS.—Tu lengua miente. ¡Ah! La palidez de tus mejillas, el temblor de tus miembros, todo habla y demuestra que no lo esperas, ¡hermana querida! (La coge en sus brazos.) Por este corazón palpitante, angustiado y conmovido, te juro... ¡Óyeme, Dios, que eres justo! ¡Oídme, todos sus santos! Serás vengada. Si él— pierdo el sentido sólo con pensarlo—, si él se volviese atrás; si se hiciese reo de doble, infame perjurio; si se mofase de nuestra desventura... ¡No; no es posible! ¡No es posible! ¡Serás vengada!

SOFIA.—Todo eso es prematuro y anticipado. ¡Por Dios, hermano! ten consideración con ella. (Maria se sienta.) ¿Qué tienes? ¿Estás desfallecida?

MARIA.—No, no; te asustas en seguida.

SOFIA (va á buscar agua.)—Toma el vaso.

MARIA.—Deja, ¿para qué?... Vaya, dámela.

BEAUMARCHAIS.—¿Dónde está Guilbert? ¿Dónde está Buenco? Haz el favor de enviarlos á buscar. (Sale Sofia.) ¿Cómo estás?

MARIA.—Bien, muy bien. ¿Tú piensas entonces, hermano?...

BEAUMARCHAIS.—¿Qué, querida?

MARIA.—¡Ah!

BEAUMARCHAIS.—Respiras con dificultad.

MARIA.—Este latir desbordado de mi corazón me quita el aire.

BEAUMARCHAIS.—¿No tenéis ningún remedio? ¿No usas calmantes?

MARIA.—Sólo sé un remedio, y hace mucho tiempo se lo pido á Dios.

BEAUMARCHAIS.—Espero que lo tendrás de mi mano.

MARIA.—¡Bueno!

Entra SOFÍA.

SOFIA.—Acaba de llegar un correo con esta carta; viene de Aranjuez.

BEAUMARCHAIS.—Es el sello y la letra de nuestro embajador.

SOFIA.—Le dije al hombre que subiera para tomar algún refrigerio, y no quiso, porque traía otros despachos.

MARIA.—Querida; ¿Quieres enviar á la criada por el médico?

SOFIA.—¿Te pasa algo? ¡Dios santo! ¿Qué te pasa?

MARIA.—Me fatigas tanto, que vas á conseguir que ni por precaución te pida un vaso de agua. ¡Sofía! ¡Hermano! ¿Qué dice esa carta? ¡Mira cómo tiembla, cómo se descomponel

SOFIA.—¡Hermano! ¡Hermano mío! (Beaumarchais se arroja, sin hablar, sobre una silla y deja caer la carta.) ¡Hermano mío! (Recoge la carta y lee.)

MARIA.—Déjame que la vea; lo necesito. (Quiere levantarse.) ¡Ay de mí!... ¡Lo sentía!... ¡Es el último!... ¡Her-

mana, por compasión, el golpe de muerte!... ¡Nos vende!

BEAUMARCHAIS.—(Levantándose.) ¡Nos vende! (Golpeándose en la frente y en el pecho.) ¡Aquí y aquí! ¡Todo está tan negro, tan muerto en mi alma, como si el rayo hubiera paralizado mis sentidos! ¡María, María, te han vendido! ¡Y estoy aquí!... ¿Dónde? ¿Para qué?... No veo nada, nada; ni camino, ni salvación! (Se deja caer en la silla.)

GUILBERT entra.

SOFIA.—¡Guilbert! Aconséjanos!... ¡Ayúdanos!... ¡Estamos perdidos!

GUILBERT.—¡Mujer!

SOFIA.—¡Lee, lee! El embajador dice á nuestro hermano que Clavijo ha dado parte de él, acusándole de haberse introducido en su casa con nombre supuesto; de haberle amenazado en la cama con las pistolas, de haberle forzado á firmar una declaración. Dícele que, si no se aleja pronto del reino, lo meterá en una prisión, de donde tal vez ni el mismo embajador lo podrá sacar.

BEAUMARCHAIS (irguiéndose furioso).—¡Sí! Me llevarán, me llevarán; pero será arrancándome de junto á su cáver, del sitio donde me haya saciado en su sangre. La sed más horrible y más espantosa de esa sangre me domina por completo. ¡Gracias te sean dadas, Dios del cielo, que así envías alivio y desahogo á los hombres, en medio de los dolores más insoportables y abrasadores! ¡Cómo siento la sed de venganza! ¡De qué ma-

nera este sentimiento delicioso, esta gana de su sangre me saca de mi embotamiento y de mi indecisión estúpida! El apetito de su sangre me hace superior á mí mismo. ¡Venganza! ¡Qué placer experimento! ¡Todo me impulsa á buscarlo, á apoderarme de él y deshacerlo!

SOFIA.—¡Hermano, estás terrible!

BEAUMARCHAIS.—¡Tanto mejor! ¡Ah! No quiero espada ni arma alguna. Lo he de ahogar con estas manos, para que sea mío el gusto y mío por completo el sentimiento de haber acabado con él.

MARIA.—¡Mi corazón! ¡Mi corazón!

BEAUMARCHAIS.—No he podido salvarte, pero te vengaré. Olfateo su rastro; mis dientes apetece su carne, mi paladar su sangre. ¿Me he vuelto fiera? En cada vena me arde, en cada nervio me vibra el ansia de ir en su busca. Odiaría eternamente al que me lo emponzoñase con veneno, al que me lo quitase de en medio asesinandolo. ¡Oh! Ayúdame á buscarlo, Guilbert. ¿Dónde está Buenco? ¡Ayúdame á encontrarlo!

GUILBERT.—¡Sálvate, sálvate! No estás en ti.

MARIA.—¡Huye, hermano mío!

SOFIA.—Llévalo fuera; está matando á mi hermana.

Llega BUENCO.

BUENCO.—¡Váyase V., caballero! Bien lo había yo previsto; bien les puse sobre aviso de todo. Ahora buscan á V., y es perdido si no sale de la ciudad en este momento.

BEAUMARCHAIS.—¡Jamás! ¿Dónde está Clavijo?

BUENCO.—No lo sé.

BEAUMARCHAIS.—¡Lo sabes! De rodillas te pido que me lo digas.

SOFIA.—¡Por amor de Dios, Buenco!

MARIA.—¡Ah! ¡Aire! Aire! (Cae hacia atrás.) ¡Clavijo!

BUENCO.—¡Socorro! ¡Se muere!

SOFIA.—¡No nos abandones, Dios del cielo! ¡Vete, hermano mío, vete!

BEAUMARCHAIS.—(Se arrodilla de lante de María, que á pesar de todos los cuidados no vuelve en sí.) ¡Dejarte! ¡Dejarte!

SOFIA.—Pues quédate y piérdenos á todos como has muerto á María. Perciste, ¡oh, hermana mía, por la inconsideración de tu hermano!

BEAUMARCHAIS.—¡Hermana, no sigas!

SOFIA (con burla).—¡Salvador, vengador! ¡Ayúdame á ti mismo!

BEAUMARCHAIS.—¿Merezco eso yo?

SOFIA.—Devuélvemela y después vete á la cárcel, á la hoguera del martirio, derrama tu sangre, pero devuélvemela.

BEAUMARCHAIS.—¡Sofía!

SOFIA.—¡Ah, no existe; está muerta! ¡Pero... consérvate para nosotros! (Se echa en sus brazos.) ¡Hermano mío, consérvate para nosotros, para nuestro padre! ¡Apresúrate! ¡Apresúrate! Era su destino y lo cumplió. Un Dios hay en el cielo; ¡déjale á Él la venganza!

BUENCO.—¡Vamos, vamos! Venga V. conmigo, yo le ocultaré hasta que le procuremos el medio de salir del reino.

BEAUMARCHAIS (se echa sobre el cuerpo de María y la besa).—¡Hermana! (Lo separan y coge á Sofía, que se desprende; llévanse á María, y Buenco se va con Beaumarchais.)

GUILBERT y un médico.

SOFÍA (saliendo del cuarto donde han llevado á María).—
¡Es demasiado tarde, ya no existe; ha muerto!

GUILBERT.—¡Venga usted, caballero, vea usted mismo; esto no es posible!

ACTO QUINTO

Calle donde está la casa de Guilbert. Es de noche.

La casa está abierta. Tres hombres con ropones negros y hachas encendidas están delante de la puerta. Llega CLAVIJO embozado en su capa y con la espada debajo del brazo; un criado le precede con una luz.

CLAVIJO.—Te había dicho que evitaras esta calle.

CRIADO.—Habríamos tenido que dar un rodeo demasiado grande, y vuestra merced da tanta prisa... No está lejos de aquí el sitio donde espera D. Carlos.

CLAVIJO.—¿Y aquellos hachones?

CRIADO.—Un entierro. Venga vuestra merced, señor.

CLAVIJO.—¡En la casa de María! ¡Un entierro! ¡Mortal escalofrío recorre mis miembros! Vé y pregunta quién se ha muerto.

CRIADO (se acerca á los hombres).—¿A quién van á enterrar?

LOS HOMBRES.—A María Beaumarchais.

CLAVIJO.—(Se sienta en una piedra y se tapa la cara con el embozo.)

CRIADO (de vuelta).—Van á enterrar á María Beaumarchais.

BEAUMARCHAIS (se echa sobre el cuerpo de María y la besa).—¡Hermana! (Lo separan y coge á Sofía, que se desprende; llévanse á María, y Buenco se va con Beaumarchais.)

GUILBERT y un médico.

SOFÍA (saliendo del cuarto donde han llevado á María).—
¡Es demasiado tarde, ya no existe; ha muerto!

GUILBERT.—¡Venga usted, caballero, vea usted mismo; esto no es posible!

ACTO QUINTO

Calle donde está la casa de Guilbert. Es de noche.

La casa está abierta. Tres hombres con ropones negros y hachas encendidas están delante de la puerta. Llega CLAVIJO embozado en su capa y con la espada debajo del brazo; un criado le precede con una luz.

CLAVIJO.—Te había dicho que evitaras esta calle.

CRIADO.—Habríamos tenido que dar un rodeo demasiado grande, y vuestra merced da tanta prisa... No está lejos de aquí el sitio donde espera D. Carlos.

CLAVIJO.—¿Y aquellos hachones?

CRIADO.—Un entierro. Venga vuestra merced, señor.

CLAVIJO.—¡En la casa de María! ¡Un entierro! ¡Mortal escalofrío recorre mis miembros! Vé y pregunta quién se ha muerto.

CRIADO (se acerca á los hombres).—¿A quién van á enterrar?

LOS HOMBRES.—A María Beaumarchais.

CLAVIJO.—(Se sienta en una piedra y se tapa la cara con el embozo.)

CRIADO (de vuelta).—Van á enterrar á María Beaumarchais.

CLAVIJO (levantándose de un salto).—¿Te atreverías, traidor, á repetir esa palabra pavorosa, que me ha estremecido hasta la médula de los huesos?

CRIADO.—¡Silencio, Señor! Venga vuestra merced conmigo; piense el peligro en que está.

CLAVIJO.—Vete al infierno; yo me quedo.

CRIADO.—¡Oh, D. Carlos! ¡Con tal que te encuentre! Ha perdido el juicio. (Vase.)

CLAVIJO separado de los hombres del entierro.

CLAVIJO.—¡Muerta! ¡Muerta María, y aquellas luces son de su cortejo fúnebre! Esto es un efecto de magia; nocturna visión que me asusta, presentándose un espejo, en el cual, á manera de castigo, puedo preveer el fin de mis traiciones. ¡Todavía es tiempo! ¡Todavía mi corazón tiembla y se ablanda! ¡No, no! ¡Tú no debes morir! ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! ¡Desapareced, fantasmas de la noche, que para sobresaltarme y angustiarme, os ponéis en mi camino! (Va hacia ellos). ¡Huid!... ¡No se van!... ¡Me miran!... ¡Ay de mí!... Son hombres como yo... ¡Esto es verdad!... ¿Verdad?... ¿Puedes comprenderlo?... ¡Muerta!... Esta idea, «está muerta», me oprime con todos los terrores de la noche... ¡Ahí tienes la flor troncada á tus pies!... ¡Dios del Cielo, ten piedad de mí!... ¡Yono la he muerto!... Estrellas, que tantas veces visteis al criminal, lleno de dicha, dejar estos umbrales, y con instrumentos de cuerda, y canto, en esta misma calle esplayar sus dorados sueños, inflamando á su amada que en espera deliciosa, tras discreta celosía le aguardaba,

ocultaos, no miréis aquí. ¡Ahora llenas la casa con gemidos y dolores, y con cantos mortuorios este teatro de tu dicha! ¡María! ¡María! Llévame contigo. Llévame contigo (óyense sonidos musicales tristes dentro de la casa). Van á emprender el camino del cementerio. ¡Deteneos! No cerréis el ataúd; dejadme verla por última vez (corre á la casa). ¡Ah! ¿A quién osaré presentarme? ¿A quién voy á mostrarme en estos terribles momentos de dolor? ¿A sus amigos? ¿A su hermano, lleno de furia y de pena? (Vuelve á comenzar la música.) ¡Me llama! ¡Me llama!... ¡Ya voy!... ¡Qué angustia me oprime!... ¡Qué temblor me sujeta!

(La música principia por tercera vez, y continúa. Los de los hachones se separan de la puerta; otros tres se reúnen á ellos y se ponen en dos filas para dejar pasar el entierro, que sale de la casa. Seis hombres llevan las andas donde reposa el féretro cubierto.

GUILBERT. BUENCO de luto riguroso.

CLAVIJO (adelantándose).—¡Deteneos!

GUILBERT.—¡Qué voz!

CLAVIJO.—¡Deteneos! (Páranse los portadores.)

BUENCO.—¿Quién se atreve á estorbar el paso del cortejo fúnebre?

CLAVIJO.—¡Bajad la caja!

GUILBERT.—¡Ah!

BUENCO.—¡Miserable! ¿No han de tener término tus infamias? ¿No está tu víctima segura de ti ni en el féretro?

CLAVIJO.—Déjame, no me irrites; ¡los desgraciados

son peligrosos! ¡Necesito verla! (Separa la cubierta; Maria yace en la caja vestida de blanco, con las manos cruzadas; Clavijo retrocede y se cubre el rostro con las manos.)

BUENCO.—¿Quieres despertarla para volverla á matar?

CLAVIJO.—¡Pobre blasfemo!... María... (Cae arrodillado delante del ataúd.)

BEAUMARCHAIS aparece.

BEAUMARCHAIS.—Buenco me ha dejado solo. Dícenme que no está muerta. He de verla, ¡pese al diablo! He de verla. ¿Blandones? ¡Un entierro! (Ve la caja y cae sobre ella sin habla; levántalo como desmayado.)

CLAVIJO (del otro lado de la caja, se levanta).—¡María! ¡María!

BEAUMARCHAIS (escuchando).—¿Quién llama á María? ¿Por qué el metal de esa voz ha hecho correr por mis venas llamaradas de ira?

CLAVIJO.—¡Soy yo!

BEAUMARCHAIS.—(Furioso empuña la espada; Guibert lo contiene.)

CLAVIJO.—¡No temo tus ojos encendidos, ni la punta de tu espada! Mira estos ojos cerrados, estas manos cruzadas.

BEAUMARCHAIS.—¿Y eres tú quien me las muestras? (Se desprende, lánzase sobre Clavijo, lo reta, riñen y le atraviesa el pecho.)

CLAVIJO.—Gracias te doy, hermano: tú nos desposas. (Cae sobre el ataúd.)

BEAUMARCHAIS (rechazándolo).—Apártate de esta santa, réprobo.

CLAVIJO.—¡Ay de mí! (Los portadores lo sostienen.)

BEAUMARCHAIS.—¡Sangre! ¡Abre los ojos, María, mira este adorno de novia, y después ciérralos para siempre! Mira cómo he consagrado, con la sangre de tu asesino, el lugar de tu descanso. ¡Hermoso! ¡Magnífico!

Viene SOFÍA.

SOFIA.—¡Hermano! ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

BEAUMARCHAIS.—Acércate, querida, y mira. Esperaba esparcir rosas sobre su lecho de desposada; mira las rosas con que le he adornado el camino del cielo.

SOFIA.—¡Estamos perdidos!

CLAVIJO.—¡Sálvate, insensato! ¡Sálvate antes que rompa el día! Dios, que te ha enviado como vengador, que te acompañe. ¡Sofía, perdóname! ¡Hermano, amigo, perdónadme!

BEAUMARCHAIS.—Su sangre, al correr, apaga todas las iras encendidas en mi corazón. Con su vida, que se acaba, se deshace todo mi furor. (Yendo hacia él.) Muere; yo te perdono.

CLAVIJO.—¡Tu mano... y la tuya, Sofía!... ¡Y la de usted! (Buenco se estremece.)

SOFIA.—Désela usted, Buenco.

CLAVIJO.—Te doy gracias; eres la misma de antes. Os doy gracias. ¡Y si todavía te ciernes sobre este lugar, alma de mí amada, dirige una mirada hacia abajo, mira este bien celestial, dale tu bendición y perdóname

también!... ¡Ya voy!... ¡Ya voy á tí!... ¡Sálvate, hermano mío!... Decidme: ¿me ha perdonado? ¿Cómo murió?

SOFIA.—Su última palabra ha sido tu desventurado nombre: se nos fué sin despedirse de nosotros.

CLAVIJO.—Yo la sigo, y le llevaré vuestra despedida.

CARLOS. UN CRIADO.

CARLOS.—¡Clavijo! ¡Asesinos!

CLAVIJO.—¡Óyeme, Carlos! Aquí estás viendo las víctimas de tu sagacidad... Y ahora, por la sangre que incesantemente corre llevándose mi vida, ¡salva á mi hermano!

CARLOS.—¡Amigo mío!... ¿Estáis ahí parados?... Id corriendo en busca de médicos. (El criado se va.)

CLAVIJO.—¡Es inútil!... ¡Salva, salva á mi desdichado hermano!... Ahora, tu mano. Ellos me han perdonado, y yo también te perdono. Le acompañarás hasta la frontera, y después... ¡Ah!...

CARLOS (golpea el suelo con el pie).—¡Clavijo! ¡Clavijo!

CLAVIJO.—(Acercándose al ataúd y apoyándose en él.) ¡María! ¡Tu mano! (Suelta las manos de María y coge la derecha.)

SOFIA.—(A Beaumarchais.)—¡Aléjate, desgraciado, aléjate!

CLAVIJO.—Tengo su mano... Su fría mano de muerta... ¡Eres mía!... Y ahora, el beso de desposado... ¡Ah!...

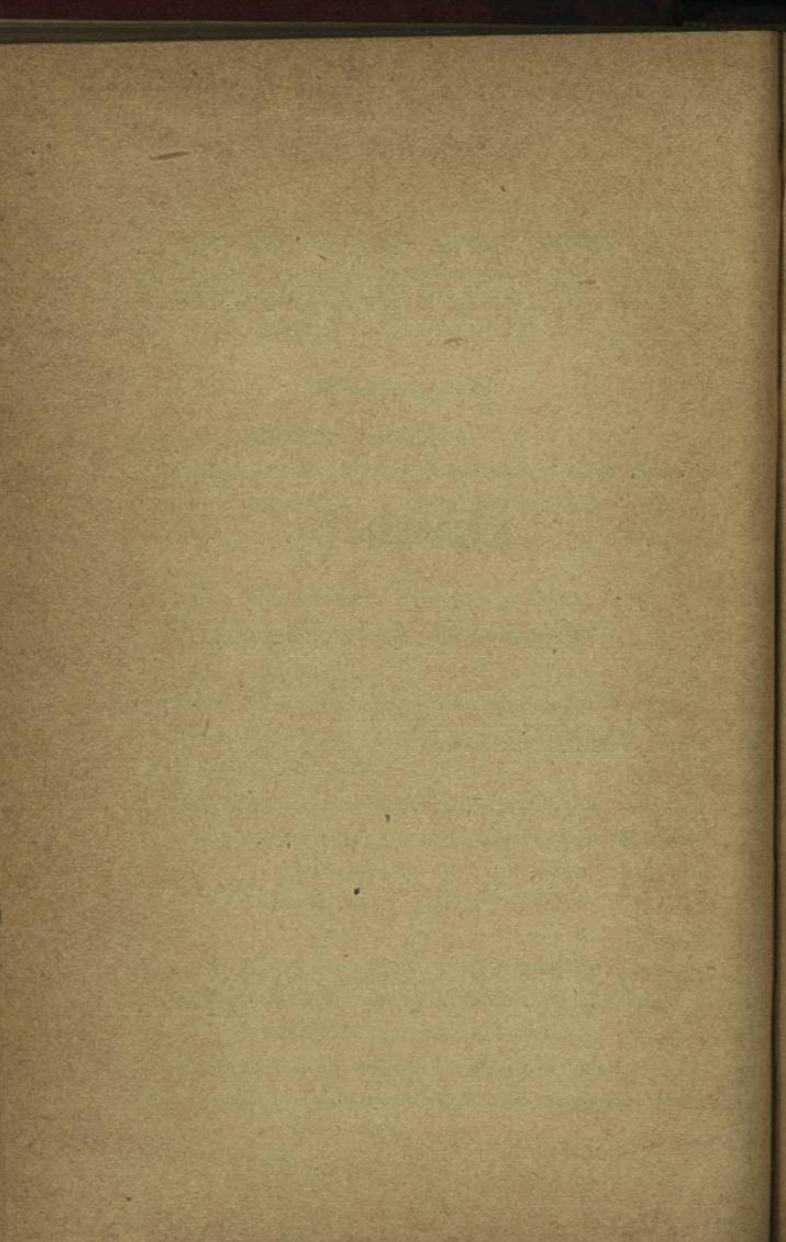
SOFIA.—¡Se muere!... ¡Sálvate, hermano!

BEAUMARCHAIS.—(Se echa en los brazos de Sofía.)

SOFIA.—(Lo abraza, haciendo al mismo tiempo el movimiento de alejarlo.)

EGMONT

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS



INTRODUCCIÓN

No es obra salida de una vez, ni de una pieza, esta tragedia. Fruto es de muchos esfuerzos, de labor pensada, variada y reformada, emprendida y dejada muchas veces en un período de doce años; discutida en todas sus fases, desde simple asunto dramático, hasta obra terminada, representada é impresa.

A raíz del éxito brillante de *Goetz*, buscó Goethe, según él mismo refiere, un personaje á propósito para otro drama, y húbose de fijar en Egmont, ayudado tal vez por el empeño y las persuasiones de su padre, y desde luego en Francfort debió darle alguna forma y dejar indicados los puntos salientes, puesto que, recién llegado á Weimar en Febrero de 1776, se compara él mismo con Margarita de Parma, que preveía muchas cosas sin poderlas cambiar, y muchos años después hace referencia á escenas populares escritas en 1775 y muy semejantes á ciertos acontecimientos que pasaban en Bruselas por entonces. Sábese, por cartas suyas á la baronesa de Stein, que en 1778 escribió escenas nuevas y contaba con poder dar la obra al público al siguiente año. Cua-

tro más tarde, tienen los amigos la obra por terminada; pero él confiesa que va este trabajo mucho más despacio de lo que había pensado, y es obra tan especial, que si tuviese que volver á escribirla, lo haría de manera distinta, ó quizás no la escribiría. Enójase con el cuarto acto (el de Alba), que aborrece y quiere escribir de nuevo, y por entonces no le da cima. Llega la época de su viaje á Italia, y este manuscrito le acompaña, como otros muchos, y á él dedica todo el verano de 1787. El 30 de Julio da por terminado, ó poco menos, el cuarto acto. El 11 de Agosto está casi hecho el final, y el 5 de Septiembre queda por fin la pieza concluida, con su título puesto y la lista de personajes escrita, publicándose por primera vez el año 1788 en el tomo quinto de sus obras.

Tuvo Goethe la idea de acompañar ciertas escenas y situaciones de su drama con trozos musicales, que realzasen y extendiesen su significación y su alcance, y llamó á su lado al compositor Kayser, que se fué gustosísimo á pasar algunos meses en Roma con el gran compatriota. De este modo, asistiendo á la creación y al desarrollo musical de aquellos trozos, juzgaba Goethe de su conformidad con el pensamiento primordial, y creía ver compenetrarse, por manera perfecta, las dos formas, musical y literaria, de la obra artística. A juzgar por sus cartas de entonces, pareció muy satisfecho de ambas, ignorando que le estaba reservada, á vueltas de muchas desazones, la gloria de tener por cooperador de su *Egmont*, al gran Beethoven.

El hecho fué que por entonces, según lo tenía de costumbre Goethe, mandó el manuscrito recién terminado á sus amigos de Weimar, pendientes siempre de cuanto él hacía, escribía y pensaba. Estos amigos, cuyo núcleo estaba formado por Carlos Augusto, la baronesa de Stein, Herder y Jacobi, hicieron á la obra, por tantos años esperada, muy tibia y reservada acogida. Formáronse dos bandos, pero fué más poderoso, ó al menos pesó más duramente en las disposiciones del poeta, el que hacía objeciones, ponía reparos y marcaba tachas que él aprobaba incondicionalmente.

Mal supo Goethe disimular la contrariedad sentida; quejóse de la penosa dependencia de la opinión de algunos en que tenía que vivir, precisamente cuando se sentía emancipado y rescatado de convencionalismos, al contacto de la deseadísimá tierra italiana, que tal explosión de energía artística provocaba en su vida.

La misma suerte esperaba, sin embargo, á su obra, cuando fué del dominio público. La objeción primera ó de más bulto que parece formulada, fué la figura de Clarita (precisamente lo más hermoso de la obra, evocación de la realidad y de la propia experiencia de la vida del poeta, tan rica en las de este género). La glorificación, sobre todo, la apoteosis de esta figura de humilde procedencia; su transformación en diosa de la libertad y el empeño manifiesto de rehabilitar el amor de los sentidos, fundiéndolo con el purísimo amor de patria, fueron extremos que debieron chocar con muchos formalismos, lastimar grandes susceptibilidades. Otra

de las faltas encontradas era la poca unidad de la obra, que más parecía reunión de cuadros distintos y relacionados entre sí, que un cuadro solo. Pero lo que entonces y después mereció más censuras, fué la poca conformidad del carácter del héroe con el personaje histórico. Revestir con la ligereza propia de un muchacho, alegre y no más cuidadoso que de aprovechar el placer de la hora presente, al hombre hecho, que mira á lo lejos con toda la fijeza de quien persigue un ideal político; pintarlo complaciente y populachero, cuando entendía la libertad desde su elevado puesto en la nobleza hereditaria y con el poder refrenador en sus manos; presentarlo soltero ó suelto, siendo padre de familia, son cosas que rebajan la dignidad y merecimientos de tan bella figura. En una palabra: juzgóse al héroe dramático muy por bajo del héroe histórico, y la opinión de Schiller pesó mucho en esta cuestión.

La crítica histórica es muy movediza, sujeta á la moda y á las corrientes que dirigen la opinión, aunque parece debiera estar por cima de ellas. En algunas épocas imperan los criterios pesimistas. Rebájanse los caracteres de los héroes poniendo en relieve sus defectos; ensáñanse con sus faltas, cual si rivalidades actuales guiasen ciertas plumas, y de tal manera inculcan al personaje histórico el espíritu propio, que no hay grande hombre posible, ni los grandes hechos se realizaron por grandes esfuerzos humanos, sino por la fatalidad inconsciente de las cosas. Así, no sería extraño que juzgando hoy al héroe de Goethe, se encontrase muy supe-

rior al neerlandés, y que las censuras que obtuvo entonces, por carta de menos, hoy las obtuviese por carta de más.

No deja de ser difícil, y aun aventurado, dramatizar un personaje histórico; y como el poeta no ha de ceñirse á los rasgos externos, sino penetrar en el ser interno, buscando los móviles de las acciones; como éstas han sido ya juzgadas diversamente, según las simpatías y los intereses de los partidos, y como además, estos juicios no son definitivos, sino variables, al tenor del espíritu de las diferentes épocas en que se hace la crítica, resulta imposible de todo punto dramatizar, con carácter de aceptación universal, un héroe histórico. Este tal vez habrá sido el escollo en que tropezó Goethe; esta la causa de sus indecisiones, de sus dilaciones y de la falta de unidad de la obra. Egmont no podía seguir los pasos gloriosos de Goetz, porque Goetz, aunque personaje bien humano y encarnación de un momento histórico bien definido, no fué personaje histórico, como no lo fué Werther, aunque no puede haber personalidad más real ni más realmente sentida. En estos, como en el fantástico Faust, tenía el poeta ancho campo y mano abierta para formar caracteres humanos, lógicos consigo mismos, según la razón de las cosas y el medio ambiente en que vivieron, y enteramente fuera del alcance de las flechitas de la crítica, que le molestaron á la terminación de su pensadísimo *Egmont*, pues aunque grande hombre, también debía tener la piel sensible á las picaduras de mosquito.

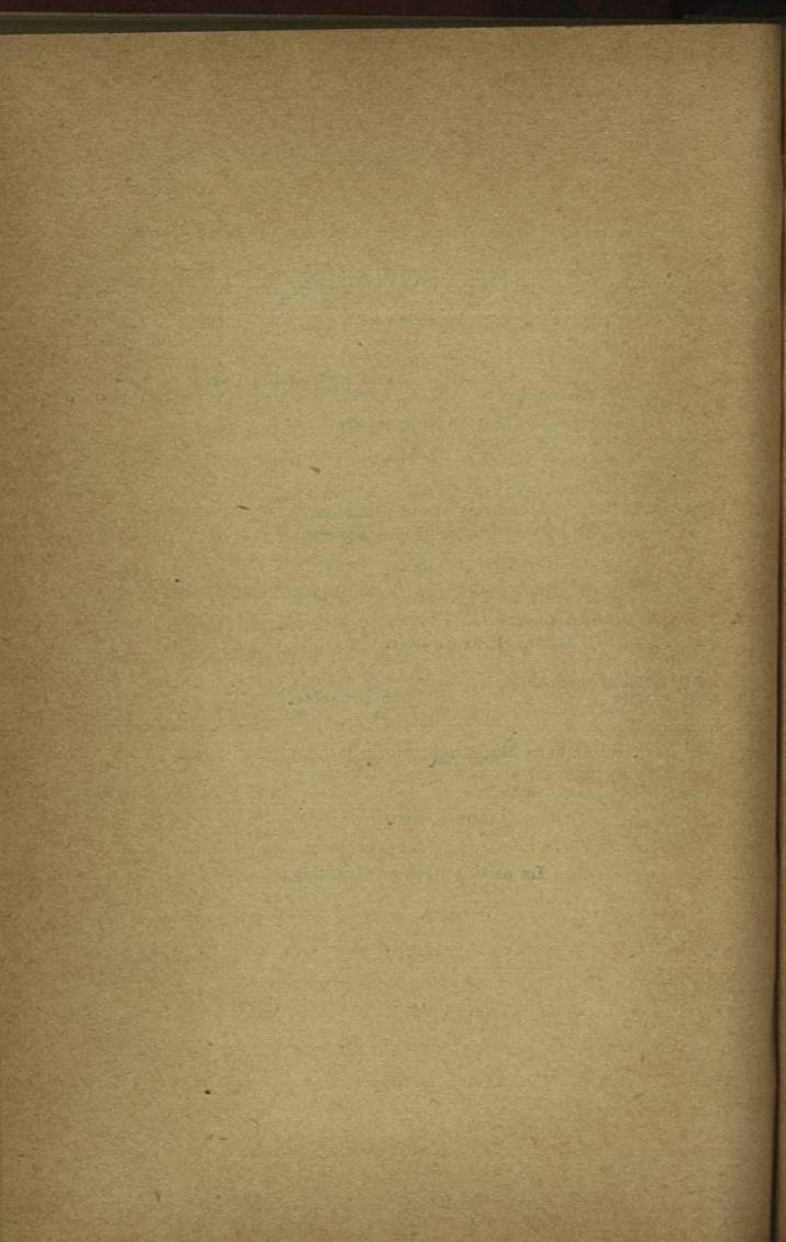
Dejando aparte toda meticulosidad histórica, Goethe hizo de su héroe un personaje simpático en grado sumo, franco, abierto, generoso; neerlandés de pura raza por temperamento y por carácter; sostenedor de los ideales queridos por su pueblo, y de condiciones á propósito para ser popular, en el sentido noble de la palabra. Y en el fondo, algo debió tener de esto el verdadero conde Egmont, cuando siendo sólo una víctima, entre otras, de la guerra de los Países Bajos, quedó su nombre por cima de todos los demás, como bandera de reclutamiento para la causa nacional y su figura con la aureola de amor con que el pueblo glorifica á sus escogidos y contra la cual es impotente el ensañamiento de todas las críticas.

F. G.

PERSONAJES

- MARGARITA DE PARMA, hija del emperador Carlos V, Regente de los Países Bajos.
EL CONDE EGMONT, príncipe de Gaure.
GUILLERMO DE ORANGE.
DUQUE DE ALBA.
FERNANDO, su hijo natural.
MAQUIAVELO, al servicio de la princesa.
RICARDO, secretario particular de Egmont.
SILVA. }
GÓMEZ. } Oficiales de Alba.
CLARITA, querida de Egmont.
LA MADRE DE CLARITA.
BRACKENBURGO, un particular.
SOEFT, mercero. }
JETTER, sastre. } Vecinos de Bruselas.
CARPINTERO. }
JABONERO. }
BUYCK, soldado de Egmont.
RUYSUM, inválido y sordo.
VANSEN, escribiente.
PUEBLO, COMITIVA, GUARDIAS, ETC.

La escena pasa en Bruselas.



ACTO PRIMERO

Tiro de Ballesta.

SOLDADOS y VECINOS, armados con ballestas. SOEFT, mercero.
JETTER, sastre, se adelanta y tiende el arco

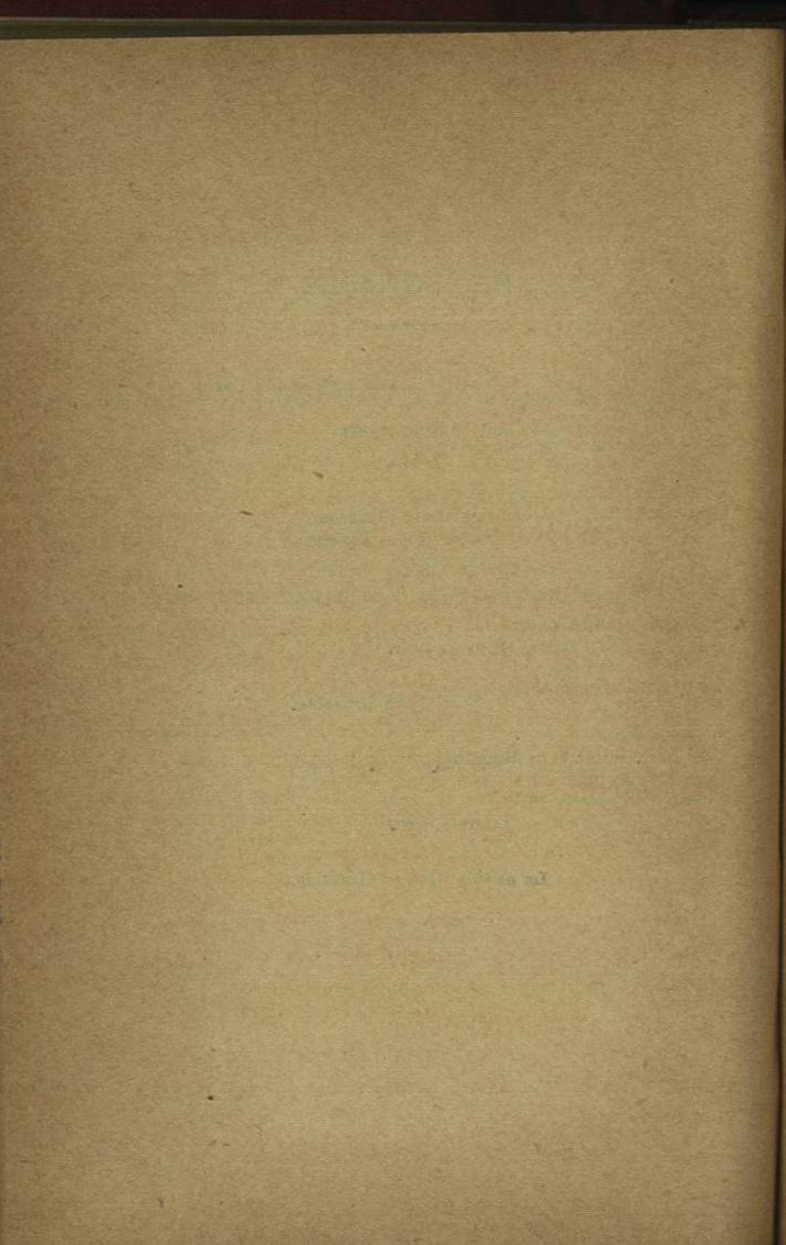
SOEFT.—¡Tirad de una vez, y acabóse! A mi no me habéis de ganar. ¡Tres sortijas en lo negro! En todos los días de vuestra vida habéis hecho otro tanto, y por este año, quedaré maestro.

JETTER.—Maestro, y además rey. ¿Quién os lo disputa? Por eso debéis pagar escote doble, pagar vuestra habilidad, como es justo.

BUYCK, holandés, soldado de Egmont.

BUYCK.—Jetter; os compro el tiro. Repartiremos ganancias, y convidaremos á estos señores: tiempo hace que estoy debiendo aquí muchas atenciones. Si pierdo, es como si vos hubieseis tirado.

SOEFT.—Yo debería hablar sobre el particular, porque realmente salgo perdiendo; pero, á pesar de todo, Buyck, me conformo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ACTO PRIMERO

Tiro de Ballesta.

SOLDADOS y VECINOS, armados con ballestas. SOEFT, mercero.
JETTER, sastre, se adelanta y tiende el arco

SOEFT.—¡Tirad de una vez, y acabóse! A mi no me habéis de ganar. ¡Tres sortijas en lo negro! En todos los días de vuestra vida habéis hecho otro tanto, y por este año, quedaré maestro.

JETTER.—Maestro, y además rey. ¿Quién os lo disputa? Por eso debéis pagar escote doble, pagar vuestra habilidad, como es justo.

BUYCK, holandés, soldado de Egmont.

BUYCK.—Jetter; os compro el tiro. Repartiremos ganancias, y convidaremos á estos señores: tiempo hace que estoy debiendo aquí muchas atenciones. Si pierdo, es como si vos hubieseis tirado.

SOEFT.—Yo debería hablar sobre el particular, porque realmente salgo perdiendo; pero, á pesar de todo, Buyck, me conformo.

BUYCK.—(Tira.) Ahora, señor loco, la reverencia (1).
¡Una, dos, tres, cuatro!

SOEFT.—¿Cuatro sortijas? ¡Sea!

TODOS.—¡Viva el rey! ¡Viva! ¡Viva!

BUYCK.—Gracias, señores: maestro, ya sería demasiado; gracias por el honor.

JETTER.—A vos mismo es á quien debéis dar gracias.

RUYSUM, de Frislandia, inválido y sordo.

RUYSUM.—¡Cuando yo os lo digo!

SOEFT.—¿El qué, anciano? (Alzando la voz.)

RUYSUM.—¡Cuando yo os lo digo! Tira como su señor; tira como Egmont.

BUYCK.—A su lado no soy sino un pobre pelele. Con el arcabuz, sobre todo, tira como nadie en el mundo. ¡Y no hay que decir que es cuando está en vena ó de humor, no! Como quiera que se eche el arma á la cara, siempre da en el blanco. De él he aprendido. ¡Buen mozo sería el que, sirviendo á su lado, no aprendiese nada de él! ¡No hay que olvidarse, señores! ¡Un rey alimenta á sus vasallos: así, pues, venga vino á cuenta del rey!

JETTER.—Hemos concertado entre nosotros que cada uno...

BUYCK.—Yo soy extranjero y rey, y no acato vuestras leyes y costumbres.

(1) En las sociedades de tiro había como marcador una especie de bufón, y á cada blanco que se daba, hacía su reverencia.

JETTER.—Pues eres peor que el español, que hasta ahora ha tenido que acatarlas.

RUYSUM.—¿Qué es?

SOEFT.—(Recio.) Quiere convidarnos y no consiente que vayamos á escote, pagando él, como rey, el doble solamente.

RUYSUM.—¡Dejadle hacer sin sentar precedente! Esa es también la manera de su señor; ser rumboso y hacer en grande las cosas cuando van de buenas. (Traen vino.)

Todos.—¡A la salud de Su Majestad!

JETTER.—(Á Buyck, con intención.) A la de Vuestra Majestad, se entiende.

BUYCK.—Mil gracias, aunque así sea.

SOEFT.—¡Conformes! Porque á la salud de la majestad española, no bebe de corazón un buen neerlandés.

RUYSUM.—¿De quién?

SOEFT.—(Alto.) De Felipe II, rey de España.

RUYSUM.—¡Nuestro benignísimo rey y señor! Dios alargue los días de su vida.

SOEFT.—¿No preferíais á su señor padre Carlos V?

RUYSUM.—¡Dios le tenga en descanso! Aquél si que era un señor. Tenía mano sobre el Universo entero y era el todo en todo, y cuando os encontraba, os saludaba como un vecino á otro vecino; y cuando os atemorizabais, sabía él con tan buenas maneras... ¿Me entendéis? Salía á pié y á caballo cómo y cuándo le ocurría, con muy poca gente. ¡No; que no lloramos todos cuando cedió á su hijo el gobierno de aquí!... Digo, ¿me entendéis?... Este es otra cosa, es más majestuoso.

JETTER.—Cuando estuvo aquí, no se dejó ver más que con pompa y atavíos regios. Habla poco, según dicen.

SOEFT.—No es señor para los neerlandeses. Nuestros príncipes han de ser alegres y francos, como nosotros; vivir, y dejar que se viva. Aunque somos unos pobres diablos, no queremos ser despreciados ni oprimidos.

JETTER.—Yo pienso que el rey sería más benigno amo si tuviese mejores consejeros.

SOEFT.—¡No, no! No tiene genio para nosotros, su corazón no se inclina al pueblo, no nos quiere; ¿cómo le hemos de querer? ¿Por qué todo el mundo es tan aficionado al conde Egmont? ¿Por qué le traemos todos en palmitas? Porque vemos que nos quiere bien, porque en sus ojos se ven la alegría, la franqueza y la buena intención; porque no posee nada que no reparta con el necesitado y aun con el que no lo es. ¡Viva el conde de Egmont! Buyck, á vos os corresponde el primer brindis: brindad por la salud de vuestro señor.

BUYCK.—Con toda mi alma. ¡Viva el conde Egmont!

RUYSUM.—¡Al vencedor de San Quintín!

BUYCK.—¡Al héroe de Gravelinas!

TODOS.—¡Viva!

RUYSUM.—San Quintín fué mi última batalla. Apenas podía adelantar un paso ni arrastrar el pesado arcabuz, y, sin embargo, todavía se lo disparé á los franceses á quemarropa, y entonces, por despedida, me alcanzó un balazo en la pierna derecha.

BUYCK.—¡Gravelinas! ¡Amigos, aquello sí que fué ca-

liente! Exclusivamente nuestra fué la victoria. ¿No pusieron los perros del Oeste todo Flandes á sangre y fuego? Pero dimos con ellos: ¡me parece! Mucho resistieron sus veteranos forzudos, pero al fin, con nuestro empuje, nuestros disparos y nuestras picas, tuvieron que hacer la mueca y romper filas. A Egmont le mataron el caballo que montaba, y allí anduvimos por aquellos extensos arenales hasta el mismo mar peleando, hombre contra hombre, caballo contra caballo, pelotón contra pelotón. De repente, de la embocadura del río empiezan como venidos del cielo ¡bum! ¡bum! cañonazos sobre los franceses. Eran ingleses al mando del almirante Malm, que pasaba casualmente viniendo de Dunkerque. En verdad, no nos ayudaron gran cosa; sólo podían acercarse con las embarcaciones menores, y eso poco, y nos tiraban también á nosotros. Con todo; ¡fué bueno! Desbarató á los del Oeste y nos levantó el ánimo. ¡Entonces fué ella! ¡Ric! ¡Rac! Todos caían; ¡todos a! agua! ¡Y era de ver cómo se iban al fondo, en cuanto bebían un sorbo! Los holandeses nos echábamos detrás, y como somos anfibios, nos encontrábamos en el agua como las ranas y ¡hala! á estocadas con los enemigos en el río, tirándoles de lejos como á los patos. Los que lograron escapar murieron en la retirada á manos de los campesinos, armados con azadas y forcas. Su Majestad del Oeste no tuvo más remedio que tender la pata y hacer la paz. Y esta paz nos la debéis á nosotros, se la debéis al gran Egmont.

Todos.—¡Viva el gran Egmont! y ¡viva! y ¡viva!

JETTER.—Si nos lo hubiesen puesto por Regente en lugar de Margarita de Parma...

SOEFT.—¡No digáis eso! ¡La verdad es la verdad! Yo no consiento que se ofenda á Margarita. Ahora me toca á mí. ¡Viva nuestra graciosa señora!

TODOS.—¡Viva!

SOEFT.—¡En verdad, hay excelentes mujeres en esta casa! ¡Viva la Gobernadora!

JETTER.—Es discreta y moderada en todo lo que hace. ¡Si no se mantuviese tan firme y obstinada en favor de los curas! No está inocente en lo de las catorce nuevas mitras que tenemos en el país. ¿A santo de qué vienen? ¿No será para colocar extranjeros en los buenos puestos, que antes se proveían por abades elegidos en los capítulos? ¡Y nos quieren hacer creer que es por el bien de la religión! ¡Ya; entendido! Con tres obispos teníamos bastante y todo se hacía ordenada y decorosamente. Ahora, cada uno tiene que hacer como si fuese necesario, y de ahí resultan, á cada momento, disgustos y querellas, y cuanto más se menea la cosa, más se enturbia. (Beben.)

SOEFT.—Así lo quiere el Rey: ella no puede poner ni quitar nada en eso.

JETTER.—Y ahora nos prohíben cantar los salmos nuevos, que por cierto están puestos en versos muy bonitos y con música muy edificante. Pero no debemos cantarlos; en cambio, canciones truanescas, cuantas nos dé la gana. ¿Por qué? ¡Porque dicen que tienen herejías y cosas!... ¡Sabe Dios! Yo, sin embargo, los

he cantado por la novedad... y nada he visto en ellos.

BUYCK.—Quería preguntaros... En nuestra provincia cantamos lo que queremos: el conde Egmont es nuestro Gobernador, y no hace caso de esas minuciosidades. En Gante, Ipern, y por toda Flandes los canta quien quiere. (Alzando la voz.) ¿Hay nada más inocente que un canto religioso? ¿No es verdad, Padre?

RUYSUM.—Ciertamente; es una devoción, un homenaje á Dios.

JETTER.—Pero dicen que no es la manera derecha, su manera de ellos; por consiguiente, siempre es peligroso y vale más abstenerse. Los familiares de la Inquisición andan por ahí rondando, y acechan. Más de un hombre honrado ha caído en desgracia. Sólo nos faltaba ahora la opresión de conciencia. Ya que no pueda hacer lo que quiera; que me dejen al menos pensar y cantar lo que se me antoje.

SOEFT.—La Inquisición no cuaja aquí. Nosotros no estamos acostumbrados, como los españoles, á dejarnos tiranizar la conciencia, y la nobleza debe también, mientras es tiempo, tratar de cortarle las alas.

JETTER.—¡Es fuerte cosa! Si á esas buenas personas les da la gana de meterse en mi casa, y yo, sentado á mi trabajo, hállome casualmente tarareando un salmo francés sin pensar de él nada, ni bueno ni malo, sino que lo tarareo porque lo tengo en el gaznate; en aquel momento me dan por hereje y me encierran. O si voy al campo y me quedo parado junto á un grupo de hombres que están oyendo un predicador nuevo, uno de

esos que han venido de Alemania, en aquel punto y hora héteme que soy rebelde y me encuentro en peligro de perder la cabeza. ¿Habéis oído alguna vez uno de esos predicadores?

SOEFT.—Son hombres de provecho. Ultimamente oí predicar á uno en el campo, delante de miles y miles de personas. Aquello estaba guisado de otro modo que lo que en el púlpito nos dan á toque de tambor y atragantando á la gente con trozos de latín. Aquél hablaba sin rodeos; decía que hasta ahora nos han llevado los curas por la nariz y nos han tenido en la ignorancia, y cómo era posible adquirir más luces; y todo lo probaba con la Biblia.

JETTER.—Algo debe de haber; yo siempre me lo digo á mí mismo, y hace mucho tiempo que me devano los sesos por eso.

BUYCK.—A todo el mundo se llevan detrás.

SOEFT.—Lo creo muy bien. Donde hay algo bueno y se puede oír algo nuevo.

JETTER.—Y después de todo, ¿qué importa eso? ¿Por qué no se ha de dejar á cada uno que predique á su manera?

BUYCK.—¡Ea, señores! Con la charla olvidáis al vino y á Orange.

JETTER.—Y no es de olvidar, porque es un buen mozo. Cuando se piensa en él, parece que se podría uno esconder detrás sin que el mismo diablo pudiese encontrarle. ¡Viva Guillermo de Orange! ¡Viva!

Todos. ¡Viva! ¡Viva!

SOEFT.—Ahora, brinda tú, veterano.

RUYSUM.—¡Por los veteranos! ¡Por todos los soldados!
¡Viva la guerra!

BUYCK.—¡Bravo, abuelo! ¡Por todos los soldados!
¡Viva la guerra!

JETTER.—¡La guerra, la guerra! ¿Sabéis lo que decís? Que esa palabra os salga de la boca con facilidad, es natural; pero lo que á nosotros nos apesadumbra no podría decíroslo. Estar oyendo tambores el año entero y no hablar de otra cosa, sino que por allí viene una tropa y por allá otra; que llegan á un cerro y se paran al lado de un molino, y cuántos se han quedado allí y cuántos acullá; y cómo se atacan, y unos ganan y otros pierden, sin que en los días de vuestra vida sepáis quién gana ó quién pierde algo. Cómo se tomó la ciudad y se asesinó á los vecinos, y las pobres mujeres y los inocentes niños perecieron. Es una aflicción angustiosa el pensar á cada momento: «¡Ya vienen; nos va á suceder lo mismo!»

SOEFT.—Por eso es bueno que el ciudadano se adiestre continuamente en el ejercicio de las armas.

JETTER.—¡Ya se ejercita el que tiene mujer é hijos! Sin embargo, prefiero oír hablar de soldados á verlos.

BUYCK.—Eso podría yo tomarlo á mal.

JETTER.—No reza con vos, compatriota. ¡Cuando nos veamos libres de la ocupación española, respiraremos!

SOEFT.—¡Ya lo creo! Para ti, ¡pesada carga han sido!

JETTER.—¡Búrlese de sí mismo!

SOEFT.—Te se alojaron de firme.

JETTER.—¡Ten la lengua!

SOEFT.—Te echaron de la cocina, de la bodega, del cuarto, de la cama... (Rien.)

JETTER.—Eres un necio.

BUYCK.—¡Paz, señores! ¡Tiene que hablar de paz el soldado! Pues bien; ya que no queréis nada con nosotros, brindad vosotros mismos un brindis cívico.

JETTER.—Para eso estamos dispuestos. ¡Á la seguridad! ¡Á la paz!

SOEFT.—¡Al orden! ¡Á la libertad!

BUYCK.—¡Bravo! También eso nos contenta.

(Chocan los vasos y repiten alegremente las palabras, de manera que cada uno contesta á la del otro, formándose una suerte de canon. El viejo escucha, y al fin se une á ellos.)

Todos.—¡Á la seguridad! ¡Á la paz! ¡Al orden! ¡Á la libertad!

Palacio de la Regente.

MARGARITA de Pařma en traje de caza. CORTESANOS, PAJES, CRIADOS.

REGENTE—Queda suspendida la caza; hoy no monto á caballo. Decid á Maquiavelo que venga. (Vanse todos.) ¡La idea de estos sucesos terribles no me deja sosegar! ¡Nada puede regocijarme ni distraerme; siempre tengo ante mí estas imágenes, estos temores! Ahora dirá el Rey que tales son las consecuencias de mi bondad, de mi indulgencia; y, sin embargo, mi conciencia me dice á

cada momento que he hecho lo más prudente y lo mejor. ¿Debí atizar esta llama, en el furor de la tormenta, para extenderla? La esperanza mía era, aislándola, sofocarla. Sí; todo lo que digo bien sé yo que me disculpa conmigo misma; pero, ¿cómo lo tomará mi hermano? Porque, ¿cómo negarlo? La soberbia de los que enseñan la doctrina extranjera, sube de punto cada día. Han blasfemado de nuestro santuario; han trastornado el sentido del pueblo sencillo, conjurando debajo de sus pies el espíritu del vértigo. Almas ruines mezcláronse entre los revoltosos, provocando hechos horribles, cuyo solo pensamiento espanta, de los cuales debo dar cuenta detallada á la corte sin pérdida de tiempo, á fin de que la voz general no se me adelante, y no piense el Rey que se le quiere ocultar aun algo. No veo medio alguno, fuerte ni suave, para reprimir el mal. ¡Oh! ¿Qué somos los grandes de la tierra en el oleaje humano? ¿Creemos dominarlo y nos arrastra de la cima al fondo y de uno á otro lado!

MAQUIAVELO entra.

REGENTE.—¿Están escritas las cartas para el Rey?

MAQUIAVELO.—Dentro de una hora podréis firmarlas.

REGENTE.—¿Habéis hecho la relación bastante detallada?

MAQUIAVELO.—Detallada y circunstanciada, como le gusta al Rey. Explico que la furia de los iconoclastas mostróse primeramente en San Omer, atacando la ple-

be desenfundada, provista de estacas, hachas, martillos, escalas y cuerdas, y acompañada de pocos hombres armados, las capillas, iglesias y conventos, arrojando fuera á los fieles, forzando las puertas cerradas, trastornándolo todo, derribando altares, despedazando las esculturas de los santos, estropeando los cuadros, haciendo añicos, desgarrando y pisoteando cuanto se relaciona con lo consagrado y bendito. Que aumentándose en el camino la muchedumbre, abriéronle sus puertas los habitantes de Ipern. De qué modo, con rapidez increíble, saquearon la catedral y pusieron fuego á la biblioteca del obispo. Cómo gran número de gente del pueblo, atacada de igual insensatez, extendióse por Menin, Comines, Berwick y Lila, sin encontrar resistencia en parte alguna, estallando y cundiendo en toda Flandes la tremenda conjuración en un momento.

REGENTE.—¡Ay! Al volver á oír tu relato de nuevo, se apodera de mí el dolor y le acompaña el miedo. ¡El mal crecerá, irá en aumento! Dime tu pensamiento, Maquiavelo.

MAQUIAVELO.—Perdone vuestra alteza. ¡Mis pensamientos se parecen tanto á quimeras! Por otra parte, aunque siempre pareció satisfecha de mis servicios, raras veces quiso seguir mis consejos. Con frecuencia me decía en broma: «Vas demasiado lejos, Maquiavelo. Deberías ser historiador; el que gobierna tiene que cuidarse de lo más próximo.» Y, sin embargo, ¿no he contado esta historia por adelantado? ¿No lo he previsto todo?

REGENTE.—Yo también preveo mucho, sin poderlo cambiar.

MAQUIAVELO.—Una sola palabra que valga por muchas. No oprimáis la nueva doctrina. Dejadla separada, sí, de los verdaderos ortodoxos; dadle iglesias; encerradla en las ordenanzas urbanas, y de ese modo apaciguaréis á los alborotadores. Cualesquiera otros medios serán inútiles y asolaréis el país.

REGENTE.—¿Has olvidado la aversión con que rechazó mi hermano la sola pregunta de si podrían tolerarse las nuevas doctrinas? ¿No sabes cuán encarecidamente me recomienda, en cada una de sus cartas, el sostenimiento de la verdadera fe? ¿No sabes que no quiere restablecer la tranquilidad ni la unidad á costa de la religión? ¿No tiene él mismo, en las provincias, espías que no conocemos, para saber quiénes se inclinan á las ideas nuevas? Con gran sorpresa nuestra ¿no nos ha nombrado ésta y aquella persona de las que nos rodean, culpable en secreto, de herejía? Ordena él la fuerza, el rigor, ¿y quieres que yo sea blanda? ¿Había de tolerarme, de aguantar que le hiciese proposiciones? ¿No me retiraría más bien el crédito, su confianza toda?

MAQUIAVELO.—Lo sé; el Rey ordena y os hace saber sus intenciones; fuérzaos á restablecer la paz por un medio que hace los ánimos aún más acerbos, que irremediabilmente, al fin, atizará la guerra. Reflexionad lo que vais á hacer. Los comerciantes más fuertes, la nobleza, el pueblo, los soldados, todos están contagiados. ¿De qué sirve persistir en un pensamiento, cuando á

nuestro alrededor todo cambia? ¡Ojalá algún buen espíritu inspirase á Don Felipe que le está mejor á un rey regir ciudadanos de dos creencias, que destruir los de una por los de otra.

REGENTE.—¡No vuelvas á decir jamás semejantes cosas! Bien sé que raras veces la lealtad y la fe se concilian con la política; que la franqueza, la bondad, la tolerancia están excluidas de nuestros corazones. En los asuntos mundanos, así es, por desdicha. Pero, ¿hemos de jugar con Dios, como lo hacemos unos con otros? ¿Habremos de permanecer indiferentes, tratándose de nuestra probada doctrina, por la cual tantos han sacrificado sus vidas? ¿Hemos de rendirnos á estas recién llegadas inciertas novedades, que se contradicen entre sí?

MAQUIAVELO.—No vayáis á pensar por esto mal de mí.

REGENTE.—Te conozco, y conozco tu lealtad, y sé que un hombre puede ser honrado é inteligente, aunque pierda el camino más cercano y mejor para la salvación de su alma. Hay otros, Maquiavelo, otros hombres á quienes debo estimar y vituperar á la vez.

MAQUIAVELO.—¿A quién os referís?

REGENTE.—Confieso que Egmont me ha causado hoy profundísimo disgusto.

MAQUIAVELO.—¿De qué manera?

REGENTE.—De la que acostumbra: por su indiferencia y por su ligereza. Recibí al terrible mensajero, precisamente cuando, acompañada por muchos y por él, salía de la iglesia. No pude contener mi dolor, lamentéme en

voz alta, y volviéndome á él exclamé: «¡Ved lo que ha pasado en vuestra provincia! ¿Eso toleráis, Conde, vos, de quien el Rey todo se lo prometía?»

MAQUIAVELO.—¿Y qué respondió?

REGENTE.—Como si nada fuera; como si se tratara de una cosa secundaria, replicó: «Si los Países Bajos estuviesen tranquilos, por lo que se refiere á su constitución, el resto se arreglaría fácilmente.»

MAQUIAVELO.—Quizá ha hablado con más verdad que devoción y prudencia. ¿Cómo ha de nacer y persistir la confianza, si los flamencos ven que más se las han con sus bienes y posesiones que con la salvación de sus almas? ¿Han salvado más almas que gozado gordas prebendas los nuevos obispos? Y ¿no son extranjeros la mayor parte de ellos? Verdad es que los gobiernos todos están en manos de neerlandeses; pero, ¿no dejan ver los españoles bien claro que sienten la mayor y más irresistible codicia por esos puestos? ¿No ha de preferir un pueblo ser gobernado á su manera y por los suyos que por extranjeros, que sólo tratan de hacerse propietarios en el país á costa de todos; que traen consigo su norma y su medida extranjera, y mandan con desabrimiento y sin afecto?

REGENTE.—Te pones de la parte contraria.

MAQUIAVELO.—Con el corazón, no por cierto; y quisiera poder estar con el entendimiento completamente de la nuestra.

REGENTE.—Si fuera á hacerte caso, sería necesario cederles mi regencia, pues Egmont y Orange se forjan

grandes esperanzas de ocupar este puesto. Antaño eran contrarios; ahora hanse unido contra mí, y son inseparables amigos.

MAQUIAVELO.—¡Peligrosa pareja!

REGENTE.—Si he de ser justa, diré que temo á Orange y temo por Egmont. Orange no cavila nada bueno; sus pensamientos tienen mucho alcance; es reservado; parece aceptarlo todo; no contradice jamás, y con el más profundo respeto y la mayor consideración, hace lo que le acomoda.

MAQUIAVELO.—Precisamente lo contrario de Egmont; va á paso franco, como si el mundo fuese suyo.

REGENTE.—Con la cabeza tan erguida como si la mano del Rey no se agitase sobre ella.

MAQUIAVELO.—Fijos están en él los ojos del pueblo y todos los corazones se le aficianan.

REGENTE.—Nunca se recata de las apariencias, como si nadie hubiera con derecho á pedirle cuentas. Sigue llevando el nombre de Egmont; gusta de oirse llamar el conde Egmont, como si holgase de no olvidar que sus antecesores fueron los dueños de Flandes. ¿Por qué no ha de hacerse llamar príncipe de Gaure, como es de razón? ¿Por qué hace esto? ¿Pretende de nuevo hacer valer derechos extinguidos?

MAQUIAVELO.—Lo tengo por un leal servidor del Rey.

REGENTE.—¡Si él quisiera! ¡Cuántos servicios podría hacer á la Regencia, en lugar de que ya, sin utilidad para él, nos ha causado indecible disgusto! Sus reunio-

nes, sus festines y francachelas han unido y enlazado más á la nobleza que las más peligrosas alianzas secretas. Con sus libaciones y brindis, ha producido á sus comensales una embriaguez permanente, un vértigo que no se disipa. ¿Con cuánta frecuencia no pone en conmoción, con sus discursos chanceros, los ánimos en el pueblo, y cómo los asombra y emboba con las libreas nuevas y las insensatas divisas de sus criados?

MAQUIAVELO.—Estoy convencido que lo hizo sin intención.

REGENTE.—Tanto peor. Dígoos que nos ofende á nosotros sin lucrarse él. Toma lo serio en broma, y nosotros, para no parecer baldíos ni flojos, tomamos la broma en serio. Así, una cosa excita la otra y se hace precisamente aquello que se trataba de evitar. Es más peligroso que un cabecilla declarado de conjurados, y mucho me engañaré si en la corte no le llevan cuenta y razón de todo. No puedo negar que pasa poco tiempo sin que me lastime mucho.

MAQUIAVELO.—Me parece que obra en todo de acuerdo con su conciencia.

REGENTE.—Su conciencia tiene un espejo complaciente. Con frecuencia es ofensiva su conducta. Diríase que vive en el pleno convencimiento de que es el señor y por condescendencia no nos lo quiere hacer sentir ni echarnos lisa y llanamente del país, porque eso se hará de suyo.

MAQUIAVELO.—No interpretéis, os ruego, de modo tan peligroso su franqueza, su desenfado natural, ese su

modo de tratar á la ligera las cosas de importancia. Le perjudicáis á él y os perjudicáis.

REGENTE.—No interpreto; hablo solamente de consecuencias inevitables, y le conozco. Su nobleza flamenca y el toisón de oro que lleva en su pecho fortalecen su confianza y su audacia. Ambas cosas pueden escudarle contra un repentino y arbitrario enfado del Rey. Exáminalo bien: él solo tiene la culpa de todas las desgracias que han venido sobre Flandes. Él fué el primero que toleró la doctrina extranjera; no fué escrupuloso, alegrándose tal vez en secreto de darnos algo que hacer. ¡Déjame con esta ocasión desahogar mi pecho! Y no en vano he de disparar la flecha. Sé dónde está su parte sensible, porque también es vulnerable.

MAQUIAVELO.—¿Habéis dado orden de reunir el consejo? ¿Asistirá á él Orange?

REGENTE.—He enviado á Amberes á buscarlo. Quiero descargar sobre ellos el peso de la responsabilidad. O vienen conmigo seriamente al encuentro del mal, ó se declaran rebeldes. Apresúrate para que las cartas estén pronto terminadas, y tráemelas á la firma. Después, envía presto á Madrid á nuestro probado Basca; es incansable y fiel. Que mi hermano sepa por él la noticia; no se le adelante el rumor. Yo misma he de hablarle en persona antes que parta.

MAQUIAVELO.—Vuestras órdenes se cumplirán con puntualidad y presteza.

Casa burguesa.

CLARA, su MADRE y BRACKENBURGO

CLARA.—¿No queréis tenerme la madeja, Brackenburg?

BRACKENBURGO.—Dispensadme, Clarita, por favor.

CLARA.—¿Qué tenéis? ¿Por qué me negáis este pequeño servicio de amistad?

BRACKENBURGO.—Me tenéis con el hilo tan hechizado, que no puedo rehuir vuestros ojos.

CLARA.—¡Tontería! ¡Vamos, tened!

MADRE.—(Sentada, tejiendo con agujas.) Cantad algo: ¡Brackenburg acompaña tan bien! En otro tiempo, siempre estabáis alegres y me hacíais reír.

BRACKENBURGO.—¡En otro tiempo!

CLARA.—Vamos á cantar.

BRACKENBURGO.—Como queráis.

CLARA.—Pero ha de ser mi canción militar favorita.

(Devana el hilo y canta con Brackenburg.)

Ya suenan tambores;
 Ya el clarín se siente;
 Es mi dueño amado
 Que manda su gente.
 En alto la lanza,
 Caudillo valiente,
 Mi sangre se agita,
 Late el corazón.

¡Quién tuviera calzas,
 Sombrero y jubón!
 Con paso animoso
 Tras él me saliera,
 Provincias cruzara,
 Doquier le siguiera.
 ¿Ya ceja el contrario?
 ¡Fuego en él, que asombre!
 ¡Oh dicha inefable
 Tener facha de hombre!

(Durante el canto, Brackenburg mira con frecuencia á Clarita; al fin le falta la voz, y acuden lágrimas á sus ojos; deja caer la madeja y va á la ventana; Clarita acaba de cantar sola. Su madre le hace seña medio incomodada. Ella se levanta y le sigue algunos pasos; párase luego indecisa, y se vuelve á sentar.)

MADRE.—¿Qué hay en la calle Brackenburg? Oigo pasos.

BRACKENBURGO.—Es la Guardia de Corps de la Regente.

CLARA.—¿Á esta hora? ¿Qué significará esto? (Levántase y va á la ventana con Brackenburg.) ¡No es la guardia de todos los días, son muchos más! ¡Casi toda la tropa! ¡Oh, Brackenburg, id é informaros qué es lo que ocurre! Debe ser algo desacostumbrado. ¡Mi buen Brackenburg, hacedme la gracia de ir!

BRACKENBURGO.—¡Voy y vuelvo al momento! (Al salir él le alarga la mano, ella le da la suya.)

MADRE.—¡Ya le echas otra vez!

CLARA.—Soy curiosa; además, no os incomodéis, su

presencia me hace daño. No siempre sé cómo debo estar con él; no tengo de mi parte la razón, y me duele el alma de que él lo sienta tan al vivo. Sin embargo, no lo puedo remediar.

MADRE.—¡Es un muchacho tan leal!

CLARA.—¡Por eso no lo puedo abandonar! Tengo que recibirlo con cariño amistoso. Inadvertidamente á veces, mi mano se aprieta, cuando él me da la suya de manera tan suave, tan tierna. Hágome cargos á mí misma de que le engaño, de que estoy alimentando en su corazón una esperanza vana. Hago mal. Pero Dios sabe que no quiero engañarle. Yo no quiero que él espere, pero no puedo dejarle en la desesperación.

MADRE.—Eso no está bien hecho.

CLARA.—Túvele afición, y aún hoy le quiero bien. Hubiera podido casarme con él, y creo que nunca le tuve amor.

MADRE.—Siempre serías feliz con él.

CLARA.—Estaría colocada y tendría una vida tranquila.

MADRE.—Y todo se ha perdido por tu culpa.

CLARA.—Estoy en una situación extraña. Cuando me pongo á pensar cómo esto ha ocurrido, lo sé muy bien y no lo sé. Y después, al volver á ver á Egmont, lo comprendo todo perfectamente y comprendería mucho más. ¡Ah! ¡Qué hombre! Todas las provincias le adoran. ¿No había yo de ser en sus brazos la criatura más feliz del Universo?

MADRE.—Y el porvenir ¿cómo será?

CLARA.—¡Ah! Yo sólo pregunto si me ama, y esto ¿hay que preguntarlo?

MADRE.—No tiene uno más que penas con sus hijos. ¿Qué resultará de aquí? ¡Siempre cuidados y disgustos! ¡Esto no acabará bien! Te has hecho y me has hecho desgraciada.

CLARA (con tranquilidad.)—Sin embargo, lo habéis consentido en un principio.

MADRE.—Desgraciadamente fui demasiado buena, como lo soy siempre.

CLARA.—Cuando Egmont pasaba á caballo por delante de casa y yo corría á la ventana, ¿me regañabais por eso? ¿No veníais á la ventana vos también? ¿Cuando miraba hacia arriba, se sonreía, movía la cabeza, me saludaba, os parecía mal? ¿No os encontrabais honrada en vuestra hija?

MADRE.—¡Hazme todavía reconvenciones!

CLARA (alterándose.)—Cuando después cruzaba la calle más á menudo y comprendimos bien que era por mí, ¿no lo advertisteis vos con secreta alegría? ¿Me apartasteis de la ventana cuando detrás de los cristales le esperaba?

MADRE.—¿Pensaba entonces acaso que esto llegaría tan lejos?

CLARA (con voz ahogada y lágrimas contenidas.)—Y cuando una noche, envuelto en su capa, nos sorprendió á la luz de la lámpara, ¿quién se afanó en recibirle, al quedarme yo inmóvil y como sujeta con cadenas á la silla?

MADRE.—¿Y podía yo temer que aquel desdichado

amor había de vencer tan pronto á la juiciosa Clarita? Ahora tengo que aguantar que mi hija...

CLARA (rompiendo á llorar.)—¡Madre! No deseáis otra cosa ni tenéis más placer que afligirme.

MADRE (llorando.)—Ahora llora, encima de todo. ¡Hazme aún más desgraciada con tu tristeza! No es todavía bastante pena que mi hija sea una muchacha perdida.

CLARA (poniéndose en pie y friamente.)—¡Perdida! ¡La amada de Egmont perdida! ¿Cuál es la princesa que no envidia á la pobre Clarita el lugar que ocupa en su corazón? ¡Oh, madre, madre mía! ¡En otro tiempo no hablabais así! ¡Madre querida, sed buena! Piense el pueblo lo que quiera; murmuren las vecinas. Este cuarto, esta casita es un cielo desde que vive en ella el amor de Egmont.

MADRE.—¡Cierto que no puede una menos de quererle! ¡Es siempre tan cariñoso, tan franco y tan expansivo!

CLARA.—En él no hay falsedad, y sin embargo, madre, advertid que es el gran Egmont. Y cuando viene á mi lado, ¡qué amable, qué bueno es! ¡Cómo procura disimular su alta posición, su valentía! ¡Qué atenciones tiene conmigo! Para mí no es más que un hombre, un amigo, un amante.

MADRE.—¿Vendrá hoy?

CLARA.—¿No me veis ir á cada momento á la ventana? ¿No habéis advertido que escucho el ruido de la puerta? Aunque ya sé que no viene hasta la noche, lo presiento á cada momento desde que me levanto por la

mañana. ¡Ah, que no fuera yo un muchacho que pudiese ir siempre con él á la corte, á todas partes! ¡Llevar su bandera en la batalla!

MADRE.—Siempre has sido una aturdida desde chiquita; unas veces loca de alegría, otras pensativa. ¿No te vas á vestir un poco mejor?

CLARA.—Quizás, madre, si me aburro. Figuraos que ayer pasaron por aquí algunos de sus hombres cantando alabanzas tuyas. Por lo menos, estaba su nombre en las canciones; el resto no lo pude entender. Mi corazón se puso á palpar tan fuerte, que hasta en el mismo cuello sentía sus latidos. Si no fuera por vergüenza, los hubiera llamado para que volbiesen á pasar.

MADRE.—¡Ten cuidado! Tu vehemencia natural lo echa todo á perder; te descubres por completo delante de las gentes, como el otro día con tu primo, cuando encontraste aquel grabado con el letrero, y gritaste: ¡El conde Egmont! Yo me puse encendida.

CLARA.—¡No había de gritar! Era la batalla de Gravelinas y encontré encima de la figura la letra *C.*; busqué abajo; en la descripción *C.*, decía: «El Conde Egmont, al matarle su caballo.» No me pude contener y me eché á reír al ver la figurita de Egmont, que era tan grande como la torre de Gravelinas que estaba junto á él, y como los barcos ingleses del otro lado. Cuando recuerdo muchas veces cómo me figuraba yo antes una batalla, y qué idea me formaba de chica del conde Egmont al oír hablar de él y de los otros condes y príncipes, ¡y ver lo que ahora me pasa!

BRACKEMBURGO entra.

CLARA.—¿Qué hay?

BRACKEMBURGO.—No se sabe nada con seguridad. Debe haber habido trastornos en Flandes, y la Regente tendrá sus temores de que se extiendan hasta aquí; han puesto fuerte guarnición en el Castillo. Los vecinos, en gran número, están en las puertas de sus casas; en las calles cuchichea el pueblo. Voy á prisa á reunirme con mi anciano padre. (Parece que va á irse.)

CLARA.—¿Os veremos mañana? Voy á arreglarme un poco; va á venir mi primo, y estoy muy descompuesta. Madre, venid á ayudarme un momento. Llevaos el libro, Brackemburgo, y traedme otra historia como esa.

MADRE.—¡Adiós!

BRACKEMBURGO (alargando su mano).—Vuestra mano.

CLARA (rehusando).—A la vuelta. (Vanse la madre y la hija.)

BRACKEMBURGO.—Hábame propuesto marchar inmediatamente, y al ver que no se le da nada y que me deja ir, me desespero. ¡Desventurado! ¿No te mueve tu patria en estos peligros crecientes? ¿Te importa lo mismo el español que el compatriota? ¿El que tiene el poder que el que tiene derecho? ¿Qué diferente era yo cuando muchacho y nos daban en la escuela como ejercicio de retórica: «Discurso de Bruto sobre la libertad!» Entonces Federico era siempre el primero, y el rector decía: «¡Si fuese más moderado y no lo atropellase todo!» En aquel tiempo tenía fuego y energía; ahora, me arrastro

ante una muchacha. ¡Si pudiese dejarla! ¡Si ella pudiese amarme! ¡Ah!... no... ella... ella no puede haberme rechazado del todo... ¡Ni del todo... ni á medias... ni nada! Yo no aguanto más. ¿Será cierto, como me ha dicho con mucho sigilo un amigo, que recibe por las noches en secreto á un hombre, después de haberme hecho salir de su casa, púdicamente antes de anochecer? ¡No es cierto, es mentira; vergonzosa y calumniosa mentira! Clarita es tan inocente como yo desgraciado. ¡Me ha desdeñado, me ha desterrado de su corazón!... ¿He de vivir así? No; no lo soporto. Conmueven á la patria violentas discordias intestinas, y en el tumulto languidezco. Cuando suene la trompeta y un tiro me atraviese hasta la médula de los huesos... ni esto me excita, ni esto me provoca á tomar las armas, á defenderme como los otros, á correr al peligro. ¡Situación miserable é ignominiosa! Mejor es acabar de una vez. Días pasados me arrojé al agua, fuíme al fondo, pero las ansias de la naturaleza pudieron más; sentí que sabía nadar, y á pesar mío me salvé. ¡Si pudiese olvidar los tiempos en que me amaba, en que parecía amarme! ¿Por qué me penetró la felicidad hasta lo más recóndito? ¿Por qué estas esperanzas me han minado todo goce en la vida, mostrándome á lo lejos un paraíso? ¡Y aquel primer beso! ¡Aquel único beso! Aquí (poniendo su mano en la mesa), aquí estábamos solos. Siempre había sido buena y amable para mí, pero entonces pareció que se enternecía... Miróme... todos mis sentidos se desvanecieron y sentí en los míos sus labios... y... ¿ahora? ¡Muere, infeliz! ¿De

qué te asustas? (Saca un frasquito del bolsillo.) ¡No en vano te habré sustraído del estuche profesional de mi hermano, salutífero veneno! Tú vas á librarme para siempre de esta miseria, de este vértigo, de estos sudores de muerte.

ACTO SEGUNDO

Plaza en Bruselas.

JETTER y un carpintero se encuentran.

CARPINTERO.—¿No lo había yo predicho? Aún hace ocho días dije en el gremio que iba haber graves trastornos.

JETTER.—¿Es, pues, verdad, que han saqueado las iglesias de Flandes?

CARPINTERO.—Verdad de todo punto; iglesias y capillas quedaron arruinadas. No han dejado más que las cuatro paredes desnudas. ¡Canallas netos que perjudican nuestra causa! Antes, podíamos haber expuesto nuestros derechos á la Regente, con orden y compostura, y sosteniéndolos. Pero ahora, reunámonos, hablemos, y se dirá que nos asociamos á los sediciosos.

JETTER.—Ya. Eso es lo primero que á cada uno se le ocurre. ¿Y tú, qué haces aquí con las narices al viento? ¡Mira que el pescuezo está muy cerca de ellas!

CARPINTERO.—Miedo me da que empiece la tremolina entre la canalla, entre los que no tienen nada que perder. Toman por pretexto lo que nosotros tenemos que reclamar, y traen la desgracia del país.

Llega SOEFT.

SOEFT.—Buenos días, señores. ¿Qué hay de nuevo? ¿Es cierto que los iconoclastas están en camino?

CARPINTERO.—Aquí no tocarán á nada.

SOEFT.—En mi tienda entró un soldado á comprar tabaco y preguntéle. Esta vez, á pesar de ser la Regente mujer prudente y valerosa, ha perdido el tino. La cosa debe andar muy mal para que se agazape detrás de sus guardias. El castillo está lleno de tropas, y hasta se sospecha que pretende salir de la ciudad.

CARPINTERO.—No debe hacer tal. A nosotros nos protege con su presencia, y nosotros le hemos de ofrecer más seguridad que sus bigotudos soldados. Si quiere sostener nuestros derechos y nuestras libertades, la traeremos en palmas.

Llega un JABONERO.

JABONERO.—¡Malas van las cosas! No hay tranquilidad, y esto se tuerce. No os estéis ahí parados, no sea que os tomen por revoltosos.

SOEFT.—¡Ya tenemos aquí los siete sabios de Grecia!

JABONERO.—Yo bien me sé que muchos, en secreto, están por los calvinistas, difaman á los obispos y no temen al rey; pero un súbdito fiel, un católico sincero...

Poco á poco va reuniéndose gente de todas clases que
escucha.

Llega VANSSEN.

VANSSEN.—¡Dios os guarde, señores! ¿Qué hay de nuevo?

MAESTRO CARPINTERO.—No os juntéis con ese; es un mal sujeto.

JETTER.—¿No está de escribiente en casa del doctor Wiets?

MAESTRO CARPINTERO.—Ha tenido ya muchos amos. Fué primero escribiente; pero como le echaban sus patrones, uno después de otro, por bribón, chafullea ahora en el oficio de notarios y abogados. Es un bebedor de aguardiente.

Viene más gente y se agrupan en corros.

VANSSEN.—¿Os habéis reunido? Poneos de acuerdo, que bien vale la pena de hablar.

SOEFT.—Eso pienso yo.

VANSSEN.—Si algunos de vosotros tuviesen, en este momento, cabeza y otros corazón, podíamos romper de golpe las cadenas de España.

SOEFT.—No debéis hablar así; hemos jurado al rey.

VANSSEN.—Y el rey á nosotros, tenedlo en cuenta.

JETTER.—¡Eso es hablar! Decid vuestra opinión.

ALGUNOS OTROS.—¡Oiga! Éste entiende la cosa; es agudo.

VANSSEN.—Tenía un patrón viejo que poseía pergaminos y cartas de antiquísimas fundaciones, contratos y privilegios; gustaba de los libros más raros. En uno de ellos estaba toda nuestra Constitución; de cómo los neerlandeses fuimos primeramente gobernados por

príncipes especiales, que lo hacían conformándose en todo á nuestros derechos, costumbres y privilegios establecidos. De cómo nuestros antepasados tenían absoluto respeto á sus príncipes, cuándo regían con justicia, y cómo sabían precaverse contra ellos en el caso contrario. Las asambleas se reunían en un momento, pues cada provincia, por pequeña que fuese, tenía su junta legislativa y su municipio.

MAESTRO CARPINTERO.—¡Callaos! Hartos estamos de saber eso; todo vecino honrado tiene de la Constitución el conocimiento que necesita.

JETTER.—Dejadle hablar; siempre se aprende algo.

SOEFT. Tiene muchísima razón.

MUCHOS.—¡Contad, contad! Esto no lo oye uno todos los días.

VANSEN.—¡Así sois, ciudadanos! Sólo vivís al día, y si recibisteis de vuestros padres vuestro modo de vivir, dejáis al gobierno que haga de vosotros lo que se le antoje y pueda. No os cuidáis ni de usanzas, ni de historia, ni de derecho de los príncipes, y por esta negligencia es por lo que el español os ha echado la red por las orejas.

SOEFT.—¿Y quién va á pensar en eso cuando se tiene el pan de cada día?

JETTER.—¡Malhaya! ¿Por qué no sale cualquiera á decirnos esas cosas en tiempo oportuno?

VANSEN.—Os las digo yo ahora. El rey de España, que por casualidad está en posesión de todas las provincias reunidas, no puede, sin embargo, hacer y deshacer en

el gobierno, ni más ni menos que los pequeños príncipes, que en otro tiempo las poseían sueltas. ¿Comprendéis esto?

JETTER.—Explicádnoslo.

VANSEN.—Es tan claro como el sol. ¿No tenéis derecho á ser regidos por las leyes de vuestra tierra? ¿Qué quiere decir esto?

UN VECINO.—¡Verdaderamente!

VANSEN.—¿No tiene otros derechos el de Bruselas que el de Amberes? ¿El de Amberes que el de Gante? ¿Qué quiere, pues, decir esto?

OTRO VECINO.—¡Por Dios!

VANSEN.—Pero si dejáis correr las cosas como van, pronto os las harán ver de otro modo. ¡Es una vergüenza! ¡Lo que Carlos el Temerario, Federico el Guerrero y Carlos V no pudieron, lo está haciendo ahora Felipe por conducto de una mujer!

SOEFT.—¡Ya! ¡Ya! También los príncipes antiguos lo intentaron.

VANSEN.—¡Sí, que nuestros antepasados gastaban chanzas! Cuando estaban descontentos de un señor, le secuestraban algo, así como su hijo y heredero, teníanlo con ellos y no lo soltaban sin las mejores estipulaciones. ¡Nuestros padres eran hombres! ¡Sabían lo que les convenía! ¡Sabían alcanzar ventajas y afianzarlas bien! ¡Hombres legítimos! De ahí que nuestros privilegios sean tan claros, nuestras libertades tan seguras.

JABONERO.—¿Libertades decís?

PUEBLO.—¡Nuestras libertades, nuestros privilegios! Contadnos algo de nuestros privilegios.

VANSEN.—Aunque están distribuídos entre todas las provincias, nosotros, los brabantinos, somos los más favorecidos. Yo lo he leído todo.

SOEFT.—Principiad.

JETTER.—Oigamos.

UN VECINO.—Os lo suplico.

VANSEN.—Primeramente está escrito: «El duque de Brabante ha de ser para nosotros un señor bueno y leal.»

SOEFT.—¿Bueno? ¿Lo dice así?

JETTER.—¿Leal? ¿Es verdad eso?

VANSEN.—Como os lo digo. Está obligado á nosotros como nosotros lo estamos á él. «Segundo: no puede usar la fuerza ni la arbitrariedad contra nosotros, ni dárselo á entender, ni consentir en tal pensamiento, bajo ningún concepto.»

JETTER.—¡Soberbio, soberbio! No puede usarla.

SOEFT.—¡Ni dárselo á entender!

OTRO.—¡Ni consentir en tal pensamiento! Este es el punto principal. No consentírsele á nadie, bajo ningún concepto.

VANSEN.—Con palabras expresivas.

JETTER.—Procuradnos ese libro.

UN VECINO.—Sí, deberíamos tenerlo.

OTROS.—¡El libro! ¡El libro!

OTRO.—Iremos á ver á la Regente, con el libro.

OTRO.—Vos llevaréis la palabra, señor doctor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

JABONERO.—¡Majaderos!

OTROS.—¡Decidnos algo más del libro!

JABONERO.—¡Si dice una palabra más, le rompo las mandíbulas!

PUEBLO.—¡Veremos quién es el guapo que se atreve á tocarle! ¡Decidnos algo de los privilegios! ¿Tenemos aún más?

VANSEN.—De muchas suertes, muy buenos y muy provechosos. Dice así: «El Señor del país no debe reformar ni aumentar el clero, sin el consentimiento de la nobleza y de las cortes del reino.» ¡Fijaos en esto! Ni tampoco cambiar el gobierno del país.

SOEFT.—¿Es así?

VANSEN.—Os puedo enseñar escrituras de doscientos y trescientos años.

VECINO.—¿Y toleramos á los obispos nuevos? ¡Que la nobleza nos sostenga y armamos la guerra!

OTROS.—¿Vamos á dejarnos intimidar por la Inquisición?

VANSEN.—Vuestra es la culpa.

PUEBLO.—Aun tenemos á Egmont y á Orange, que miran por nuestros intereses.

VANSEN.—Vuestros hermanos de Flandes han empezado ya la buena obra.

JABONERO.—¡Perro! (Le pega.)

OTROS.—(Se le oponen y exclaman.) ¿También tú eres español?

OTRO.—¡Cómo se entiende! ¡Maltratar á este hombre respetable!

OTRO.—¡A este sabio! (Atacan al jabonero.)

MAESTRO CARPINTERO.—¡En nombre del cielo! ¡Paz señores! (Otros se mezclan en la lucha.) Vecinos, ¿qué es esto?

(Los muchachos silban y tiran piedras, azuzando á los perros; algunos vecinos miran embobados; unos vienen corriendo; otros van tranquilamente de una parte á otra; muchos hacen toda suerte de pantomimas, gritan y saltan.)

UNOS.—¡Libertad y privilegios! ¡Privilegios y libertad!

Entra EGMONT con su escolta.

EGMONT.—¡Orden, orden, señores! ¿Qué ocurre? ¡Separaos!

MAESTRO CARPINTERO.—¡Señor, llegáis como un ángel del cielo! ¡Silencio! ¿No le veis? El conde Egmont. ¡Respetad al conde Egmont!

EGMONT.—¿Aquí también? ¿Qué quiere decir esto? ¡Vecinos contra vecinos! ¿Ni la proximidad siquiera de nuestra augusta Regente contiene vuestra insensatez? Separaos; id á vuestros menesteres; mal síntoma es vacar en día de labor. ¿Qué ha sido?

(Apaciguase poco á poco el tumulto, y todos le van rodeando.)

MAESTRO CARPINTERO.—Se dan de cachetes por sus privilegios.

EGMONT.—Que, sin embargo, destruyen á ciencia y conciencia. ¿Y vos, quien sois? Me parecéis hombre de bien.

MAESTRO CARPINTERO.—Eso procuramos.

EGMONT.—Vuestro oficio.

MAESTRO CARPINTERO.—Carpintero y maestro del gremio.

EGMONT.—¿Y vos?

SOEFT.—Mercero.

EGMONT.—¿Y vos?

JETTER.—Sastre.

EGMONT.—Ya recuerdo: habéis trabajado en las libreas de mis criados. Os llamáis Jetter.

JETTER.—Favor es que lo recordéis.

EGMONT.—No olvido fácilmente á quien he visto y hablado una vez. En cuanto dependa de vosotros mantener el orden, hacedlo. Tenéis bastante mala nota; no irritéis más al Rey, que al fin y al cabo, tiene el poder en sus manos. Un ciudadano pacífico, que se mantiene honrada y laboriosamente, en todas partes tiene la libertad que necesita.

MAESTRO CARPINTERO.—¡Ah, sí! Ahí está nuestro mal. Los camorristas, los haraganes, los borrachos, los perezosos—con permiso de vuestra Excelencia—que por aburrimiento y por hambre andan á la rebusca de privilegios y cuentan mentiras á los amigos de novedades, á los crédulos, para que les paguen un jarro de cerveza, son los que promueven disturbios, que hacen desgraciados á tantos miles de hombres. De esto sacan ellos precisamente su provecho. Guardamos muy bien cerradas nuestras casas y nuestras cajas, y nos querrían separar de ellas con tizones encendidos.

EGMONT.—Encontraréis toda suerte de apoyo; hanse tomado medidas para rechazar vigorosamente el mal.

Manteneos firmes contra la doctrina extranjera, y no creáis que con la agitación se afirman los privilegios. Permaneced en vuestras casas y no consintáis grupos en la calle. Los hombres sensatos pueden hacer mucho. (Entretanto, la mayor parte de la gente se ha ido.)

MAESTRO CARPINTERO.—¡Muchas gracias á su Excelencia; muchas gracias por su buena opinión! Todo lo que de nosotros dependa. (Vase Egmont.) ¡Qué señor tan llano! ¡Neerlandés legítimo! ¡No tiene nada de español!

JETTER.—¡Si lo tuviéramos de Regente! Da gusto obedecerle.

SOEFT.—Así lo entiende el Rey. La plaza la ocupan siempre él y los suyos.

JETTER.—¿Has visto el traje? Es á la última moda, corte español.

MAESTRO CARPINTERO.—¡Hermoso caballero!

JETTER.—¡Buen bocado su cuello para un verdugo!

SOEFT.—¿Estás loco? ¿Qué es lo que te se va á ocurrir?

JETTER.—Es bastante atrocidad que se le ocurran á uno tales cosas. Cuando veo un pescuezo grande y hermoso, sin quererlo, se me viene al pensamiento: «¡buena decapitación!» ¡Malditas ejecuciones; no se pueden desear del magín! Cuando nadan los muchachos y veo una espalda desnuda, al momento se me ocurren á docenas las que he visto azotar. ¿Tropiezo con una buena panza? En seguida me figuro que la estoy viendo asar atada á un poste. Por la noche, en sueño, me se atazan todos los miembros; no tiene uno hora alegre.

Cualquier chanza, cualquiera diversión se olvida al momento. Las imágenes terroríficas parece que me las han impreso en la frente con un hierro candente.

Habitación de Egmont.

Mesa con papeles: el SECRETARIO se levanta impaciente.

SECRETARIO.—No acaba de venir, y hace dos horas que espero, con la pluma en la mano y el papel delante; precisamente hoy, que quería salir temprano. Parece que me arden las plantas de los pies; la impaciencia no me deja parar: «estad á la hora en punto» díjome antes de marchar, y luego no viene. Hay tanto que hacer, que no habré terminado antes de las doce de la noche. Verdad es que á veces hace la vista gorda; pero preferiría que fuese más riguroso y me soltase al tiempo justo; podría uno formar sus planes. ¡Del lado de la Regente hace ya dos horas que salió! ¿Quién sabe á quién habrá cogido en el camino?

EGMONT entra.

EGMONT.—¿Cómo anda eso?

SECRETARIO.—Yo estoy dispuesto, y tres correos aguardan.

EGMONT.—Te he hecho esperar mucho tiempo; ¿pones una cara lastimosa.

SECRETARIO.—En cumplimiento de vuestras órdenes, espero hace mucho tiempo. Aquí están los papeles.

EGMONT. — Doña Elvira va á incomodarse conmigo, si sabe que te he detenido.

SECRETARIO. — Os chanceáis.

EGMONT. — No, no; no te averguences; das pruebas de buen gusto. Es bonita y me parece muy bien que tengas en palacio una amiga. ¿Qué dicen las cartas?

SECRETARIO. — Muchas cosas y poco agradables.

EGMONT. — Por eso es bueno tener el gusto en casa y no necesitar que nos venga de fuera. ¿Han venido muchas?

SECRETARIO. — Bastantes, y aguardan tres correos.

EGMONT. — Dime lo más preciso.

SECRETARIO. — Todo es preciso.

EGMONT. — Ve diciendo, de prisa.

SECRETARIO. — El capitán Breda envía relación de lo que ha ocurrido en Gante y en las comarcas circunvecinas. El tumulto se ha calmado casi por completo.

EGMONT. — ¿Describe detalladamente atropellos y desacatos?

SECRETARIO. — Sí; muchos.

EGMONT. — Dispénsame de ellos.

SECRETARIO. — Han cogido á otros seis que derribaron en Verwick la imagen de la Virgen; pregunta si también los ha de ahorcar.

EGMONT. — Cansado estoy de tanta horca; que los azoten y los dejen ir.

SECRETARIO. — Dos son mujeres; ¿deben también azotarlas?

EGMONT. — Que las amonesten y que se vayan.

SECRETARIO. — Brink, de la compañía de Breda, desea

casarse; el capitán espera que no le daréis el consentimiento. Hay tantas mujeres con la tropa, dice, que si llegan á salir, más que una marcha de soldados parecerá aquello una tribu de gitanos.

EGMONT.—A éste tengo que permitírselo; es un guapo chico, que me lo pidió encarecidamente antes de mi salida; pero ya no lo consentiré nunca más, por muy doloroso que me sea privar de su mejor diversión á los pobres diablos, que tantas plagas tienen encima.

SECRETARIO.—Dos de vuestros hombres, Seter y Hart, han abusado de una tal Madel, hija de un posadero. La cogieron sola, y la moza no pudo defenderse.

EGMONT.—Si ella es muchacha honrada y le han hecho violencia, quiero que los apeleen tres días seguidos; y si tienen haberes, que se tome de ellos lo que sea preciso para formar su dote á la muchacha.

SECRETARIO.—Uno de los catequistas extranjeros, que fué secretamente á Comines, ha sido descubierto; jura que su idea era pasar á Francia. Según la ley, debe ser decapitado.

EGMONT.—Que lo pongan secretamente en la frontera, asegurándole que si viene segunda vez, no se volverá así.

SECRETARIO.—Una carta de vuestro recaudador. Dice que recoge poco dinero, y difícilmente podrá enviar, en la semana, la suma pedida; el tumulto ha causado la mayor confusión en todas las cosas.

EGMONT.—El dinero, que venga; vea él cómo puede reunirlo.

SECRETARIO.—Dice que hará cuanto le sea posible, y que, en último término, demandará á Raymond, que es vuestro deudor hace tanto tiempo, y lo hará prender.

EGMONT.—¿Pero si ha prometido pagar?

SECRETARIO.—La última vez fijó él mismo el plazo de quince días.

EGMONT.—Pues que se le den otros quince, y después que se proceda contra él.

SECRETARIO.—Hacéis bien; no le faltan posibles, sino buena voluntad. Ya tendrá ansia, por cierto, cuando vea que no va de broma. El recaudador dice después que quiere retener el estipendio de medio mes á los veteranos, á las viudas y algunos otros á quienes dáis pensiones. Entretanto, se podrá pensar lo más conveniente, y ellos, que se compongan.

EGMONT.—¿Cómo se han de componer? Esas gentes tienen más necesidad del dinero que yo. Déjeseles estar.

SECRETARIO.—Entonces, ¿de dónde mandáis que tome el dinero?

EGMONT.—Eso, que lo discurra él; en carta anterior ya se le ha dicho.

SECRETARIO.—Por eso hace proposiciones.

EGMONT.—Que no sirven. Tiene que idear otra cosa cualquiera; hacer proposiciones aceptables y, ante todo, procurarse dinero.

SECRETARIO.—He vuelto á poner aquí la carta del conde Oliva. Perdonad si os lo recuerdo. El anciano señor merece, antes que otro alguno, detallada respuesta.

Pensabais escribirle de vuestro puño y letra: ciertamente os ama como un padre.

EGMONT.—No puedo. Entre todas las cosas odiosas, no hay para mí nada más odioso que el escribir. Puesto que imitas tan bien mi letra, escríbele en nombre mío. Espero á Orange. Pero, aunque yo no lo haga, desearía que le pusieses algo bien tranquilizador acerca de sus escrúpulos.

SECRETARIO.—Decidme, poco más ó menos, vuestra idea. Voy á poner la contestación, y os la mostraré. Será escrita de manera que pase como de vuestra mano.

EGMONT.—Dame la carta. (Después de haberla recorrido con la vista.) ¡Bondadoso y honrado anciano! ¿Eras en tu mocedad tan circunspecto? ¿No escalaste nunca una muralla? ¿Quedábaste en las batallas donde la prudencia aconseja, detrás? ¡Buen previsor! Quiere mi felicidad y mi vida, sin comprender que ya está muerto aquel que quiere vivir seguro. Dile que esté sin cuidados, que obro como debo, que ya me cuidaré; que puede usar en mi favor de su influencia en la corte; que tenga la seguridad de mi completo agradecimiento.

SECRETARIO.—¿Nada más? ¡Oh! Él esperaba otra cosa.

EGMONT.—¿Qué más he de decir? Si quieres añadir más palabras, hazlo como te se antoje. Cuanto me dice gira sobre el mismo punto: que viva como no puedo vivir. Estar alegre, tomar ligeramente las cosas, vivir de prisa, esta es mi felicidad, y no la trueco por la seguridad de una bóveda mortuoria. No tengo en mis venas ni una gota de sangre del modo de ser español, ni gana

de modelar mis pasos por la nueva y cautelosa cadencia de la corte. ¿No he de gozar del momento presente, sólo para asegurarme del que le seguirá, y éste consumirlo de nuevo con inquietudes y manías?

SECRETARIO.—Señor: os suplico que no seáis tan duro y áspero con este buen caballero, ya que con todos los demás sois afable. Decidme una palabra de afecto que dé sosiego á vuestro noble amigo. Ved cuán atento está, con qué delicadeza os toca.

EGMONT.—Sí, pero toca siempre la misma cuerda. De antiguo sabe cuán odiosas me son estas amonestaciones. Inducen á errar, y para nada sirven. Si fuese yo sonámbulo y me pasease por el tejado más peligroso de la casa, ¿sería amistoso llamarme por mi nombre y avisarme, para que al despertar me matase? Dejen que cada uno siga su camino; ya sabrá guardarse.

SECRETARIO.—Bien parece en vos el no cuidaros; pero los que os conocen y os aman..

EGMONT.—¡Otra vez saca á colación historia antigua! Lo que hablamos y propusimos una noche, en el calor y la expansión que da el vino, y las consecuencias que sacaron y comentarios que de ello hicieron en todo el reino. ¡Bueno! Que hemos hecho coser en las mangas de nuestros lacayos gorros de cascabeles y sayos de locura, y que luego cambiamos estos adornos estrafalarios por haces de flechas, símbolo más peligroso aún para todos los que buscan significado en lo que nada significa. Estas locuras tuvieron origen, como todas, en un momento de broma y alegría. ¿Es culpa nuestra

que una esclarecida tropa, provista de alforjas y mote, elegido por ella misma, recordase con burlesca humildad al Rey sus deberes? Es más: ¿Puede considerarse alta traición una broma de Carnaval? ¿Hánsenos de tomar á mal los abigarrados girones con que la imaginación excitada y la osadía de la juventud se complace en cubrir la miserable desnudez de la vida? ¿Qué hay en ella, si sólo la tomamos por lo serio? ¿Si la mañana no nos despierta para goces nuevos; si la noche no nos hace esperar algún placer? ¿Vale la pena vestirse y desnudarse? ¿Acaso luce sobre mí hoy el sol, para que yo medite lo que pasó ayer y para adivinar y consolidar lo que no se adivina ni se consolida: el destino del día venidero? Dispénsame de estas consideraciones; dejémoslas á los estudiantes y á los cortesanos. Piensen ellos y discurren, anden y deslicense, lleguen hasta donde alcancen y atrapen lo que pudieren. Si de todo esto puedes utilizar alguna cosa, sin que tu epístola sea un libro, á mí me parecerá bien. Á todo da el buen viejo la mayor importancia. Así el amigo que ha tenido largo tiempo cogida nuestra mano, la estrecha con más fuerza antes de soltarla.

SECRETARIO.—¡Perdonadme! Al hombre que camina paso á paso, cáusale vértigo ver á otro pasar en carruaje á escape.

EGMONT.—¡Niño, niño, no sigas! Cual por invisibles espíritus fustigados, cruzan el tiempo los caballos del sol, llevándose el ligero carro de nuestro destino, y no nos queda otro recurso que, animados de valor, tener

bien firmes las riendas, y unas veces á la izquierda y otras á la derecha, desviar las ruedas, aquí de una piedra y allí de un precipicio. ¿Á dónde va? ¿Quién lo sabe; apenas se acuerda uno de dónde viene!

SECRETARIO.—¡Señor! ¡Señor!

EGMONT.—Estoy muy alto y puedo y debo subir más todavía. Tengo esperanza, valor y fuerza; aun no he llegado al punto culminante de mi crecimiento; y una vez en él, me sostendré firme y no trémulo. Si caigo, si el rayo, el huracán ó un paso dado en falso me arrojan al abismo, allí me encontraré con muchísimos más. Nunca me he esquivado de compartir con mis buenos compañeros de guerra, por pequeña ganancia, el lote sangriento. ¿Había de andar con nimiedades, cuando se trata del valor supremo de la vida?

SECRETARIO.—¡Oh, señor! ¡No sabéis qué palabras estáis diciendo! ¡Dios os tenga de su mano!

EGMONT.—Recoge tus papeles. Ya viene Orange. Despacha lo más necesario, para que salgan los correos antes que se cierren las puertas. Para lo otro hay tiempo. Quede la carta del conde hasta mañana. No dejes de visitar á Elvira y salúdala en mi nombre. Averigua cómo está la Regente; no debe estar bien, aunque lo oculta. (Vase el Secretario.)

ORANGE entra.

EGMONT.—Bienvenido, Orange. Me parecéis preocupado.

ORANGE.—¿Qué decís de nuestra conversación con la Regente?

EGMONT.—No he encontrado nada extraordinario en su manera de recibirnos. Ya la he visto así otras veces; me parece que no se encuentra del todo bien.

ORANGE.—¿No la habéis notado más reservada? En un principio aprobó tranquilamente nuestra conducta, con motivo del nuevo alboroto del pueblo; después, advirtió que, sin embargo, podía verse con luz falseada. Llevó luego la conversación á sus temas antiguos de costumbre: que si nunca se había hecho bastante justicia á sus procedimientos afectuosos, á su amistad por nosotros los neerlandeses; que si había obrado demasiado de ligero; que nada le podía salir como deseaba; que al fin y al cabo llegaría á cansarse; que era posible se decidiese el Rey á tomar otras medidas. ¿Lo habéis oído?

EGMONT.—No todo; estaba pensando en otra cosa. Es mujer, mi buen Orange, y ellas gustan de que todo se incline dócil bajo su yugo suave; que cada Hércules deponga la piel de león y aumente su círculo de hilanderas; como tienen inclinaciones pacíficas, querrían que la fermentación que se apodera de un pueblo, la tempestad que levanta poderosas rivalidades, unas contra otras, todo cediese con una de sus palabras amables, uniéndose los elementos más opuestos en dulce concordia á sus pies. Ella está en este caso, y como no puede llevar las cosas al punto apetecido, no encuentra otro camino que volverse caprichosa, quejarse de ingratitud y de imprudencias, pronosticar pavorosas perspectivas

del porvenir, y amenazar con que... quiere marcharse.

ORANGE.—¿Y no crees que pueda ahora ejecutar su amenaza?

EGMONT.—¡Nunca! ¡Cuántas veces la he visto ya preparada para el viaje! ¿Á dónde ha de ir? Aquí es gobernadora, es Reina. ¿Creéis que la divertiría devanar el hilo de una existencia insignificante en la corte de su hermano, ó irse á Italia y ceñirse á un círculo de antiguas relaciones de familia?

ORANGE.—No os parece posible esta determinación, porque la habéis visto contemporizar; la habéis visto retroceder. Sin embargo, persiste en ella, y nuevas circunstancias pueden decidirla. ¿Si ella se fuese y el Rey mandase á otra persona?

EGMONT.—Vendría y hallaría qué hacer. Traería grandes planes, proyectos é ideas para enderezarlo, someterlo y sujetarlo todo, y hoy tendría que ocuparse en esta pequeñez, mañana en la otra, pasado mañana tropezaría con aquel estorbo. Pasaría un mes haciendo proyectos; otro doliéndose de sus fracasadas empresas; medio año entretenido con el cuidado de una sola provincia. El tiempo se le pasaría; devanaríase los sesos, y las cosas seguirían su curso, como antes. Y puesto que en vez del anchuroso mar, sólo tendría para navegar la línea recta, podría dar gracias á Dios, si en la borrasca libraba su barca de los escollos.

ORANGE.—¿Y si aconsejasen al Rey que hiciese una prueba?

EGMONT.—¿Y qué prueba sería esa?

ORANGE.—Ver lo que podría acometer un cuerpo sin cabeza.

EGMONT.—¿Cómo?

ORANGE.—Egmont, muchos años hace que, con el mayor interés, estudio nuestros asuntos. Siempre estoy como si jugara al ajedrez, y no tengo por insignificante ninguna jugada del contrario. Así como ciertos hombres ociosos se ocupan, con la mayor atención, en los secretos de la naturaleza, yo considero el deber, la vocación de un príncipe, conocer los designios, las ideas de todos los partidos. Tengo motivos para temer un rompimiento. El Rey viene hace mucho tiempo obrando de acuerdo con ciertos principios; ve que no le dan resultados. ¿Hay nada más natural que trate de buscar este resultado por otro camino?

EGMONT.—No lo creo. Cuando un hombre se hace viejo y ha hecho tantas pruebas, sin conseguir poner en orden nada en el mundo, concluye por cansarse.

ORANGE.—Una cosa hay que no ha probado.

EGMONT.—¿Cuál?

ORANGE.—Tratar con miramientos al pueblo y perder á los príncipes.

EGMONT.—¿Cuántos hay que vienen temiendo eso hace tiempo! ¡No hay cuidado!

ORANGE.—Antes me inspiraba cuidado; poco á poco el cuidado se convirtió en sospecha; ahora, es certidumbre.

EGMONT.—¿Pero tiene el Rey servidores más fieles que nosotros?

ORANGE.—Servímosle á nuestra manera; y acá entre los dos, podemos confesar que sabemos equilibrar bien los derechos del Rey con los nuestros.

EGMONT.—¿Y quién no lo hace? Somos sus súbditos y estamos prontos á servirle, en aquello que le es debido.

ORANGE.—¿Pero si él se atribuye más, y llama deslealtad á lo que nosotros llamamos mantener nuestros derechos?

EGMONT.—Nos defenderíamos. Que convoque á los caballeros del Toisón y nos dejaremos juzgar.

ORANGE.—¿Y si hubiera sentencia antes de la información, castigo antes de la sentencia?

EGMONT.—Sería una injusticia, de la cual Felipe nunca se hará reo, y un desatino de que no creo capaz ni á él ni á sus consejeros.

ORANGE.—¿Y si fuesen injustos é insensatos?

EGMONT.—No, Orange, no es posible. ¿Quién había de ser osado á poner su mano en nosotros? Prendernos, sería empeño infructuoso y perdido. No; no se atreven á izar tan alto el pendon de la tiranía. El soplo que extendiese esta noticia por el país, produciría pavoroso incendio. ¿Qué sacarían con eso? El Rey solo, no puede juzgarnos ni condenarnos. ¿Haríanse nuestros asesinos? No pueden quererlo. Al instante el pueblo se uniría en liga tremenda, declarando violentamente odio al nombre español y separación eterna.

ORANGE.—En cuyo caso las llamas alzaríanse sobre nuestra tumba, y la sangre de nuestros enemigos co-

rrería cual inútil víctima expiatoria. Pensémoslo bien, Egmont.

EGMONT.—¿Y cómo podrían?

ORANGE.—Alba está en camino.

EGMONT.—No lo creo.

ORANGE.—Lo sé.

EGMONT.—La Regente nada parecía saber.

ORANGE.—Eso me convence más. La Regente le hará sitio, conozco sus disposiciones sanguinarias, y trae consigo un ejército.

EGMONT.—Para gravar de nuevo las provincias. Grande será el descontento del pueblo.

ORANGE.—Asegurarán las cabezas.

EGMONT.—¡No! ¡No!

ORANGE.—Vayámonos cada uno á su provincia, y allí, fortifiquémonos: no ha de comenzar por la fuerza abiertamente.

EGMONT.—¿No hemos de saludarle á su llegada?

ORANGE.—Nos demoramos.

EGMONT.—¿Y si al llegar exige, en nombre del Rey, que nos presentemos á él?

ORANGE.—Buscaremos subterfugios.

EGMONT.—¿Y si nos apremia?

ORANGE.—Nos disculparemos.

EGMONT.—¿Y si se obstina?

ORANGE.—Entonces, vendremos menos.

EGMONT.—Y se declara la guerra y somos rebeldes. Orange: no os dejéis seducir por la prudencia, que bien sé no es el miedo el que os hace retiraros. Reflexionad.

ORANGE. —He reflexionado.

EGMONT. —Ved, si os equivocáis, que os hacéis culpable de la más desastrosa guerra que jamás haya asolado un país. Vuestra retirada es la señal que llama las provincias á las armas, que justifica todas las crueldades, para lo cual España siempre se agarra á cualquier pretexto. A un signo vuestro, vais á poner en la confusión más tremenda lo que por tanto tiempo, y á costa de tanto trabajo, tuvimos apaciguado. Pensad en las ciudades, en la nobleza, en el pueblo, en el comercio, en la agricultura, en la industria, y pensad en el saqueo y en el asesinato. El soldado, en el campo de batalla, ve sereno caer á sus compañeros al lado suyo; pero cuando contempléis horrorizado bajar por el río los cadáveres de paisanos, niños y doncellas, no sabréis cuál es la causa que defendéis, puesto que ha arruinado á aquellos por cuya libertad empuñasteis las armas. Y qué será, cuando en silencio tengáis que confesaros: «¡las empuñé por mi seguridad!»

ORANGE. —No somos personalidades aisladas, Egmont. Si parece bien que nos prodiguemos por mil, parecerá igualmente bien que nos reservemos por mil.

EGMONT. —El que se reserva se hace sospechoso á sí mismo.

ORANGE. —Quien se conoce á sí mismo, puede ir adelante ó atrás, con toda seguridad

EGMONT. —El mal que teméis, lo provocáis con vuestra acción.

ORANGE. —Prudente es y atrevido provocar lo inevitable.

EGMONT.—En peligro tan grande, la más ligera esperanza debe tenerse en cuenta.

ORANGE.—Ya no tenemos sitio para el más leve paso; ante nosotros está el abismo en seco.

EGMONT.—¿Es el favor del Rey tan escaso terreno?

ORANGE.—Escaso no, pero sí resbaladizo.

EGMONT.—¡Por Dios, que no se le hace justicia! No puedo sufrir que se piense indignamente de él; es el hijo de Carlos, é incapaz de toda baja.

ORANGE.—Los reyes no hacen bajas.

EGMONT.—Se le debería conocer.

ORANGE.—Precisamente este conocimiento nos aconseja no aguardar una prueba peligrosa.

EGMONT.—Ninguna prueba es peligrosa para el que tiene el valor de afrontarla.

ORANGE.—Estáis irritado, Egmont.

EGMONT.—Yo necesito ver por mis propios ojos.

ORANGE.—¡Oh! ¡Que no veas esta vez sólo por los míos! ¡Te figuras que ves porque los has abierto! Yo me voy; ¡aguarda, pues, la llegada de Alba, y que Dios sea contigo! Quizá te salve mi retirada; quizá el dragón crea que no ha encontrado nada, si no nos engulle á los dos; quizá aplace su proyecto para ejecutarlo con más seguridad, y tal vez, entre tanto, verás las cosas como son. Pero cuando ese momento llegue, ¡pronto pronto, ponte en salvo! ¡Adiós! Que no descansen tu atención: fijate en cuántos hombres trae consigo, cómo ocupa la ciudad, qué poder le queda á la Regente, cuál es la actitud de nuestros amigos. Dame noticias... ¡Egmont!...

EGMONT.—¿Qué quieres?

ORANGE.—¡Déjate convencer! ¡Ven conmigo!

EGMONT.—¿Cómo! ¿Lágrimas, Orange?

ORANGE.—Llorar á un amigo perdido, es acto varonil.

EGMONT.—¿Me consideras perdido?

ORANGE.—¡Lo estás! Piensa en ello; todavía te queda un plazo corto. ¡Adiós! (Vase.)

EGMONT.—(Solo.) ¡Que han de ejercer tanta influencia las ideas de los demás en nosotros! Nunca me había sucedido, pero este hombre me ha contagiado con sus temores... ¡Afuera!... Esto es una gota extraña en mi sangre, que la buena naturaleza desecha. Para desarraigar mi frente hay todavía un medio gratisimo.

ACTO TERCERO

Palacio de la Regente.

MARGARITA DE PARMA

¡Debía haberlo sospechado! El que vive metido en el trabajo y la fatiga piensa que hace siempre cuanto es posible; y el que mira y manda de lejos, se figura que sólo pide lo posible... ¡Oh, los Reyes! Jamás hubiera creído que esto me había de causar tal disgusto. ¡Hermosa cosa es mandar... y abdicar!... No sé cómo mi padre pudo hacerlo, y sin embargo, ¡yo lo haré también!

Áparece MAQUIAVELO en el fondo.

REGENTE.—Acércate Maquiavelo; estoy pensando en la carta de mi hermano.

MAQUIAVELO.—¿Puedo saber lo que contiene?

REGENTE.—Tan delicada atención hacia mi persona, como solicitud por sus Estados. Celebra la firmeza, la sabiduría y la lealtad con que, hasta aquí, he velado por los derechos de Su Majestad en esta tierra. Compadéce-me por lo mucho que me da que hacer este pueblo indomable. Está tan plenamente convencido de mi penetración de miras, tan extraordinariamente satisfecho de mi

proceder, que casi me atrevo á juzgar la carta demasiado lindamente escrita para un rey; para un hermano, ni que decir tiene.

MAQUIAVELO.—No es esta la primera vez que os ha demostrado su legítima satisfacción.

REGENTE.—Pero sí la primera en que es figura retórica.

MAQUIAVELO.—No os entiendo.

REGENTE.—Ya lo entenderás. Pues él piensa, después de esta introducción, que sin hombres, sin un pequeño ejército, yo siempre haré aquí malísima figura. «Hemos hecho mal, dice, en sacar por las quejas de los habitantes nuestros soldados de las provincias»; piensa que la ocupación, pesando al ciudadano sobre la nuca, le impide dar grandes saltos.

MAQUIAVELO.—Eso excitaría sobremanera los ánimos.

REGENTE.—Pero el rey piensa... ¿entiendes?... Piensa que un general hábil, uno de esos que no aceptan razones, daría cuenta muy pronto del pueblo, de la nobleza, de los burgueses y de los paisanos; y, por consecuencia, envía, con un fuerte ejército al, duque de Alba.

MAQUIAVELO.—¡Alba!

REGENTE.—¿Te admiras?

MAQUIAVELO.—Decís: envía. Es decir, que pregunta si ha de enviar.

REGENTE.—El Rey no pregunta; envía.

MAQUIAVELO.—Váis, pues, á tener á vuestro servicio un guerrero experimentado.

REGENTE.—¿A mi servicio? Habla con franqueza, Maquiavelo.

MAQUIAVELO.—No quisiera anticiparme á vos.

REGENTE.—Y yo quisiera disimulármelo. ¡Lo siento, lo siento mucho! Preferiría que mi hermano dijese su pensamiento, á que firme epístolas oficiales escritas por un secretario de Estado.

MAQUIAVELO.—¿No sería bueno reflexionar?

REGENTE.—Los conozco por dentro y por fuera. Quieren deshacerse de nosotros, y como no lo hacen por sí mismos, ponen su confianza en cualquiera que viene con la escoba en la mano. ¡Oh, paréceme estar viendo al Rey y á sus consejeros bordados sobre este tapiz!

MAQUIAVELO.—¿Tan al vivo?

REGENTE.—Sin faltar un punto. Hay entre ellos buenos hombres. El honrado Rodrigo, tan instruído y moderado, no alcanza mucho; pero no deja caer nada. Alonso el recto; el laborioso Freneda; el firme Las Vargas y algunos otros que van con ellos, cuando domina el buen partido. En cambio, está el toledano, de hundidos ojos, frente de bronce y mirada de fuego, murmurando entre dientes contra la flaqueza femenina y sus concesiones; diciendo que las mujeres pueden montar un caballo amaestrado, pero que son muy malas domadoras. Y otras bromas por el estilo, que en otro tiempo tuve que aguantar de los señores políticos.

MAQUIAVELO.—¡Buena paleta de colores habéis elegido para vuestro cuadro!

REGENTE.—Asegúrote, Maquiavelo, que en todos los matices no hay un pardo tan sombrío, ni hiel tan negra como la fisonomía de Alba, y como los tonos que usa

en sus pinturas. Para él, todos son blasfemos de Dios, todos ultrajan al Rey, y en este capítulo á todos se les puede enrodar, empalar, descuartizar y quemar. El bien que aquí he hecho, visto de lejos, no parece nada, precisamente porque es bien. En cambio, se agarra á cada una de las algaradas que han pasado, recuerda cada tumulto que se apaciguó, y pone todo á los ojos del Rey tan lleno de motines, sublevaciones y temeridades, que al Rey se le figura que aquí se están devorando unos á otros, cuando hace mucho tiempo hemos olvidado ya esas rápidas y pasajeras incivildades de un pueblo brusco. Así es que cobra á estas pobres gentes el aborrecimiento más profundo. Hacéñsele odiosas, considéralas como animales monstruosos, y piensa que se contiene á los hombres á sangre y fuego.

MAQUIAVELO.—Me parece que estáis muy dura; lo tomáis con demasiada viveza. ¿No quedáis de Regente?

REGENTE.—¡Conozco esas cosas! Traerá sus instrucciones. Soy bastante vieja en los negocios de Estado, para saber cómo se quita de enmedio á una persona sin retirarles su comisión. Presentará instrucciones indeterminadas y oscuras, y se irá apoderando de todo, porque tiene la fuerza. Si me quejo, pretestará instrucciones secretas; si pido verlas, me irá entreteniéndome; si persisto, me enseñará un papel que contenga otra cosa distinta, y si no me conformo, será como si se lo contase al aire. Entretanto, habrá ejecutado aquello que yo temía, y alejado indefinidamente lo que era objeto de mis deseos.

MAQUIAVELO.—¡Quisiera poder contradeciros!

REGENTE.—Con su dureza y sus crueldades, volverá á irritar lo que, á fuerza de paciencia, había yo apaciguado. Con mis propios ojos veré destruída mi obra, y sobre esto, tendré que cargar con culpas tuyas.

MAQUIAVELO.—Eso puede esperarlo con seguridad vuestra alteza.

REGENTE.—Tengo bastante dominio sobre mí para contenerme. Que venga; yo le dejaré el sitio de la mejor manera posible, antes que me eche.

MAQUIAVELO.—¿Y vais á dar, tan pronto, paso de tanta importancia?

REGENTE.—Más difícil es de lo que piensas. Cuando tenemos costumbre de mandar; cuando hemos tenido cada día en nuestras manos el destino de miles de hombres, bajamos del trono como para ir al sepulcro. Pero antes eso, que permanecer como una sombra entre los vivos, queriendo conservar, por vana apariencia, un puesto que posee y del cual goza otro, que nos ha sustituido.

Casa de Clarita.

CLARITA y su madre.

MADRE.—Amor como el de Brackemburgo, no lo he visto jamás; creí que no existía sino en las historias de héroes.

CLARITA.—(Se pasea por la habitación, cantando á media voz.)

Sólo es feliz
La que adora.

MADRE.—Sospecha tus relaciones con Egmont, y sin embargo, creo que si le tratases con un poco de afecto, queriendo tú, se casaría contigo.

CLARITA (canta).—En la alegría,
En el duelo,
En la agonía,
En la gloria,
En la duda,
En la miseria;
Pensativa,
Soñadora,
Sólo es feliz
La que adora.

MADRE.—Deja ese estribillo.

CLARITA.—No me lo desprecies; es una canción muy eficaz; con ella he dormido muchas veces á un niño grande.

MADRE.—No tienes en la cabeza más que tu amor; todo lo olvidas por una cosa sola. Dígame que deberías tener en mucha estimación á Brackemburgo. Aun puede algún día hacerte feliz.

CLARITA.—¿Él?

MADRE.—¡Oh! ¡Si! Llega un tiempo... Las jóvenes no prevéis, ni dais oídos á nuestra experiencia. La juventud, el amor bellissimo, todo tiene su término, y llega un tiempo en que da uno gracias á Dios, si tiene un rincón donde esconderse.

CLARITA (se estremece, se calla y se sobresalta).—¡Madre, dejad que el tiempo llegue como la muerte; pensarlo por anticipado es espantoso! Cuando venga, cuando no tengamos otro remedio, ya nos esconderemos como podamos. ¡Egmont! ¡Vivir sin ti! (llorando). ¡No es posible! ¡No es posible!

Entra EGMONT embozado y con el sombrero echado sobre las cejas.

EGMONT.—¡Clarita!

CLARITA (da un grito y se echa atrás).—¡Egmont! (Corre á él presurosa.) ¡Egmont! (Le abraza y apoya la cabeza en su pecho). ¡Oh mi bueno, mi amado, mi dulce Egmont! ¿Vienes? ¿Estás aquí?

EGMONT.—Buenas noches, madre.

MADRE.—¡Dios os guarde, noble señor! Mi niña estaba casi muerta porque tardábais en venir. Todo el día se lo ha pasado hablando de vos y cantando cosas vuestras.

EGMONT.—¿Me daréis de cenar?

MADRE.—Sería una honra demasiado grande si tuviésemos algo que daros.

CLARITA.—¿De veras? No hay cuidado, madre. Ya he

puesto yo mano en ello; lo he preparado todo; ¡no me descubráis, madre!

MADRE.—Una pobre cena.

CLARITA.—¡Eso ya se verá! Además, me pongo á pensar: «Cuando está él á mi lado, yo no tengo pizca de hambre; por consiguiente, él no debe tener gran apetito cuando está al lado mío.»

EGMONT. ¿Tú crees? (Clarita da con el pie en el suelo y se vuelve.) ¿Qué te pasa?

CLARITA.—¡Cómo estáis hoy tan frío! ¡Todavía no me habéis pedido un beso! ¿Por qué tenéis los brazos envueltos en la capa, como una criatura en mantillas? No le está bien á un soldado, y amante por añadidura, tener los brazos sujetos.

EGMONT.—Según y conforme, queridita, según y conforme. Cuando el soldado está en acecho y por astucia quiere conseguir algo del enemigo, se cruza de brazos y madura su proyecto. Y un amante...

MADRE.—¿No queréis sentaros y descansar? Voy á la cocina; Clarita no piensa en nada cuando estáis aquí. Tenéis que dispensar.

EGMONT.—El mejor condimento es vuestra buena voluntad.

CLAITA.—Y entonces mi amor, ¿qué será?

EGMONT.—Todo lo que tú quieras.

CLARITA.—Compáralo con algo si tienes valor.

EGMONT.—Ante todo, de este modo. (Arroja la capa y se queda en espléndido traje).

CLARITA.—¡Oh, Dios!

EGMONT.—Ahora tengo los brazos libres. (La abraza.)

CLARITA.—Soltad, que os descomponéis. (Se echa atrás.)
¡Qué cosa tan magnífica! ¡No me atrevo á tocaros!

EGMONT.—¿Estás contenta? Te había prometido venir una vez vestido á la española.

CLARITA.—Hace mucho tiempo que no os lo he vuelto á pedir; pensé que no queríais... ¡Ah! ¡Y el Toisón de oro!

EGMONT.—Ya lo ves ahora.

CLARITA.—Este te lo puso al cuello el Emperador.

EGMONT.—Si, niña; y esta cadena y esta condecoración dan, á quien los lleva, los más nobles privilegios. Yo no reconozco en la tierra otro juez de mis acciones que el gran maestro de la orden, con todos los caballeros reunidos en Capítulo.

CLARITA.—¡Oh, tú podrías dejarte juzgar por el mundo entero! El terciopelo es magnífico, y el oro, y el bordado. No se sabe por dónde principiar.

EGMONT.—Míralo todo á tu gusto.

CLARITA.—¡El Toisón de oro! Una vez me contasteis su historia, y dijisteis: «Es una insignia grande y preciosa, que cuesta mucho trabajo ganarla y merecerla.» Es muy valiosa. Puedo compararla con tu amor, que llevo también en mi pecho... Y después de todo...

EGMONT.—¿Qué quieres decir?

CLARITA.—Después de todo... no se parecen.

EGMONT.—¿Por qué?

CLARITA.—Yo no lo he ganado con trabajo, yo no lo he merecido.

EGMONT.—En el amor sucede todo lo contrario; tú lo mereces, porque no lo has pretendido. Y la mayor parte de las veces, sólo lo obtienen aquellos que no lo han buscado.

CLARITA.—¿Lo dices por ti? ¿Has hecho esa orgullosa observación sobre tu propia persona? ¿Tú, á quien todo el pueblo adora?

EGMONT.—¡Si hubiese hecho algo por ellos! ¡Si pudiese hacer algo en su favor! Me quieren, por su buena voluntad.

CLARITA.—Por supuesto, hoy habrás hablado con la Regente.

EGMONT.—He estado á verla.

CLARITA.—¿Estás bien con ella?

EGMONT.—Así parece al menos. Somos mutuamente amables y serviciales.

CLARITA.—¿De corazón?

EGMONT.—La quiero bien. Tenemos cada uno nuestras miras propias, pero esto no importa nada. Es una excelente mujer, conoce el mundo, y sería bastante penetrante si no fuera desconfiada. Yo le doy mucho que hacer, porque detrás de mi conducta busca siempre secretos, y no hay ninguno.

CLARITA.—¿Ninguno absolutamente?

EGMONT.—¡Eh! Siempre hay una pequeña reserva. Todos los vinos, con el tiempo, dejan en los toneles tártaro. Orange es para ella una pesadilla todavía mayor, y un problema constantemente nuevo. Ha cobrado fama de estar siempre tramando algo en secreto, y por eso

observa ella su frente, para saber lo que podrá pensar, y sus pasos, para calcular á donde podrán dirigirse.

CLARITA.—¿Es disimulada?

EGMONT.—¿Y lo preguntas siendo Regente?

CLARITA.—Perdona; quise preguntar si es falsa.

EGMONT.—Ni más ni menos que todo el que quiere conseguir sus fines.

CLARITA.—Yo en el mundo no me hallaría; pero ella tiene espíritu varonil, es otra clase de mujer que nos-
otras, las que cosemos y guisamos. Es grande, animosa, decidida.

EGMONT. Sí, mientras la cosa no se complica del todo. Esta vez está un poco desconcertada.

CLARITA.—¿Cómo es eso?

EGMONT.—También tiene su poquito de bigote y algunas veces su ataque de gota. Es una verdadera amazona.

CLARITA.—Es majestuosa; miedo me daría presentarme delante de ella.

EGMONT.—Tú, sin embargo, no eres tímida. No será miedo, sino rubor juvenil. (Clarita baja los ojos, coge su mano y se inclina hacia él.) Te comprendo querida niña, puedes alzar los ojos. (Se los besa.)

CLARITA.—Déjame callar y tenerte cogido, y mirar tus ojos y encontrar en ellos todo: consuelo y esperanza, y alegría y pena. (Le abraza mirándole con fijeza.) ¡Dime! ¡Dime! Yo no comprendo... ¿Eres Egmont? ¿El conde Egmont? ¿El grande Egmont, que hace tanto ruido, de quien las gacetas hablan y las provincias están pendientes?

EGMONT.—No, Clarita, no soy ese.

CLARITA.—¿Cómo?

EGMONT.—Mira, Clarita, dejame que me sienta. (Se sienta, ella se arrodilla á sus pies en un escabel, colocando sobre su regazo los brazos, y mirándole de hito en hito.) Aquel es un Egmont deshumorado, tieso, frío, que está siempre sobre sí, y tiene que poner unas veces esta cara y otras la otra; cuando le creen alegre y gozoso, está molesto, desconocido, embrollado. Querido por un pueblo, que no sabe lo que quiere; honrado y ensalzado por una muchedumbre, con la cual no se puede contar; rodeado de amigos, en quienes no se atreve á confiar; observado por hombres que por todos los medios quieren tener algo por donde cogerle; trabajando y fatigándose sin objeto y la mayor parte de las veces sin recompensa... ¡Oh! ¡Deja que pase en silencio lo apenado, lo desalentado que está! Pero éste, Clarita, que está tranquilo, que es expansivo, feliz, amado y conocido por el más hermoso de los corazones, que también conoce y con entero amor y confianza estrecha contra el suyo... (la abraza) ¡este es tu Egmont!

CLARITA.—Pues mira, déjame morir. Después de ésta, el mundo no tiene alegrías.

ACTO CUARTO

La calle.

JETTER y MAESTRO CARPINTERO

JETTER.—¡Eh! ¡pst! ¡Eh, vecino! ¡Una palabra!

MAESTRO CARPINTERO.—Sigue tu camino y ve tranquilo.

JETTER.—Una palabrita sola. ¿No hay nada de nuevo?

MAESTRO CARPINTERO.—Nada, sino que de nuevo se nos prohíbe hablar.

JETTER.—¿Cómo?

MAESTRO CARPINTERO.—Acércate aquí á esta casa ¡Cuidado! El duque de Alba, á raíz de su llegada, dió una orden en virtud de la cual, dos ó tres hombres que se reunan en el medio de la calle son declarados, sin más forma de proceso, reos de alta traición.

JETTER.—¡Misericordia!

MAESTRO CARPINTERO.—Está prohibido, bajo pena de prisión perpetua, hablar de las cosas del Estado.

JETTER.—¡Oh, nuestras libertades!

MAESTRO CARPINTERO.—Y no se pueden censurar los actos del gobierno, bajo pena de muerte.

JETTER.—¡Oh, nuestras cabezas!

MAESTRO CARPINTERO.—Y se invita con grandes promesas á los padres, madres, hijos, parientes, amigos y criados á que denuncien, ante el tribunal especial establecido, cuanto pase en el interior de las casas.

JETTER.—Vámonos á la nuestra.

MAESTRO CARPINTERO.—Y prométeseles á los obedientes que no sufrirán daño alguno, ni en sus cuerpos, ni en su honra, ni en sus bienes.

JETTER.—¡Qué bondad! Por algo me sentí yo disgustado en el momento de entrar el duque en la ciudad. Desde entonces paréceme que el cielo está cubierto con un velo negro, y cuelga tanto, que todos tenemos que agacharnos para no tropezar en él.

MAESTRO CARPINTERO.—¿Y qué te han parecido sus soldados? ¡Diantre, estos no son los de costumbre!

JETTER.—¡Ah! El corazón se oprime cuando se ve venir una compañía por la calle abajo, tiesos como cirios, con las miradas fijas, todos á un mismo paso. Y cuando están de centinela y se pasa por delante, parece que le quieren traspasar á uno con la mirada. Y es su aspecto tan seco y gruñón, que parécenos ver en cada esquina un carcelero; no me gustan nada. Nuestra milicia sí que era alegre. Ellos se tomaban sus libertades; se ponían con sus piernas abiertas, su sombrero sobre la oreja; vivían y dejaban vivir. Pero estos bribones son como máquinas, con el diablo dentro.

MAESTRO CARPINTERO.—Cuando alguno de ellos grita: ¡Alto! y apunta, ¿crees tú que se detiene alguien?

JETTER.—Yo, me quedaría muerto.

MAESTRO CARPINTERO.—Vámonos á nuestra casa.

JETTER.—Esto no va bien. ¡Adiós!

Sale SOEFT.

SOEFT.—¡Amigos, compañeros!

MAESTRO CARPINTERO.—¡Cállate, y déjanos!

SOEFT.—¿Sabéis?

JETTER.—Demasiado.

SOEFT.—Se ha ido la Regente.

JETTER.—Entonces, ¡Dios nos favorezca!

MAESTRO CARPINTERO.—¡Ella aun nos sostenía!

SOEFT.—Fué de repente y callandito; no podía avenirse con el duque; mandó á decir á la nobleza que volvería, pero nadie lo cree.

MAESTRO CARPINTERO.—¡Dios perdone á la nobleza, que nos ha dejado echar al cuello este nuevo yugo, habiendo podido evitarlo! ¡Adiós nuestros privilegios!

JETTER.—¡Por amor de Dios, no habléis de privilegios! Husmeo tufillo de día de ejecución; el sol no quiere salir, y la niebla tiene mal olor.

SOEFT.—También Orange se ha marchado.

MAESTRO CARPINTERO.—¿Es decir, que todos nos han abandonado?

SOEFT.—Todavía está aquí el conde Egmont.

JETTER.—¡Gracias sean dadas á Dios, y fortalezcanle todos los santos, para que haga lo que mejor sea posible; es el único que puede algo!

VANSEN llega.

VANSEN.—Por fin encuentro un par de hombres que todavía no se han escondido.

MAESTRO CARPINTERO.—Hacednos la gracia de seguir vuestro camino.

VANSEN.—No sois cortés.

MAESTRO CARPINTERO.—No está el tiempo para cortesías. ¿Sentís todavía comezón en las espaldas? ¿Estáis ya curado?

VANSEN.—¡Preguntar á un soldado por su herida! Si yo me fuese á parar en unos cuantos palos más ó menos, no habría llegado á nada.

JETTER.—La cosa puede hacerse más seria.

VANSEN.—Parece que la borrasca que se está armando os hace sentir en los miembros cierta torpeza lastimosa.

MAESTRO CARPINTERO.—Tus miembros sí que se desentumecerán en otra parte, si no te estás tranquilo.

VANSEN.—¡Miserables ratoncillos, que se desalientan en el momento en que el amo de la casa se procura un gato nuevo! Hay una pequeña diferencia, eso es todo. Pero no os dé cuidado; hemos de ir saliendo adelante poco á poco, antes como después.

MAESTRO CARPINTERO.—Eres un pillo atrevido.

VANSEN.—Compadre necio, deja hacer al duque. El gato viejo está como si en lugar de ratones hubiese comido demonios, y no los pudiese digerir. Deja á éste; también ha de necesitar, como los demás hombres, co-

mer, beber y dormir. A mí no me da cuidado, si sabemos tomar bien el tiempo. Al principio va muy de prisa; más tarde, reflexionará que se pasa mejor vida en la despensa, debajo de los tocinos y descansando por la noche, que atrapando simples ratoncillos en el campo. ¡Bah, conozco á los gobernantes!

MAESTRO CARPINTERO.—¡Qué cosas se le ocurren á este hombre! Si yo en mi vida hubiese dicho algo parecido, no me tendría por seguro un solo momento.

VANSEN.—No tengas cuidado. ¡Dios, en el cielo, no se ocupa de nosotros los pobres gusanos, ¡cuanto y más el gobernador!

JETTER.—¡Blasfemo!

VANSEN.—De algunos sé yo, á quienes vendría mejor tener sangre de sastre, que valor de héroes.

MAESTRO CARPINTERO.—¿Qué queréis decir con eso?

VANSEN.—¡Hum! Me refiero al conde.

JETTER.—¡Egmont! ¿Y qué puede temer?

VANSEN.—Soy un pobre diablo y no tengo para vivir un año entero lo que él desperdicia en una noche, y, sin embargo, podría darme su renta de todo un año por tener mi cabeza un sólo cuarto de hora.

JETTER.—Te tienes por muy sabido y muy leído; los cabellos de Egmont son más cuerdos que tu seso.

VANSEN.—¡Vos lo decís! Pero no más agudos. Los señores son los primeros que se engañan. ¡Que no se fíe!

JETTER.—¡Qué gana de charlar! ¡Un señor como ese!

VANSEN.—¡Precisamente, porque no es un sastre!

JETTER.—¡Mala lengua!

VANSEN.—Yo le desearía, durante una hora, vuestro coraje en el cuerpo, para que le quitase la tranquilidad y le diese tal comezón y cosquilleo, que le obligase á salir de la ciudad.

JETTER.—Habláis sin juicio; está aquí tan seguro como las estrellas en el cielo.

VANSEN.—¿No has visto nunca correr una y desaparecer?

MAESTRO CARPINTERO.—¿Pero quién se había de meter con él?

VANSEN.—¿Quién? ¿Lo impedirías tú? ¿Promoverás una sublevación, si lo cogieran preso.

JETTER.—¡Ah!

VANSEN.—¿Expondríais por él vuestras costillas?

SOEFT.—¡Eh!

VANSEN (haciéndoles burla).—¡Ih! ¡oh! ¡uh! Haced exclamaciones con todo el alfabeto. ¡Dios le tenga de su mano!

JETTER.—¡Me asombra vuestro descaro! ¿Qué ha de tener que temer un hombre tan noble y tan justificado?

VANSEN.—El malo en todas partes lleva ventaja. En el banquillo del acusado se burla del juez; en la silla del juez, se complace en hacer del acusado un delincuente. Yo tuve que copiar una vez un proceso, donde el juez instructor recibió de la corte alabanzas y dinero en grande, por haber hecho, con su interrogatorio, un bribón de un hombre honrado, pobre diablo á quien se tenía ojeriza.

MAESTRO CARPINTERO.—Esa es otra mentira que aca-

báis de urdir. ¿Qué pueden hacer declarar á un hombre que es inocente?

VANSEN.—¡Oh, cabeza de parda! Cuando no hay nada que sacar de un interrogatorio, se mete en él lo preciso. La honradez hace imprudentes y también arrogantes. Principian por preguntarles con dulzura, y el preso, orgulloso de lo que llama su inocencia, dice precisamente todo lo que un hombre sensato ocultaría. Sobre sus respuestas hace el inquisidor nuevas preguntas, acechando la más pequeña contradicción que pueda aparecer. Tiende entonces su red y deja suelto al pobre majadero, que, unas veces aquí dice demasiado, y otras allí demasiado poco; ó bien, Dios sabe por qué manía, calla una circunstancia, y al fin y á la postre concluye por dejarse amedrentar. Entonces estamos en el camino derecho. Y yo os aseguro que no busca la pordiosera con más cuidado de entre las basuras trapos viejos, que uno de estos fabricantes de bribones las circunstancias pequeñas, capciosas, desordenadas, desencajadas, borrosas, mutiladas, refutadas, con las cuales se ingenia y construye al fin un espantapájaros para ahorcar, al menos en efigie, al acusado. Y el pobre diablo puede dar gracias á Dios si se encuentra en estado de verlo colgar.

JETTER.—¡Vaya una lengua afilada!

MAESTRO CARPINTERO.—Con las moscas, todo puede pasar; pero las avispas se burlan de vuestras telas de araña.

VANSEN.—Eso, según las arañas sean. Mirad: este

duque tan largo tiene aspecto de araña crucera; no de las de vientre gordo, que son menos dañinas, sino de las de patas largas y cuerpo flaco, que nunca el cebo las engorda y tejen un hilo tan tenaz como sutil.

JETTER. — Egmont es caballero del Toisón de oro. ¿Quién será osado de poner mano sobre él? Sólo puede ser juzgado por sus pares, solo por la Orden reunida. Tu lengua larga y tu mala conciencia te arrastran á semejantes habladurías.

VANSEN. — ¿Le quiero mal por eso? Yo puedo estar bien tranquilo. Es un señor excelente. Con una buena vareadura en la espalda despachó á alguno de mis buenos amigos, que otro cualquiera hubiera podido mandar ahorcar. Ahora, ¡largo de aquí! Os lo aconsejo yo mismo. Veo venir por allí una ronda que no tiene aspecto de fraternizar por ahora con nosotros, bebiendo un trago. Esperemos y observemos tranquilamente las cosas. Tengo dos sobrinos y un compadre tabernero. Cuando lleguen á probar... si no se domestican, será señal de que son lobos viejos.

El palacio de Culemburgo, morada del duque de Alba.

SILVA y GÓMEZ se encuentran.

SILVA. — ¿Has cumplimentado la orden del duque?

GÓMEZ. — Puntualmente. Todas las rondas del día deben llegar en un momento determinado á diferentes

partes que les he marcado, y hasta entoncos estarán recorriendo la ciudad como de costumbre, para mantener el orden. Nada saben unas de otras; cada una cree que la orden ha sido para ella sola, y en un momento estará el cordón tendido y tomadas todas las avenidas del palacio. ¿Sabes el motivo de esta orden?

SILVA.—Estoy habituado á obedecer ciegamente. ¿Y á quién mejor que al duque? El resultado prueba en seguida que la orden está bien dada.

GÓMEZ.—¡Bueno, bueno! No es milagro que seas tan reservado y de pocas palabras como él, andando siempre á su alrededor. Á mí se me hace más extraño, por la costumbre que tengo del servicio italiano, que es más fácil. Por lo que toca á la fidelidad y obediencia, soy el mismo de siempre; pero héme acostumbrado á la charla y á razonar las cosas. Vosotros lo calláis todo, y jamás os permitís una expansión. Paréceme el duque algo así como una torre de metal sin puertas, cuya guarnición tuviese alas. Poco hace, le oí decir en la mesa, hablando de un hombre afable y alegre, que era como una taberna mala, cuyo rótulo anuncia aguardiente para atraer á los ociosos, los mendigos y los ladrones.

SILVA.—¿No nos ha traído hasta aquí callando?

GÓMEZ.—En contra de eso no hay nada que decir. El que ha sido testigo de su prudencia al sacar el ejército de Italia y traerlo aquí, cierto que ha visto algo: ¡pasar entre amigos y enemigos, entre franceses, realistas y herejes, atravesar la Suiza por medio de los confederados, manteniendo la más firme disciplina en una mar-

cha que se consideraba peligrosa; llevarla á cabo tan fácilmente y sin tropiezo! ¡Hemos visto algo y hemos podido aprender algo también!

SILVA.—Aquí mismo, ¿no está todo callado y tranquilo, como si no hubiera habido sublevación?

GÓMEZ.—Es decir; cuando llegamos estaba ya casi todo apaciguado.

SILVA.—Las provincias se han tranquilizado mucho más, y si todavía se remueve alguno, es para escaparse; aunque yo tengo para mí que también se les ha de cerrar el paso.

GÓMEZ.—Entonces es cuando ganará el favor del Rey.

SILVA.—Y nada nos conviene á nosotros como conservar el suyo. Cuando venga el Rey, cierto que ni el duque ni ninguno de los que él recomiende quedará sin recompensa.

GÓMEZ.—¿Tú crees que el Rey vendrá?

SILVA.—Hácense tantos preparativos, que me parece lo más probable.

GÓMEZ.—No me convencen.

SILVA.—Pues no lo digas. Aunque la intención del Rey fuese no venir, no es menos cierto que eso es lo que debemos creer.

FERNANDO, hijo natural de Alba.

FERNANDO.—¿No ha salido todavía mi padre?

SILVA.—Le esperamos.

FERNANDO.—¿Estarán pronto aquí los príncipes?

GÓMEZ.—¿Vienen hoy?

FERNANDO.—Orange y Egmont.

GÓMEZ.—(Bajo á Silva.) Comienzo á comprender algo.

SILVA.—Pues guárdatelo.

EL DUQUE DE ALBA. Al entrar él y adelantarse, retroceden los otros.

ALBA.—¡Gómez!

GÓMEZ.—(Se adelanta.) ¡Señor!

ALBA.—¿Has repartido las guardias y dádoles la orden?

GÓMEZ.—Con toda exactitud. Las patrullas de servicio...

ALBA.—Está bien. Aguarda en la galería. Silva te dirá el momento en que debes reunir las y tomar las salidas de palacio; el resto, tú lo sabes.

GÓMEZ.—¡Sí, señor! (Vase.)

ALBA.—¡Silva!

SILVA.—Presente.

ALBA.—Todo lo que de antiguo vengo apreciando en tí: valor, resolución, ejecución enérgica, todo tienes que mostrarlo hoy.

SILVA.—Os doy gracias, porque me déis ocasión de mostrar que soy siempre el mismo.

ALBA.—En cuanto los príncipes hayan entrado á verme, vas á escape á prender al Secretario particular de Egmont. ¿Has tomado todas las disposiciones indicadas para coger á los otros?

SILVA.—Confíad en nosotros. Su hora les llegará con la exactitud de un eclipse bien calculado.

ALBA.—¿Los has hecho espiar de cerca?

SILVA.—Á todos, Egmont el primero. Es el único que desde que estáis aquí no ha cambiado de conducta. Todo el día montando ya un caballo, ya otro; recibe convidados, está en la mesa alegre y divertido, juega á los dados, tira al blanco y deslízase por la noche á casa de su amiga. Los otros, por el contrario, han hecho en su manera de vivir un paréntesis notable: se están en sus casas, y cuando se pasa por delante de sus puertas, parece como si hubiese dentro algún enfermo.

ALBA.—¡Pues fuerte en ellos, antes que sanen á pesar nuestro!

SILVA.—De eso, respondo. Según vuestras órdenes, los colmamos de officiosos honores; esto les da miedo, y nos devuelven la cortesía congojosos; conocen que lo más conveniente sería huir. Ninguno se atreve á dar un paso; vacilan; no pueden reunirse para ponerse de acuerdo, y detiéndoles el espíritu de cuerpo contra cualquier hecho atrevido, personal. Quisieran alejar de sí toda sospecha, y hácese cada vez más sospechosos. Con placer veo ya todo vuestro plan ejecutado.

ALBA.—Yo sólo me huelgo de lo conseguido, y aun de esto, no fácilmente, porque siempre queda algo que nos da qué pensar y qué temer. La suerte es asaz caprichosa para ennoblecer muchas veces lo común, lo vil, y para deshorrar, con vulgares resultados, las acciones mejor combinadas. Aguarda la venida de los príncipes; después da á Gómez la orden de tomar las calles, y tú en persona corre á prender al secretario de

Egmont y á los otros que te se han designado. Hecho esto, vuélvete aquí y ponlo en conocimiento de mi hijo, para que me lleve la noticia al Consejo.

SILVA.—Espero poderme presentar delante de vos esta noche.

(Alba se va junto á su hijo, que durante este tiempo ha permanecido en la galería.)

SILVA (solo).—Apenas me atrevo á decírmelo á mí mismo, pero mi esperanza vacila. Temería que no pasasen las cosas como él piensa. Veo ante mí espíritus silenciosos y pensativos, que pesan en negras balanzas el destino de los príncipes y de un pueblo numeroso. Oscila la aguja pausada ya á un lado, ya al otro; los jueces parecen sumidos en reflexión profunda; por último, al soplo del caprichoso destino, álzase este platillo, bájase aquél, y todo queda decidido. (Vase.)

ALBA.—(Apareciendo con Fernando.) ¿Que te parece la ciudad?

FERNANDO.—Completamente sometida. Recorro las calles á caballo como por pasatiempo. Vuestras bien repartidas guardias mantienen tan tirante el temor, que no hay quien á chistar se atreva. Aseméjase la ciudad á un campo, cuando á lo lejos brillan relámpagos de tempestad; no se ve pájaro ni animal alguno que no busque presuroso cualquier lugar de refugio.

ALBA.—¿No has encontrado á nadie?

FERNANDO.—A la plaza llegó Egmont con algunos jinetes. Nos saludamos; montaba un potro fogoso que le celebré. «Hay que darse prisa en amaestrar caballos,

porque hemos de necesitarlos muy pronto», me contes-
tó de pasada. Díjome que hoy volvería á verme, y ven-
drá al Consejo según deseáis.

ALBA.—Ya volverá á verte.

FERNANDO.—Es el que más me gusta de cuantos ca-
balleros aquí conozco; paréceme que hemos de ser
amigos.

ALBA.—Como siempre, sigues siendo demasiado atur-
dido y poco reservado. Reconozco en ti, á cada paso, la
ligereza de tu madre, que tan sin condiciones se rindió
en mis brazos. Las apariencias te incitan y, por precipi-
tación, formas muchas veces alianzas peligrosas.

FERNANDO.—Siempre me hallará obediente vuestra
voluntad.

ALBA.—Perdono á tu sangre joven esta benévola lige-
reza, y tu alegría imprevisora. Pero menester es que no
olvides la obra para que he sido aquí enviado, y la par-
te que en ella quiero darte.

FERNANDO.—Recordádmelo y no tengáis duelo de mí,
cuando lo juzguéis necesario.

ALBA.—(Después de un rato de silencio.) ¡Hijo!

FERNANDO.—¡Padre mío!

ALBA.—Los príncipes llegarán en breve. Orange y
Egmont van á venir. No es por desconfianza por lo que
he dejado de decirte hasta ahora lo que va á suceder.
De aquí no volverán á salir.

FERNANDO.—¿Qué es lo que meditáis?

ALBA.—Es cosa decidida el prenderlos. ¿Te sorpren-
des? Escucha lo que tienes que hacer; después sabrás

los motivos, que ahora no hay tiempo de explicártelos. Lo más secreto, lo más grande, quiero hablarlo y tratarlo contigo solo. Nos une un lazo muy fuerte; mereces mi cariño y pretendo engrandecerte. No quisiera inculcarte sólo la costumbre de obedecer, sino transmitirte el don de la palabra, del mando y de la ejecución; dejarte á ti un gran patrimonio, al Rey el más útil de sus servidores; legarte lo mejor que tengo, á fin de que nunca tuvieses que avergonzarte de estar entre tus hermanos.

FERNANDO.—¡Cuán grande, señor, no debe ser mi agradecimiento por ese amor que alcanzo yo solo, cuando un reino entero tiembla ante vos!

ALBA.—Oye ahora lo que hay que hacer. Tan pronto como los príncipes hayan entrado, deben tomarse todos los accesos del palacio. Gómez tiene orden de hacer esto. Silva correrá á prender al Secretario particular de Egmont y á los más sospechosos. Tú mantendrás en orden las guardias de la puerta y de los patios. Ante todo, ocupa la habitación contigua á esta, con los hombres de más confianza; luego, aguardas en la galería la vuelta de Silva, y entras á darme cualquier pliego insignificante para hacerme entender que su comisión está ejecutada. Esperarás después en la antesala la salida de Orange, y lo seguirás. Yo detendré aquí á Egmont, como si todavía tuviese que decirle algo. Al extremo del corredor pides á Orange su espada, llamas á la guardia, y en el acto haces que encierren á este hombre peligroso; á Egmont lo prenderé aquí.

FERNANDO.—¡Obedeceré, padre mío, con el corazón oprimido y con pesar, por primera vez!

ALBA.—Te lo perdono, en gracia de que éste es el primer día grande de tu vida.

Entra SILVA.

SILVA.—Un correo de Amberes trae esta carta de Orange, que no viene.

ALBA.—¿Eso dice el correo?

SILVA.—No; me lo dice el corazón.

ALBA.—¡Mi mala estrella habla por tu boca! (Después de leer la carta hace seña á ambos que se retiran á la galería, permaneciendo él solo en primer término.) ¡No viene! Aplazó el declararse hasta el último momento. ¡No se atreve á venir! ¡De manera que esta vez, contra toda verosimilitud, el cauto fué bastante cauto para ser temerario!.. ¡Acércase la hora! Que ande un poco más el minuterero, y la grande obra estará hecha ó perdida ¡irremediabilmente perdida!, pues ni se puede reparar, ni encubrir. Durante mucho tiempo lo he madurado todo con circunspección, pensando también en el caso presente, fijándome bien en lo que, una vez llegado, habría que hacer; y ahora que hay que hacerlo, difícil me es impedir que de nuevo el pro y el contra fluctúen en mi alma. Si él se me escapa, ¿es prudente prender á los otros? ¿Difiero esto y dejo escapar á Egmont con los suyos, con tantos que ahora, quizás hoy solamente, tengo en mis manos? ¿También á ti, indómito, te sujeta así el destino? ¡Qué pensado, qué bien preparado, qué grande,

qué hermoso plan! ¡Qué próxima la esperanza de su realización! Y ahora, en el momento decisivo, hállaste puesto entre dos males. Metes tu mano en el obscuro porvenir como en una urna electoral; la papeleta no está aun desdoblada, no sabes si ganas ó pierdes. (Quédase atento, como si oyese algo, y va hacia la ventana.) ¡Es él!.. ¡Egmont!.. ¡Tan ligero te mete aquí dentro tu caballo sin espantarse del olor de sangre, y del espíritu con la espada desnuda que á la puerta te recibe! ¡Te apeas! ¡Ahora estás con un pie en la sepultura! ¡Y ahora con los dos!.. ¡Sí! pásale la mano y dale golpecitos en el lomo por última vez, en agradecimiento á su valiente servicio. No me queda elección; Egmont no te se entregará por segunda vez con la ceguera que ahora lo hace. ¡Ola!

FERNANDO Y SILVA.—(Salen apresurados.) Haced lo que os tengo mandado; no cambio mis propósitos. Suceda lo que quiera, yo detengo aquí á Egmont hasta que me traigas la noticia de Silva; después, quédate cerca. También á ti te priva el destino del servicio grande de prender, por tu propia mano, al mayor enemigo del Rey. (A Silva.) ¡Aprésúrate! (A Fernando.) ¡Ve á esperarle! (Alba permanece solo algunos instantes, paseando á un lado y á otro.)

Entra EGMONT.

EGMONT.—Vengo á recibir las órdenes del Rey; á saber qué nuevo servicio reclama de nuestra lealtad, que siempre le pertenece.

ALBA.—Desea, ante todo, oír vuestro parecer.

EGMONT.—¿Sobre qué asunto? ¿No viene también Orange? Suponía encontrarlo aquí.

ALBA.—Es sensible para mí que nos falte, precisamente en esta hora importante. El Rey desea vuestro consejo y vuestra opinión, acerca de cómo se han de pacificar estos Estados. Al mismo tiempo, espera que contribuiréis poderosamente á calmar esta intranquilidad, cimentando, de una manera completa y duradera, el orden en las provincias.

EGMONT.—Vos sabéis mejor que yo que todo está ya asaz tranquilo, y más lo estaba antes de que la aparición de nuevos soldados perturbase los ánimos, con el miedo y la inquietud.

ALBA.—Parece queréis dar á entender que hubiese sido lo más cuerdo que el Rey no me hubiese puesto en el caso de haceros esta pregunta.

EGMONT.—¡Perdonad! No es de mi competencia juzgar si el Rey ha debido mandar el ejército, ó si hubiese sido más eficaz la sola influencia de la presencia de Su Majestad. Aquí está el ejército, el Rey no; empero nosotros seríamos harto desagradecidos y olvidadizos, si no recordásemos todo lo que á la Regente debemos. Preciso es confesarlo: con su conducta, tan prudente como animosa, con autoridad y fuerza, con persuasión y maña, supo apaciguar á los insurrectos, volviendo á sus deberes, en pocos meses, con admiración del mundo, á un pueblo sublevado.

ALBA.—No lo niego. El tumulto se ha calmado y to-

do parece haberse ceñido á los límites de la obediencia. Pero ¿acaso no depende de la voluntad de cada uno volverlos á traspasar? ¿Quién contiene al pueblo? ¿Dónde está el poder que lo sujete? ¿Quién nos afianza que más tarde siga mostrándose sumiso y leal? No tenemos otra prenda que su buena voluntad.

EGMONT.—¿Y no es la buena voluntad de un pueblo la más segura, la más noble de las prendas? ¡Pardiez! ¿Cuándo está un Rey más seguro, contra los enemigos de dentro y de fuera, que cuando están todos por uno, y uno por todos?

ALBA.—¿Y me persuadiréis de que esto sucede ahora aquí?

EGMONT.—Que el Rey publique amnistía general y tranquilice los ánimos; pronto se verá cómo renacen, con la confianza, el amor y la fidelidad.

ALBA.—¡Y que todos los que han ofendido la majestad del Rey y la santidad de la religión anden sueltos y libres por donde quieran! ¡Para ser ejemplo vivo y evidente á otros de que los crímenes monstruosos quedan impunes!

EGMONT.—¿No es el crimen de la insensatez, de la embriaguez, antes merecedor de disculpa que de cruel castigo? ¿Sobre todo, cuando hay tan fundada esperanza, cuando hay la certidumbre de que el mal no volverá á repetirse? ¿No estaban más seguros; no son más celebrados por sus contemporáneos y por la posteridad, los Reyes que han sabido perdonar, compadecer y despreciar una ofensa á su dignidad? ¿No se parecerán de este

modo más á Dios, que es demasiado grande para que pueda alcanzarle ninguna blasfemia?

ALBA.—Por eso precisamente. El Rey debe combatir por la gloria de Dios, y nosotros por la majestad del Rey. Nuestro deber es vengar lo que el soberano desdena. Por mi consejo, ningún culpado se ha de regocijar quedando impune.

EGMONT.—¿Y creéis que los vais á alcanzar á todos? ¿No estáis oyendo diariamente que el temor los dispersa y los hace salir del país? Los ricos se llevarán sus riquezas, sus hijos y sus amigos; los pobres irán á ofrecer al vecino sus manos útiles é industriosas.

ALBA.—Lo harán si no se les impide. Por eso el Rey desea ayuda y consejo de cada uno de los principes; de cada lugarteniente, severidad. No meras relaciones de cómo son las cosas y de lo que llegarían á ser, si se las deja ir por el camino que van; estar viendo un gran mal como espectadores, lisonjearse con esperanzas, confiar en el tiempo, dar alguna vez un golpe de efecto, como fiesta carnavalesca, para que tenga gran resonancia y parezca que se ha hecho algo, cuando no se quiere hacer nada; ¿no da motivos para sospechar que se vé con gusto la sublevación y si no se quiere excitar, se quiere, por lo menos, entretener?

EGMONT.—(Se siente invadir por la cólera; luego se domina, y al cabo de un rato habla sosegado.) No siempre se manifiestan las intenciones de los hombres, y las de muchos se interpretan mal. Si se fuese á dar oídos á lo que por todas partes se dice, la intención del Rey no sería tanto

governar las provincias por leyes claras y uniformes, asegurar el prestigio de la religión y dar al pueblo paz general, como subyugarlas en absoluto, desposeerlas de sus antiguos derechos, hacerse dueño de sus propiedades, limitar los hermosos fueros de la nobleza, fueros por los cuales solamente el noble quiere servir al príncipe, consagrándole su brazo y su vida. Se dice que la religión no es otra cosa que un tapiz magnífico, detrás del cual se fraguan con más facilidad toda suerte de planes peligrosos. Postrado el pueblo de rodillas, adora los símbolos santos en él tejidos, y detrás está en acecho el pajarero tratando de engatusarlo.

ALBA.—¿Es posible que tal oiga de vuestra boca?

EGMONT.—No es mi manera de sentir, es lo que se dice en todas partes por grandes y chicos, discretos y necios. Los neerlandeses temen el doble yugo. ¿Quién les garantizará sus libertades?

ALBA.—¡Libertad! Hermosa palabra para quien la entiende al derecho. ¿Qué libertad es la que quieren? ¿Cuál es la libertad del hombre más libre? La de obrar bien, y el Rey no se lo ha de impedir. ¡No! ¡No! No se creen libres, si no pueden perjudicarse y perjudicar á los demás. ¿No sería mejor abdicar, que gobernar semejante pueblo? Cuando amenaza de fuera el enemigo, en el cual no piensa ningún ciudadano, que sólo se ocupa de lo que le rodea y el Rey pide ayuda, entonces se dividen y aun se conjuran con el enemigo. Mucho mejor es atarles corto como niños, y como niños guiarlos por su bien. Desengañaos: un pueblo no

se hace nunca viejo; siempre permanece en la infancia.

EGMONT.—¡Qué pocas veces llega un Rey á la razón! ¿No deberían muchos fiarse en muchos y no en uno solo? ¿Y ni siquiera en uno solo, sino en el corto número que de él depende, en esas personas que envejecen á la vista del amo? ¡Ellos solos tienen, por lo visto, derecho de ser sabios!

ALBA.—Tal vez, porque no están entregados á sí mismos.

EGMONT.—Por lo cual, nadie de buen grado se entregará á ellos, hágase lo que se quiera. He contestado á vuestras preguntas, y lo repito, esto no va bien, ni puede ir. Conozco á mis compatriotas: son dignos de pisar la tierra de Dios que pisan. Cada uno hace de su persona un reyecito firme, activo, capaz, leal, y siempre pendiente de las antiguas costumbres. Es difícil ganar su confianza, pero fácil el conservarla. Obstinados y animosos, soportan la presión, pero no la opresión.

ALBA.—(Durante este tiempo ha mirado algunas veces en derredor) ¿Sostendríaís todo eso delante del rey?

EGMONT.—Tanto peor fuera que su presencia me atemorizara: tanto mejor para él y para su pueblo, que me inspirase valor y confianza para decirle más todavía.

ALBA.—Todo lo que sea útil puedo oírlo yo como él.

EGMONT.—Diríale: fácil es á un pastor llevar delante de sí un rebaño entero de ovejas; el buey tira de su arado sin oposición; pero al noble caballo que montéis, habéis de aprenderle el genio, no habéis de pedirle nada imprudente, ni con imprudencia. El ciudadano

quiere conservar su constitución antigua y ser gobernado por sus compatriotas, porque sabe cómo lo han de llevar, y porque espera de ellos desinterés y simpatía.

ALBA.—¿Y el príncipe no ha de tener poder para cambiar las antiguas costumbres? ¿No será precisamente ese su mejor privilegio? ¿Hay algo estable en el mundo? ¿Por qué lo había de ser la organización de un Estado? ¿No cambian toda suerte de relaciones en cada período de tiempo, y no es la causa de los muchos males de las constituciones viejas el que no se adapten al estado actual de los pueblos? Recéleme que estos derechos son tan agradables, porque dejan escondrijos, en los cuales, con daño del pueblo, con daño y perjuicio del Estado, los hábiles y los poderosos pueden escurrirse y esconderse.

EGMONT.—Y las variaciones arbitrarias, estas usurpaciones ilimitadas del poder supremo, ¿no son señales de querer hacer uno solo lo que no deben hacer muchos miles de hombres? Este quiere ser sólo libre, para poder satisfacer todos sus deseos, ejecutar todos sus pensamientos. Y aunque en él confiáramos por completo, como bueno y sabio Rey, ¿nos responderá de su descendencia? ¿Responderá de que alguno no nos gobierne sin consideraciones ni respeto? ¿Quién nos salvará de la arbitrariedad más completa el día que nos mande á sus servidores ó á sus allegados, que sin conocimiento del país ni de sus necesidades, dispongan las cosas á medida de su capricho, sin hallar quien se les oponga y sabiéndose libres de toda responsabilidad?

ALBA (durante este tiempo ha vuelto á mirar á todas partes).—Nada hay más natural que un Rey intente mandar por sí mismo y confíe sus órdenes, de preferencia, á aquel que le comprende y más incondicionalmente ejecuta su voluntad.

EGMONT.—Y es igualmente natural que el burgués quiera ser gobernado por quien nació y se crió en el mismo pueblo que él, comprende de igual modo la idea de derecho y de injusticia, y le mira como hermano.

ALBA.—Sin embargo, el reparto entre el noble y estos sus hermanos, es muy desigual.

EGMONT.—Hízose hace muchos siglos, y ahora se soporta sin envidia. Pero si se envían sin necesidad hombres nuevos, que por segunda vez quieran enriquecerse á costa de la nación; si se les ve hacer alarde de la codicia desvergonzada y absoluta, se levantaría una fermentación que no sería fácil contener.

ALBA.—Cosas me decís que no debería oírlas; soy también extranjero.

EGMONT.—Al decíroslas, os demuestro que no me refiero á vos.

ALBA.—Y sin embargo, quisiera no oíroslas. Envióme el Rey con la esperanza de que aquí encontraría el apoyo de la nobleza. El Rey quiere lo que quiere. El Rey ha visto, después de profundas reflexiones, lo que es provechoso al pueblo; esto no puede seguir ni permanecer como hasta aquí. Quiere el Rey restringir, por bien de sus súbditos, imponerles, si es preciso, su propia salvación, sacrificar los ciudadanos que más daño

hacen, á fin de que los demás encuentren la tranquilidad y puedan gozar la dicha de un gobierno sabio. Esta es su decisión, y el mandato que yo traigo, hacérselo saber á la nobleza, y en su nombre pido consejo de cómo y no de lo que se ha de hacer, porque esto ya él lo ha decidido.

EGMONT. — Desgraciadamente, vuestras palabras justifican el temor del pueblo, el temor general. Es decir que ha decidido lo que ningún príncipe debía decidir. Debilitar, deprimir, destrozar la fuerza de su pueblo, su energía, la idea que tiene de sí mismo, para poder gobernarlo cómodamente. ¡Quiere alterar la esencia de su nacionalidad, en verdad, con la idea de hacerle más feliz! Quiere aniquilarlo, para que se convierta en algo, en otro algo. ¡Oh! ¡Si su intención es buena, va mal dirigida! No es que se le oponga resistencia al Rey; colócasele uno delante cuando ha tomado un camino falso y da los primeros pasos.

ALBA. — Según las disposiciones en que estáis, parece-me tentativa inútil querer ponernos de acuerdo. Pequeña idea tenéis del Rey y despreciable de su Consejo, si creéis que no haya sido todo previamente pensado, examinado, probado y pesado. No tengo encargo de discutir otra vez el pro y el contra. Pido al pueblo obediencia; á vosotros, jefes de la nobleza, vuestros consejos y vuestros brazos, como garantía de este absoluto deber.

EGMONT. — Pedidnos nuestras cabezas y habremos concluido de una vez. A un alma noble, le es lo mismo

inclinarse la cerviz para este yugo que para el hacha. En vano he hablado tanto: no he conseguido otra cosa que agitar el aire.

FERNANDO llega.

FERNANDO.—Perdonad que interrumpa vuestra conferencia; he aquí una carta cuyo portador pide respuesta urgente.

ALBA.—Permitidme que vea lo que contiene. (Se aparta.)

FERNANDO (á Egmont).—¡Hermoso caballo han traído vuestros criados al venir á buscaros!

EGMONT.—No es de los peores; téngolo hace tiempo, y pienso deshacerme de él: si os gusta, quizá podríamos entendernos.

FERNANDO.—Que me place; lo veremos.

ALBA.—(Hace una seña á su hijo, que se retira al fondo.)

EGMONT.—Quedad con Dios, y dadme licencia para marchar. ¡A fe mía, nada tendría ya que deciros!

ALBA.—Afortunadamente el acaso impide que sigas descubriendo tus pensamientos. ¡Imprudente, pones de manifiesto los pliegues de tu corazón, y te delatas con más fuerza que podría hacerlo un adversario rencoroso!

EGMONT.—Ese reproche no me hace mella; me conozco lo bastante para saber hasta qué punto pertenezco al Rey, infinitamente más que muchos que, al servirle, se sirven á sí mismos. Con disgusto dejo este altercado sin poder hallar conciliación, y mi único deseo sería que pudiésemos pronto aunarnos en el servicio del Rey

con el bien del país. Quizá la presencia de los otros príncipes que hoy faltan, en un momento más feliz de nueva entrevista, consiga lo que hoy parece imposible. Con esta esperanza me retiro.

ALBA (haciendo al mismo tiempo una seña á su hijo Fernando).—¡Alto Egmont! ¡Vuestra espada! (Ábrese la puerta central y se ve la galería llena de soldados inmóviles.

EGMONT (que permanece un rato mudo por la sorpresa).—¿Y este era el fin, el propósito para que me habéis llamado? (Empuñando la espada como si quisiera defenderse. ¿Acaso estoy desarmado?

ALBA.—De orden del Rey eres mi prisionero. (Al mismo tiempo entran por los dos lados hombres con armas.)

EGMONT (después de un momento de silencio).—¿Del Rey? ¡Orange! ¡Orange! (Después de otra pausa le entrega su espada.) ¡Tómala! Más veces sirvió para defender la causa del Rey, que mi propio pecho. (Sale por la puerta del centro. Los hombres de armas que están en la habitación le siguen; igualmente Fernando. Alba se queda. Cae el telón.)

ACTO QUINTO

Calle. Obscurece.

CLARITA. BRACKENBURGO. VECINOS.

BRACKENBURGO.—¡Por amor de Dios, queridita mía!
¿Qué es lo que os proponéis?

CLARITA.—¡Venid, Brackenburg, no conocéis á los
hombres! Seguramente le pondremos en libertad. ¿Hay
algo que iguale al cariño que le tienen? Cada uno de
ellos siente, dentro de sí, ¡lo juraría!... el más ardien-
te deseo de salvarlo, de apartar del peligro vida tan
preciosa y de volver la libertad al que es libre por ex-
celencia. ¡Venid! Sólo falta la voz que ha de reunirlos.
Llevan en el alma el sentimiento de cuanto le deben, y
saben que sólo su brazo poderoso aparta de ellos la
perdición. Por él y por ellos vamos á aventurarlo todo.
¿Y qué aventuramos? Todo lo más la vida, que no vale
la pena de conservarla, si él perece.

BRACKENBURGO.—¡Desdichada! ¿No ves que la fuerza
nos sujeta con lazos de hierro?

CLARITA.—¡A mi no me parece invencible! No perda-
mos más tiempo en palabras ociosas. ¡Aquí vienen

con el bien del país. Quizá la presencia de los otros príncipes que hoy faltan, en un momento más feliz de nueva entrevista, consiga lo que hoy parece imposible. Con esta esperanza me retiro.

ALBA (haciendo al mismo tiempo una seña á su hijo Fernando).—¡Alto Egmont! ¡Vuestra espada! (Ábrese la puerta central y se ve la galería llena de soldados inmóviles.

EGMONT (que permanece un rato mudo por la sorpresa).—¿Y este era el fin, el propósito para que me habéis llamado? (Empuñando la espada como si quisiera defenderse. ¿Acaso estoy desarmado?

ALBA.—De orden del Rey eres mi prisionero. (Al mismo tiempo entran por los dos lados hombres con armas.)

EGMONT (después de un momento de silencio).—¿Del Rey? ¡Orange! ¡Orange! (Después de otra pausa le entrega su espada.) ¡Tómala! Más veces sirvió para defender la causa del Rey, que mi propio pecho. (Sale por la puerta del centro. Los hombres de armas que están en la habitación le siguen; igualmente Fernando. Alba se queda. Cae el telón.)

ACTO QUINTO

Calle. Obscurece.

CLARITA. BRACKENBURGO. VECINOS.

BRACKENBURGO.—¡Por amor de Dios, queridita mía! ¿Qué es lo que os proponéis?

CLARITA.—¡Venid, Brackenburg, no conocéis á los hombres! Seguramente le pondremos en libertad. ¿Hay algo que iguale al cariño que le tienen? Cada uno de ellos siente, dentro de sí, ¡lo juraría!... el más ardiente deseo de salvarlo, de apartar del peligro vida tan preciosa y de volver la libertad al que es libre por excelencia. ¡Venid! Sólo falta la voz que ha de reunirlos. Llevan en el alma el sentimiento de cuanto le deben, y saben que sólo su brazo poderoso aparta de ellos la perdición. Por él y por ellos vamos á aventurarlo todo. ¿Y qué aventuramos? Todo lo más la vida, que no vale la pena de conservarla, si él perece.

BRACKENBURGO.—¡Desdichada! ¿No ves que la fuerza nos sujeta con lazos de hierro?

CLARITA.—¡A mi no me parece invencible! No perdamos más tiempo en palabras ociosas. ¡Aquí vienen

hombres de aquellos chapados á la antigua, probos y animosos! ¡Oid, amigos! ¡Vecinos, oíd!... Decid, ¿qué ha sido de Egmont?

MAESTRO CARPINTERO.—¿Qué quiere esta niña? ¡Guarde silencio!

CLARITA.—Acercaos, hablemos en voz baja, hasta que por la unión seamos más fuertes. ¡No tenemos momento que perder! La tiranía insolente que ha osado prenderlo, afila ya el puñal para asesinarlo. ¡Oh, amigos! A medida que la obscuridad aumenta, más me angustio. Tengo miedo á esta noche. ¡Venid, vamos á repartirnos; iremos de barrio en barrio, á la carrera, llamando á los vecinos! Cada uno echará mano de sus viejas armas; reuniremos en el mercado, y el torrente que formemos arrastrará consigo á todo el mundo. Rodearemos al enemigo superándole, y le hundiremos. ¿Qué oposición ha de hacernos un puñado de mercenarios? Y él, en medio de nosotros, devuelto á la libertad, nos dará gracias, á nosotros, que tan profundo agradecimiento le debemos. ¡Quizá verá!... ¡Oh, ciertamente verá, á cielo descubierto, la aurora del nuevo día!

MAESTRO CARPINTERO.—¿Pero qué es lo que quieres, joven?

CLARITA.—¿Sois capaces de no comprenderme? Hablo del conde, hablo de Egmont.

JETTER.—¡No pronunciéis ese nombre; da la muerte!

CLARITA.—¡Qué no pronuncie este nombre! Este nombre ¿quién no lo pronuncia á cada momento? ¿Dónde no está escrito? En estas estrellas lo he leído muchas

veces con todas sus letras. ¿Qué no lo nombre? ¿Qué quiere decir eso? ¡Amigos! ¡Mis buenos y queridos vecinos, estáis soñando; volved en vos! No me miréis así, asustados y congojosos; no echéis esas miradas medrosas á un lado y otro, puesto que yo no os llamo, sino para aquello que cada uno de vosotros desea. ¿No es mi voz la voz de vuestro propio corazón? ¿Quién en esta mísera noche se acostará en su desasosegado lecho sin haber dirigido al cielo por él ardentísima plegaria? Preguntaos los unos á los otros; que cada uno se pregunte á sí mismo, á ver quién no me dice después: «¡La libertad de Egmont ó la muerte!»

JETTER.—¡Dios nos ampare! ¡Aquí va á suceder alguna desgracia!

CLARITA.—¡Quedaos, quedaos! No desaparezcáis al sólo nombre de aquel á cuyo encuentro saliais antes tan alegres y presurosos. Cuando la noticia llegaba hasta vosotros, cuando se decía: «¡Ya viene Egmont, viene de Gante!», los habitantes de las calles por donde había de pasar se tenían por muy felices, y cuando se oían las pisadas de su caballo, todo el mundo dejaba lo que estaba haciendo, y por las caras pensativas que le miraban, á través de los vidrios, pasaba como un rayo de sol, la mirada de alegría y de esperanza que de su rostro partía. Entonces alzabais á vuestros niños sobre el umbral de la puerta, y les decíais: «¡Mira; aquel es Egmont, el grande! Es ese, de quien vosotros podéis esperar algún día mejores tiempos que los que alcanzaron vuestros pobres padres.» De hoy en adelante, que

no os pregunten vuestros hijos: «¿Qué ha sido de él? ¿Dónde están los tiempos que les prometíais?...» ¡Ay! Mientras gastamos el tiempo en palabras, estamos ociosos y lo perdemos.

SOEFT.—Brackenburg, ¿no os da vergüenza? No la dejéis que haga esto; evitad una desgracia.

BRACKENBURGO.—Vámonos querida Clarita. ¿Qué dirá vuestra madre? ¡Quizás!...

CLARITA.—¿Pensáis que soy una niña ó una insensata? ¿A [qué viene ese «¡quizás!»? Ninguna esperanza puede sacarme ya de esta espantosa certidumbre. Debéis oírme, y me oiréis; porque lo estoy viendo, os halláis perturbados y aun en el interior de vosotros mismos, no os podéis dar cuenta. A través del peligro presente, echad una mirada al pasado, al pasado de ayer. Cambiad luego vuestros pensamientos á lo porvenir. ¿Podréis vivir, viviréis cuando él haya perecido? Con su aliento se extingue el último soplo de la libertad. ¿Qué no era él para nosotros? ¿Por quién arrostraba los mayores peligros? La sangre de sus heridas, sólo por vosotros manaba y se estancaba. Aquella grande alma, que os llevó á todos, está oprimida en un calabozo, y en torno de ella se cierne el horrible, el torpe homicidio. Tal vez piensa en vosotros y en vosotros espera; ¡él, que sólo á dar, á conceder estaba acostumbrado!

MAESTRO CARPINTERO.—Venid, compadre.

CLARITA.—Yo no tengo brazos ni fuerzas como vosotros; pero tengo lo que á todos os falta, valor y desprecio del peligro. ¡Si pudiese encenderos con mi alien-

to, calentaros y reanimaros con la presión de mi pecho! Venid, quiero ir en medio de vosotros. Como la frágil bandera desplegada al viento conduce un noble ejército á la guerra, así mi espíritu, ardiendo en amor y en esfuerzo, alrededor de vuestras cabezas, hará de un pueblo indeciso y diseminado, un ejército temible.

JETTER.—¡Llevala de aquí, me da compasión! (Vanse los vecinos.)

BRACKENBURGO.—Clarita, ¿no ves dónde estamos?

CLARITA.—¿Dónde? Debajo del cielo, que tantas veces sirvió de espléndida bóveda para que el noble Egmont pasase por debajo. A estas ventanas se asomaban cinco y seis cabezas, unas sobre otras, para verle. En estas puertas se agrupaban, haciendo reverencias y cortesías, cuando él bajaba su mirada hacia los mandriar. ¡Oh, cuanto ellos le honraban á él, queriales yo á ellos! Si hubiese sido un tirano, bueno que se le apartasen en su caída. ¡Pero le amaban!... ¡Oh! Esas manos que agarraban las gorras, ¿no han de poder empuñar las espadas? ¿Y nosotros, Brackenburg? ¿Los reprendemos? ¿Qué es lo que por él hacen estos brazos, que tantas veces lo han tenido sujeto? ¡La astucia consigue tanto en el mundo! Tú conoces veredas y caminos, conoces el viejo castillo. La cosa no es imposible; dame una idea.

BRACKENBURGO.—Si nós fuésemos á casa...

CLARITA.—Bueno.

BRACKENBURGO.—Allá en la esquina veo la guardia de Alba; escucha la voz de la razón. ¿Me tienes por co-barde? ¿No crees que por ti arrostraría la muerte? Aquí

somos dos locos, lo mismo yo que tú. ¿No ves que es imposible? Vuelve en ti; estás trastornada.

CLARITA.—¡Trastornada yo! ¡Qué atrocidad, Brackenburg! los trastornados sois vosotros. Cuando públicamente adorabais al héroe, le llamabais vuestro amigo, vuestro protector y vuestra esperanza, gritándole ¡viva! al pasar, entonces yo me estaba en mi rincón; entreabría mi ventana; me recataba al mirar, y mi corazón latía mucho más fuerte que el de todos vosotros. Y ahora mismo late más fuerte que el de todos vosotros. Cuando el peligro está encima, os ocultáis, renegáis de él, y no comprendéis que si él se pierde, yo me muero.

BRACKENBURGO.—Vamos á casa.

CLARITA.—¿A casa?

BRACKENBURGO.—Reflexiona y mira á tu alrededor. Estas son las calles por donde sólo pasas los domingos, para ir modestamente á la iglesia, donde exagerando la honestidad, te enojabas cuando saludándote amistosamente te acompañaba. Ahora estás aquí hablando y accionando á los ojos de todo el mundo; vuelve en ti, querida; ¿de qué nos sirve todo esto?

CLARITA.—¡A casa! Ya me hago cargo. Vamos á casa, Brackenburg; ¿tu sabes dónde está mi casa? (Vanse.)

Prisión alumbrada por una lámpara, en el fondo un catre.

EGMONT

Sueño, siempre fiel, antiguo amigo, ¿me abandonas también como los otros? Voluntario invadías mi cabe-

za libre y refrescabas mis sienes, cual mirto de la hermosa corona de amor. Bajo el peso de las armas, y en el oleaje de la vida, reposaba en tus brazos respirando suavemente como un muchacho. Cuando la tempestad zumbaba á través del follaje, agitando la copa y haciendo crugir las ramas, el tronco del árbol permanecía siempre inmóvil. ¿Qué es lo que te hace estremecer ahora? ¿Qué es lo que turba tu sentido, siempre sereno y justo? ¡Lo conozco; es el ruido del hacha asesina que ataca las raíces! Estoy aún en pie y me traspasa interno escalofrío. ¡Sí! Venció el poder de la traición; socavó el tronco firme y alto, y antes de secarse su corteza precipitó, desgajándola y despedazándola, su corona. ¡Y tú, que con tanta frecuencia desechabas de tu cabeza los cuidados más considerables, cual si fueran meras pompas de jabón! ¿Por qué ahora no consigues ahuyentar este presentimiento que de mil maneras me trabaja? ¿Desde cuándo te halló la muerte medroso? Tú vivías tranquilo y sosegado con sus variadas imágenes, así como con todas las demás formas de la tierra que vivimos. Pero es que no se trata del furioso enemigo contra quien, de igual á igual, se expone el robusto pecho; el calabozo es representación del sepulcro, tan contraria al héroe como al cobarde. Insoportable me era en la asamblea de los príncipes que lo que podía decidirse fácilmente se sobrecargase con repetidos discursos. Sentado en mi sillón, dentro de las paredes sombrías, me aplastaban las vigas del techo. En el momento en que me era posible salía apresurado, ansioso de respirar el aire

libre; montaba á caballo, y allá me iba, fuera, al campo, donde está nuestro puesto. Allí, todos los, beneficios inmediatos de la naturaleza, exhalándose de la tierra, y todas las bendiciones de los astros, propagándose, nos penetran con su influencia; allí, semejantes á los gigantes hijos de la tierra, el contacto de nuestra madre nos robustece. En todas nuestras venas sentimos la humanidad y la pasión humana. Allí, el alma del joven cazador arde en deseos de avanzar, de vencer, de afirmar, de ejercitar el puño, de poseer, de conquistar. Allí, el soldado, arrogándose derecho nativo sobre el mundo entero, en su terrible libertad, con paso rápido, extiende la destrucción cual una granizada sobre prados, campos y bosques, y no reconoce límites que haya trazado la mano del hombre. ¡Ah! Eres sólo imagen, sueño recordatorio de la dicha que por tanto tiempo he poseído. ¿Dónde te ha conducido el destino traidor? ¿Negóse á otorgarte súbita muerte, jamás temida á la luz del sol, para prepararte al sabor anticipado de la tumba en nauseabundo lodo? ¡Con qué repugnancia siento su hálito despedido por estas piedras! ¡Ya la vida se entorpece y el pie vacila ante esta tarima, como ante la tumba! ¡Oh miedo! ¡Miedo de la muerte, que por anticipado comienzas el homicidio! ¡Déjame! ¿Desde cuándo está Egmont solo, tan completamente solo en el mundo? La duda, que no la dicha, te hace ingrato. La justicia del Rey, en quien confiaste toda la vida; la amistad de la Regente, que casi (preciso es confesártelo), casi era amor, ¿han de haber desaparecido, como brillantes me-

teoros de la noche, dejándote solo en la selva obscura? En último extremo, ¿no ha de idear algo Orange á la cabeza de sus amigos? ¿No se irá juntando el pueblo, con creciente violencia, para salvar á su antiguo amigo? ¡Oh, muros que me encerráis, no impidáis que lleguen hasta mí las ansias de tantos corazones bien dispuestos! Vuelva ahora de su corazón al mío el valor que en otro tiempo les infundían mis miradas. ¡Oh, sí! ¡Se ponen en movimiento á millares! ¡Vienen! ¡Están cerca! Dirigen al cielo voto ferviente en demanda de un milagro, y si un ángel no baja á salvarme, ya les veo echar mano á las espadas y á las lanzas. Hácense astillas las puertas; saltan las rejas; los muros se derrumban á sus manos, y con el naciente día, la libertad viene gozosa en busca de Egmont. ¡Cuántos rostros conocidos me reciben alborozados! ¡Ah, Clarita! ¡Si fueses hombre, seguramente te vería aquí antes que á nadie, y tendría que agradecerte lo que es duro agradecer á un Rey; la libertad!

La casa de Clarita.

CLARITA.

CLARITA.—(Sale de su cuarto con una lámpara y un vaso de agua, que deja sobre la mesa; va después á la ventana.) ¡Sois vos, Brackenburgo? Pero entonces, ¿qué es lo que oigo yo? ¿Nadie aún? ¿No era nadie? Voy á poner la lámpara en la ventana, para que vea que velo todavía y le aguar-

do. Me ha prometido noticias. ¡Noticias! ¡Realidad espantosa! ¡Egmont sentenciado! ¿Qué tribunal tiene facultades para juzgarle? ¡Y, sin embargo, le condenan! ¿Es el Rey quien le condena? ¿Lo condena el Duque? ¡Y la Regente se retira; Orange titubea, y sus amigos todos...! ¿Es este el mundo de cuya inconstancia y falsedad he oído hablar tanto, sin probarlo nunca? ¿Es este el mundo? ¿Quién será bastante malvado para encontrarse contra este hombre tan grande? ¿Había de ser tan poderosa la maldad que perdiese, en un momento, al conocido de todo el mundo? ¡Sin embargo, así es! ¡Así es! ¡Oh, Egmont! Yo te creía tan seguro delante de Dios y de los hombres como en mis brazos. ¿Qué he sido para ti? Me llamaste tuya, y toda mi vida te he consagrado. ¿Y qué soy ahora? Extiendo mi mano inútilmente á la red en que te han cogido. ¡Tú desamparado y yo libre! ¡La llave de mi puerta, aquí está! El ir y venir, de mi libertad depende... ¡Y no te sirvo de nada...! ¡Oh! ¡Atádmeme para que no me desespere! ¡Llevádmeme al calabozo más profundo, á fin de que golpee mi cabeza contra las paredes húmedas; para que clame por la libertad y sueñe la manera cómo le libraría, si las cadenas no me sujetasen! ¡Ahora estoy libre, y esta libertad aumenta la congoja de mi impotencia! En plena posesión de mí misma, no soy dueña de mover un miembro en auxilio suyo. ¡Ah! Desgraciadamente esta pequeña parte de tu ser, tu Clarita, lejos de ti, está como tú, prisionera, y gasta sus últimas fuerzas en las convulsiones de la muerte. ¡Oigo pasos! ¡Oigo toser! ¡Brackenburgo! ¡El es!

¡Hombre excelente y desdichado, tu destino es siempre el mismo! ¡La que amas te abre de noche su puerta! ¡Ay, para qué entrevista!

Entra BRACKENBURGO.

CLARITA.—¡Qué pálido y tembloroso vienes, Brackenburg! ¿Qué hay?

BRACKENBURGO.—He llegado hasta aquí dando rodeos y arrojando peligros. Las calles grandes están tomadas, y me he venido escondiendo por las callejuelas y los rincones para llegar á encontrarte.

CLARITA.—Cuéntame. ¿Qué hay?

BRACKENBURGO (sentándose).—¡Ah, Clara! ¡Déjame llorar! Yo no le quería. Él era el rico y sedujo la única oveja del pobre, para llevársela á otros pastos mejores. Nunca le maldije, porque Dios me ha hecho leal y sensible; mi vida se pasa en el dolor, y esperaba irme consumiendo de día en día.

CLARITA.—Olvida eso. Brackenburg, olvídate de ti mismo. Háblame de él. ¿Es cierto que le han condenado?

BRACKENBURGO.—Sí, lo sé positivamente.

CLARITA.—¿Y vive todavía?

BRACKENBURGO.—Sí; todavía vive.

CLARITA.—¿Cómo puedes asegurarlo? La tiranía asesina por la noche á los buenos. Su sangre corre oculta á los ojos de todos. El pueblo, engañado, sueña que lo salva, que su impotente deseo se cumple, y mientras tanto, su espíritu, indignado contra nosotros, deja este

mundo. ¡No me engañes ni te engañes, Brackenburgo!
¡Ha muerto!

BRACKENBURGO.—No; en verdad que vive. Y desgraciadamente, los españoles preparan al pueblo, que quieren meter debajo de los pies, un espectáculo capaz de aplastar, para siempre, todos los corazones que por la libertad palpitan.

CLARITA.—Continúa y pronuncia sosegado mi sentencia de muerte. Voy acercándome á los campos de la bienaventuranza, y ya llega hasta mí un soplo del consuelo de aquellas comarcas de la paz; prosigue.

BRACKENBURGO.—Pude llegar á comprender, por la presencia de las guardias y por palabras sueltas en un lado y en otro, que en la plaza se aparejaba sigilosamente una cosa horrible. Escurríme por caminos laterales y pasadizos conocidos hasta la casa de mi primo, y miré á la plaza desde una ventana trasera; movíanse, formando ancho círculo, antorchas encendidas, que llevaban soldados españoles. Agucé mi vista, poco experta, y en la obscuridad de la noche vi dibujarse delante de mí un tablado negro, espacioso, alto; dióme su vista pavora. Muchos hombres alrededor estaban ocupados en revestir y tapujar, con paño negro, las partes todavía visibles de la obra de madera blanca. Al último de todo vistieron las escaleras también de negro; lo vi muy bien. Parecían estar haciendo los preparativos para la consumación de un horroroso sacrificio. Á uno de los lados alzábase muy alto un crucifijo blanco, que en la obscuridad de la noche relucía como plata. Miraba, y

cada vez veía más clara la espantosa realidad. Todavía vagaban de un lado para otro algunas antorchas; poco á poco fueron atenuándose, y luego se apagaron. De repente, el deforme engendro de la noche volvió á entrar en el seno de su madre.

CLARITA.—¡Calla, Brackenburg! ¡Ahora, calla! Deja que esta envoltura cubra mi alma; desaparezcan los fantasmas. Y tú, noche propicia, presta tu manto á la tierra conmovida. Que no soporte por más tiempo ese peso execrable, y abriendo pavorosa sus profundas cavernas, sepulte en ellas la máquina de muerte. Dios, á quien ultrajan los hombres haciéndolo testigo de su furia, envíe uno de sus ángeles. Al contacto del santo mensajero se abran paredes y cerrojos; rodea á tu amigo resplandor suave, y á través de la noche condúcelo, reposado y tranquilo, á la libertad. A mí también mi camino, en esta obscuridad, me lleva á su encuentro.

BRACKENBURGO (deteniéndola).—¡Hija mía! ¿Adónde vas? ¿Qué pretendes?

CLARITA.—¡Quedito, amigo, que no despierte nadie, ni despertemos tampoco nosotros mismos! ¿Conoces este pomito, Brackenburg? Te lo cogí en broma un día que, impaciente, amenazabas, como solías, con anticipar tu muerte... ¡Y ahora, amigo mío!...

BRACKENBURGO.—¡En nombre de todos los santos!...

CLARITA.—No puedes evitar nada. Me corresponde morir, no me niegues la muerte pronta y dulce que te habías preparado á ti mismo. ¡Dame tu mano!... En el momento de abrir la puerta sombría por la cual no se

vuelve á salir, puedo decirte, estrechándola, cuánto te quiero, cuánto te compadezco. Perdí á mi hermano muy joven, y te había elegido para que ocuparas su puesto. Rehusólo tu corazón, atormentándote y atormentándome. Deseaste, cada vez con más ardor, lo que no podías obtener. Perdóname, y ¡adiós! Déjame llamarte hermano; es un nombre que encierra muchos nombres. Recibe, con leal corazón, la última flor hermosa de los que se separan... Toma este beso... La muerte todo lo reúne; Brackenburgo, á nosotros también.

BRACKENBURGO.—Pues si es así, déjame morir contigo. ¡Reparte, reparte! ahí hay lo suficiente para apagar dos vidas.

CLARITA.—¡Quítate! Tú debes vivir; puedes vivir. Protege á mi madre; sin ti, la pobreza la consumiría; sé para ella lo que yo ya no puedo ser; vivid juntos y lloradme. Llorad á la patria, y llorad al que sólo podía conservarla. La generación presente no verá el fin de esta calamidad. Ni el furor de la venganza misma conseguirá extirparla. Vivid ¡desdichados! en un tiempo que ya no es tiempo. Hoy el mundo se parará de repente, detendráse su movimiento, y mi pulso apenas latirá pocos minutos. ¡Adiós!

BRACKENBURGO.—¡Oh! vive con nosotros, como nosotros sólo para ti viviremos. Matándote, nos matas. ¡Oh! vive y sufre. Estaremos uno á cada lado tuyo sin separarnos, y siempre atentos; el amor te preparará, en sus brazos vivos, el más hermoso consuelo. ¡Sé nuestra! ¡nuestra! ¡No me atrevo á decir mía!

CLARITA.—¡Cuidado, Brackenburgo! No sabes dónde tocas. Lo que á ti te parece esperanza, es para mí desesperación.

BRACKENBURGO.—Comparte la esperanza de los vivos. Párate al borde del abismo; mira al fondo, y después, vuélvete á mirarnos.

CLARITA.—He vencido; no me vuelvas á llamar al combate.

BRACKENBURGO.—Estás aturdida, y envuelta en las tinieblas buscas el precipicio. Pero aun no se han apagado todas las luces. ¡Mas de un día!...

CLARITA.—¡Ay de ti! ¡Ay de ti! Cruel, rompiste el velo que había delante de mis ojos. Sí, amanecerá el día; inútilmente se amontonarán las nieblas en torno de él; á pesar suyo amanecerá. Atemorizado, mira el vecino por su ventana; la noche va dejando en pos una mancha negra; observa, y con la claridad va creciendo terrorífico el patíbulo. Sufriendo nueva pasión, la profanada imagen de Dios levanta los ojos al Padre. El sol no se atreve á mostrarse; no quiere marcar la hora en que Egmont ha de morir. Siguen su camino los minutos perezosos, y una hora tras otra suena el reloj. ¡Basta! ¡Basta! Ha llegado el momento. La ofensa del día me echa al sepulcro. (Va á la ventana como para mirar, y bebe á escondidas.)

BRACKENBURGO.—¡Clara! ¡Clara!

CLARA.—(Vuelve á la mesa y bebe el agua.) Aquí está el resto; no quiero que lo pruebes. Haz lo que debes. ¡Adiós! Apaga esta lámpara en silencio y sin vacilación.

nes; yo voy á descansar. Sal de aquí deslizándote sin hacer ruido, y cierra la puerta detrás de ti. ¡Silencio! No despiertes á mi madre. ¡Vé! ¡Sálvate! ¡Sálvate, si no quieres parecer mi asesino! (Vase.)

BRACKENBURGO.—Me deja por la última vez, como siempre. ¡Oh! ¡Si el alma humana pudiese comprender lo que es capaz de hacer sufrir á un corazón amante! Me deja entregado á mí mismo, siéndome la muerte y la vida igualmente odiosas... ¡Morir solo!... ¡Llorad vosotros, los que amáis! ¡No hay destino más duro que el mío! ¡Bebe mis gotas mortíferas y me rechaza! ¡Me rechaza de su lado! Me atrae; voime en pos de ella y me empuja á la vida. ¡Oh, Egmont, qué gloria te ha caído en suerte! Ella va delante á presentarte por su mano la corona del triunfo. ¡Sale á tu encuentro con el cielo entero! ¿Y yo, he de ir? ¿He de volver á estar de lado? ¿Soportar en aquellas moradas la envidia inextinguible? En la tierra ya no puedo estar, y el cielo y el infierno ofrécneme iguales tormentos. ¡Oh, y qué bien acogida sería por este desdichado la mano aterradora de la nada!

(Brackenburg se va; el teatro permanece algún tiempo sin cambio. Principia la música, que interpreta la muerte de Clari-ta. La lámpara que Brackenburg se ha olvidado de apagar, arroja algunos destellos, y después se apaga. En seguida la es-cena se cambia en)

La prisión.

EGMONT durmiendo en la tarima. Óyese ruido de llaves y se abre la puerta. Entran criados con hachas; siguen FERNANDO, el hijo de Alba, y SILVA, acompañados de hombres de armas. EGMONT se despierta sobresaltado.

EGMONT.—¿Quién sois, que tan sin piedad interrumpís mi sueño? ¿Qué me anuncian vuestras miradas altivas é intranquilas? ¿Por qué ese séquito imponente? ¿Qué sueño pavoroso venís á fingir al alma medio despierta?

SILVA.—Envíanos el duque para notificaros vuestra sentencia.

EGMONT.—¿Traéis también al verdugo para ejecutarla?

SILVA.—Escuchad, y sabréis lo que os espera.

EGMONT.—Digno es de vosotros y de vuestra vergonzosa hazaña. Concebida en las tinieblas y ejecutada en las tinieblas, puede ocultarse esta acción procaz de la injusticia. Sal fuera sin empacho, tú, que traes oculta la espada debajo de la capa; aquí está mi cabeza, la más libre de cuantas la tiranía separó de su tronco.

SILVA.—Os engañáis; lo que deciden jueces íntegros, no han de ocultarlo de la faz del día.

EGMONT.—Entonces, supera el descaro á cuánto pensarse é imaginarse puede.

SILVA (coge la sentencia á uno que está á su lado, la desdobra y lee).—«En nombre del Rey, y en virtud del poder es-

pecial que Su Majestad nos ha transferido para juzgar á todos sus súbditos, cualesquiera que su estado fuere, incluso á los caballeros del Toisón de Oro, declarámoste...»

EGMONT.—¿Puede el Rey transferir ese poder?

SILVA.—Declarámoste, después de puntual y detenido examen, á ti, Enrique, conde Egmont, príncipe de Gau-re, reo de alta traición, y te senteciamos á que, en el na-ciente día, seas sacado de tu prisión, conducido á la pla-za del mercado, y allí, ante el pueblo, para escarmiento de traidores, pierdas la vida. Dado en Bruselas á... (el día y el año se leerán de manera poco clara, de suerte que el espectador no entienda.) FERNANDO, DUQUE DE ALBA, Presi-dente del Tribunal de los Doce.» Ya sabéis ahora vues-tro destino; os queda poco tiempo para aveniros á él, arreglar vuestros asuntos y despediros de vuestros alle-gados. (Vanse Silva y el acompañamiento. Quédase Fernando y dos hombres con hachones. El teatro está medianamente alumbrado.

EGMONT (permanece, durante algún tiempo, de pie, ensimis-mado, y deja marchar á Silva sin mirar. Créese solo, y cuando levanta los ojos ve á Fernando.)—¿Aquí os quedáis? ¿Que-réis aumentar con vuestra presencia mi asombro, mi horror? ¿Pretendéis quizá llevar á vuestro padre el gra-to mensaje de mi cobarde desesperación? ¡Id! ¡Decidle, decidle, que ni á mí me engaña, ni al mundo tam-po-co! Mil voces se lo dirán á ese ambicioso: primeramen-te bajito, muy bajo y por la espalda; después más alto cada vez, y cuando llegue á caer de esa cúspide, gritan-do y frente á frente: «No le ha traído aquí ni el bien del

Estado, ni el prestigio del Rey, ni la paz de las provincias. Aconsejó la guerra por su interés, porque el guerrero gana con la guerra: ha levantado toda esta enorme turbonada para que necesiten de él.» Y yo caigo víctima de su odio mezquino, de su miserable envidia. Sí; lo sé, y me atrevo á decirlo; el que va á morir, el herido de muerte, lo puede decir. Ese presuntuoso me tiene envidia. Mucho tiempo hace que piensa y discurre cómo quitarme de enmedio. Ya en otro tiempo, cuando éramos muchachos, al jugar á los dados y ver que los montones de oro pasaban, unos tras otros, de su lado al mío, se ponía furioso; fingía tranquilidad, é interiormente se lo comía la ira, más por mi suerte que por su pérdida. Todavía recuerdo sus miradas, que echaban chispas; su delatora palidez en una fiesta pública, en que ambos disputábamos delante de miles de personas el premio del tiro. Él me desafió primero; ambas naciones, la española y la neerlandesa, en expectación, hacían apuestas. Yo le vencí; su bala erró, y la mía dió en el blanco; un grito de alegría de mis compatriotas hendió el aire. ¡Ahora, su bala me alcanza! ¡Decidle que lo sé, que le conozco, que el mundo desprecia los trofeos de victoria que erigen, por malas artes, los espíritus pequeños! ¡Y vos, si es posible á un hijo separarse de las costumbres de su padre, aprended con tiempo la vergüenza, avergonzándoos de aquel á quien con todo vuestro corazón hubierais querido venerar!

FERNANDO.—¡Os escucho sin interrumpiros! Vuestras censuras caen como golpes de maza sobre un yelmo;

estremécenme, pero estoy armado. Me alcanzáis, y no me herís. Solo siento el dolor que desgarrá mi pecho. ¡Desgraciado de mí! ¡Desgraciado de mí! ¡He nacido para ver esto! ¡He sido enviado para presenciar semejante espectáculo!

EGMONT.—¿Os lamentáis? ¿Qué os lastima? ¿Qué os aflige? ¿Es tardío arrepentimiento por haber prestado vuestros servicios á esta infame conjuración? ¡Sois tan joven! ¡Tenéis tan gallarda presencia! ¡Fuisteis conmigo tan franco, tan afectuoso! Siempre que os veía, reconciliábame con vuestro padre. Y sin embargo, falaz, más falaz que él, hicisteisme caer en la red. ¡Sois execrable! El que de él se fia lo hace por su cuenta y riesgo; pero ¿quién teme el peligro al fiarse de vos? ¡Salid! ¡Salid! ¡No me robéis estos momentos! ¡Idos, á fin de que yo me recoja, olvide al mundo y os olvide á vos el primero!

FERNANDO.—¿Qué he de deciros? Estoy mirándoos, y ni os veo, ni sé lo que pasa por mí. ¿Debo disculparme? ¿Debo aseguraros que sólo supe farde, á última hora, el designio de mi padre? ¿Qué sólo ejecuto su voluntad impelido por él, como mero instrumento inerte? ¿Qué importa la opinión que podáis tener de mí? ¡Estáis perdido, y desgraciadamente yo no estoy aquí sino para asegurároslo y lamentarme!

EGMONT.—¡Voz singular! ¿Qué inesperado consuelo se me ofrece en el camino de la tumba? ¿Vos, el hijo de mi primero y casi único enemigo, me compadecéis y no sois del número de mis asesinos? ¡Decid! ¡Hablad! ¿Por qué debo tomaros?

FERNANDO.—¡Padre cruel! ¡Sí! ¡Te reconozco en esta orden! Conociste mi corazón, mis sentimientos, que tantas veces me has echado en cara, como herencia de una madre tierna. Y para formarme á tu semejanza, me envías aquí. ¡Me fuerzas á que vea á este hombre al borde de la entreabierta tumba, presa de arbitraria muerte, para que, sintiendo el más profundo dolor, me quede ya sordo é insensible á todo lo que me pueda ocurrir, sea lo que quiera!

EGMONT.—¡Asombrado estoy! ¡Reponeos! ¡Portaos y hablad como un hombre!

FERNANDO.—¡Oh! ¡Quién me diera ser mujer para que pudiesen decirme: «¿Qué te aflige? ¿Qué te conmueve?» Contadme alguna monstruosidad mayor, mostradme un hecho más terrible, y os daré gracias diciendo: «esto no es nada!»

EGMONT.—¡Perdéis el tino! ¿Dónde estáis?

FERNANDO.—¡Dejadme dar rienda suelta á mis quejas y expansión á mis sentimientos! ¡No quiero permanecer impasible, cuando se despedaza mi corazón! ¿Es posible que os vea aquí á vos? ¡Es horrible! ¡No me comprendéis, y sin embargo, Egmont, debiais comprenderme! ¡Egmont! (Le echa los brazos al cuello.)

EGMONT.—Descubridme este secreto; explicadme este misterio.

FERNANDO.—No hay misterio alguno.

EGMONT.—¿Cómo os mueve tan hondamente la suerte de un extranjero?

FERNANDO.—¡Extranjero, no! ¡Para mí no lo sois! En

mi primera juventud, vuestro nombre ofrecíase me brillante como una estrella del cielo. ¡Cuántas cosas oí de vos y cuántas pregunté! La esperanza del niño es el joven; la del joven el hombre. Esto fuisteis para mí. Caminabais delante, y yo os seguía siempre detrás, sin envidia. Por último, tuve esperanza de veros; os ví, y os llevasteis mi corazón. A vos me había dado, y al veros, os elegí de nuevo. Esperaba vivir ahora á vuestro lado, estar con vos. ¡Comprenderos!... ¡Comprenderos!... ¡Todo ha caído por tierra y os veo aquí!

EGMONT.—Amigo; si esto puede haceros algún bien, tened la seguridad que, desde el primer momento, os ganasteis por completo mi afecto. Pero, escuchadme, y hablemos tranquilamente algunas palabras. ¡Decidme! ¿La voluntad firme y seria de vuestro padre es matarme?

FERNANDO.—¡Sí!

EGMONT.—¿No sería esta sentencia un mero espanto para acongojarme, para castigarme por el miedo y la amenaza, humillarme, y después, con la gracia del Rey, volverme á levantar?

FERNANDO.—¡No! ¡Ah, no por desdicha! Al principio, aun me lisonjeaba yo mismo con esta lejana esperanza, y aun así, angustiábame y dolíame de veros en ese estado. Pero la cosa es cierta de toda realidad. ¡No; yo no puedo contenerme! ¿Quién me prestaría ayuda, quién me daría consejo para evitar lo inevitable?

EGMONT.—¡Escuchadme! ¡Si vuestra alma os impulsa por manera tan poderosa á salvarme; si detestáis la

fuerza que me aprisiona, ¡salvadme! Los momentos son preciosos. Sois el hijo del que todo lo puede; sois, vos mismo, poderoso. ¡Huyamos! Yo conozco los caminos. Los medios, vos no podéis desconocerlos. Sólo estos muros y algunas millas nos separan de mis amigos. ¡Romped estas cadenas, llevadme á ellos, y sed de los nuestros! Día vendrá, seguramente, en que el Rey os agradecerá mi salvación. Ahora fué sorprendido, ó quizá lo ignora todo. Vuestro padre se arriesga, y Su Majestad tiene que aceptar los hechos consumados, aunque le aterren. ¿Piensas? ¡Oh! ¿Discurres el camino de mi libertad? ¡Habla, y alimenta la esperanza del alma que vive!

FERNANDO.—¡Calla! ¡Oh, calla! ¡Con cada palabra aumentas mi desesperación! No hay salida, no hay discurso, no hay huída posible. Esto es lo que me atormenta, lo que me oprime y clava mi pecho como con garras. Yo mismo he tendido la red, y conozco sus nudos fuertes y firmes. Sé que todos los caminos están cortados al atrevimiento y á la astucia. Yo me siento preso contigo y con todos los demás. ¿No me habré lamentado? ¿No habré probado todo? Me arrojé á sus pies, pedí, supliqué, rogué, y él enviéme aquí para que todo lo que hubiere en mí de apego á la vida y de alegría, perezca en este momento.

EGMONT.—¿Y no hay salvación?

FERNANDO.—¡Ninguna!

EGMONT (dando con el pie en el suelo).—¡No hay salvación!... ¡Dulce vida! ¡Risueña costumbre de la existen-

cia y de la acción, tengo que separarme de tí! ¡Y tan lentamente! No me das tu rápido ¡adiós! en el tumulto de la batalla, entre el ruido de las armas y el aturdimiento de la pelea. No te despidés á la ligera, abreviando el momento de la separación. Me es forzoso coger tu mano, fijar por última vez mis ojos en tus ojos, contemplar y sentir vivamente tu hermosura, tu valer, y después soltarte y decirte: ¡Abandóname!

FERNANDO.—¿Y he de estar presente, he de ser forzosamente testigo, sin poderte salvar, sin poder impedir nada? ¿Qué voz será bastante potente para quejarse? ¿Cuál será el corazón que no se destroce ante dolor tan grande?

EGMONT.—¡Serénate!

FERNANDO.—Tú puedes serenarte, desprenderte, dar el paso difícil, como un héroe llevado de la mano por la necesidad: pero yo, ¿qué puedo, que debo hacer? Tú, vencéndote, nos vences. Yo te sobrevivo y me sobrevivo á mí mismo. He perdido mi luz en la alegría del festín, mi bandera en el fragor de la batalla. ¡El porvenir me parece todo insulsez, confusión y tristeza!

EGMONT.—Joven amigo, que por singular destino al mismo tiempo gano y pierdo, que por mí sientes las angustias de la muerte y por mí padeces; mírame bien en este momento; no vas á perderme. Si mi vida fué para ti espejo en que gustoso te miraste, séalo también mi muerte. No sólo están juntos los hombres cuando se hallan reunidos; también el alejado, el que

nos dijo: ¡adios! vive en nosotros. Yo viviré en ti; en mí mismo he vivido bastante. He gozado en cada uno de mis días, y en cada uno, trabajando con actividad, hice mi deber, según me lo enseñaba mi conciencia. Ahora termina mi vida, como hubiera podido terminar mucho antes, allá en los arenales de Gravelinas. Ceso de vivir, pero he vivido. Vive también así, amigo mío, con gusto, con placer, y no temas á la muerte.

FERNANDO.—Hubieras podido, hubieras debido conservarte para nosotros: te has buscado la muerte. Muchas veces oía hablar de ti á hombres prudentes. Enemigos y amigos discutían largamente sobre tu mérito, y concluían por ponerse de acuerdo; ninguno osaba negarlo, pero todos convenían en que ibas por caminos muy peligrosos. ¡Cuántas veces he deseado podértelo advertir! ¿No tenías amigos?

EGMONT.—¡Estaba advertido!

FERNANDO.—¡Y cuán circunstanciadas encuentro ahora, en el proceso, todas aquellas acusaciones y tus respuestas, suficientes para disculparte, no bastante sólidas para librarte de culpa!

EGMONT.—Dejemos esto. Cree el hombre guiar su vida, conducirse á sí mismo, y lo que tiene dentro de sí le lleva irremisiblemente á su destino. No pensemos en ello. Fácil me es desprenderme de estos pensamientos; mas difícil desechar mis temores por este país. Sin embargo, también sobre esto será proveído. Si mi sangre se derrama por muchos y alcanza la paz á mi pueblo, correrá de buen grado. ¡Desgraciadamente, no

será así! Convienes al hombre no inquietarse cuando ha perdido la acción. Si puedes contener y encarrilar el poder dañino de tu padre, hazlo. Pero ¿quién lo podrá? ¡Adios!

FERNANDO.—No puedo marcharme.

EGMONT.—Te recomiendo encarecidamente mis servidores. Tengo entre ellos muy buenas gentes. Que no se dispersen ni lleguen á verse desgraciados. ¿Qué ha sido de Ricardo, mi secretario?

FERNANDO.—Te ha precedido: como reo de alta traición lo decapitaron.

EGMONT.—¡Pobre desdichado! Otra cosa, y después, ¡adios! porque ya no puedo más. Que aunque el espíritu actúa enérgico por fin, la naturaleza exige sin remisión sus derechos, y cual el niño á quien se enrosca una serpiente duerme plácido sueño, de igual modo el fatigado de la vida déjase caer á las puertas de la muerte y descansa, como tomando alientos para emprender largo viaje; una cosa nada más. Conozco á una joven; no la desprecies porque fué mía. Sólo recomendándola á ti, muero tranquilo. Tienes un alma noble; la mujer que encuentra un hombre así, se ha salvado. ¿Vive mi viejo Adolfo? ¿Está libre?

FERNANDO.—¿Aquel alegre anciano que te acompaña siempre á caballo?

EGMONT.—El mismo.

FERNANDO.—Vive y está libre.

EGMONT.—Ese sabe su morada; dile que te lleve y recompénsale hasta el fin de sus días, por ha-

berte enseñado el camino de semejante tesoro. ¡Adios!

FERNANDO.—No me voy.

EGMONT (empujándole hacia la puerta).—¡Adios!

FERNANDO.—¡Oh, déjame aún!

EGMONT.—Amigo, nada de despedidas. (Acompaña á Fernando hasta la puerta, y allí se desase de él. Fernando, aturcido, aléjase de prisa).

EGMONT (solo).—¡Hombre cruel! No pensabas hacerme este beneficio por medio de tu hijo. Él me ha librado de cuidados, de dolores, del miedo y de todo sentimiento penoso. Reclama la naturaleza su última deuda, de modo suave y apremiante. ¡Pasó! ¡Todo está concluído! Y lo que por incierto me tuvo la última noche desvelado, ahora, con certidumbre incontrastable, adormece mis sentidos.

(Se acuesta. Música.)

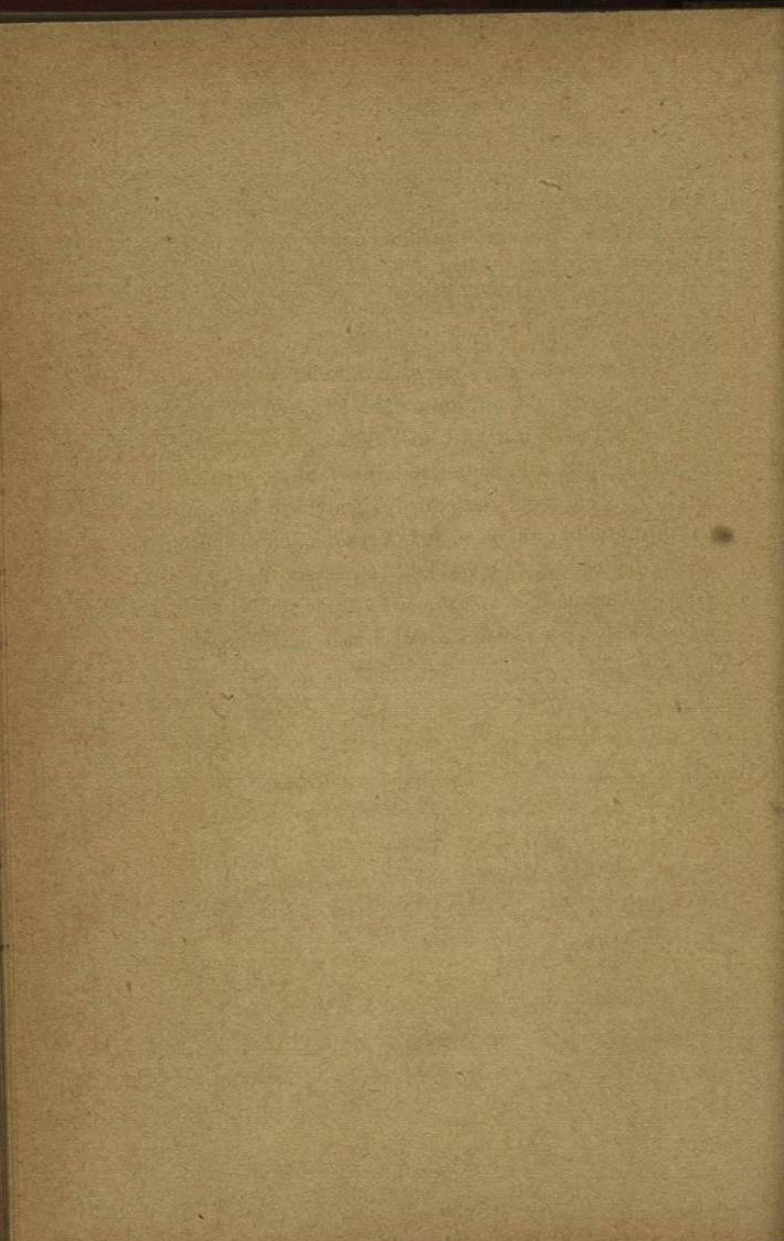
Dulce sueño: cual dicha pura vienes voluntariamente, sin que te rueguen ni supliquen. Desatas los fuertes lazos del pensamiento. Mezclas las imágenes de la alegría y las del dolor; brota espontáneo el torrente de las melodías internas, y envueltos en plácidos desvaríos, nos sumergimos en ti cesando de ser.

(Se duerme, y la música acompaña su sueño. Detrás de su lecho figura la pared abrirse, mostrándose una visión resplandeciente. La libertad, en traje de diosa, rodeada de una aureola, se apoya en una nube. Tiene las facciones de Clarita, y se inclina al héroe dormido. Expresa el sentimiento de la compasión, parece condolerse; después se recobra, y con ademanes animosos le muestra el haz de flechas, y luego el báculo con el sombrero. Mándale que esté alegre, y dándole á entender que

con su muerte procurará la libertad á las provincias, declárale vencedor y le ofrece una corona de laurel. Al acercarse con la corona, hace Egmont en sueños un movimiento, de manera que se queda con el rostro vuelto hacia la diosa que sostiene la corona suspendida sobre su cabeza. Óyese muy á lo lejos música militar de pifanos y tambores. La visión desaparece al primer sonido. Este aumenta. La tenue luz de la mañana alumbra la prisión, y Egmont se despierta. Su primer movimiento es para asir la corona. Levántase y mira en derredor, siempre con la mano en la cabeza).

¡Desapareció la corona! ¡Hermosa imagen; la luz del día te ahuyentó! Sí, unidas estaban las dos más dulces delicias de mi corazón. La diosa Libertad tomó prestada la figura de la amada mía, y la niña encantadora vistióse con el ropaje celestial de mi amiga. En este momento solemne aparecióseme las dos en una, más seria que risueña. Tenía las suelas manchadas de sangre; los pliegues de su túnica manchados de sangre. Era mi sangre y la de muchos nobles. ¡No! ¡No se verterá en vano! Pasa por cima de ella, pueblo valeroso; la diosa de la victoria te acaudilla. Y así como la mar rompe tus diques, rompe tú y arranca de cuajo el muro de la tiranía, y en tu desbordamiento arrástrala lejos de la tierra que se atrevió á usurpar. (Se oyen más cerca los tambores.) ¡Atención! ¡Cuántas veces este sonido me invitó á marchar, con paso firme, al campo de la batalla y de la victoria! ¡Qué alegres pisaban mis compañeros el camino de la gloria! Yo también saldré de este calabozo para afrontar honrosa muerte. ¡Muero por la libertad, por quien viví y luché, y á la cual ahora re-

signado me inmolo. (Aparece en la puerta del fondo una fila de soldados españoles armados con alabardas.) Sí, traedlos á todos; apretad las filas: ¡no me atemorizáis! Acostumbrado estoy á ir delante de las lanzas y contra las lanzas, y circundado por la amenaza de la muerte, sentir duplicada la energía de mí vida. (Suenan tambores.) ¿Te estrecha el enemigo por todas partes, brillan las espadas? ¡Buen ánimo, amigos! Detrás de vosotros tenéis padres, mujeres, hijos! (Señalando la guardia española.) A éstos los lleva una palabra vana de su amo, ¡no su propio corazón! ¡Defended vuestros bienes, y para salvar aquello que os es más precioso, caed contentos como yo os doy el ejemplo! (Va con paso firme hacia los españoles, dirigiéndose á la puerta del fondo. Cae el telón. La música vuelve, y termina la obra con un himno triunfal.)



LA APUESTA

COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES

DORN.

FÖRSTER.

EDUARDO.

LEONOR.

JUAN.

FEDERICA.

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

DORN y después FÖRSTER.

DORN.—Muchas veces lo he dicho: y, ¿quién no sabe que hay cosas que con facilidad se emprenden y con gran trabajo se terminan? ¿Qué importa pensar y hablar con toda sensatez? He vuelto á meterme ahora en un negocio, que me saca por completo de mis costumbres. Dejo mi residencia de campo en la estación más hermosa; me voy al pueblo; allí el tiempo se me hace demasiado lento y la impaciencia me trae de nuevo aquí. Desde las ventanas de esta mala posada estoy viendo mi casa y mis jardines, y no me atrevo á entrar en ellos. ¡Si al ménos esto no fuera tan incómodo! Todas las sillas en que me voy á sentar están desvencijadas. No hallo un gancho para colgar mi sombrero, ni casi un ángulo donde dejar mi bastón. Pero todo lo paso bien, con tal de alcanzar el fin que me propongo, y que la joven pareja sea feliz.

FÖRSTER (desde fuera.)—¿Se puede uno hospedar aquí?
¿No hay nadie en la casa?

DORN.—¿Habré oído bien? ¡Förster! Al menos hallo un compañero en mi extraña situación.

FÖRSTER (entrando.)— ¡Dorn! ¿Es posible? ¿Eres tú? ¿Cómo estás en esta posada y no en tu casa? Dijéronme que te hallabas en la ciudad. Todo lo he encontrado en tu morada solitario y desierto.

DORN.—No tan desierto como crees. Los enamorados están allí.

FÖRSTER.—¿Quién?

DORN.—Leonor y Eduardo, encerrados.

FÖRSTER.—¿Los dos jóvenes juntos?

DORN.—Juntos ó separados, como quieras.

FÖRSTER.—Descíframe el enigma.

DORN.—Pues oye: es una apuesta; necesitan sufrir una prueba que ha de afirmar su dicha futura.

FÖRSTER.—Me pones cada vez más curioso.

DORN.—Eduardo y Leonor se quieren, y yo he fomentado el germen de ese sentimiento, porque vería con gusto una unión más estrecha.

FÖRSTER.—A lo cual desde luego di mi aprobación.

DORN.—Eduardo es un gran muchacho, lleno de talento y aptitudes, muy instruído, con el mejor corazón y los más vivos sentimientos del mundo, pero algo pronto y presuntuoso.

FÖRSTER.—Confiesa, sin embargo, que el conjunto hace un joven amable por todo extremo.

DORN.—¡Toma! Ya sabemos algo de eso. Leonor es dulce y sensible, activa al mismo tiempo y hacendosa;

sin embargo, no carece de vanidad; le quiere de veras, pero muchas veces tiene cierta tendencia al mal humor, que no se aviene con la viveza de Eduardo, y de ahí que hayan surgido con frecuencia en ese tiempo dichoso en que son novios y prometidos, disputas, contrariedades y muchas desazones.

FÖRSTER.—Eso cesará después de la boda.

DORN.—Yo quisiera que fuese antes, y esta es precisamente la causa de tan singulares disposiciones. Muchas veces he llamado la atención de los jóvenes acerca de sus faltas, deseando que cada parte reconociese las propias, cediese y lo allanasen todo recíprocamente. Predicaba en desierto; á pesar de ello, no podía menos de continuar en mis amonestaciones, y hace ocho días, encontrándolos más tercos que nunca, hube de declararles, con toda seriedad, la inconveniencia de su conducta, puesto que, para decirlo claramente, no podían estar ni vivir el uno sin el otro. Ellos lo tomaron un poco por lo alto, y aseguraron que sí les sería muy posible estar el uno sin el otro, y aun vivir separados.

FÖRSTER.—Esas cosas se dicen muy pronto, pero las riñas no suelen durar.

DORN.—Así lo tomé yo, chanceándome con ellos y amenazándoles con poner á prueba su disposición, para ver cuál de los dos buscaba al otro, y cuál se acercaba al otro primero. La vanidad tomó cartas en el juego, y cada uno de ellos aseguró que tendría, si llegase el caso, la más firme perseverancia.

FÖRSTER.—Palabras, nada más que palabras.

DORN.—Y para saber si hay algo más, les he hecho la proposición siguiente: «Conocéis—dije—las dos habitaciones contiguas, que con mi difunta mujer he habitado. Comunicanse por una puerta de reja, con una cortina que se puede correr desde cualquiera de ellas; cuando teníamos algo que decirnos mi mujer ó yo, alzábamos la cortina el uno ó el otro. Vosotros, que sois prometidos, vais á ocupar ahora estos dos cuartos, y hagamos una apuesta, á ver cuál de las dos partes siente más la separación, nota más la falta del otro y da el primer paso para volverse á ver». Por consentimiento mutuo, se prestaron á la prueba; entraron, corrí la cortina, y en tal estado se hallan las cosas.

FÖRSTER.—¿Desde cuándo?

DORN.—Desde hace ocho días.

FÖRSTER.—¿Y aún no ha ocurrido nada?

DORN.—Creo que no; pues Juan y Federica, que observan atentamente á sus amos, tienen orden de mandármelo á decir inmediatamente al pueblo. Nada he sabido, y vuelvo lleno de impaciencia, para conocer en las cercanías lo que ocurre.

FÖRSTER.—Y yo llego con toda oportunidad para esta aventura estupenda, y en gracia de su singularidad, quédome gustoso contigo en la mala posada, en vez de hacerlo en tu cómoda vivienda.

DORN.—Espero que la molestia no durará mucho tiempo; acomódate lo mejor que puedas; entretanto, no dejarán de venir nuestros guardianes.

FÖRSTER.—Estoy curioso de saber el resultado, porque

en el fondo la broma no me gusta, y puede traer consecuencias muy peligrosas.

DORN.—De ninguna manera; estoy convencido de que todo ha de terminar en provecho de los novios. El que se muestre más débil, no pierde nada, porque con eso prueba la fuerza de su amor. Y si otra cosa imagina el más fuerte, después de pensarlo un poco, verá que el más débil le avergüenza. Han de comprender lo agradable que es ceder y entenderse. Han de quedar profundamente convencidos de lo necesario que es el trato y la mutua verdadera confianza del alma, y que es locura creer que las ocupaciones y las distracciones pueden satisfacer á un corazón amante. Se les hará ver, con más fuerza, cuántas veces el mal humor turba la felicidad doméstica, y cómo la viveza excesiva trae muchas horas sombrías en pos de sí. Si se desprenden de estos defectos, cada uno de los dos reconocerá y apreciará el mérito del otro, y seguramente evitarán toda ocasión de desavenencias más serias.

FÖRSTER.—Esperemos lo mejor; entretanto, el medio no deja de ser singular. Tal vez, sin embargo, los viejos, que tenemos experiencia del mundo, aprendamos algo con esto. Veremos cuál de las dos partes aguanta más tiempo el aburrimiento y la contrariedad.

DORN.—Ya suben la escalera con tu equipaje; ven, te ayudaré á instalarte. (Vanse.)

ESCENA II

JUAN. FEDERICA.

JUAN.—Tampoco está aquí el señor, ni en el jardín; ¿dónde se hallará? Tengo que decirle algunas cosas curiosas.

FEDERICA.—¿De los enamorados? Bueno; pues cuándo tú hayas hablado, me llegará mi turno. La señorita me da mucho cuidado.

JUAN.—¿Cómo es eso?

FEDERICA.—Pues verás. Los primeros días de su nuevo sistema de vida, todo iba tranquilo y bien. Parecía contenta, trabajaba y se gloriaba de no necesitar del señorito, y estar alegre. Creíase bien acorazada contra las embestidas del amor, y no me hubiera sido posible advertir lo que por él siente, si no hiciese con maña recaer en ti la conversación.

JUAN.—¿Y qué maña se necesita para eso? A mí me parece cosa muy natural que se piense en mí, y de mí se hable en ocasiones.

FEDERICA.—No te apures. Esta vez te vas como has venido; esta vez ella se ingeniaba solamente para saber, con disimulo, si estabas mucho con tu señor, y cómo le iba. Si yo parecía no parar en ello la atención, no cesaba en sus preguntas; pero si demostraba suponer amor ó sospechar en ello algún deseo de volverle á ver, se callaba de repente, poníase fosca y no hablaba palabra.

JUAN.—Bonito entretenimiento.

FEDERICA.—Así pasaron los primeros días. Ahora no habla absolutamente nada y no come ni duerme más; deja una labor y toma otra, y parece tan enferma, que da angustia verla.

JUAN.—¡Anda! ¿Y qué ha de ser todo eso? ¡Caprichos, y nada más que caprichos! ¡Por eso las mujeres parecen siempre enfermas! Todas son así.

FEDERICA.—¿Dices eso también por mí, Juan? Espero que no.

JUAN.—¡No te enfades! Yo hablo sólo de las señoras principales; todas tienen esas fantasías, cuando no se les adula su vanidad.

FEDERICA.—No; mi señorita no entra en ese número; lo que es muy probable es que el amor la consume.

JUAN.—¡El amor! Y entonces, ¿por qué lo oculta?

FEDERICA.—Es que hay una apuesta.

JUAN.—¿Qué apuesta, ni qué apuesta? Cuando uno ama...

FEDERICA.—¡Pero el amor propio!...

JUAN.—Eso no vale nada para el amor. Las personas vulgares somos mucho más felices; no conocemos esos refinamientos. Yo digo: Federica, ¿me quieres? Tú dices: ¡Sí! Y soy tuyo... (La abraza.)

FEDERICA.—Cuando el destino de nuestros señoritos se decida y nos entreguen el dote que hemos de merecer, observando atentamente á nuestros enamorados.

ESCENA III

DORN, FÖRSTER y dichos.

DORN.—Buenos día, muchachos. Decidme, ¿qué ha pasado?

JUAN.—Nada de particular, señor; sólo que mi prisionero, tan pronto está agitado y exaltado, tan pronto pensativo y metido en sí. A veces se calla, reflexiona, parece decidirse, corre á la puerta cerrada; luego retrocede y desecha aquel pensamiento.

DORN.—Förster, ¿oyes?

FÖRSTER.—¡Adelante!

DORN.—Cuéntanos, Juan, lo que ha ocurrido desde que me marché.

JUAN.—¡Ay, Dios mío! ¿Cómo he de recordar las mil cosas que pasaron, todo lo que he visto y oído? No sé dónde tengo la cabeza. ¡Si esto se llama querer! Si esta es la costumbre entre las personas distinguidas, huélgome de ser, por siempre jamás, el pobre Juan y asegurar sencillamente á mi Federica que la quiero.

DORN.—Bien; ¿y qué cosas extraordinarias han pasado?

FÖRSTER.—Explícate.

JUAN.—Yo contaré lo mejor que pueda. Cuando usted se fué, encerróse el señorito, y se ocupó leyendo y escribiendo; sólo que yo lo encontraba muy animado. Salía á pasear por los contornos, volvía á casa tarde; estaba alegre, y así pasaron algunos días. Luego fué de caza y cambió de ocupaciones. Entonces pude advertir,

con facilidad, que en ninguna se fijaba. Subía á su cuarto, volvía á bajar, arrojaba un libro, cogía otro, y cuando reñía podía haber sido alguna vez con fundamento, pero real y verdaderamente era muchas veces sin motivo; sólo quería dar salida á los sentimientos impetuosos que en él se sucedían.

DORN.—Perfectamente.

JUAN.—Así pasaron los días. En el paseo, suspiraba por volver á la casa. Abreviaba las cacerías y se volvía; pero en el camino vacilaba, indeciso siempre, y hablaba solo; ponía una cara que me asustaba; á veces se quedaba parado y tieso, otras parecía dudar... se acerca á la peligrosa cortina y retrocede al instante, enojado consigo mismo. La impaciencia y la incertidumbre lo atormentan, y temo que se vuelva loco.

DORN.—Basta, basta.

JUAN.—¡Cómo! ¿No he de contar más?

DORN.—Por ahora no necesito más; ve y cuida de él, y continúa diciéndome lo que pase.

JUAN.—Todavía tenía mucho que decir.

DORN.—¡Otra vez; ve!

JUAN.—Si la cosa es así... Estaba precisamente en vena, y creo que si tales cosas viese y contase muy á menudo, yo mismo podría volverme muy extraordinario; ¿que piensas tú, Federica?

FEDERICA.—Quedémonos como somos.

JUAN.—¡Choca!

(Le alarga la mano y la lleva al fondo de la escena, donde queda ella sola.)

DORN.—Vamos, Förster, ¿qué dices de este principio?

FÖRSTER.—No mucho; todavía no se puede decir nada categórico.

DORN.—Perdona, amigo: estamos más cerca del término de lo que te figuras. Eduardo parece haber moderado su orgullo; el sentimiento se enseñorea de él, y pronto lo dominará.

FÖRSTER.—¿De dónde sacas esa conclusión?

DORN.—De todo lo que cuenta Juan, de los detalles y del conjunto.

FÖRSTER.—No será él seguramente quien dé el primer paso. Le conozco muy bien, tiene demasiado amor propio, una idea demasiado alta de su mérito, y no cederá.

DORN.—Lo sentiría mucho; sería menester amar muy poco á mi hija; tener muy poca alma, muy poco sentimiento y ninguna energía, para persistir en esta penosa situación.

FÖRSTER.—¿Y Leonor, no podría igualmente?...

DORN.—No, amigo mío: las mujeres tienen, por modestia, cierta reserva, que es su mayor adorno, la cual les priva de mostrar libremente sus sentimientos, y éstos salen mucho menos al exterior en casos como el de esta apuesta, en que el amor propio entra en juego. Son capaces de sufrir hasta lo sumo, antes que sacrificar este orgullo; consideran inferior á su dignidad dar á entender á un hombre que están pendientes de él, que le aman con ternura; en secreto sienten tanto como nosotros, quizá con más constancia, pero son más dueñas de su inclinación.

FÖRSTER.—Puedes tener razón; pero sepamos antes lo que hace Leonor; después podemos caminar con más seguridad en nuestras suposiciones.

DORN.—Habla entonces, Federica.

FEDERICA.—Señores; yo temo mucho por la salud de la señorita.

DORN (con viveza).—¿Está mala?

FEDERICA.—No precisamente; pero no puede comer ni dormir, anda por allí como un medio fantasma, desdeña todas sus ocupaciones favoritas, no toca la guitarra, en que acompañaba á Eduardo, ni tampoco tararea cancioncitas como antes.

DORN.—¿Habla?

FEDERICA.—Muy pocas palabras.

DORN.—¿Y qué dice?

FEDERICA.—Casi nada; me pregunta á veces por Juan, con lo cual advierto que siempre piensa en Eduardo.

DORN.—¿Ha estado así los ocho días?

FEDERICA.—¡Oh, no! Al principio estaba alegre, más que antes se ocupaba en las faenas domésticas, en hacer música y cosas por el estilo. No echaba de menos á su novio, y se felicitaba de poderle probar que era fuerte.

DORN.—¿Ves, Förster, lo que te decía? Sosteníala el orgullo femenino.

FÖRSTER.—Pero ¿en qué consiste que al principio gustaba del trabajo y ahora lo abandona?

DORN.—También esto me lo explico muy bien: las mujeres están acostumbradas á la laboriosidad. Sabiendo que se las quiere, no temen la soledad; un solo mo-

mento alegre, con la presencia del que aman, les proporciona amplio consuelo; sólo la pérdida completa de un sentimiento compartido les es dolorosa y las consume, caen en una situación penosa y triste, que cuanto más se esfuerzan en ocultar, más las devora, y se marchitan.

FEDERICA.—¡Perfectamente! Eso debe sucederle á la señorita Leonor, porque tengo muchísimas pruebas de que quiere á Eduardo. Muchas veces, como por casualidad, va hasta la puerta, y luego, avergonzada, vacila y vuelve atrás. Sus ojos se llenan de lágrimas, parece escucharle, quiere adivinar sus pasos, sus pensamientos; lucha entre el amor y la firmeza.

FÖRSTER.—¿Pero, por qué no te pregunta por él? ¿No ha dicho Juan que Eduardo le habla muchas veces de Leonor con vehemencia? ¿La quiere entonces él más que ella á él?

DORN.—¡Ah! Bien se ve que conoces poco las mujeres. ¿Cuándo toman confidentes para sus sentimientos? Velan cuidadosamente sobre ellos y tratan de ocultarlos á los ojos de todos; temen, sobre todo, el triunfo vanidoso del arrogante dominio masculino; renuncian á todo antes que descubrirse. Pueden amar en silencio por sí solas, y sus sentimientos son así más fuertes y más duraderos. Los hombres, por el contrario, son más arrebatados, no hay modestia que les prive de pensar en alto; por eso Eduardo no se guarda de Juan.

FEDERICA.—¿Quiere usted una prueba más de que le ama? Ya sabe usted el lindo jardincito que ornó Eduar-

do para el día del Santo de Leonor; pues allí va todos los días. Allí se está horas enteras callada, con la vista fija en el suelo, y todas las chucherías que él la ha regalado las tiene sobre su mesa. Muchas veces parece presa de inquietud, que se manifiesta en suspiros. ¡Sí! está enferma de amor; me sostengo en lo dicho, y si no se la saca de esta situación...

DORN.—Déjalo estar, Federica, todo se resolverá en tiempo oportuno.

FEDERICA.—De estar yo en su lugar, hace mucho tiempo que se hubiera resuelto. (Vase.)

ESCENA IV

DORN. FÖRSTER.

DORN.—Estoy contento; todo va según mi deseo.

FÖRSTER.—Pero ¿y si tu hija enferma?

DORN.—No lo creas; esto ya no puede durar mucho.

FÖRSTER.—¿Eso piensas?

DORN.—Cederán, se verán, se amarán, y con amor más probado.

FÖRSTER.—Quisiera saber qué es lo que te pone de tan buen temple.

DORN.—Que veo mi obra terminada. Los dos están como yo quería, y donde yo quería. Sus pocas palabras y sus acciones todas, hállanse en conformidad con su situación y con sus sentimientos.

FÖRSTER.—¿De qué modo?

DORN.—Eduardo, muchacho fogoso, todavía se mues-

tra descontento, y lucha entre la vanidad y el amor; pero el amor vence, siente el tormento del aislamiento. Tiene ante su vista, con toda viveza, la figura de Leonor y su atractivo; ya no aguanta más ni es susceptible de ninguna distracción; abrirá la puerta y se declarará vencido.

FÖRSTER (para sí).—Eso no me parece aún completamente seguro.

DORN.—Leonor, noble y discreta niña, aunque algo caprichosa, pensó en un principio soportar firme el tiempo de la prueba por medio de ocupaciones que le hiciesen olvidarse de Eduardo, pero un día ha pasado después otro. Ha debido temer que su amado se enfriase, no quiso preguntar; así ha permanecido reconcentrada, entregada á la incertidumbre más penosa. Vivamente ha sentido el vacío, la pérdida de aquel tierno sentimiento correspondido. Para ella no hay medio alguno de dar el primer paso; la dignidad se lo impide, y prefiere padecer. De ahí provienen los suspiros, las lágrimas y la falta de sueño y apetito. Piensa hallar una compensación contemplando objetos inanimados, cuya sola vista renueva y aviva sus pesares. Leonor ama á Eduardo quizá con más ternura que antes, y sólo espera el momento de volver á entrar en posesión de sus antiguos derechos.

FÖRSTER.—Eso, lo veremos.

DORN.—Bueno; observémoslos; en el techo de aquellas habitaciones hay una abertura secreta; vamos allá, y nos convenceremos por nosotros mismos. (Vanse.)

ESCENA V

Habitación dividida, bien amueblada, provista de toda clase de objetos de entretenimiento, como pupitres, libros, instrumentos, etcétera.
Puerta, reja y cortina en la forma descrita.

LEONOR al lado derecho. EDUARDO al izquierdo. DORN y FÖRSTER arriba. Al final, JUAN y FEDERICA; EDUARDO se pasea de prisa de un lado á otro: habla muy vivo consigo mismo. Parece unas veces turbado y otras irresoluto. LEONOR, triste, con una labor en la mano. Mira suspirando á la puerta; después fija su vista en una cartera con las cifras de Eduardo, y la moja con sus lágrimas.

EDUARDO.—No; no salgo. ¿Adónde voy á ir? ¿Qué he de emprender? Nada me divierte; todo me disgusta: ¡ella me falta! ¡Tú, Leonor, la criatura más noble, la más amante y la más amable! ¿Dónde están aquellos felices momentos que á su lado pasaba; en que ella me encadenaba con su hermosa figura y su dulce natural? ¡Era mi primero y mi último pensamiento! Su simpatía y su ternura redoblaban todos mis placeres. A su lado encontraba descanso después del trabajo; ahora estoy disgustado. ¡Cuántas veces alegraba las horas tristes su canto grato! Cada palabra de amor que hablaba, respondía dulcemente á las disposiciones de mi corazón. ¡De qué entusiasmos no era yo capaz! Sus mismas incomodidades pasajeras, no son tan desagradables como en mi falta de paciencia me figuraba. ¿Por qué fui tan aturdido? ¿Cómo pude, por amor propio, aceptar esta prueba?... Ahora, ¿quién cederá?... ¡Ella, no!... ¿Yo?... ¡Sí!

(Con serenidad.) ¿Por qué lo dilato? Ábrase la puerta y vaya yo hacia ella, mujer celestial, para jurar á sus pies amor eterno, asegurándole que sin ella no puedo vivir. Pero ¿qué se dirá? Tendránte por cobarde y por débil; tus amigos se burlarán de ti... ¿Qué importa? Pero tú misma, Leonor, te envanecerías, me tendrías por vencido, querriás dominar, y entonces, ¡pobre de mí si quiero ser hombre! Y lo puedo sin duda. ¿Por qué me estoy ocioso? Aquí hay bastante que hacer todavía. (Siéntase á su mesa de escribir, coge una pluma, pero en lugar de escribir, se queda sumido en sus pensamientos.)

LEONOR.—¡Otro día que ha pasado sin que Eduardo se deje ver! ¡Oh, qué tormento! Me ha olvidado, y no puede amarme tanto como yo creía; si él sintiese siquiera la mitad de mis sufrimientos, se apresuraría á perder la apuesta; yo bien podría subsanar su vanidad ofendida. ¿Y qué importa la vanidad en comparación del amor ardiente, de la felicidad que se encuentra cuando uno es correspondido? Los días, las horas pasan como en dulces sueños; me sentía feliz cuando después de mis ocupaciones domésticas me solazaba con su conversación. ¡Padre cruel! ¿Cómo has podido hacerme tan desgraciada con esta prueba? ¿No me era mejor haber sufrido las arrogancias de Eduardo? Ahora yo no puedo dar el primer paso. Mi corazón me impulsa, pero la modestia, adorno principal de una muchacha, me lo impide, y debo obedecer... sufrir... y ¿cuánto tiempo aún? (Deja caer la labor y suspira.)

EDUARDO (levantándose del pupitre con precipitación.)—No

puedo escribir; ¿dónde voy á buscar ideas y ánimos? ¡Si al menos viniera Juan para poderle hablar de Leonor! Realmente, él entiende muy poco mis sentimientos; pero por lo menos está bien dispuesto, y venera á Leonor como á una divinidad; como todo el que la conoce. Me parece que le oigo.

LEONOR (mirando con gracia la cartera, y estrechándola contra su corazón.)—Sí; aquí está la prenda de tu amor; aquí está tu nombre. ¿Y puedes olvidarme, Eduardo? ¿Qué haré? ¿Cómo atraerlo?... ¡Ah, magnífico! Quizá esto haga efecto. (Corre á coger su guitarra y se sienta contra la pared al lado de la puerta, de modo que desde la reja no se la pueda ver. EDUARDO, que está sentado y pensativo, se reanima con la música, reconoce la voz que tantas veces le ha encantado, y sin darse tiempo de pensarlo, levanta la cortina. Trata de ver á LEONOR, aunque no lo consigue. Ella va hacia la puerta á escuchar, encuentra la cortina corrida y ve á su novio. Expresa su susto, su alegría, y se abre la puerta, y antes de darse cuenta, se halla en los brazos de EDUARDO.)

LOS DOS.—¡Te vuelvo á tener! ¡Soy tuyo!

DORN Y FÖRSTER (entrando.)—¡Bravo! ¡Bravo!

LEONOR y EDUARDO se quedan confusos.

DORN.—¡Niños! ¿Qué decía yo?

LEONOR.—Es Eduardo quien vino.

EDUARDO.—No; ella fué la que quiso ver si yo escuchaba.

DORN.—Los dos tenéis razón. En el fondo, ninguno ha

perdido la apuesta. Idéntico sentimiento os animaba. Habéis hecho lo que correspondía hacer á un joven y á una muchacha. Leonor ha tratado, por la maña, de moverte á que levantases la cortina; tú has obedecido al sentimiento con más viveza. Leonor quería solamente probarte, sin descubrirse. Habéis demostrado que en los corazones nobles y sensibles ocurren los mismos movimientos, sólo que se expresan de maneras diferentes y adecuadas. Sois dignos el uno del otro. Amaos, perdonaos vuestras pequeñas flaquezas, y tratad de que el mutuo cariño os las compense.

LEONOR.—Este día será sagrado para nosotros.

EDUARDO.—Realmente, tú nos has enseñado á amar.

FÖRSTER.—Y yo he aprendido más hoy que en toda mi vida.

FEDERICA.—Y yo también.

JUAN.—Tú; ¿y qué es lo que has aprendido? ¡Anda! Todo eso es demasiado sublime y demasiado elevado para nosotros; amémonos sencilla y dichosamente, y para esto no hay nada más sencillo en el mundo, señor, que un bonito dote.

DORN.—Lo tendréis.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
GOETZ DE BERLICHINGEN.....	1
CLAVIJO.....	161
EGMONT.....	237
LA APUESTA.....	369

perdido la apuesta. Idéntico sentimiento os animaba. Habéis hecho lo que correspondía hacer á un joven y á una muchacha. Leonor ha tratado, por la maña, de moverte á que levantases la cortina; tú has obedecido al sentimiento con más viveza. Leonor quería solamente probarte, sin descubrirse. Habéis demostrado que en los corazones nobles y sensibles ocurren los mismos movimientos, sólo que se expresan de maneras diferentes y adecuadas. Sois dignos el uno del otro. Amaos, perdonaos vuestras pequeñas flaquezas, y tratad de que el mutuo cariño os las compense.

LEONOR.—Este día será sagrado para nosotros.

EDUARDO.—Realmente, tú nos has enseñado á amar.

FÖRSTER.—Y yo he aprendido más hoy que en toda mi vida.

FEDERICA.—Y yo también.

JUAN.—Tú; ¿y qué es lo que has aprendido? ¡Anda! Todo eso es demasiado sublime y demasiado elevado para nosotros; amémonos sencilla y dichosamente, y para esto no hay nada más sencillo en el mundo, señor, que un bonito dote.

DORN.—Lo tendréis.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
GOETZ DE BERLICHINGEN.....	1
CLAVIJO.....	161
EGMONT.....	237
LA APUESTA.....	369

